



de la ...  
en ...

el d

el mes de Mayo

~~...~~



Señorita Diana

Ayer el día

el día de Abril fue Bico  
nes

los me g. e. m.

No se fue del amor

Lo poro el día 25 de

año de 1844

1844

79

4

Op. 116

~~Op. 116~~ 23A

Do re mi fa sol  
La si do

Biblioteca	DA
GR	DA
	C
Stania	25
Numer	71

BIBLIOTECA	AL
GR	AL
Solav	B
Existe	26
Numer	633

Do re mi fa sol la si do  
do re mi fa mi sol fa  
sol si la do

15,082 R-20.439

# LECCIONES INSTRUCTIVAS

SOBRE

LA HISTORIA Y LA GEOGRAFIA.

OBRA PÓSTUMA

DE D. TOMAS DE IRIARTE

DIRIGIDA

Á LA ENSEÑANZA DE LOS NIÑOS.

NUEVA EDICION

*Añadida con los sumarios de la Historia Eclesiástica y de España, que compuso en verso el P. José Francisco de Isla de la Compañía de Jesus.*

*estoy piada con*  
*la promesa*



GRANADA.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE SANZ,

Calle de la Monterería núm. 7.

*Desde la Decada de*  
1837.

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

Soy

~~\_\_\_\_\_~~

na Heve

na

~~\_\_\_\_\_~~  
de 1742

44

22

7



## ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Rosario Moya *Un*

**C**uando en el año de 1782 se hallaba D. Tomas de Iriarte, autor de la presente obra, mas empeñado en la traduccion de la Eneida de Virgilio, que intentó como por via de ensayo, durante la convalecencia de uno de sus frecuentes insultos de gota; cuando, vencidas las primeras dificultades que ofrecia una empresa tan ardua y delicada, y poseido, por decirlo así, del estro y espíritu del poeta latino, habia empezado á familiarizarse con las dificultades mismas, lisonjeándose de superarlas en lo posible; cuando tenia concluido el 4.º libro, y bosquejaba ya los primeros versos del 5.º (1), se vió precisado á suspender de improviso una version que le habria dado quizá no menos crédito que sus propias obras originales, para emprender y trabajar las presentes Lecciones instructivas en fuerza de superior precepto.

Por varios incidentes, que aumentaron y justificaron la suma repugnanza con que se allanó á componer este Compendio, no solo le dejó inédito al fallecer, sino tambien sin haberle dado aquella última mano y correccion escrupulosa que realzan el mérito de todos sus escritos, y sin haber con-

---

(1) La version de los cuatro primeros libros de la Eneida, se imprimió en el 3.º de la Coleccion de Obras en prosa y verso del autor.

cluido tampoco un Tratado original de principios ó máximas morales que empezó á formar ( 1 ) para substituirle en lugar de otro que se le obligó á extraer, ó mas bien, á copiar de Fr. Luis de Granada, colocándole antes del Compendio de la Historia Sagrada, y que habia ya determinado suprimir.

De aquí es que se ha omitido y suprimido ahora en efecto conforme á las intenciones del autor, y con apoyo y dictámen de personas juiciosas, prefiriéndose carezcan estas Lecciones instructivas del tratado de moral, á incluir en libro trabajado originalmente por D. Tomas de Iriarte, un retazo de libros agenos, aunque tan recomendables.

Si la instruccion que proporciona á los niños la obra póstuma que hoy se publica corresponde al concepto que de ella han formado sugetos no menos celosos de la buena educacion de la juventud española, que dotados de inteligencia y doctrina, y al deseo con que generalmente se anhelaba saliese á luz, resultará á quien ha cuidado de darla á la prensa, la justa satisfaccion de que el erudito que se distrajo de otras tareas mas análogas á su literatura y florido ingenio para componer este Tratado, contribuya con él aun despues de no existir, á la ilustracion y bien de la patria.

---

( 1 ) Y se inserta al fin de esta advertencia.

FRAGMENTO DE LA PARTE MORAL QUE  
dejó empezada Don Tomas de Iriarte, y es co-  
mo sigue.

## LECCIONES DE MORAL.

### INTRODUCCION.

*El alto concepto que los racionales debemos formar de la grandeza de Dios en cuanto lo permite nuestro débil entendimiento, y la consideracion de los indecibles beneficios que continuamente dispensa al linage humano, nos persuaden la justa obligacion en que oivimos, no solo de tributarle una admiracion y obsequio sin limite, sino tambien de aspirar á agradarle con la práctica de las virtudes.*

*Cual ha de ser esta práctica, y cuales los vicios que á ella se oponen, nos lo enseña la Moral, ciencia que dirige las costumbres, dándonos verdaderas instrucciones sobre el bien y el mal, é inclinando nuestra voluntad á apetecer el primero y evitar el segundo.*

*Todo el que puede y quiere reflexionar, con tal que alguna pasion no le ofusque el entendimiento, ó los malos hábitos no le hayan pervertido el corazon, es capaz de discernir solo por la razon natural lo que debe hacer ó dejar de hacer para obrar bien y ser feliz; y este interior conocimiento que todos tenemos de lo que es bueno ó malo, justo ó injusto se llama conciencia. Pero como no todos los hombres meditan, ni racionan acertadamente sobre los principios y las consecuencias de sus acciones, y muchos, ya distraidos en los cuidados públi-*

cos ó negocios domésticos, ya guiándose por el mal ejemplo de otros, se acostumbran á no examinar con escrupulosidad las operaciones de su vida, y se dejan llevar de los apetitos y deleites presentes sin pensar en lo porvenir, suelen no atender á lo que su conciencia les dictaría, si quisiesen consultarla, y lisonjeados con el logro de alguna felicidad aparente y de corta duracion, abandonan la virtud sólida-mente fundada en la razon y la justicia, y llegan á tener por bueno lo que realmente es malo.

Estando, pues, los hombres espuestos á incurrir en tan grave error, hemos de mirar como singular beneficio que Dios, para asegurarnos el conocimiento del bien y del mal, haya querido manifestárnosle por medio de la Revelacion, prescribiéndonos expresa y claramente lo que debemos hacer, y prohibiendo lo que debemos evitar, sin que en esto pueda el cristiano alegar ignorancia, ni creer que depende de nuestro capricho el aprobar ó reprobar las acciones que Dios recomendó como rectas, ó condenó como viciosas.

Así es, que no podemos reconocer por verdadera otra moral que la que el mismo Hijo de Dios vino á enseñarnos, la moral cristiana, única norma de nuestra conducta, y necesario fundamento no solo de nuestra felicidad eterna, sino tambien de la temporal.

Y suponiendo que los niños y jóvenes que hayan de leer los breves documentos que vamos á dar sobre lo principal de esta importante materia estarán ya impuestos en la doctrina cristiana por el catecismo, dividiremos las presentes lecciones en dos tratados: uno de la Moral cristiana, y otro de la



Moral civil ; pues aunque esta depende substancialmente de aquella, como que no hay virtud de ninguna especie que la Religion cristiana no apruebe, conviene á la mayor claridad tratar separadamente de la Moral del buen cristiano y de la del buen ciudadano. La primera es indispensable para el bien espiritual, y la segunda enseña particularmente el modo de conseguir el corporal, viviendo el hombre tranquilo y bien quisto entre sus semejantes.

## TRATADO PRIMERO.

DE LA MORAL CRISTIANA.

### LECCION PRIMERA.

*De la virtud en general.*

**L**as acciones buenas se llaman virtudes, y las malas pecados. Cuando estos llegan á ser un hábito ó se cometen por costumbre, se llaman vicios : y á los pecados que perturban la paz de la sociedad civil se dá el nombre de delitos.

Varios son los motivos porque suelen los hombres inclinarse al bien, y huir del mal. Unos lo hacen porque de obrar bien se les sigue alguna utilidad, y temen algun daño si obran mal ; otros porque desde su infancia y primera education tuvieron á la vista buenos egemplos, y se habituaron insensiblemente á imitarlos, y otros, en fin, porque aspiran al honor y buena fama que es fruto del buen proceder, y desean evitar el descrédito.

y la vergüenza que es fruto del malo. Pero el cristiano debe obrar bien porque Dios lo quiere y se lo manda; y el que observa los preceptos de la Religión, y se abstiene de lo prohibido en ella solo por amor de Dios, y porque Jesucristo así lo ha enseñado, es quien verdaderamente aspira á la perfección cristiana.

Las principales virtudes que para conseguirla debemos practicar, se hallan espresadas en el Evangelio, en los escritos de los Apóstoles, y en otros libros de la Sagrada Escritura, principalmente en los hechos y discursos de nuestro Salvador, dechado perfectísimo de toda bondad. Sus ejemplos y palabras nos manifiestan cuales son nuestras obligaciones para con *Dios*, para con el *Prójimo*, y para con *nosotros mismos*; y estas tres especies de obligaciones estan claramente comprendidas en el precepto fundamental de la Religión Cristiana *Amarás á Dios sobre todas las cosas y á tu Prójimo como á tí mismo*; pues si la primera parte de este precepto es un compendio de nuestras obligaciones respecto á Dios, la segunda lo es de la que tenemos respecto al prójimo, é incluye como regla y modelo de ellas las que tenemos respecto á nosotros mismos.

## LECCION SEGUNDA.

*De las obligaciones del hombre respecto á Dios, y de la primera de ellas, que es creerle.*

**C**reer en Dios, esperar en él y amarle, son las tres partes á que sustancialmente se reducen nues-

tras obligaciones respecto á aquel Ser eterno.

Le creemos con la *Fé*, dón sobrenatural del mismo Dios, á la cual sujetamos el entendimiento, recibiendo con humilde obediencia cuanto el Padre Celestial ha revelado á su Iglesia por medio del divino Maestro, que siendo la misma verdad y la bondad suma, no puede engañarse ni engañarnos. Pero no por eso estamos dispensados de elevar la consideracion al conocimiento de Dios, y de procurar por los medios naturales que á este fin nos ha concedido, convencer nuestra razon acerca de su existencia y de sus perfecciones; pues aunque estas como infinitas no caben en el discurso humano, podemos á nuestro modo concebir de ellas lo bastante para creerlas.

Por poco que reflexionemos, es facil advertir cuan débiles somos; que nuestra vida y felicidad no dependen de nosotros mismos, y que no somos dueños de hacer ni lograr lo que deseamos, porque vivimos sujetos á innumerables causas que obran en nosotros. Estas necesariamente nacen de otra causa primera y soberana que las gobierna, supuesto que ninguna cosa se mueve sin que haya otra que la obligue á moverse. Cuando vemos que la mano de un reloj señala las horas, bien conocemos que hay algun muelle que la dá movimiento, y que tampoco habría este muelle si un relojero no le hubiese fabricado. De la misma suerte, cuando los niños ponen en fila una porcion de naipes medio doblados, si derriban el primero de ellos, todos van cayendo unos tras otros. La caida del segundo naipe es efecto de la caida del primero, y causa de la del tercero, y así en los restantes, advirtiéndose una serie

de causas y efectos; pero siempre es preciso que haya habido uno que derribe el primer naipe; así como tampoco habria reloxo si no hubiera habido relojero.

Estos ejemplos materiales bastan para convencer-nos de que en donde hay causas y efectos hay una causa primera. Así el universo con todo lo que en él hay es obra de un Criador infinitamente sabio, poderoso, inmenso, independiente, libre, inmutable y eterno, que es Dios, absoluto Señor nuestro.

Es sabio, porque al modo que la inteligencia del relojero comprende todas las partes del reloxo, la inteligencia de la primera causa comprende todas las del universo; y si hubiese olvidado ó colocado fuera de su lugar alguna de ellas, no hubiera podido dar-las el orden admirable que las dió.

Es poderoso, porque no basta que el relojero sepa el modo de hacer un reloxo, si no tiene poder y facultad para hacerle; Dios no lo supo, sino que pudo criar al universo, siendo su poder tan infinito como su sabiduría.

Es inmenso, porque lo abraza todo, y en todas partes está; y es independiente, porque si no lo fuese, no sería causa primera, sino causa subordinada á otra superior.

Siendo pues, infinitamente sabio, poderoso é independiente, hace en todo su voluntad, y por consiguiente es libre.

Su sabiduría no puede aumentarse con adquirir nuevas ideas, porque entonces sería limitada. Ve á un tiempo lo pasado, lo presente y lo porvenir, sin ser capaz de mudar de resolucion; porque esto sería prueba de que no lo habia previsto todo. Con



que es inmutable. Para ser independiente es forzoso que no haya tenido principio, pues si le tuviese, dependería de una causa que le hubiese dado el ser. Tampoco ha de tener fin, porque en tal caso dependería de otra causa que le privase del mismo ser. Luego consta que es eterno.

Como sabio, discierne el bien y el mal, juzga el mérito y el demérito. Como libre, obra según aquella sabiduría, amando el bien y aborreciendo el mal, premiando la virtud, castigando el vicio y perdonando al que se arrepiente y se enmienda: en todo lo cual hace lo que es su voluntad; esto es, querer solamente el bien. En cuanto castiga le corresponde el atributo de la *justicia*, en cuanto premia el de la bondad, y en cuanto perdona el de la *misericordia*.

Reconozcamos pues, que la primera causa enteramente sabia, todo poderosa, inmensa, independiente, libre, inmutable, eterna, justa, buena y misericordiosa es Dios, á quien todo lo debemos.

## LECCION TERCERA.

*De la segunda obligacion del hombre respecto á Dios, que es esperar en él.*

**P**oco serviría la Fé, y cuantos esfuerzos hiciésemos para confirmarnos en ella, si contentándonos con creer que somos hijos de un Dios dotado de tan excelentes perfecciones, no aspirásemos á gozarle después de nuestra presente vida mortal y transitoria, y á poseerle como el único y supremo bien para que fuimos criados,

El mismo Señor que nos infundió la Fé, nos infunde igualmente la virtud sobrenatural de la *Esperanza*. Por ella confiamos que, según sus inalterables promesas, nos ha de hacer eternamente felices, si por nuestra parte procuramos no merecerlo: por ella vivimos en la firme persuasión de que su providencia no nos abandona aun en los mas estrechos peligros, y entregándonos en sus manos para cuanto disponga de nosotros, recibimos con resignacion los trabajos y desgracias á que está espuesta nuestra frágil humanidad: por ella, en fin, nos animamos á invocarle en las necesidades que continuamente padecemos tanto en lo espiritual como en lo corporal, prometiéndonos que oirá nuestros ruegos y fervorosos votos.

La *Esperanza*, por consiguiente, está fundada en la Fé, y es un don que debemos á la gracia divina, el cual nos inspira cierta magnanimidad y elevacion de espíritu superiores á nuestra natural flaqueza para pretender adquirir parte en la herencia celestial, esperando de la suma bondad, á pesar de nuestro ningun merecimiento, los mas eficaces auxilios con que lograrlo.

Por dos extremos viciosos faltamos á la virtud de la *Esperanza*: el uno es la presuncion, ó demasiada satisfaccion propia, y el otro la desconfianza que toca en desesperacion. La presuncion, haciéndonos formar un ventajoso concepto de nosotros mismos, nos persuade que podemos algo sin ayuda de Dios, ó que sin diligencia alguna de nuestra parte nos ha de conceder los bienes temporales ó eternos que solo tiene prometidos á quien ejerce con actividad las virtudes. La des-

Por estas consideraciones ha parecido conveniente resumir en la presente obrita algunos documentos históricos y geográficos que los niños puedan leer, cuando no con provecho, á lo menos sin daño del corazon y del entendimiento. El que por su rudeza no conserve algo de estas lecciones en la memoria, solo ganará el haber aprendido á leer; mas nada perderá. El que las retenga, se hallará insensiblemente instruido por mayor de no pocos principios que tarde ó temprano estará obligado á saber, ó como cristiano, ó como miembro de un cuerpo civil; sin que por esto se crea que la instrucción que aquí se le ofrece es radical y científica, sino la que basta para que en aquella docil edad empiece á gustar de lo útil, conciba los primeros elementos con algun órden, claridad y rectitud, adquiera para en adelante una loable curiosidad de estudiar lo que ahora solo se le indica, emplee dignamente el tiempo, y se habitúe á leer verdades y desechar fábulas.

Van divididas estas lecciones en dos partes: la primera Histórica, y la segunda Geográfica. El primero de los tres libros que componen la parte histórica, refiere compendiosamente los mas notables hechos de la Historia Sagrada desde la creacion del universo hasta el establecimiento de la Iglesia. Da el libro segundo una breve noticia de los principales imperios antiguos, señaladamente del griego y del romano; y en el libro tercero se recopilan los mas importantes sucesos de la historia de España. Síguese la parte geográfica, en cuyo primer libro se hallará una sucinta descripción general de los países mas conocidos, y en el segundo la par-

particular de España y sus islas adyacentes ; pero aunque no contiene ( ni destinándose á niños, conven-dria contuviese ) un verdadero método para aprender con los debidos fundamentos y estension la ciencia de la geografía, esplica históricamente lo que basta para que se instruyan en la division, confines y principales regiones de la tierra, y para que desde luego se habitúen á pronunciar y conocer los nombres de las provincias, y ciudades mas considerables, de suerte que cuando los lean en libros, especialmente de historia, no les sean del todo nuevos, y tengan adelantados estos principios para cuando, llegando á jóvenes, hagan estudio formal de la geografía.

Contemplando que esta obra no se escribe determinadamente para jóvenes, sino para niños, se escusa en ella el amontonamiento de reflexiones y sentencias que era fácil deducir de los mismos hechos: método que seguramente no desaprobará quien tenga presente que la edad de la memoria no es la edad del juicio, y que no todos nacen con tan feliz comprension que logren desempeñar á un mismo tiempo los dos oficios de aprender la historia, y de meditar sobre ella.

Cualquier padre se dará por contento de que su hijo sepa á los siete ú ocho años lo que en estos ensayos se contiene, por mas breves que parezcan; y ojalá que muchas personas adultas se hallasen en estado de no necesitar de ellos ó de otros semejantes.



# PARTE HISTORICA.

## LIBRO PRIMERO.

### LECCIONES

DE LA HISTORIA SAGRADA DESDE EL PRINCIPIO DEL  
MUNDO HASTA EL ESTABLECIMIENTO DE LA IGLESIA.

#### INTRODUCCION.

**L**a historia sagrada es la mas importante para los cristianos, por ser la historia de las obras del mismo Dios desde el punto en que quiso manifestarse á sus criaturas; la historia de su Omnipotencia y demas atributos, demostrados con los hechos mas admirables; la historia, en fin, por la cual se dignó de enseñarnos cuales son nuestras obligaciones mientras vivimos, y cual nuestro destino despues de muertos. En ella se nos representa el estado feliz en que fué criado el primer hombre, justo, inocente y destinado para la eterna bienaventuranza, si hubiese permanecido en su inocencia: su caída por el pecado, funesto origen de nuestros males, y su futura redencion por medio del Salvador que Dios le prometió para su consuelo. Vemos tambien en la misma historia la tierra inundada de un diluvio en castigo de los primeros habitantes, y la corrupcion del

corazon humano , que no se corrigió aun con este acontecimiento ; pues entregados los hombres á la sensualidad , y desconociendo al Autor de todas las cosas , atribuyeron al entendimiento , al valor ó al poder de ellos mismos todos los sucesos en que tenían alguna parte ; y aquellos en que ninguna tenían , al acaso , á la fortuna , y á otros nombres frívolos y vanos , error que abrió el camino á la idolatría.

Para desvanecer estos errores eligió Dios un varon cuya descendencia formase un pueblo que fuese depositario de la verdadera Religion ; separóle de las demas naciones por medio de sus leyes y costumbres ; condújole y gobernóle con especial providencia , así para establecerle en la tierra que le tenia prometida , como para conservarle en ella ; tuvo á bien ser su Cabeza y su Legislador , y manifestándose á aquel Pueblo , le hizo sabedor de sus misteriosos designios y le declaró su soberana voluntad , ya por figuras y símbolos , ya por milagros y profecías.

Grandes frutos podemos sacar del conocimiento de la historia sagrada ; convencernos de la existencia de un Dios Criador de todo , y que todo lo gobierna ; venerar los inefables atributos que son inseparables de su Divinidad , principalmente su providencia , la cual influye en todos los sucesos públicos y particulares ; y reconocer que la criatura depende enteramente de su Criador. Debemos asimismo atender á la estrecha union que tiene esta historia con la Religion Cristiana , y á que sería vergonzoso ignorar unos hechos tan respetables por su antigüedad , y en que está sólidamente fundada la Religion que profesamos.

## LECCION PRIMERA.

*Creacion del Universo.*

**N**o hay idea mas sublime que la de aquel primer momento en que Dios, por un efecto de su sola bondad, sacó de la nada las criaturas que antes no existian y quiso fuesen testimonios de su omnipotencia.

Crió en el primer dia el Cielo y la Tierra: hizo la luz, y la separó de las tinieblas; de suerte que con decir *hágase la luz*, la luz quedó hecha. En el segundo dia hizo el firmamento, esto es el Cielo, y separó las aguas de él, de las de la Tierra. En el tercero separó la Tierra del Agua, é hizo que la misma Tierra produjese toda especie de plantas. En el cuarto hizo el Sol, la Luna, los demas planetas y las Estrellas. En el quinto crió los peces y los pájaros. En el sexto todos los animales y reptiles de la Tierra; y crió tambien al Hombre y á la Muger para que dominasen á los demas animales. Formó al hombre, sacándole del cieno de la tierra, y animándole con un soplo de vida ó espíritu. Dióle alma inteligente, dióle la razon, la memoria, la voluntad y el don de la palabra, con otras prendas que le hicieron á su imagen y semejanza, y superior á todas las criaturas, aunque inferior á los Angeles, que son puros espíritus sin mezcla corporal.



## LECCION II.

*Estado de inocencia del primer hombre, y su caída por el pecado. Muerte de Abel.*

**D**ios, despues de haber criado á Adan, le colocó en el Paraiso terrestre, jardin deleitoso que muchos sabios creen estuvo situado en los confines de Mesopotamia. Quiso el supremo Autor darle la muger por compañera, y formó á Eva de una costilla del mismo Adan mientras este dormia. Aquellos dos primeros racionales, formados á imagen de Dios y destinados á poblar la tierra, gozaban de una vida inocente y descansada, cuando el Señor quiso probarles la fidelidad, obediencia y reconocimiento. En medio de los árboles del Paraiso habia uno llamado de la ciencia del bien y del mal.

Declaró Dios á Adan que le permitia comer del fruto de todos ellos; pero que le prohibia tocar al de aquel árbol; pues si le probaba, perderia todos sus privilegios, y quedaria sujeto á la muerte.

El Demonio, uno de aquellos desgraciados Angeles que por su orgullo y rebeldía cayeron del glorioso estado para que habian sido criados, envidiando los bienes del primer hombre, empleó su astucia en privarle de ellos. Tomó la figura de serpiente, é indujo á Eva á quebrantar el precepto del Señor, diciéndola que si ella y su esposo comian del fruto del árbol vedado, sabrian el bien y el mal y serian como dioses. Prestó la muger oidos al espíritu tentador, y comió del fruto, llevada del apetito. Así como

Eva se rindió á la sugestion de la serpiente, se rindió Adan á la de su consorte, y cayó en la tentacion de probar el fatal fruto.

No dejó Dios sin castigo esta desobediencia, porque Adan y Eva empezaron á sentir remordimientos. Abriéronse los ojos de ambos, conocieron su desnudez, y teniendo vergüenza de ella ( que antes no tenían ) se cubrieron con hojas de higuera, y se escondieron. Pero Dios llamó á Adan, hízole cargo de su delito, y le dijo que ya no comería pan sino á costa del sudor de su frente. A la muger dijo que pariría con dolores, que sería aflijida de muchos males y que viviría sujeta al dominio del marido. Al mismo tiempo maldijo á la serpiente diciéndola: *Pondré enemistad entre tí y la muger, y entre tu linage y el suyo: esta hollará tu cabeza, y tu pondrás asechanzas á su carcañal.* Dando así á entender que de una muger nacería el Mesías que habia de destruir el poder del Demonio.

Echó luego del Paraiso terrenal á Adan y á Eva, y puso un Querubin con una espada de fuego, para que les impidiese la entrada de aquella mansion; con lo cual se vió Adan precisado á cultivar la tierra para alimentarse, y condenado á la muerte con toda su posteridad. Esta obligacion impuesta á nuestro primer padre Adan de trabajar para ganar el sustento con el sudor de su rostro, se estiende á nosotros, hijos suyos, que en no cumplirla faltamos á un precepto de los mas importantes y nos hacemos indignos del favor divino, y de la estimacion de los hombres. Vivió Adan novecientos y treinta años. Tuvo tres hijos, Cain, Abel y Set. Cain, que era el mayor de ellos, envidioso de la inocencia de su her-



mano Abel, que ejercia la vida pastoril, y de que sus ofrendas fuesen agradables á Dios, le dió impía muerte. La voz de la sangre de Abel pidió justicia al Cielo y Cain que, agitado de continuos temores, andaba errante sobre la tierra, creyó hallar un asilo con edificar la primera ciudad que hubo en el mundo.

Set, tercer hijo de Adan, le sucedió como Patriarca, nombre que significa cabeza de una familia. Por su piedad y la de sus hijos merecieron estos el título de hijos de Dios, llamándose los de Cain hijos de los hombres.

### LECCION III.

#### *Primeros Patriarcas.*

**D**esde Set hasta el tiempo del diluvio, que acaeció á los mil seiscientos cincuenta y seis años de la creacion del mundo, vivieron los Patriarcas Enós, hijo de Set, el primero que invocó el nombre del Señor con culto religioso, es á saber, que ordenó y dió forma exterior á este culto. Cainan, Malaclel, Jared, Henoc, (á quien por su gran virtud arrebató Dios de entre los hombres) Matusalen, cuya vida de novecientos sesenta y nueve años fué la mas larga que se ha conocido, y Lamec desde cuyo tiempo empezaron las artes. Tubalcain su hijo inventó el arte de trabajar el bronce y el hierro, y Júbal algunos instrumentos músicos. Siguióse Noé que tuvo por hijos á Sem, Cham y Japhet.

Multiplicáronse tanto los pecados sobre la tierra, que Dios resolvió destruir por medio de un diluvio

á todo el linage humano, excepto Noé y su familia. Fabricó este, por mandado del Señor un Arca. Allí se refugió con su muger, sus tres hijos y tres nueras, encerrando en la misma Arca animales de todas especies. Empezó á caer una espantosa lluvia que sumergió la Tierra con todos los vivientes. Subieron las aguas quince codos sobre las mas altas montañas, y duró la inundacion cuarenta dias con sus noches. Saliendo Noé del Arca un año despues de haber entrado en ella, ofreció á Dios sacrificios en accion de gracias. Su Magestad bendijo á él y á sus hijos, prometiendo no enviar otro diluvio universal, y poniendo el arco iris como señal de su promesa.

Este Patriarca fué el que plantó la vid, y pronto esperimentó la fortaleza del fruto de ella; pues bebiendo de su licor, se quedó dormido en una postura poco decente. Cham, su hijo, que con este motivo se burló de su padre, llevó por castigo su maldicion; pero Sem y Japhet, que cubrieron á Noé con una capa, merecieron su bendicion.

De estos tres hermanos proceden todas las familias de hombres que han poblado el mundo. Primero habitaban todos un mismo pais, y hablaban una misma lengua: pero al fin se vieron obligados á repartirse por la tierra, porque habiendo emprendido edificar una torre que llegase al Cielo, Dios los confundió allí con variedad de lenguas, por lo cual se dió á aquella torre el nombre de *Babel*, que significa confusion.

## LECCION IV.

*Vocacion de Abraham.*

**E**n el largo espacio de años que pasaron desde el diluvio hasta Abraham, la mayor parte de los hombres olvidó la ley natural, y se entregó á la idolatría. En medio de esta corrupcion quiso Dios formarse un pueblo escogido en que se conservase la Religion verdadera, y del cual naciese el Salvador prometido. Para tronco y padre de este pueblo eligió á Abraham, que vivía en Caldea, y era uno de los Patriarcas descendientes de Noé. Mandóle Dios salir de su país para pasar á la tierra que él le mostrase, y prometióle que le haría padre de un gran pueblo, y que daría á sus descendientes la tierra de Canaan, conocida con el nombre de tierra de Promision, en que está figurado el Cielo prometido á todos los cristianos.

Partió Abraham con su muger Sara, con Lot su sobrino, y con toda su hacienda; y despues de haber pasado algun tiempo en la tierra de Canaan, le precisó el hambre á pasar á Egipto. Volvió á Canaan, rico de ganados, oro y plata; y Lot, que tambien lo era, hubo de separarse de él, porque no podia una misma tierra sustentar los ganados de ambos. Confiando Abraham en las promesas de Dios, y obediente á sus preceptos, alcanzó victoria del Rey Codorlahomor y otros cuatro Reyes aliados de éste, y libró á Lot de manos de aquellos enemigos que habían invadido el país de Sodoma.

No habiendo Abraham tenido hijos de Sara su muger, se casó con Agar, sierva suya, en la cual tuvo á Ismael. Dispuso Dios que él y toda su familia se circuncidasen, renovando la alianza con su pueblo, y queriendo que la circuncision fuese carácter distintivo de él.

Sucedió entonces el incendio de las ciudades de Sodoma y Gomorra, causado por una lluvia de fuego en castigo de los abominables pecados de sus habitantes. La muger de Lot se convirtió en estatua de sal por haber mirado atras al salir de Sodoma, cosa que espresamente se les habia prohibido.

Vivió Abraham colmado de riquezas; pero conservando siempre la sencillez de las antiguas costumbres. Dióle el Cielo Angeles por huéspedes, los cuales le anunciaron que de su muger Sara le naceria un hijo. Así se verificó, pues en edad muy avanzada parió á Isaac.

Dios, para probar la fidelidad de Abraham, le mandó que sacrificase este mismo hijo, en quien, segun la divina promesa, se afianzaba toda su posteridad. No se detuvo Abraham en ejecutar las órdenes del Señor, y partiendo con Isaac, llegó al lugar destinado: erigió un altar, ató á su hijo, y cuando ya tenia el brazo levantado para sacrificarle, le contuvo un Angel enviado del Cielo, en prueba de quedar Dios satisfecho de su obediencia.

Isaac tomó por esposa á Rebeca, hija de Batusel, y nieta de Nacor, hermano de Abraham, de la cual tuvo dos hijos, Esau y Jacob. Este, tomando por consejo de su madre el vestido de Esau, se presentó á su padre Isaac, que por la suma ve-

vez ya no veia ; y dándose por el mismo Esau , consiguió la bendicion privilegiada de hermano mayor. Jacob , para evitar las iras de Esau , se refugió á Mesopotamia á casa de su tio Laban. Durante su viage vió en sueños una escala que llegaba desde la tierra al Cielo ; y desde lo alto le prometió Dios hacerle padre de una posteridad innumerable.

Siete años sirvió Jacob en casa de Laban , en donde le dieron por esposa á Lia , aunque habia pedido á Raquel. Obtuvo tambien poco despues á esta , con la condicion de servir otros siete años. Al volver á su casa luchó con un Angel que se le presentó en figura humana , y este le dió el nombre de *Israel* (que significa *fuerte contra Dios*) por lo cual se llamaron *Israélitas* sus descendientes. Tuvo doce hijos que fueron Patriarcas , ó Gefes de las doce Tribus , llamados Ruben , Simeon , Leví , Judas , Isacar , Zabulon , Dan , Neftalí , Gad , Aser , Joseph y Benjamin.

Refirió Joseph á sus hermanos unos sueños misteriosos , que daban á entender estarian algun dia sujetos á él. Estos sueños , y el singular cariño que le tenia su Padre , escitaron la envidia y odio de los hermanos , los cuales determinaron quitarle la vida. Impidiólo Ruben , el mayor de ellos , y por consejo de Judas le vendieron á unos mercaderes ismaelitas.

Conducido Joseph á Egipto , cayó en poder de Putifar , uno de los principales oficiales del Rey Faraon ; y acusado con calumnias por la muger de Putifar , que habia solicitado en vano hacerle quebrantar la castidad , fué encarcelado ; mas pro-



tegióle Dios, que no queria pereciese aquel justo.

Allí esplicó los sueños de dos presos, saliendo verdadera su esplicacion: interpretó otro sueño del Rey, y le dió tan sabios consejos, que llegó á ser su primer Ministro. En los siete años de abundancia que, esplicando el sueño habia pronosticado, acopió y reservó la quinta parte de los frutos de la tierra, y cuando llegaron los siete años de hambre, distribuyó los granos á los egipcios. Vinieron entonces sus hermanos á Egipto á comprar trigo, y conociéndolos (sin que ellos le conociesen á él) quiso tratarlos como espías para tenerlos inquietos, y con las preguntas que les hacia, darles motivo de arrepentirse de su delito. Impúsoles la condicion de ir á buscar á su hermano Benjamin, dejando á uno de los otros en rehenes. Por fin, se dió á conocer, los trató benignamente, y dispuso viniese su Padre Jacob, que aunque no acertaba á creer semejante maravilla, vino lleno de gozo, y se estableció con sus hijos en la tierra de Gesen, que Joseph les señaló.

Estando Jacob para morir, juntó á sus hijos, dió á cada uno su bendicion, les profetizó sucesos venideros, y dijo particularmente á Judas aquellas notables palabras: *El cetro no saldrá de Judá, y en sus descendientes permanecerá la autoridad del gobierno hasta que venga el que ha de ser enviado: él será la esperanza de las Naciones.* Profecía en que claramente anunció la venida del Mesías.

Muertos Jacob y Joseph, se multiplicó prodigiosamente en aquel pais su descendencia, con el nombre de *israelitas*. Los egipcios, á quienes empezó á dar cuidado el admirable acrecentamiento

de una sola familia, resolvieron tratarlos como esclavos, sujetándolos á los trabajos mas penosos. Mandó el Rey Faraon á las parteras de Egipto que quitasen la vida á todos los varones que naciesen entre los israelitas, arrojándolos al Nilo; pero aquellas mugeres, llevadas del temor de Dios, no pusieron por obra el mandato del Rey. Entonces quiso el Omnipotente que viniese Moises al mundo para libertar de semejante opresion á su pueblo.

## LECCION V.

### *Vocacion de Moises y su Ministerio.*

**E**ra Moises hijo de Amram, de la Tribu de Leví. A los tres meses de nacido, le echaron al Nilo en una cesta para que allí pereciese; pero le libró Dios de este peligro, haciendo que la hija de Faraon le sacase, y le mandase criar secretamente con tanto cuidado como si fuera su propio hijo. Por esto le llamaron *Moises*, que significa *sacado de las aguas*. Educáronle en la corte de Faraon, instruyéndole en todas las ciencias de los egipcios. A los cuarenta años fué á buscar á sus hermanos que vivian en esclavitud, y por haber dado muerte á un egipcio, que maltrataba á un israelita, huyó á la tierra de Madian, y se empleó en guardar las ovejas de su suegro Jetro. Estando en el monte Horéb, se le apareció Dios desde una zarza que ardia sin consumirse, y le mandó fuese á Egipto á decir á Faraon dejase salir de aquel reino al pueblo de Israel, en cuya empresa le acompañó su hermano Aaron.

Llegó Moises á Egipto, é intimando á Faraon la órden de Dios, le espantó con diferentes prodigios; pero resistióse endurecido el corazon de aquel rey. Padeció Egipto diez terribles plagas, de las cuales la primera fué convertirse las aguas en sangre, la segunda una multitud de ranas, la tercera otra multitud de mosquitos que perseguian á hombres y animales, la cuarta unas moscas de gran tamaño, la quinta una horrible mortandad de ganados, la sexta úlceras ó llagas que atormentaban así á los brutos como á los hombres, la séptima granizo con truenos y rayos, la octava una infinidad de langostas, la nona espesas tinieblas. De todas estas plagas preservaba el divino poder únicamente á los israelitas; y obstinándose Faraon, quiso Dios antes de enviar á Egipto la última plaga, mandar á su pueblo que celebrase la pascua con las misteriosas ceremonias que le dictó, reducidas principalmente á matar un cordero de un año y sin mancha, teñir con su sangre las puertas, comer asada toda su carne con pan sin levadura y lechugas silvestres, y hacer esta comida en traje de caminantes, ceñidas las cinturas, calzados y con báculos en las manos. Ordenó que todos los años renovasen los israelitas esta celebridad en memoria del beneficio que iban á recibir.

Cumplido aquel divino precepto en la noche siguiente á la pascua, bajando el Angel exterminador, dió muerte á todos los primogénitos de Egipto; y solo se libertaron de la espada de aquel Angel las casas de los israelitas señaladas con la sangre del cordero. La consternacion que causó esta última plaga obligó á Faraon á permitir la salida del pueblo de Dios.

Antes de partir las mugeres israelitas pidieron cada una á su vecina vasos de oro y plata, y ropas preciosas. Presentaron las egipcias cuanto les pidieron, disponiéndolo así el Señor, que como dueño de todos los bienes, puede darlos y quitarlos á quien quiere; y salieron los hijos de Israel casi en número de seiscientos mil, sin contar los niños, y cargados de despojos de los egipcios. Una nube en forma de columna durante el día, y una columna de fuego durante la noche les mostraban el camino. Llegaron al desierto á orillas del mar rojo; y noticioso entretanto Faraon de la partida de los israelitas, fué en su seguimiento con un copioso ejército. Moises levantando su vara, hizo que las aguas de aquel mar se separasen á uno y otro lado, y los israelitas le pasaron á pie enjuto. Cuando hubo entrado Faraon tras ellos por el mismo camino, volvieron á juntarse las aguas y le sumergieron con todos los suyos sin que escapase ni siquiera uno de ellos: admirable suceso que Moises celebró con un sublime cántico de accion de gracias.

No fué menor prodigio el que obró Dios en beneficio de los israelitas, cuando para sustentarlos en el desierto hizo cayese de las nubes todos los dias menos el sábado, un rocío dulce que llamaron *Maná*, con el cual se alimentaron abundante y deliciosamente. Era tanta la inconstancia é ingratitude del pueblo hebreo, que desde su salida de Egipto no habia cesado de murmurar contra Moises comò causa del hambre, sed y demás trabajos que pasaban; pero si la divina providencia les remedió el hambre con el *Maná*, tambien les aplacó la sed, cuando quiso que, tocando Moi-



ses con su vara un peñasco, brotase de él un copioso manantial de agua.

## LECCION VI.

*Da Dios su ley al pueblo de Israel.*

**L**legado el tiempo en que quiso Dios dar su ley á los israelitas, les mandó por medio de Moises que se purificasen. Esta misma preparacion anunciaba la santidad de aquella ley; y la magestuosa ostentacion con que bajó Dios al monte Sinaí, inspiraba el respeto debido al Legislador. Desde lo alto del monte inflamado, entre relámpagos y truenos, publicó Dios los diez mandamientos de su ley, conocidos con el nombre de Decálogo, que contienen los principios del culto divino y de la sociedad de los hombres. Subió Moises al monte, y hablándole el Señor á solas, le comunicó varias leyes que habian de observar los hombres. Pronunciólas aquel venerable caudillo ante todo el pueblo, el cual prometió guardarlas fielmente; recibió despues de mano del mismo Dios las tablas de la ley, que eran de piedra, y pasó cuarenta dias con sus noches en el monte. Entonces le mandó el Señor edificar el Tabernáculo, el Arca de la alianza, el Altar de los holocaustos, y otras cosas conducentes al culto sagrado.

Impacientes los israelitas de la detencion de Moises, obligaron á Aaron á que les hiciese un becerro de oro, y sacrificaron ante este ídolo. Bajó Moises del monte, é indignado en extremo, hizo



pedazos las tablas de la ley, y redujo á polvo el becerro de oro. Con auxilio de los levitas, dió muerte como á unos veinte y tres mil de los culpados; y habiendo despues reprendido al pueblo, volvió á la presencia del Señor, á quien logró aplacar con sns ruegos. Preparó dos tablas de piedra iguales á las primeras; en ellas escribió Dios los diez mandamientos de su ley; y al bajar entonces Moises del monte para presentarlas al pueblo, despedia de su frente dos rayos de luz sin que él mismo lo advirtiese.

Con tres escarmientos terribles manifestó Dios en aquel tiempo su ira contra los violadores de sus preceptos. Nadab y Abiú que pusieron en los incensarios fuego ageno y profano, y no el del altar, fueron consumidos con una llama milagrosa. Uno que blasfemó, y otro que trabajó en dia festivo, perecieron apedreados por el pueblo segun la divina sentencia.

Cuando ya los israelitas estaban cerca de la tierra de Promision, enviaron exploradores á reconocerla. Volvieron estos al cabo de cuarenta dias, trayendo un sarmiento de vid tan lleno de uvas, que era la carga de dos hombres.

Dijeron que el pais era escelente; pero sus ciudades muy fortificadas, y los habitantes de agigantada estatura. Intimidado con esto el pueblo, prorumpió en murmuraciones, y el Señor ofendido de ellas, declaró que todos los israelitas que habian murmurado de su Magestad, desde la edad de veinte años arriba, moririan en el desierto sin entrar en la tierra de Promision, á escepcion de Caleb y Josué que habian sido fieles; y que solo entrarian

en ella al cabo de cuarenta años los hijos despues de muertos sus padres. —

Subleváronse contra Moises, Coré, Datan y Abiron con doscientos y cincuenta de los principales del pueblo, acusando tambien á Aaron de haber usurpado el sacerdocio; mas por disposicion divina, abriéndose la tierra, tragó á Datan y Abiron, y un fuego repentino consumió á los doscientos y cincuenta rebeldes que ofrecian incienso juntamente con Coré.

Confirmó Dios con un nuevo prodigio la eleccion que habia hecho de Aaron y su familia para poseer la dignidad sacerdotal, queriendo que entre las varas secas que se juntaron de cada tribu, floreciese y produjese fruto la de la tribu de Leví, en que estaba escrito el nombre de Aaron.

Como continuase el pueblo en su descontento y murmuraciones durante aquella larga peregrinacion le castigó el Señor con enviarle unas serpientes cuyas mordeduras eran mortales. Intercedió Moises con Dios, y por órden suya hizo una Serpiente de metal con tal virtud, que cuantos la miraban quedaban sanos de las venenosas heridas.

Seon, Rey de los amorreos, y Og, Rey de Basan, que con sus tropas se opusieron al paso de los israelitas, fueron vencidos por estos. Balac, Rey de los moabitas, envió al adivino, ó profeta Balaan, á que maldijese á Israel; pero un Angel detuvo á la burra en que Balaan iba montado. Este la daba de palos, y dispuso Dios que aquella bestia le hablase quejándose del mal trato. Vió entonces Balaan al Angel del Señor, y quedó espantado y arrepentido. Al fin, en vez de maldiciones pro-

nunció muchas bendiciones sobre Israel.

Para perder á los israelitas, recurrió Balac, por consejo de Balaan, al arbitrio de enviarles mugeres moabitas y madianitas que los pervirtiesen; y en efecto prevaricaron aquellos, y se entregaron al desórden y la idolatría; mas por castigo del Cielo murieron violentamente veinte y cuatro mil hombres.

Moises, despues de haber acaudillado al pueblo de Israel, y escrito la historia de las obras de Dios hasta su tiempo, conoció que llegaba el fin de sus dias. Dejó entonces á Josué nombrado por sucesor suyo: compuso aquel admirable cántico que refiere los beneficios de Dios y la ingratitud de su pueblo; bendijo á todas las tribus de Israel; subió al monte Nebo, desde cuya altura tuvo el consuelo de que el Señor le mostrase la tierra de Canaan, y murió á la edad de ciento y veinte años.

No consta el tiempo en que vivió el virtuoso varon Job, de cuyas desgracias y suma paciencia hacen muy particular mencion las divinas escrituras; pero se trata de él en este lugar, porque hay muchas opiniones de que floreció antes de la entrada de los israelitas en la tierra de Promision.

Job era hombre riquísimo en la tierra de Hus, muy temeroso de Dios, y bienhechor de los necesitados. El Señor permitió al demonio que afligiese á Job con privarle de todos los bienes del mundo, de modo que de repente perdió sus haciendas, sus ganados y sus diez hijos. Una espantosa llaga le cubrió de pies á cabeza; y abandonado de todos, yacia en un muladar, sufriendo ademas de estos males, las ásperas reconvecciones de sus ami-

gos y de su misma esposa. Resignado Job con la voluntad del Cielo, sufrió con tal constancia aquellas penas, que en premio de su tolerancia quiso Dios restituírle la salud y la hacienda, dándole otros diez hijos, y colmándole de prosperidades durante una larga vida. A

## LECCION VII.

### *Gobierno de Josué.*

**G**uiado Josué por el Señor, que le prometió su asistencia, recibió el gobierno del pueblo, y envió á Jericó dos hombres con el fin de reconocer aquella ciudad, una de las mas fuertes de Canaan. A estos alojó, y tuvo ocultos en su casa una muger llamada Rahab, con promesa que la hicieron de que ni á ella ni á su familia se causaría daño alguno en el saco de la ciudad.

Consternáronse aquellos habitantes al acercarse el pueblo de Israel, el cual venia marchando con el Arca al frente. Apenas llegaron al rio Jordan los sacerdotes que la llevaban, cuando las aguas se dividieron, dejando libre el paso á los israelitas; con lo cual entraron sin estorbo en la tierra de promision.

Josué, á quien un Angel anunció que tomaría á Jericó, mandó que su ejército, seguido del Arca y de todo el pueblo, al son de trompetas, diese vuelta alrededor de la ciudad durante seis dias. Al séptimo dieron todos juntos grandes voces por orden de Josué, y al estruendo de ellas y de las



trompetas cayeron las murallas, y los moradores fueron pasados á cuchillo, perdonando los israelitas solamente á Rahab y á su familia.

Hicieron alianza con Josué los gabaonitas, y resentidos de ello cinco reyes comarcanos pusieron sitio á Gabaon. Acudiendo Josué á socorrer á sus aliados, desbarató el ejército enemigo; y para completar la victoria antes de anochecer, mandó al sol que se detuviese; y obedeció el sol, alargándose milagrosamente aquel día.

Estendió Josué sus conquistas, apoderóse de varias ciudades, y repartió despues la tierra de Promision entre las tribus. No entró en este repartimiento la de Leví, porque Dios la señaló los diezmos y primicias de todos los frutos, una parte de todos los sacrificios y ofrendas, y cuarenta y ocho ciudades con sus arrabales y distritos alrededor de las mismas, repartidas en medio del territorio de las otras tribus.

Pero no por esto dejó de hacerse la division entre doce tribus, porque la familia de Joseph componia dos, la de Efraim y la de Manases. Ninguna fué tan célebre como la de Judá, á la cual favoreció el Señor particularmente. Tuvo una larga sucesion de reyes; gozaba la preeminencia y la autoridad del mando; al fin dió nombre al pueblo judío, y de ella nació el Mesías.

Siguióse una paz durable, y murió pacífico y glorioso Josué, el ilustre caudillo de los israelitas.

Olvidando luego el ingrato pueblo las solemnnes promesas que habia hecho á Josué, se alió con los estraños que habitaban la tierra de Canaan; y esta alianza le hizo caer en la idolatría: por lo cual le



suspendió el Señor su proteccion, entregándole en manos de sus adversarios.

Poco despues de muerto Josué, acaeció la trágica y casi total destruccion de la tribu de Benjamin, con motivo del delito que cometieron los de aquella tribu, habitantes de Gabaá. Los torpes insultos que de ellos recibió la muger de un levita, obligaron á las demas tribus á tomar las armas en venganza de escesos tan infames y crueles. Negáronse los de Gabaá á entregar los reos; y despues de haberse resistido algun tiempo, fueron pasados á cuchillo, y abrasadas las ciudades pertenecientes á la tribu de Benjamin, reservándose únicamente para la propagacion de ella seiscientos hombres, que se libertaron huyendo al desierto, y despues se unieron con las cuatrocientas vírgenes que se libraron del cuchillo en la destruccion y esterminio de Jabes Galaad, y otras que les permitieron robar de otras tribus,

## LECCION VIII.

### *Gobierno de los demas Jueces.*

**P**adeció el pueblo judío seis diferentes cautiverios; y así para libertarle de ellos, como para gobernarle, se valió Dios de caudillos con el nombre de *Jueces*.

El primero de estos cautiverios fué el que sufrió durante ocho años bajo la tiranía de Cusan, Rey de Mesopotamia, de cuya opresion le libertó Otoniel,

El segundo cautiverio de diez y ocho años acaeció bajo Eglon, Rey de los moabitas, en castigo de la idolatría en que cayeron los hijos de Israel. Aod, que los acaudillaba, les restituyó la libertad con la victoria que alcanzó de Eglon, quitándole la vida á él y á casi diez mil soldados.

Fué el tercer cautiverio en tiempo de Jabin, Rey de Canaan, cuando tenia la gloria de ser Juez de Israel Débora, muger insigne en piedad, y que fortalecida con el espíritu del Señor, gobernó cuarenta años al pueblo escogido. Sirvióla de grande auxilio Barac, famoso Capitan, que derrotó á Sí-sara. Este era General de Jabin, y murió á manos de la valerosa Jahel, que le atravesó la cabeza con un clavo.

Volvieron los israelitas á padecer por sus nuevas infidelidades otra esclavitud bajo los madianitas y amalecitas; y afligidos de indecibles males acudieron á implorar el divino auxilio. Manifestó Dios entonces que para libertar á su pueblo queria servirse de Gedeon, varon de la tribu de Manasés, confirmando la eleccion de este capitan con el milagro del Vellocino que, puesto al aire durante una noche se cubrió de rocío mientras toda la tierra de alrededor estaba seca, y en otra noche se mantuvo seco aunque estaba humedecida la tierra.

Componiáse de treinta y dos mil hombres el ejército de Gedeon; mas este por mandato del Señor, publicó que se volviesen los que no tuviesen bastante valor para seguirle. Retiráronse veinte y dos mil, y quedaron diez mil á los cuales condujo hácia las orillas de un rio á que bebiesen, y de ellos escogió solamente trescientos que fueron los que be-

bieron, cogiendo el agua en el hueco de la mano, y despidió á todos los demas que para beber habian puesto las rodillas en tierra.

Dispuso Gedeon que cada uno de estos trescientos hombres llevase en una mano una trompeta, y en la otra una olla ó cántaro vacío con una antorcha oculta dentro. Llegaron en el silencio de la noche al campo enemigo, y al dar Gedeon la señal, todos rompieron sus cántaros uno contra otro, levantando el grito y tocando las trompetas. Fué tal el terror de los madianitas, que se mataron unos á otros, y acabando Gedeon de derrotarlos, redimió de la opresion á su pueblo.

Al morir este caudillo de Israel dejó setenta y un hijos de varias mugeres. Abimelec, que era uno de ellos, dió muerte á todos sus hermanos menos á Joatan, y se alzó con el gobierno que obtuvo durante tres años. Al fin murió desgraciadamente hiriéndole una muger la cabeza con un pedazo de piedra de molino.

No acaeció cosa notable en tiempo de los jueces Tola y Jair.

Padeció despues el pueblo de Israel el quinto cautiverio bajo los amonitas, contra los cuales marchó Jephthé, y habiendo hecho gran destrozo en ellos, les tomó y arruinó varias ciudades, hasta que logró con sus victorias libertar de la servidumbre á la nacion hebrea.

El sexto cautiverio bajo la dominacion de los filisteos duró muchos años; pero Dios eligió para consuelo de Israel á Sanson, hombre dotado de extraordinaria fuerza, y que empezó á mostrarla desde su juventud, despedazando á un furioso leon sin

otras armas que sus manos. Quemó los campos del enemigo, soltando en ellos trescientas zorras, atadas de dos en dos con un hachon encendido á la cola. Dió muerte á mil filisteos con la quijada de un jumento, y cuando ardiendo en sed despues de semejante pelea, pidió á Dios le diese agua, brotó de una de las muelas de aquella misma quijada una fuente con que apagó la sed. Viéndose encerrado dentro de la ciudad de Gaza, salió de ella á media noche, arrancando las puertas y llevándolas á un monte.

Amaba tanto á la filisteá Dálila, que tuvo la flaqueza de descubrirla que sus fuerzas dependian en cierto modo de sus cabellos, y las perdió luego que por disposicion de Dálila se los cortaron. Prendiéronle entonces los filisteos, y sacándole los ojos le pusieron á dar vueltas á un molino. Ibanle ya renaciendo los cabellos y con ellos las fuerzas, cuando le llevaron á una gran casa ó templo en que los filisteos celebraban una solemne fiesta. Abrazóse de dos columnas, y conmoviéndolas fuertemente derribó todo el edificio, en cuyas ruinas quedó sepultado con los Príncipes filisteos y tres mil personas de ambos sexos. Así acabó Sanson despues de haber sido Juez de Israel por espacio de veinte años.

El pontífice Helí, uno de los últimos jueces fué desgraciado á causa de los delitos de sus dos hijos Ophni y Phineés; pues por no haberlos reprimido como debia, recibió el castigo que Dios le habia anunciado. Eran aquellos hijos unos sacerdotes ambiciosos, deshonestos y tiránicos, que exijan en las ofrendas mas de lo que la ley les permitia. En pena de la condescendencia de Helí con ellos, per-



mitió Dios que saliendo los filisteos victoriosos de una batalla contra los israelitas, tomasen el Arca, y que al recibir Helí esta noticia, cayese de la silla en que estaba sentado, muriendo del golpe.

Padecieron los filisteos tantos males mientras estuvo el Arca en su poder, que al fin la restituyeron.

Después del Sumo Sacerdote Helí, fué Juez del pueblo el profeta Samuel, criado en el Tabernáculo y empleado en servicio del Señor. Su sabio gobierno y exhortaciones sacaron á la nacion de la idolatría, y por sus fervorosas oraciones quedó esta vencedora de los filisteos.

A los tiempos del gobierno de los Jueces pertenece la historia de Rut que refieren los sagrados libros. Era Rut una moabita casada con un hijo de Elimelec, natural de Belen. Este se habia retirado al pais de los moabitas con motivo de una cruel hambre que se padecia en su patria, y murió algun tiempo después, dejando dos hijos varones, uno de los cuales casó con Rut; pero habiendo muerto tambien este y su hermano, Noemí, suegra de Rut, determinó volver á la tierra de Israel, y Rut quiso acompañarla. Booz, hombre rico, pariente de Elimelec, habiéndola encontrado en un campo, durante la estacion de la siega, y viéndola aplicada á respigar, se prendó tanto de su humildad y modestia, que la tomó por esposa. De ella tuvo un hijo llamado Obed, que fué abuelo de David: y así, aquella muger estrangera logró por su virtud la dicha de entrar en la familia de que descendió el Mesías.



## LECCION IX.

*Gobierno de los Reyes, y reinado de Saul.*

**E**l pueblo inconstante, cansado del gobierno de los Jueces, quiso establecer el monárquico; y los principales de la nacion pidieron al anciano Samuel que les eligiese un Rey. Instruido aquel santo hombre de la voluntad del Señor, les representó aunque infructuosamente, no ser del divino agrado semejante mudanza de gobierno; pero al fin nombró y consagró á Saul, hijo de Cis, de la tribu de Benjamin, y le presentó al pueblo.

Saul, mandando valerosamente un poderoso ejército, se señaló desde luego por sus hazañas con la derrota de los amonitas y moabitas, y consternacion de la tierra de los filisteos. Pero su orgullo en sacrificar sin sacerdotes, y su desobediencia mal escudada fueron causa de su reprobacion, y de que Saue le anunciase que Dios habia escogido para cabeza de aquel pueblo un hombre segun sus intenciones.

Jonatás hijo de Saul, hizo gran destrozo en los filisteos; y cuando estaba condenado á perder la vida por no haber guardado el juramento que Saul en su nombre y en el de todo el ejército habia hecho de no comer hasta vencer á los filisteos, fué libertado por el pueblo que pidió su perdon.

Continuando Saul sus victorias, triunfó de los amalecitas; pero dejó con vida á su Rey Agag, y los soldados reservaron la mayor parte de los des-

pojos ganados del enemigo, desobedeciendo así los preceptos que el Señor había impuesto por boca de Samuel. Negó Dios entonces su protección á Saul, y se apoderó de éste un espíritu maligno que á ratos le causaba ciertos impulsos frenéticos.

El profeta Samuel consagró despues Rey de los israelitas á David, hijo de Isaí, de la tribu de Judá, el cual viniendo á la corte de Saul, templaba al son del harpa los raptos de furia de aquel Príncipe.

Siendo todavía un pastor jóven, combatió David con Goliat, filisteo de estatura desmesurada, que continuamente insultaba al ejército hebreo, arrojándole una piedra con su honda de modo que le hizo dar en tierra, le cortó despues la cabeza. Los filisteos, viendo muerto al mas valiente de los suyos, volvieron las espaldas, y los israelitas, que siguieron el aleance, quitaron la vida á muchos de ellos.

Tan aplaudida fué la victoria de David, que Saul le cobró una mortal envidia; y procuró desde entonces su ruina, ya con declarada persecucion, ya con ocultas asechanzas.

Entretanto se distinguia Jonatás por la estrecha y noble amistad que contrajo con David, y con tal celo servia á su perseguido amigo, que se espuso á la ira de su padre Saul, siendo inalterable la union que entre los dos jóvenes reinaba.

Anduvo fatigado David para evitar los furores de su enemigo; y aunque en dos ocasiones pudo á su salvo darle muerte, tuvo la generosidad de no ejecutarlo.

Durante aquella persecucion, un hombre rico y muy avariento, llamado Naval, negó á David al-

gunos víveres que le pidió para sus tropas; pero Abigail, esposa de Naval, prudente y caritativa, socorriendo á David, aplacó su enojo. Las buenas prendas de aquella muger le ganaron la voluntad, de suerte que se casó con ella luego que Naval falleció.

Juntos, por fin, los filisteos, se dispusieron á presentar batalla á los israelitas. Saul abandonado de Dios, á quien en vano habia consultado acerca del éxito de aquel combate, se valió de una maga, ó hechicera, para que llamase el alma del difunto profeta Samuel. Permitted el Señor que esta se le apareciese, y que reconviniéndole por sus graves culpas, le anunciase un pronto castigo. La prediccion de Samuel se verificó enteramente en la batalla que despues se dió. Quedaron sus tropas derrotadas; pereció Jonatás con dos hermanos suyos; y el mismo Saul, viéndose gravemente herido, quiso acelerarse la muerte, atravesándose el cuerpo con su propia espada.

## LECCION X.

### *Reinado de David.*

**L**a tribu de Judá reconoció por Rey á David; pero las otras once reconocieron á Isboset, hijo de Saul, de lo cual se originó una dilatada guerra entre la casa de Saul y la de David. Asesinaron á Isboset dos malhechores benjamitas, y llevaron su cabeza á David, esperando por ella un gran premio; pero este justo Rey los condenó al último suplicio como á crueles y traidores.

Muerto Isboset, se sometieron todas las tribus á David, que despues venció á los gebuseos; conquistó á Sion, fortaleza inespugnable que dominaba la ciudad de Jerusalem, y rechazó á los filisteos. Hizo luego trasladar allí con la mas solemne ceremonia el Arca de la alianza, delante de la cual iba danzando al son de su harpa en demostracion de un devoto regocijo,

Estendió con sus victorias los confines del reino de Israel, subyugando á los moabitas, idumeos y amonitas; y noticioso de que solo quedaba de la familia de Saul su nieto Mifiboset, le mandó venir á su palacio, le dió su mesa y le colmó de beneficios.

Obscureció David en parte la gloria de sus acciones por haber cometido adulterio con Betsabée, muger de Urías; y por la iniquidad con que para ocultar su delito, espuso al mismo Urías en el sitio de una plaza á una muerte inevitable. Los avisos que Dios envió á David por medio del profeta Natan le hicieron volver sobre sí y sentir el mas sincero arrepentimiento. Contribuyeron á ello las muchas aflicciones que luego experimentó, principalmente el haberse revelado contra él Absalon, su hijo querido. Este dió muerte en un convite á su hermano Amon en venganza de la torpe violencia que habia cometido con su hermana Tamar, y para evitar las iras de su padre tomó la fuga. Al fin David le restituyó á su gracia; pero él, ingrato y rebelde, ganando artificiosamente el favor del pueblo, intentó usurpar la corona, sublevando las ciudades de Israel contra su legítimo Príncipe. David se vé obligado á huir de Jerusalem; oye, y lleva con

paciencia las injurias y execraciones que contra él pronuncia Semeí, pariente de Saul; y Absalon á la frente de sus parciales entra en Jerusalem, y es aclamado por soberano.

Dios, que no olvidaba á su siervo David, quiso que de algunos vasallos fieles pudiese formar un ejército, cuyo mando confió á Joab; y venciendo este á Absalon, recibió su castigo aquel rebelde hijo, pues cuando huia despues de perdida la batalla, se le enredaron sus hermosos cabellos en las ramas de una encina, y quedó colgado de ellos hasta que Joab y diez de los suyos le quitaron la vida. Con la muerte de Absalon obedeció todo Israel á su legítimo dueño.

David, postrados ya sus enemigos, coronó á su hijo Salomon, y poco antes de morir hizo todos los preparativos para la fábrica de un suntuoso templo consagrado á Dios.

Los Salmos de este gran Rey y profeta manifiestan el divino espíritu que le animaba, y con ellos supo dar gloria á Dios y saludable doctrina á los hombres.

## LECCION XI.

### *Reinado de Salomón.*

**T**eníá Salomon diez y nueve años cuando empezó á reinar; y fué amado de todo Israel. Favorecióle Dios con proponerle escogiese entre todos los bienes del mundo el que mas le agradase. Salomon pidió la sabiduría, y complació tanto al Señor esta buena eleccion, que no solo le concedió



la sabiduría, sino tambien los demas bienes.

A los principios de su reinado pronunció aquel célebre juicio sobre la causa de dos mugeres que se decian madres de un mismo niño. Mandando dividir por medio la criatura, y dar la mitad á cada una de las mugeres, conoció qual era la verdadera madre, porque ésta se resistió á semejante ejecucion, y la otra convino en ella.

Edificó con indecible magnificencia el templo de Jerusalem, como unos tres mil años despues de la creacion del mundo, y mil antes del nacimiento de nuestro Redentor, habiendo empleado siete en la obra. Celebró la dedicacion del templo, y en él colocó el Arca con la mayor solemnidad, siendo Jerusalem desde entonces la ciudad santa, imagen de la Iglesia en que Dios habitaria como en su verdadero templo.

Edificó grandes palacios dentro y fuera de Jerusalem, y la riqueza que en ellos se ostentaba, el comercio, la navegacion, la abundancia y tranquilidad que hacian tan floreciente su imperio, arrebatában la admiracion de las gentes, que acudian desde lejos á ser testigos de la magestad de aquel Rey. Los mismos príncipes, y entre ellos la Reina de Sabá, vinieron á ver y oír á Salomon, tomando lecciones de su sabiduría que aun era mas asombrosa que su riqueza.

¿Quién diria que un príncipe á quien Dios colmó de tantos beneficios habia de ser ingrato á ellos? Entregó su corazon á los bienes temporales, y olvidado del soberano Autor á quien los debia, dejándose llevar del amor á infinitas mugeres estrangeras, se precipitó en la idolatría, y murió des-

pues de haber reinado cuarenta años, dejando dudosa su salvacion á la posteridad.

## LECCION XII.

### *Division de las Tribus.*

**F**ué sucesor de Salomon su hijo Roboam, quien no siguiendo el consejo de los ancianos, sino el de algunos jóvenes inespertos, respondió con altivez y dureza al pueblo que le pedia aliviase los tributos. Con este motivo le negaron la obediencia diez tribus, las cuales eligiendo por su Rey á Jeroboam, conservaron el nombre de reino de Israel; y de las otras dos tribus que permanecieron fieles á Roboam, se formó el reino de Judá.

Para evitar confusion, consideraremos la serie de los Reyes de Israel separada de la de los Reyes de Judá, empezando por la de aquellos, supuesto que fué de mucho menor duracion.

## LECCION XIII.

### *Reyes de Israel.*

**E**xaltado Jeroboam al trono, prohibió á sus vasallos ir á sacrificar en el templo de Jerusalem, temiendo que en ocasion de este acto religioso volviesen las diez tribus á la dominacion del Rey de Judá. Erigió dos becerros de oro, uno en Betel y otro en Dan, á los cuales dió el nombre de dioses de Israel; pero conservó la ley de Moises, aunque interpretándola á su antojo.

Un profeta le anunció el castigo de aquella idolatría. El altar en que Jeroboam sacrificaba, se hizo pedazos, y al mismo tiempo se le secó la mano que levantó para dar orden de prender al profeta; pero recobró luego el uso de ella por las oraciones de este mismo.

Permaneció Jeroboam en su idolatría hasta la muerte, no obstante las desgracias que le predijo el profeta Ahías, y su ejército fué destrozado por el de Judá.

Nadab, tan malvado como su padre, solo reinó dos años, y fué asesinado por Baasa, que apoderándose del reino de Israel, esterminó toda la familia de Jeroboam. Su hijo Ela reinó dos años, y murió á manos de Zambri, general de su caballería, que le usurpó la corona, aunque solo reinó siete dias. Viéndose Zambri sitiado por Amrí, pegó fuego á su palacio, y se quemó con él. Amrí edificó la ciudad de Samaria, capital del reino de Israel, y en su reinado de doce años escedió en impiedad á sus predecesores. Pero mas impío que todos fué su hijo Acab, que habiendo tomado por muger á Jezabel, princesa idólatra y enemiga declarada de los profetas, adoró con ella el ídolo de Baal, edificándole un templo. Los vasallos imitaron la idolatría de su rey, y la prevaricacion llegó á ser tan general, que parecia no tenia ya el verdadero Dios quien le adorase en todo el reino de Israel.

Envio Dios entonces al profeta Elías por cuyos milagros manifestó su poder. Anunció este profeta una gran sequedad, que se verificó, y durante ella permaneció escondido, manteniéndose de pan y carne que unos cuervos le traian. Despues le daba ali-

mento una viuda de Sarepta, con quien obró Dios el prodigio de que nunca se disminuyesen un poco de harina y una redoma de aceite que era lo único que tenía; y en recompensa quiso el Señor resucitar por los ruegos de Elías á un hijo de aquella viuda.

Inducido Acab por Jezabel hizo buscar á Elías, y no hallándole, mandó aquella malvada muger dar muerte á todos los santos Profetas que pudo descubrir.

Presentóse Elías ante Acab, intimándole juntase cuatrocientos cincuenta profetas de Baal para que á vista de ellos se manifestase cual era el verdadero Dios. Dispuso que estos escogiesen una víctima, y él escogió otra. Los idólatras invocaron en vano á Baal; pero luego que Elías hizo su oracion, bajó del cielo un fuego que consumió su víctima, con la leña, y aun las piedras del altar y el agua que le rodeaba. Pasmado el pueblo de aquel portento, conoció la grandeza del Dios de Elías, y acabó con todos los profetas de Baal. Entonces llovió abundantemente en Israel, segun Elías lo habia profetizado.

No dejó de perseguirle Jezabel, y para no caer en sus manos, huyó Elías por sitios fragosos y estraviados hasta guarecerse en una cueva á la falda del monte Horeb. Volvió al reino de Israel, y allí admitió por discípulo y compañero á Eliséo, ungiéndole como á profeta.

Murió Acab traspasado de un flechazo en una batalla que dió al Rey de Siria, y los perros lamieron su sangre (segun se lo anunció el profeta) al modo que habian lamido la del inocente Nabot,



¿ quien Acab y Jezabel habian dado muerte porque se resistió á venderles la herencia de sus padres, cosa prohibida por la ley de Moises.

Ocozías, hijo y sucesor de Acab, no menos impío que él, reinó muy poco. Habiendo caido de una ventana, murió de resultas del golpe, conforme se lo anunció el profeta.

Sucedió á Ocozías su hermano Joram, en cuyo reinado continuaron los milagros de Elías. Este en compañía de Eliséo pasó el rio Jordan, haciendo con su capa que las aguas se dividiesen; y luego fué repentinamente arrebatado por el aire en un carro de fuego. Eliséo desconsolado le veia subir al Cielo, cuando Elías le dejó su capa; y de su maestro heredó el don de profecía y el de los milagros. El primero fué dividir tambien con la misma capa las aguas del Jordan. Despues con un poco de sal convirtió en saludable el agua mala de Jericó. Entrando en Betel, se burlaron de él unos muchachos, llamándole calvo, y dos osos destrozaron á cuarenta y dos de ellos. Sustentóle algun tiempo una muger de Sunam, á la cual premió Dios la caridad que tuvo con su siervo, dándole un hijo. Este murió y le resucitó Eliséo. Aumentó milagrosamente el aceite de la viuda de un profeta para que vendiéndole pagase á un acreedor. Curó de la lepra á Naaman, Capitan del Rey de Siria, mandándole se bañase en el Jordan siete veces. Con sus consejos ayudó al Rey Joram en la guerra que sostenia contra el Rey de Siria, el cual envió soldados á prender á Eliséo; pero el profeta alcanzó de Dios los cegase á todos. Condújolos hasta Samaria, en donde les restituyó la vista, y querien-



do Joram darles muerte, intercedió por ellos Eliséo, y el Rey los dejó ir libres.

Dos años despues Benadab, Rey de Siria, puso tan estrecho sitio á Samaria, que se siguió una extraordinaria carestía. Consoló Eliséo á Joram y á los samaritanos, profetizándoles que á las veinte y cuatro horas reinaria la mayor abundancia. En efecto, los sírios levantaron el sitio, y se pusieron en fuga, porque permitió Dios que oyesen ruido de carros, y de un formidable ejército, con lo cual dejaron en el campo gran cantidad de víveres y otros despojos.

Jehú, caudillo de las tropas de Joram, fué ungido Rey de Israel por uno de los discípulos de Eliséo. Mató de un flechazo á Joram, y animado con la orden que de parte de Dios recibió de aniquilar la familia de Acab, quitó la vida á los hijos, amigos, y cortesanos de éste, y mandó precipitar de una ventana á la orgullosa Jezabel, que fué hollada de los caballos y comida de perros, como lo habia profetizado Elías. Perecieron tambien todos los sacerdotes de Baal, quedando despedazado este ídolo, y destruido su templo. En todo cumplió Jehú la ley divina, menos en no haber abatido los dos becerros de oro de Dan y Betel; y murió á los veinte y ocho años de su reinado, dejando la corona á Joacaz su hijo.

Imitó éste la impiedad de Jeroboam, y en su tiempo Hazael, Rey de Siria, sojuzgó á los israelitas reduciéndolos á las mas crueles calamidades. Al fin tuvo Dios misericordia de su pueblo, y para libertarle se sirvió de Joás, que sucedió en el reino á Joacaz su padre y venció en tres ocasio-

nes á los sirios, recobrando las ciudades conquistadas por Hazael. Otras muchas recuperó Jeroboam segundo, hijo y sucesor de Joás, y restableció los antiguos términos del reino de Israel.

En tiempo de este príncipe floreció el profeta Jonás, á quien mandó Dios predicase á los ninivitas, exhortándolos á penitencia. Temeroso Jonás de ser maltratado por aquellos idólatras, se embarcó para Társis en lugar de ir á Nívine; pero apenas salió del puerto, se levantó una tempestad que iba á sumergir la nave. Conoció entonces Jonás que aquella borrasca era el castigo de su desobediencia; y para que cesase, pidió le arrojasen al agua. Con haberlo ejecutado así los marineros, calmó en efecto la tempestad. Tragó á Jonás una ballena, que le tuvo tres dias en su vientre, y al cabo de ellos le arojó á la ribera. Partió Jonás á Nívine, en donde predicó la palabra de Dios, anunciando que dentro de cuarenta dias sería aniquilada aquella ciudad; pero hicieron los ninivitas tan verdadera penitencia, á egemplo de su Rey, que el Señor apiadado de ellos suspendió el castigo.

Despues de varias turbulencias que padeció el reino de Israel, subió al trono Zacarías, hijo de Jeroboam. A los seis meses le dio muerte Selum, el cual solo reinó un mes, y murió á manos de Manahem, que le usurpó la corona, y la conservó diez años. Sucedióle su hijo Faceya, que reinó dos, habiéndole quitado la vida Facée, General de sus tropas. Este gobernó veinte años, y murió en una conjuración dirigida por Osée.

Despues de la muerte de Facée subió Osée al trono. Hizole tributario suyo Salmanasar, Rey de

Asiria; pero habiendo intentado Osée libertarse de aquella opresion, vino Saimanasar con un poderoso ejército, tomó á Samaria al cabo de tres años de sitio, y encarceló al Rey. Las diez Tribus que componian aquel reino, en que ya se hallaba destruido el culto de Dios, fueron conducidas á Asiria, y dispersas de tal manera entre los gentiles, que apenas quedó reliquia de ellas: terrible castigo que envió Dios á aquel pueblo corrompido, despues que por boca de los profetas le habia amenazado tan repetidas veces. Así acabó el reino de Israel á los doscientos cincuenta y cuatro años de su separacion del de Judá.

Uno de los cautivos llevados entonces á Nínive fué Tobías, de la tribu de Neftalí, varon tan señalado por la suma caridad con que repartia limosnas á los compañeros de su cautiverio, y les daba sepultura, como por la ejemplar resignacion con que toleró los males que le sobrevinieron. El principal de ellos fué haber cegado; y ademas cayó en pobreza, y tuvo que sufrir las reconvenciones de Ana su muger que le hacia cargo de que con todas las limosnas que habia distribuido no pudiese libertarse de tantas desdichas. En esta situacion mandó á un hijo suyo llamado tambien Tobías, que partiese á Ragés, ciudad de los medos, á cobrar la cantidad de diez talentos de plata que le debia Gabelo. Para servir de guia en el viage á Tobías el joven, se presentó entonces el Angel Rafael, en figura de un gallardo mañebo. Tobías en el camino se bañaba á orillas del rio Tigris, cuando se vió acometido de un pez monstruoso. Mandóle el Angel que le cogiese y le sacase el corazon, el hígado y la hiel,

que le servirían para remedios muy útiles.

Por consejo del Angel se casó despues Tobías el jóven con Sara, hija de Raquel y parienta suya. Esta habia tenido siete maridos que habian muerto todos ahogados por el demonio: pero Tobías se libertó de padecer igual desgracia con haber quemado el hígado del pez, segun el Angel se lo previno, ahuyentando así al maligno espíritu, y con la oracion y continencia que observó con la mayor exactitud en los tres primeros dias de su boda, conforme al encargo del Angel.

Cobró S. Rafael los diez talentos que debía Gabelo, y volvió con Tobías á casa de su anciano padre, llevando el cuantioso dote de Sara. Apenas llegó el jóven, ungió los ojos del viejo Tobías con la hiel del pez, y le restituyó la vista. Rindieron todos gracias al Señor, y el Angel se dió á conocer.

Murió Tobías el padre á la edad de ciento y dos años. El hijo pasó despues á vivir con su suegro Raquel, y llegando tambien á edad avanzada, logró ver nietos suyos hasta la quinta generacion.

#### LECCION XIV.

##### *Reyes de Judá.*

**R**etrocedamos al tiempo en que las diez tribus que formaron el reino de Israel, se separaron de la casa de David. Entonces, Roboam, hijo de Salomon, quedó Rey de Judá; esto es, de las dos tribus que se mantuvieron fieles, pero no dejó de caer en la idolatría, por lo cual permitió Dios que entrando en la tierra de Judá con un formidable



ejército Sesac, Rey de Egipto, llegase hasta Jerusalén, y se apoderase de los tesoros del templo. Al fin se apiadó el Señor, y cesó aquel estrago.

Por muerte de Roboam reinó tres años su hijo Abia, que alcanzó de Jeroboam una gran victoria con inferior número de tropas: pero lejos de vivir reconocido á la visible proteccion de Dios, imitó la impiedad de Jeroboam.

Asa, hermano de Abia, se opuso á la idolatría, derribando los altares de los falsos dioses, y logró en paz un reinado de mas de cuarenta años, despues de haber derrotado el numeroso ejército de Zara, Rey de Etiopia.

Floració la piedad y la justicia en tiempo de Josafat, que destruyó los bosques consagrados á los ídolos, echó de sus estados á algunos hombres de vida licenciosa, y envió por las ciudades sacerdotes que enseñasen la ley de Dios. Aumentáronse sus riquezas, su gloria y número de soldados, de suerte que fué respetado de las naciones confinantes en los veinte y cinco años que reinó.

Sucedióle Joram, su primogénito, tan cruel é impío, que dió la muerte á todos sus hermanos, y levantó altares á los falsos dioses para complacer á su esposa Atalía, hija de Acab y de Jezabel. El profeta Elías le anunció por escrito un cruel castigo, que se verificó puntualmente; pues destruyendo los filistéos y los árabes la tierra de Judá, el palacio de Joram fué saqueado, quedaron cautivos sus hijos y mugeres, y él murió con vehementísimos dolores.

Su hijo Ocozias que entró en el reino, y solo le gozó un año, siguió en todo la impiedad que su



madre Atalía habia heredado de Acab y de Jezabel; y perdió la vida por disposicion de Jehú, Rey de Israel. Atalía, llevada del ambicioso deseo de reinar, dió muerte á todos los príncipes de la real casa de David. Solo Joás, el menor de ellos, fué salvado por la diligencia y celo de Josabet, hermana de Ocozías, y esposa del sumo sacerdote Joyada, la cual le tuvo seis años oculto en el Templo. Reinó Atalía en Jerusalem seis años, hasta que el mismo Joyada ciñó la corona á Joás, entonces de edad de siete años, y le hizo reconocer por todo el pueblo, que sublevado contra Atalía, la dió muerte.

Permaneció Joás fiel á los consejos de Joyada; pero muerto este, los olvidó, y permitió la renovacion de la idolatría. Hizo apedrear al sumo sacerdote Zacarías, hijo de Joyada, porque reprendió las infidelidades del pueblo; pero no tardó en recibir el castigo de tal ingratitude, pues marchando contra Jerusalem Hazael, Rey de Siria, saqueó la ciudad y dió muerte á muchos grandes del reino. Joás, ultrajado por los sirios, les dejó sus tesoros, y afligido de una larga enfermedad, fué muerto en su cama por dos de los suyos, despues de haber reinado cuarenta años.

Amasías, hijo y sucesor de Joás, vengó la muerte de su padre, y venció á los iduméos. Orgullosos con esta fortuna, incurrió en la idolatría, y peleando contra Joás Rey de Israel, que le exhortaba á la paz, perdió su ejército, y quedó hecho prisionero. Despues le asesinaron sus mismos vasallos.

Ozías, por otro nombre Azarías, fué dichoso en sus guerras contra los iduméos y filistéos, ven-

ció á los árabès , hizo tributarios á los amonitas , y fortificó á Jerusalem ; pero despues se vició , quiso usurpar á los Sacerdotes sus funciones , y estándole ofreciendo incienso en el templo , le castigó Dios con una lepra. Murió á los cincuenta y dos años de su reinado.

Joatam, su hijo, fué un príncipe virtuoso, á quien Dios concedió victorias , y reinó diez y seis años.

Su hijo Acaz promovió la idolatría , y padeció el azote de la guerra que le declararon los Reyes de Israel y de Siria , desbaratando su ejército , y sitiándole en Jerusalem. Lejos de convertirse , y de dar oídos á las exhortaciones del profeta Isaías , se obstinó en tributar culto á los ídolos , y murió al cabo de un reinado de diez y seis años , dejando por sucesor á su hijo Ezequías.

Este príncipe virtuoso abrió el templo de Jerusalem que su padre Acaz habia cerrado , y destruyó la adoracion de los falsos dioses. Premió Dios su piedad , haciéndole vencedor de los filistéos , y consolándole por medio del profeta Isaías. A tiempo que Senacherib venia con un poderoso ejército contra Judea , cayó Ezequías gravemente enfermo , y aquel profeta le anunció su cercana muerte. Aflicto el piadoso Rey por el peligro en que dejaba sus estados , pidió al Señor le alargase la vida hasta vencer á sus enemigos. Mandó entonces Dios á Isaías le dijese que dentro de tres dias se hallaria sano , que viviria quince añ . mas , y que se libraria de Senacherib , en confirmacion de cuya promesa permitió el Señor que la sombra retrocediese milagrosamente diez líneas en el cuadrante de Acaz. Envió luego á su Angel esternunador , que

en el espacio de una noche quitó la vida á ciento ochenta y cinco mil soldados de Senacherib: este al dia siguiente tomó la fuga, y despues fué asesinado por dos hijos suyos. Reinó Ezequías veinte y nueve años, y dejó la corona á su hijo Manasés, que en vez de seguir las huellas de su piadoso padre, restituyó el culto de los ídolos, incurriendo en infinitas abominaciones, é inclinándose particularmente á las supersticiones mágicas. Entraron los asirios en Judea, y Manasés fué llevado cautivo á Babilonia. Volvió entonces sobre sí, y clamando al Señor hizo penitencia, hasta que, puesto en libertad, volvió á Jerusalem, derribó los ídolos, y restableció el verdadero culto. Su reinado fué de cincuenta y cinco años.

En este tiempo colocan muchos la historia de Judit, que se refiere en los sagrados libros, y se reduce á lo siguiente.

Holofernes, General del ejército de Nabucodonosor, Rey de los asirios, tenia sitiada á Betulia, ciudad de Judea, y cortando los conductos de las aguas, habia puesto á los habitantes en términos de entregarse. Infundió entonces Dios singular esfuerzo en Judit, viuda rica y hermosa, que vivia dedicada á los mas virtuosos ejercicios, la cual, sabiendo que los de Betulia estaban determinados á rendirse, les pidió lo suspendiesen hasta que ella pasiese en ejecucion un arbitrio que habia meditado. Despues de haber orado fervorosamente, llevada de particular inspiracion del cielo, se adornó con preciosas galas, salió de la ciudad, y algunos soldados enemigos la condujeron á la tienda de Holofernes. Prendado este feroz caudillo así de la her-

mosura de Judit, como de la discrecion con que le habló, mandó la tratasen bien. Quiso le acompañase en un banquete, y habiendo bebido con exceso, se quedó profundamente dormido. Retiráronse todos de la tienda, dejaron sola á Judit con Holofernes, y ella, aprovechándose de la ocasion, le cortó la cabeza, la guardó en un saco, y se volvió á Betulia. Cuando los asirios hallaron dogollado á su General, llenos de espanto huyeron desordenadamente, y el nombre de la inmortal Judit, libertadora de su pueblo, fué celebrado en todo Israel.

Por muerte de Manasés pasó la corona á las sienes de Amon, que imitó á su padre en la impiedad, mas no en la penitencia, y fué muerto en una conjuracion á los dos años de su reinado.

Subió al trono Josías, que acreditó su espíritu verdaderamente religioso, destruyendo el culto de los ídolos, y reparando el templo de Jerusalem. En él halló el libro de la ley y procuró su observancia con el mayor celo. Murió á los treinta y un años de su reinado en una batalla que dió á Necao, quando este rey de Egipto pasaba por la tierra de Judá, marchando contra el de los asirios.

Joacaz, uno de los hijos de Josías, solo reinó tres meses, y le depuso Necao, coronando en su lugar á Eliakim ó á Joakim, hermano mayor del mismo Joacaz. En tiempo de Eliakim llegaron al estremo los abominables pecados del pueblo judío, y el profeta Jeremías, haciendo la mas triste pintura de ellos le exortaba en vano al arrepentimiento, anunciándole el cautiverio de setenta años que le amenazaba en Babilonia,



Con efecto, indignado el Señor contra aquella nación ingrata y corrompida, permitió que Nabucodonosor segundo, tomase á Jerusalem, y llevase cautivo al rey Eliakim, con todos los príncipes de la casa real y sus vasallos. Desde entonces empezaron á contarse los setenta años de la cautividad profetizada por Jeremías. Aunque Eliakim fué puesto en libertad, quedó siempre sujeto con todos los suyos á la dominacion del rey de Babilonia. Intentó despues sacudir el yugo, y esta empresa ocasionó su muerte. El ejército de los caldeos asoló todo el pais, y Eliakim pereció en aquel destrozo.

Sucedióle Jeconías su hijo, pero solo había reinado tres meses, cuando volviendo Nabucodonosor á Judéa, conquistó de nuevo á Jerusalem, y envió cautiva á Babilonia la mayor parte de los habitantes, incluso el mismo Jeconías. Esta fué la segunda transmigracion.

Sedecías, colocado por Nabucodonosor en el trono de su sobrino Jeconías, igualó en perversidad á Eliakim su hermano, dando oídos á los falsos profetas y culto á los ídolos. Contrajo alianza con el rey de Egipto, esperando contrarrestar al de Babilonia; pero este ahuyentó las tropas egipcias, y cercó á Jerusalem hasta reducirla por hambre y tomarla tercera vez. Pasó á cuchillo á sus moradores sin perdonar edad ni sexo; y despues de quitar la vida á los dos hijos de Sedecías ante su mismo padre, sacó los ojos á este, y le llevó cautivo á Babilonia, donde murió de pesar al cabo de un año en una carcel.

Los males que padeció Jerusalem durante aquella desolacion, son el principal asunto de las lamen-



aciones ó trenos del profeta Jeremías, el cual después de sufrir varias persecuciones se retiró á Egipto.

## LECCION XV.

### *Cautiverio de Babilonia.*

**A**unque los judíos por hallarse lejos de su patria y bajo una dominación estrangera, se consideraban cautivos, no por eso estaban aprisionados, antes bien vivian entre los babilonios con libertad de adquirir haciendas, y de gobernarse conforme á sus leyes nacionales.

Por aquellos tiempos acaeció la historia que refiere el profeta Daniel de la casta muger Susana, á quien solicitaron torpemente dos inicios viejos, y no pudiendo rendirla, la acusaron falsamente de adulterio hasta lograr que la sentenciasen á muerte. Daniel, inspirado de Dios, descubrió la inocencia de Susana, y la hizo patente al pueblo por la contradicción que advirtió en las declaraciones de los dos calumniadores; y estos padecieron el suplicio á que injustamente habia sido condenada la virtuosa hebrea.

Daniel, Ananías, Misael y Azarías se habian criado en el palacio del rey de Babilonia; pero observando siempre la ley divina.

Tuvo Nabucodonosor un espantoso sueño en que se le representó una estatua compuesta de diferentes metales. Pero se le borró de la memoria enteramente lo que habia soñado. No pudiendo los adivinos acertarlo, y menos interpretar aquella visión, la esplicó Daniel, diciendo al rey que la estatua que

había visto tenía la cabeza de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de cobre y los pies parte de hierro y parte de barro: que desprendiéndose del monte una piedra, dió en los pies de la estatua, y la derribó é hizo menudos pedazos; y que aquella piedra fué creciendo hasta convertirse en un gran monte que cubria toda la tierra. Segun interpretó Daniel la cabeza de oro significaba el imperio de Babilonia, el cual sería destruido por otro (esto es, por el de los persas) que á este segundo imperio seguiria otro tercero (el de Alejandro Magno) que despues vendría el cuarto (el de los romanos) y que al fin estableceria Dios un reino (esto es, el de Jesucristo) que jamas se destruiria, y se estenderia por todo el orbe. Recompensó el rey á Daniel con ricos presentes, haciéndole gobernador de las provincias de Babilonia y reconoció al verdadero Dios. Pero cegó tanto á Nabucodonosor su orgullo, que se mandó retratar en una grande estatua de oro, y quiso que todos le adorasen. Resistieronse á ello los tres jóvenes Ananías, Misael y Azarías, por lo cual mandó el rey los arrojasen á un horno ardiendo. Las llamas consumieron á los verdugos; pero los tres mozos se pasearon por medio de ellas sin recibir lesion alguna, y cantando alabanzas al Señor. Este prodigio convirtió por entonces á Nabucodonosor; mas reincidiendo despues en su loca vanidad, le castigó Dios con privarle de la razon y condenarle á vivir siete años entre los brutos, andando en cuatro pies, y pasciendo la yerba como ellos. Cumplidos los siete años de su penitencia, recobró la razon, volvió al trono y á su antiguo poder, y no cesó de publi-

car en lo restante de su vida las maravillas que con él habia obrado Dios.

Evilmerodac, hijo y sucesor de Nabucodonosor, sacó á Jeconías, último Rey de Judá, de la prision en que habia pasado treinta años, y le trató con la mayor clemencia.

Entonces descubrió Daniel el artificio de los sacerdotes del ídolo de Bel, que hacian creer al pueblo era aquella falsa deidad la que consumia las viandas de que la hacian ofrenda. Por disposición de Evilmerodac quedó el templo destruido y castigados los sacerdotes. Sublevóse el pueblo contra Daniel, y el rey se vió precisado á entregar la persona de este profeta, al cual encerraron sus enemigos durante seis dias en el lago de los leones para que le despedazasen. Condujo entonces un Angel al profeta Habacuc desde Judéa á Babilonia para que llevase alimento á Daniel. Fué el rey á verle en el lago y le halló sentado entre los leones sin haber padecido daño alguno. Hizole sacar, y mandó encerrar allí á los perseguidores de Daniel, que al instante fueron destrozados.

Reinando Baltasar, nieto de Nabucodonosor, sitiaron á Babilonia Ciro, Rey de los persas, y Darío, Rey de los medos. Durante el asedio, que fué de dos años, los babilonios que tenian la ciudad por inconquistable, se entregaban á diversiones, y Baltasar dió un espléndido banquete, bebiendo en los vasos sagrados, traídos del Templo de Jerusalem; pero en medio del convite se vió una mano que escribió en la pared de la sala estas misteriosas palabras *Mane, Thecel, Phares*, que solo Daniel pudo interpretar, diciendo al Rey en substancia,

que Dios había determinado el fin de su reino, y su division entre los medos y los persas. Así se verificó aquella noche, en la cual fué muerto Baltasar, y tomada Babilonia.

Conservó Daniel su autoridad con el nuevo monarca Darío; mas por envidia de algunos cortesanos fué por segunda vez arrojado al lago de los leones, y repitiéndose el prodigio de no haberle estos causado la menor lesion, le sacó de allí el Rey y condenó á morir en el lago á los acusadores.

## LECCION XVI.

### *Fin del cautiverio.*

**F**alleció Darío á los dos años de su reinado, y Ciro, su yerno, heredó el imperio de los medos, como tambien el de los persas por muerte de su padre Cambises. Publicó desde luego el célebre edicto que permitia á los judíos restituirse á su pais, y reedificar el templo de Jerusalem, segun lo habia profetizado Isaías.

Entonces Zorobabel descendiente de David, partió á Judéa acaudillando á mas de cuarenta y dos mil hebreos, y Esdras condujo despues otra gran porcion. Luego que los judíos llegaron á su patria, celebraron la fiesta de los tabernáculos, restablecieron el altar de los holocaustos, y al cabo de un año echaron los cimientos del templo de Jerusalem con demostraciones del mayor júbilo. Por la oposicion de los samaritanos estuvo diez y seis años suspendida la obra del templo; pero se volvió á emprender con ardor y se concluyó felizmente, aunque



no con la magnificencia que se admiraba en el antiguo. Las exhortaciones del profeta Agéo y el celo de Zorobabel y del sumo sacerdote Jesus, hijo de Josedet, animaron grandemente á los judíos que hasta allí atendian mas á edificar sus casas que la de Dios.

Se duda á qué tiempo pertenece la historia de la reina Estér, que refiere la sagrada escritura; pero creen muchos acacció mientras habia gran número de judíos en Persia.

Vivia en Susa, capital de aquel imperio el judío Mardoqueo con su sobrina Estér, á quien habia criado en la religion de sus padres. La rara hermosura de esta muger fué causa de que el rey Asuero la tomase por esposa, sin saber que era judía. Tenia Asuero por gran privado á un hombre orgulloso, llamado Amán, á quien todos los vasallos doblaban la rodilla, y adoraban por mandado del Rey. Solo Mardoqueo se resistió á rendir adoracion, no ocultando que era Judío. Irritado Amán, juró acabar con Mardoqueo y con todos los de su nacion. A este fin alcanzó del rey un edicto para que en cierto dia determinado se diese muerte á todos los judíos, y se confiscasen sus bienes. Affligido Mardoqueo, se valió de la intercesion de Estér, dirigiendo ambos sus ruegos al Dios de Abraham.

Aunque nadie podia presentarse ante el rey sin su licencia, Ester tomó la resolucion de entrar á hablar con Asuero. Desmayóse de temor y respeto á la magestad del rey que estaba sentado en su trono; pero él mismo se levantó á sostenerla, prometiendo darla gusto aunque le pidiese la mitad de su reino. Suplicóle Estér se dignase de asistir á



un convite que queria darle y que le acompañase Amán. Vino el rey en ello; y despues del convite dijo Estér que el dia siguiente declararía cual era la gracia que solicitaba de Asuero.

Al salir Amán del banquete encontró á Mardoqueo y ni siquiera quiso mirarle. Mandó luego disponer una horca muy alta, con propósito de pedir al dia siguiente licencia del rey para ajusticiar en ella á Mardoqueo.

Importa saber que este habia descubierto en otro tiempo una conspiracion maquinada contra Asuero, y le habia dado parte de ella por medio de Estér. El rey, que aquella noche hacia le leyesen los anales de su reinado, llegando al lugar en que se referia el gran servicio que le habia hecho Mardoqueo, mandó llamar á Amán. Preguntóle qué habia de hacer un rey con una persona á quien deseaba distinguir singularmente. Pensando Amán que se trataba de él, respondió que se le debia adornar con la corona y vestiduras reales, y montado en el caballo del mismo rey, pasearle por toda la ciudad, llevando las riendas el primer señor de la corte. Mandóle entonces el rey lo ejecutara así puntualmente con Mardoqueo, y Amán hubo de obedecer á pesar suyo.

Al fin Estér declaró al rey en ocasion oportuna, que era judía, y le pidió revocase la cruel sentencia que Amán le habia hecho dar contra la nacion hebrea. No solamente concedió Asuero esta gracia, sino que mandó colgar á Amán de la misma horca prevenida para Mardoqueo, el cual mereció desde entonces la privanza del rey.

Reedificado el templo de Jerusalem, se aplicaron

tambien los judíos á levantar los muros que habia destruido Nabucodonosor, contribuyendo á esta obra Nehemías, gobernador de Judéa.

Al tiempo de la ruina de aquella ciudad habia escondido Jeremías el fuego sagrado en un pozo seco y profundo. En su lugar solo halló Nehemías un poco de agua cenagosa; pero derramándola sobre la leña y las víctimas, dispuso Dios se levantara llama con general admiracion de los circunstantes.

Mientras duró el imperio de los persas vivieron sosegados los judíos, pagando un corto tributo al soberano y gobernados segun sus propias leyes por los pontífices ó sumos sacerdotes ayudados de setenta y un ancianos que formaban una especie de república. Aumentóse la poblacion, reparáronse las ciudades arruinadas, prosperó la agricultura y conservóse en el templo con mas celo que nunca el culto del verdadero Dios, reuniendo á este fin sus piadosos esfuerzos Esdras y Nehemías.

## LECCION XVII.

*Sucesos de los judíos desde el fin del cautiverio hasta la venida de Cristo.*

**A**lejandro Magno, célebre conquistador de la mayor parte del oriente, despues de haberse apoderado del imperio de los persas y dominado por consiguiente á los judíos, trató benignamente á estos, sin perturbarlos en la libertad de su religion y gobierno.

Por muerte de aquel Príncipe se dividió su im-

perio en cuatro reinos, el de Macedonia, el de Tracia, el de Egipto y el de Siria, reinando en Egipto los Ptolomeos, y en Siria los Seléucidas. Durante las guerras que tuvieron entre sí estos soberanos, esperimentó el pueblo hebreo algunas persecuciones; pero cuando los Reyes de Siria, venciendo á los de Egipto, quedaron dueños de Judéa, favorecieron mucho á los judíos. Seleuco Nicanor les dió privilegio de ciudadanos no solo en las ciudades del Asia menor, sino tambien en la misma Antioquía. No fueron menores las prerogativas que concedió á Jerusalem Antíoco, nieto de Seleuco; y entonces fué cuando empezaron los judíos á ser conocidos entre los griegos. Vivieron tan pacíficamente bajo el dominio de los Monarcas de Siria, que en muchos años no les acaeció suceso memorable de que se haga mencion en los sagrados libros.

Reinando Seleuco Filopátor, pasó á Jerusalem su ministro Heliodoro con intento de robar de mano armada los tesoros del templo. Habiendo Heliodoro entrado en él, le detuvieron dos Angeles en figura de jóvenes, azotándole hasta dejarle en tierra sin sentido; pero mediante las oraciones del Pontífice Onias, se libertó de la muerte, y arrepentido de su atentado, se volvió publicandó las maravillas de Dios.

Antíoco Epifanes, sucesor de Seleuco, y cruel perseguidor de los judíos, saqueó á Jerusalem, llevándolo todo á sangre y fuego, apoderándose de los vasos sagrados, y queriendo establecer el culto de los ídolos gentílicos, á los cuales no quisieron rendir sacrificios los hebreos; de suerte que algunos de ellos padecieron por esta causa glorioso

martirio. El anciano Eleazar, y siete hermanos jóvenes con su valerosa madre sufrieron entonces los mas bárbaros tormentos hasta morir en defensa de la religion de sus padres.

En aquella terrible persecucion se señaló Matatías, que con pocos judíos hizo frente á las tropas de Antioco, consiguiendo admirables victorias; y despues de su muerte reconoció el pueblo hebreo por caudillo á uno de los hijos de Matatías, llamado Judas Macabéo.

Ayudado éste de un cortísimo número de judíos, venció cuatro veces al crecido ejército de Siria, mandado en la primera por Apolonio, en la segunda por Seson, en la tercera por Nicanor, y en la cuarta por Lísias; y últimamente derrotó al mismo Antioco, que murió infelizmente precipitado de su carro, y comido de hediondos gusanos que le causaban los mas horribles dolores.

Esperimentó Judas Macabéo la continuacion del favor del cielo en los triunfos que igualmente consiguió de Antioco Eupátor y de Demetrio, sucesores de Antioco Epifánes; y despues de haber pactado una ventajosa alianza con el pueblo romano, murió valerosamente en un obstinado combate que sostuvo con poquísimos soldados contra el ejército de Siria.

Su hermano Jonatas conservó la gloria del nombre Macabéo por su grande esfuerzo y conducta, saliendo vencedor de sus enemigos, hasta que fué muerto por el traidor Trifon, tirano de Siria.

Despues de Jonatas acaudilló á los judíos su hermano Simon, el mas prudente y feliz de todos los Macabéos. Defendió con las armas la libertad de

su patria, espeliendo de ella á los sirios, y reunió en su persona y en la de sus sucesores, la dignidad de Soberano y la de Pontífice. Murió asesinado en un convite, juntamente con dos hijos suyos, por Ptolomeo Evergétes, su yerno.

Continuaron los judíos en ser gobernados por los descendientes de la familia de los Macabéos, hasta el tiempo en que los romanos conquistaron la Judéa, haciéndola provincia suya.

## LECCION XVIII.

*Venida de Jesucristo, su pasion y muerte &c.  
y establecimiento de su Iglesia.*

**M**andaba en la Judéa Herodes Ascalonita, á quien Cesar Augusto, por otro nombre Octaviano, Emperador de los romanos, habia permitido el título de Rey, cuando vino al mundo Jesucristo, único Hijo de Dios, que era aquel Mesías prometido para salvar al género humano. Fué su madre la Virgen María, de la tribu de Judá y de la familia de David, esposa de San José, á la cual el Angel San Gabriel, enviado por Dios, habia anunciado que, sin dejar de ser vírgen, daría á luz un hijo que sería el redentor de los hombres. Nació éste hácia los cuatro mil años de la creacion del mundo, y á los treinta y siete del gobierno de Herodes, en Belen, y en un establo.

Envió el cielo Angeles que diesen noticia del nacimiento de Cristo á los pastores de la comarca, los cuales vinieron á adorarle; y tres magos del orien-



te, guiados por una singular estrella que vieron aparecer en el cielo, emprendieron un largo viage para ver al recién nacido, adorarle y presentarle sus dones y ofrendas.

Fué Jesucristo circuncidado á los ocho dias, y presentado en el templo á los cuarenta, sujetándose la Virgen su madre á la ley de la purificacion. San José y su esposa, por mandado de un Angel, le llevaron á Egipto para huir de la persecucion de Herodes que, noticioso de haber nacido el Rey de los judíos anunciado en las profecías, hizo degollar cruelmente en Belen y sus cercanías, á todos los niños de dos años abajo, para acertar entre ellos con el que era el objeto de sus temores.

Muerto Herodes, volvió Jesucristo de Egipto, y vivió en compañía de sus padres en Nazaret de Galiléa hasta el tiempo de su predicacion. A la edad de doce años, le llevaron aquellos al templo de Jerusalem para asistir á la fiesta de la pascua, y se les perdió en la ciudad. Pasados tres dias, le hallaron en el Templo sentado en medio de los Doctores, disputando con ellos.

Hasta la edad de treinta años vivió sin darse á conocer á los hombres; y antes de empezar su divino ministerio, le anunciaba á los judíos San Juan Bautista, Divino precursor que preparaba el camino á su Maestro. Habitaba San Juan en un desierto, haciendo la vida mas austera, predicando la penitencia, y declarando que no era él, como muchos lo creían, el Mesías deseado, sino un enviado suyo que disponia á los hombres para recibirle.

Bautizaba en las aguas del Jordan á cuantos se

convertian, y el mismo Jesucristo le pidió el bautismo, como si fuera un pecador. Entonces, abriéndose el cielo, se apareció el Espíritu Santo en forma de paloma, y se oyó la voz del Eterno Padre, que declaró ser aquel su hijo querido.

Retiróse el Salvador al desierto, en el cual pasó cuarenta dias, ayunando rigorosamente; y cuando ya el hambre le mortificaba, llegó el demonio á tentarle de varios modos. Ahuyentóle el Hijo de Dios, á quien los Angeles vinieron luego á servir, trayéndole de comer.

Empezó despues su predicacion, y confirmaba su doctrina con innumerables milagros.

En el primer año de su ministerio asistió á las bodas de Caná de Galiléa, en donde convirtió el agua en vino. Echó del Templo á los que en él compraban y vendian, y recorrió varios puebos de Judéa, atrayendo á muchos con su predicacion, en la cual exhortó entonces y siempre á la caridad, al desprecio de los bienes de este mundo, y á la obediencia debida á los Príncipes soberanos de la tierra. No solo declaró su doctrina sobre este último punto, mandando se pagase el censo á los romanos, y se diese al Cesar lo que es del Cesar, y á Dios lo que es de Dios, sino que para satisfacer el tributo por sí y por su discípulo San Pedro, hizo se encontrase una moneda en la boca de un pez.

En el segundo año de su predicacion, entre infinitos prodigios que obró, curó al hijo de un Centurion, y á la suegra de San Pedro; aplacó con su palabra una tempestad que se levantó en el lago de Genezaret, cuando iba navegando por el; sanó á dos hombres poseidos del demonio; resucitó á la

hija del Jairo, y curó á un infeliz que habia treinta y ocho años que estaba paralítico. Eligió entre sus discípulos doce, á quienes dió el nombre de apóstoles, esto es, enviados, los cuales se llamaban Simon (por otro nombre Pedro), Jacobo y Juan, hijos del Zebedeo, Andres, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomas, otro Jacobo, hijo de Alfeo, Judas Tadeo, Simon y Judas Iscariote, á quien despues sucedió Matías. A todos estos mandó predicasen su doctrina, instruyéndolos en ella con aquel célebre discurso moral, en que les esplicó las Bienaventuranzas, el amor de los enemigos, el odio á la hipocresía de los fariseos, el modo de orar con fruto, la confianza en la divina providencia, y otras muchas virtudes de que depende la salvacion de los hombres.

Por aquel tiempo Herodes Antipas, sucesor del Ascalonita, mandó degollar á San Juan Bautista, por la santa libertad con que le reprendió el trato ilícito que seguia con su cuñada Herodias. Salomé, hija de esta, danzó tan diestramente en presencia de Herodes, que prendado aquel Rey de su habilidad, juró la concedería cualquier premio que le pidiese; y ella por sugestion de su madre pidió la cabeza del Bautista.

Continuó Jesucristo sus milagros, curando á un endemoniado, y á un sordo y mudo, multiplicando cinco panes y dos peces de modo que con ellos dió de comer á cinco mil personas que oían su predicacion en el desierto, y en otra ocasion á cuatro mil con siete panes y algunos peces; caminando sobre las aguas en medio de una tempestad, y concediendo la salud á la hija de la Cananéa,

Predijo su pasión, muerte y resurrección; y subiendo al monte Tabor con sus apóstoles Pedro, Jacobo y Juan, se transfiguró á vista de ellos, mostrándose rodeado de un resplandor divino.

En el tercer año de su predicación fué á Jerusalem, y curó en el camino á diez leprosos: confundió la malignidad de los fariseos, pronunciando una sentencia llena de misericordia sobre el delito de una muger adúltera; y restituyó la vista á un ciego. Destinó setenta y dos discípulos para que predicasen la nueva ley, dándoles admirables documentos con que gobernarse en aquel sagrado ejercicio, y después de haber obrado muchos portentos, resucitó á Lázaro. Con este notable milagro muchos judíos creyeron en el Mesías; pero los fariseos se conjuraron para perderle.

Acercándose el tiempo de la pascua, fué á la ciudad de Jerusalem, y entró en ella montado en un jumento. Salió el pueblo á recibirle con aclamaciones de júbilo, cortando ramos de árboles con que cubrían el camino, tendiendo por él sus capas, llevando palmas en las manos, y cantando himnos.

Judas Iscariote ofreció á los príncipes de los sacerdotes que les entregaría la persona de Jesucristo por la cantidad de treinta dineros. Antes que así lo hiciese, celebró el Señor la pascua con sus Apóstoles; y concluida la cena, en que instituyó el divino Sacramento de su cuerpo y sangre, lavó los pies á todos, y profetizó que el traidor Judas le vendería, y que San Pedro le negaría tres veces antes que cantase el gallo. Pasó luego á orar en el monte Olivete, y acongojado al contemplar su pró-

xima muerte, prorumpió en un copioso sudor de sangre y agua; pero su Eterno Padre le envió un Angel á confortarle.

Llegó entonces Judas con soldados de parte de los príncipes de los sacerdotes, y dió un ósculo á Jesucristo para que la tropa conociese por esta señal, que aquel era á quien iban á prender. Preguntóles el Señor: *¿A quién buscáis?* Respondieron: *A Jesus Nazareno.* Díjoles: *Yo soy;* y al oír esto cayeron todos en tierra. Pero queriendo Jesucristo cumplir el misterio de la redencion, se entregó á sus enemigos, dejándose maniatar; y atemorizados los apóstoles, huyeron todos, menos San Pedro, que le siguió á lo lejos, y otro discípulo.

Fué llevado el Señor á casa de Anás, suegro de Caifás, y de allí á casa del mismo Caifás, sumo Sacerdote, en donde el consejo de los judíos examinó á Jesus como á un delincuente, presentando falsos testigos. Preguntáronle si era el verdadero Cristo, Hijo de Dios. Respondió el Señor que sí; y tratándole aquellos jueces de blasfemo, le declararon reo de muerte.

Entretanto estaba San Pedro en el atrio de la casa de Caifás, y le preguntaron si era discípulo de Jesucristo. El no solo lo negó por tres veces, sino que juró que no conocía tal hombre. Luego cantó el gallo, y acordándose San Pedro de la prediccion de su Divino Maestro, salió de casa de Caifás, mostrando con amargas lágrimas su arrepentimiento.

Despues de haber sufrido nuestro Señor los mayores oprobios é insultos en casa del sumo sacerdote, fué conducido á presencia de Poncio Pilato, gobernador de Judéa, para que confirmase la



sentencia que el furor de los judíos había pronunciado contra el Hijo de Dios, á quien acusaban de que perturbaba la tranquilidad pública llamándose Rey. Por las respuestas de Jesucristo conoció Poncio Pilato su inocencia, y sin querer sentenciarle le envió á Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, el cual despreciando á Jesus como á fatuo, mandó le pusiesen una túnica blanca y le volviesen al tribunal de Pilato.

Convencido este de la inocencia del Redentor, quiso librarle de la ira de los judios y valiéndose de la ocasion de la pascua en que el pueblo acostumbraba salvar la vida á un delincuente, les propuso á Jesucristo y á un famoso ladrón llamado Barrabás, para que dijese á cual de los dos perdaban. Ellos pidieron muriese Cristo y Pilato le mandó azotar cruelmente. Pusiéronle los soldados una corona de espinas, y una ropa de púrpura, en cuyo estado le presentó Pilato á los judíos, creyendo sin duda que se aplacarían al verle ya castigado de aquella manera. Pero el bárbaro pueblo insistió gritando; *Crucificalo, crucificalo.*

Temiendo entonces el gobernador el tumulto de la plebe, entregó á Jesucristo en manos de los judíos para que le crucificasen; y lavándose las manos delante del pueblo, declaró no tener parte en la muerte de aquel justo.

Entretanto Judas conociendo el horrible delito que había cometido y desconfiando de la divina misericordia se ahorcó.

Sacaron los judíos á Jesus haciéndole llevar en sus hombros la Cruz en que había de padecer; y en el camino del calvario le ayudó á sostener aquella carga

Simon Cirineo. Al fin clavaron al Salvador en una Cruz entre dos ladrones sobre el monte Calvario. Uno de estos le blasfemó y otro alcanzó misericordia. La Santísima Virgen al pie de la Cruz con San Juan el discípulo amado y algunas santas mugeres estaba penetrada del mas vivo dolor; y Jesus, despues de haber rogado á su Eterno Padre por los mismos que le crucificaban, consumó su sacrificio para satisfaccion de los pecados de los hombres, espirando en la Cruz á la edad de treinta y tres años, segun la cuenta de la era vulgar.

Los prodigios acaecidos en aquella hora anunciaron la muerte del Hijo de Dios. Abriéronse los sepulcros, resucitaron muertos, estremeciöse la tierra, rasgóse el velo del Templo, y el sol se obscureció por espacio de tres horas.

Muerto Jesus, uno de sus discípulos oculto llamado José natural de Arimatéa, le dió sepultura con permiso de Pilato.

Los sacerdotes y fariseós dispusieron se rodease de guardas el sepulcro, temiendo llevasen los discípulos el cuerpo de Jesucristo, y persuadiesen al pueblo que habia resucitado; pero los mismos guardas fueron testigos de la gloriosa resurreccion del Señor que se verificó al tercer dia despues de su muerte, y huyeron espantados del prodigio.

Apareciöse el Salvador á las santas mugeres, y despues á sus discípulos que no creian su resurreccion; pero al fin quedaron convencidos de ella, habiéndoseles manifestado repetidas veces su Maestro. Mandóles que diesén testimonio no solo de lo que habian visto, oído y tocado, no solo á los judios, sino á todos los pueblos del mundo, predicando

el Evangelio, bautizando y enseñando los divinos preceptos.

A los cuarenta dias de su resurreccion los llevó al monte Olivete, y se elevó á los cielos en su presencia.

De allí á diez dias, mientras se celebraba la fiesta de Pentecostés, bajó sobre ellos el Espíritu Santo, con cuyos dones quedaron fortificados los apóstoles, y emprendieron la grande obra de sembrar la divina palabra por todo el orbe. Los milagros que hicieron así ellos como sus discípulos y sucesores, y los martirios que toleraron por Jesucristo, juntamente con la santidad y pureza de su vida y costumbres, han sido la mas evidente confirmacion de la verdad de su doctrina, atrayendo millares de hombres al gremio de la Iglesia, la cual, segun las promesas de Dios, durará hasta el fin de los siglos.

## LECCION XIX.

### *De la Tradicion y de la Sagrada Escritura.*

**E**nseñó nuestro Señor Jesucristo con su ejemplo y de viva voz sin escribir cosa alguna, y lo mismo hicieron casi todos los Apóstoles; pero cuidaron estos de instruir á varios discípulos, y habilitarlos para que instruyesen á otros. De este modo pasó su doctrina á los primeros Obispos, y de ellos á sus sucesores, y á los demas Presbíteros hasta los que hoy nos enseñan; y esta misma doctrina, derivada así de unos en otros, es lo que se llama *Tradicion*,

Ha llegado, pues, á nosotros la palabra de Dios por dos diferentes conductos: el uno es la *Tradición*, que bastó para conservar la religion verdadera desde el principio del mundo hasta Moises, y que tambien ha conservado despues muchas verdades que no estaban escritas; el otro es la *Biblia ó Sagrada Escritura*, que comprende los libros del viejo testamento escrito por Moises y los profetas antes de la venida del Mesías y los del nuevo testamento escritos despues de ella por los Apóstoles y los Evangelistas.

La fé nos obliga á creer todo lo que en estos libros se contiene, como que fueron escritos por inspiracion del Espíritu Santo, y nos prohíbe dudar de aquellas tradiciones antiguas y constantes que dimanán del mismo origen, y que estan admitidas por el consentimiento de todos los fieles, especialmente aquellas sobre que la Iglesia universal ha publicado formales decisiones.

Siendo la sagrada escritura una exposicion de lo que Dios ha hecho por los hombres, de las importantes verdades que ha querido revelarles, y de los preceptos y leyes que les ha dictado para su felicidad espiritual y aun temporal, no es perdonable en un buen cristiano dotado de racionalidad la ignorancia de aquellos venerables libros, principal fundamento de su religion.

Consta toda la Biblia de setenta y dos libros, perteneciendo al viejo testamento cuarenta y cinco; de los cuales los veinte y uno son *históricos*, los siete *doctrinales ó morales*, y los diez y siete *proféticos*.

Los veinte y uno *históricos* son los siguientes.

(1) El *Génesis*, que trata de la creacion del mun-



do, de la caída de Adán y Eva, del diluvio universal, de la dispersion de las gentes por la tierra, de Abraham y de su descendencia.

( 2 ) El *Exodo* que refiere como salieron de Egipto los israelitas, y los trabajos que en su peregrinacion pasaron; las doce plagas de Faraon, el paso del Mar rojo, la primera celebracion de la pascua, los mandamientos de la ley escritos por el mismo Dios, y la idolatría que cometió el pueblo adorando el becerro de oro.

( 3 ) El *Levitico*, que trata principalmente de los sacrificios que debian ofrecerse á Dios, de los sacerdotes y de varios preceptos y reglas conducentes á las buenas costumbres, y á los ritos y ceremonias de la religion.

( 4 ) El libro de los *Números*, que contiene la enumeracion que hizo Moisés de su pueblo, el castigo de Coré, Datán y Abirón, la murmuracion de los israelitas contra Dios y Moisés, y otros sucesos.

( 5 ) El *Deuteronomio*, que quiere decir *Segunda ley*, en que Moisés repite y explica los mandamientos é instrucciones que Dios habia dado á su pueblo. Concluye con la muerte del mismo Moisés; y estos cinco primeros libros de la Biblia se llaman el *Pentateuco*.

( 6 ) El libro de *Josué*, escrito por este caudillo, cuenta el paso del Jordan, la entrada de los israelitas en la tierra de promision, las victorias que en ella ganaron, y la division de aquel territorio en doce porciones destinadas á las doce tribus.

( 7 ) El libro de los *Jueces* abraza la historia de los treinta y un Jueces que gobernaron el pue-



blo de Israel hasta la muerte de Sanson.

( 8 ) El libro de *Rut* contiene la historia de una prudentísima y santa viuda así llamada, de la cual descendieron el Rey David y los demas Reyes de Judá.

( 9. 10. 11 y 12. ) Los cuatro libros de los *Reyes* comprenden muchos sucesos, empezando desde Samuel, último de los Jueces de Israel, y continuando la historia de los Reyes de este pueblo desde Saul que fué el primero de ellos hasta Osée en quien acabó el reino, quedando su nacion cautiva entre los asirios: y asimismo la sucesion de los Reyes de Judá desde David hasta Joaquin, que feneció en su esclavitud en Babilonia.

( 13 y 14 ) Los dos libros llamados *Paralipómenon*, que sirven como de suplemento á los cuatro antecedentes, esplican diversos hechos y circunstancias que los escritores sagrados habian omitido en la historia de los judíos, y principalmente en la de sus Reyes.

( 15 y 16 ) Los dos libros de *Esdras*, de los cuales el segundo suele llamarse libro de *Nehemías*, ó porque contiene sus acciones, ó porque se cree fué él quien le escribió, refieren como se libertaron los israelitas del cautiverio de Babilonia, y restituidos á su patria, reedificaron el Templo de Jerusalem.

( 17 ) El libro de *Tobías* ofrece la historia de este piadoso varon con utilísimos documentos sobre el ejercicio de la caridad, de la paciencia y otras virtudes, sobre las obligaciones del matrimonio.

( 18 ) El libro de *Judit* refiere la accion de esta valerosa viuda, que degollando á Holofer-

nes, general de los asirios, libertó la ciudad de Betulia.

( 19 ) El libro de *Estér* describe el esterminio de los judíos decretado por el soberbio Amán, ministro del Rey Asuero, é impedido por la mediacion de la Reina *Estér*, que desengañó al Rey su esposo acerca del cruel abuso que Amán hacia de su escesivo valimiento.

( 20 y 21 ) Y los dos libros de los *Macabéos* cuentan las gloriosas acciones de estos caudillos, que libraron al pueblo de Israel de la opresion de los Reyes de Siria, y restablecieron el culto divino.

Los siete libros *morales ó doctrinales*, son los siguientes:

( 1 ) El libro de *Job*, que con el práctico ejemplo de este virtuoso y affligido varon, exhorta admirablemente á la virtud de la paciencia, é incluye ademas mucha doctrina sobre la omnipotencia, justicia y otros atributos de Dios, y sobre la esperanza de una vida futura.

( 2 ) Los ciento y cincuenta salmos del Rey David, que contienen claros testimonios y profecías acerca de Jesucristo y su iglesia, instrucciones sobre las buenas costumbres y arreglada vida del justo, y alabanzas del Altísimo que diariamente repite la Iglesia.

( 3 y 4 ) El libro de los *Proverbios*, obra del Rey Salomon, y el del *Eclesiastes*, ( ó del *Predicador* ) que igualmente es suyo, proponen muchos documentos morales á los que desean seguir la senda de la virtud.

( 5 ) El libro de los *Cantares ó Cántico de los Cánticos* escrito por el mismo Salomon bajo la figu-

ra ó símbolo de una boda y amor terreno trata de la union espiritual de Cristo con su Iglesia, ó del alma justa con el celestial esposo.

(6) El libro de la *Sabiduría*, que tambien se atribuye á Salomon, dá prudentes consejos á los reyes, y está lleno de otras saludables máximas.

(7) Y el *Eclesiástico* (ó libro de *Jesus*, hijo de *Sirach*) recomienda igualmente la sabiduría y todas las virtudes.

Los libros *proféticos* del viejo testamento son los de los cuatro profetas que se llaman *mayores*, *Isaias*, *Jeremias*, *Ezequiel* y *Daniel*; y los de los doce profetas llamados *menores*, *Oséas*, *Joel*, *Amós*, *Abdías*, *Jonas*, *Micheas*, *Naum*, *Habacuc*, *Sofonias*, *Agéo*, *Zacarías* y *Malachias*. A las profecías de *Jeremias* se agregaron ordinariamente la de *Baruch*, que fué amanuense suyo; y así no suelen contarse mas que diez y seis libros *proféticos*; pero son en rigor diez y siete. En todos ellos se leen anuncios de la venida, virtudes y maravillosas acciones de Jesucristo, de su vida y muerte, y de la iglesia que habia de fundar.

Los libros ó escritos diversos de que consta el nuevo testamento son los veinte y siete siguientes:

Cuatro libros de los *Evangelios* escritos por San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, y que contienen la historia de las acciones, maravillas y doctrina que nos enseñó Jesucristo desde su Encarnacion hasta su Ascension. Los Evangelistas San Mateo y San Juan refirieron las cosas como las habian visto y oido de boca del mismo Redentor; pero San Marcos y San Lucas las escribieron por noticias que recibieron de boca de los Apóstoles.

Compuso San Lucas ademas de su Evangelio,

otro libro intitulado *Actos ó hechos de los Apóstoles*, que comprende la narracion de lo sucedido despues de la Ascension del Señor, como la bajada del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, la predicacion del Evangelio, y establecimiento de la Iglesia, y varias acciones de los primeros propagadores y defensores de la fé cristiana.

Síguense veinte y una Epístolas, de las cuales hay catorce escritas por el Apóstol San Pablo, unas á diferentes Iglesias como la de Roma, la de Corinto, la de Efeso &c.; y otras á algunos particulares discípulos del mismo Apostol: una de Santiago el menor, dos de San Pedro, tres de San Juan y una de San Judas Tadeo. Todas ellas contienen la mas sólida doctrina del cristianismo, y exhortaciones sobre la práctica de las virtudes.

El último de los veinte y siete libros del nuevo testamento es el *Apocalipsi ó Revelacion* de San Juan Evangelista, en que este escritor sagrado refiere profundos misterios que el Señor le reveló en la isla de Pátmos.

# SUMARIO

## DE LA HISTORIA ECLESIASTICA

QUE COMPUSO EN VERSO

EL P. JOSE FRANCISCO DE ISLA,

DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

**P**or tantos siglos antes prometido,  
 Al tiempo señalado ve nacido  
 El mundo al Hombre Dios de Virgen Madre,  
 Perfecta imagen de su Eterno Padre.  
 Pasados misteriosos treinta años  
 A los hombres predica desengaños,  
 Enseña á vivir bien, y los convida  
 A seguirle Verdad, Camino y Vida,  
 De diversos oficios doce llama,  
 Despreciables al mundo: los inflama,  
 Y forma de su mano campeones  
 Que á su Evangelio rindan las naciones,  
 Con milagros ser Dios hizo evidente,  
 Y muriendo ser hombre hizo patente:  
 Fortifica á los suyos victorioso  
 De la muerte, y al Cielo vuela airoso.  
 Al Espíritu-Santo envia luego,  
 Que lenguas encendió como de fuego,  
 Los llena de sus dones, y facundos  
 La conquista emprendieron de dos mundos:



Que de Dios en ardor y sacro fuego  
 No se distinguen el judío y griego.  
 Libres los fieles de mosaicos ritos,  
 Con nombre de cristianos son escritos.  
 La Nueva ley, dispersos, con su celo  
 Los doce estienden, y confirma el Cielo  
 Con milagros pasmosos la doctrina  
 Que á la gloria los hombres encamina.  
 De Antioquía Pedro pasa á Roma,  
 Y por el Asia Pablo el rumbo toma,  
 Y á los griegos, preciados de eruditos,  
 Convierte con su voz y sus escritos.  
 En todas partes los creyentes crecen,  
 Y de la Fé los dogmas prevalecen.  
 Pablo en Jerusalem es maltratado;  
 Apela al Cesar, y es bien escuchado.  
 La Iglesia por Neron es perseguida,  
 Y á Pedro y Pablo les quitó la vida.  
 Por Vespasiano de su culpa ciega  
 A los judíos el castigo llega.  
 Muertes y ruina de ciudad y templo  
 Son de su obstinacion causa y ejemplo.  
 Al rebaño de Cristo, Domiciano  
 Segunda guerra mueve; y de Trajano,  
 Sin que él lo mande, sufren la tercera  
 Cólera del gentil, sañuda y fiera.  
 A la Iglesia acomete por el centro,  
 Batalla que la hiere mas de dentro.  
 De Simon la heregía, y de Cerinto  
 Las de Ebion, horrible laberinto  
 De Himeneo y Fileto, que estandarte  
 Todos con Nicolas alzan á parte.

## SIGLO II.

**E**l rebaño de Cristo al año ciento,  
 Segundo siglo, tuvo tal aumento,  
 Que escita admiracion ver como crece,  
 Y en provincias y reinos se establece.  
 Los fieles perseguidos mas se alientan:  
 Cuantos mas martirizan mas se aumentan,  
 Y la sangre que vierten los tiranos  
 Parece que es semilla de cristianos.  
 Sobre el día de Pascua mil cuestiones  
 Los dividen en varias opiniones,  
 Se empeña Victor en que Oriente ceda,  
 Mas hay por su opinion quien interceda.  
 Los judíos en tiempo de Trajano  
 Se enfurecen, queriendo de Adriano  
 El yugo sacudir, mas vence Roma,  
 Que de su orgullo la venganza toma.  
 Por rumbo opuesto los cristianos giran  
 Leales al Imperio: aunque se miran  
 Perseguidos derriban sus ejemplos  
 Los falsos dioses de sus torpes templos.  
 Con los fieles clemente es Antonino  
 Por una apología de Justino,  
 Y por una victoria memorable  
 Marco Aurelio á la Iglesia es favorable.  
 El Ródano de madre sale ufano,  
 Teñido en roja sangre que el tirano  
 De mártires derrama, que contentos  
 Por Cristo dan los últimos alientos.  
 El siglo de hombres grandes es fecundo,  
 Que errores vencen, alumbrando al mundo.

Acusado el cristiano es de caribe,  
 Porque llega al altar y á Dios recibe,  
 De lesa magestad , y de ateismo,  
 Y de ser de torpezas un abismo.  
 Cuadrato y Aristides sabiamente,  
 Meliton y Justino hacen patente  
 Que todo es impostura , y aun deshecha  
 Dejan de estos delitos la sospecha.  
 El Jayo , Saturnino y Valentin,  
 Los Gnósticos, Carpocras y Florin,  
 Cerdon , Marcos , Berilos y Montanos,  
 Apeles , Teodoros y Alejianos,  
 Con Marcion y los ciegos Tacianitas,  
 Y mas ciegos los ciegos Amaditas,  
 Con otros heresiarcas , mucho daño  
 De Cristo intentan al feliz rebaño  
 Sin volver al redil , aunque llamadas  
 Las ovejás errantes y obstinadas.

### SIGLO III.

**E**n el siglo tercero se adelanta  
 Mucho en guerra y en paz la Iglesia Santa ;  
 Ya en el número iguales son los fieles,  
 Modelos de virtud á los infieles:  
 De la ascética vida en el desierto  
 Dejan Antonio y Pablo campo abierto.  
 De Roma siete Obispos van á Francia  
 A dilatar la fé con su constancia:  
 Los templos se levantan á millares,  
 Y aun en Roma se ven muchos altares:  
 Son Novato y su secta condenados,  
 Y los Rebaptizantes reprobados:

Por general edicto de Severo  
 La Santa Iglesia sufre insulto fiero:  
 Alejandro Maméo es favorable,  
 Maximino cruel bestia insaciable:  
 Decio, á quien Gallo y Volusiano siguen,  
 Y á los cristianos sin piedad persiguen:  
 Valeriano maltrata solamente  
 Los Ministros del Dios Omnipotente;  
 Mas á la Iglesia Santa da Galieno  
 Un tiempo muy pacífico y sereno.  
 Los Arabes, Praejas, Tertuliano,  
 Orígenes y el Melchisedeciano  
 Yerran, siguiendo ciegos Paulinistas,  
 A Sabelio y á Manes, Cataristas.

## SIGLO IV.

**L**a Iglesia al cuarto siglo en paz se halla  
 Presenta Diocleciano la batalla,  
 Hasta que convertido Constantino  
 Con un milagro del poder divino,  
 Y tomando la Cruz por estandarte,  
 Es su corona, cetro y baluarte.  
 Por la Iglesia en Nicea congregada  
 La heregia de Arrio es condenada:  
 Constante y Constantino en Occidente  
 Mantienen á la Fé con celo ardiente;  
 Mas en Oriente turba al fiel cristiano  
 Castancio, protector del Arriano.  
 San Atanasio y Osio con Liberio,  
 Desterrados se miran de su imperio:  
 Del concilio engañoso, falso y vario  
 De Rimini sostiene el formulario:

Apóstata Juliano, y con Valente  
 La Iglesia es perseguida nuevamente ;  
 Mas la Iglesia con armas eficaces  
 Triunfa de Macedonio y sus secuaces,  
 Su venganza conoce el gran Teodosio,  
 Y se rinde postrado á San Ambrosio,  
 Al cisma de Melecio y Donatismo  
 De Lucifero sigue el rigorismo :  
 Arrio, Coluto, Erestato, Aerio  
 Perturban de la Iglesia el emisferio,  
 Coliridianos y Apolinaristas,  
 Antropomorphitas, Priscilianistas,  
 Autores de delirios y quimeras  
 Alistan poca tropa en sus banderas.

### SIGLO V.

**E**l quinto siglo mira desterrados  
 Del imperio los dioses venerados :  
 De oriente á ocaso con afecto tierno  
 Es adorado solo un Dios eterno.  
 El ingrato Pelagio con audacia  
 Degrada los auxilios de la gracia :  
 Por el gran Agustino es combatido,  
 condenado por Roma y confundido.  
 El Efesino con rigor condena  
 A Nestorio que aadaz se desenfrena,  
 Y abiertamente y sin temor pregona  
 Haber en Cristo mas de una persona :  
 Una naturaleza sola afirma  
 En Cristo Eutiques, y su error confirma  
 En Efeso un concilio sedicioso,  
 Clandestino, sagaz, tumultuoso.



En Calcedonia, en fin, maduramente  
 El punto ventilado, justamente  
 Se condena de Eutiques la manía,  
 Triunfando de una vez de la heregía.  
 Los bárbaros del Norte esgrimen fieros  
 En Africa y Europa sus aceros,  
 Y la Iglesia padece sobre todo  
 Del vándalo, el alano, el suevo, el godo,  
 Clodoveo y sus franceses se bautizan,  
 Y á los bárbaros mucho atemorizan:  
 Zosimo se declara por Apiario,  
 Rufino es de Gerónimo contrario,  
 Teófilo á Crisóstomo se opone,  
 Lo persigue, destierra y aun depone:  
 San B'nito inflamado en celo ardiente  
 De religiosos puebla el Occidente.

## SIGLO VI.

**C**ede Laurencio á Simacho en quinientos  
 La Cátedra de Roma, y muy sangrientos  
 En Africa los vándalos infieles  
 A fuego y sangre ofenden á los fieles.  
 Severo escita cisma en el Oriente,  
 Y Ormisdas la reúne al Occidente:  
 Espulsos los hereges son trofeo  
 En Francia de los hijos de Cloveo,  
 A el Asia pasa Juan, y encarcelado  
 Teodorico á la muerte lo ha entregado.  
 A Antimo, á quien protege Teodora,  
 Quita Agapito el puesto que desdora;  
 Y continuando intrépida la guerra  
 Ella por este golpe no se aterra,

Sube Vigilio á el solio; éi se arrepiente  
 De sus promesas, y obra justamente:  
 Contra los tres escritos un Concilio  
 Se esplica, no asistiendo en él Vigilio:  
 El punto se concluye, no la guerra,  
 Ni el cisma de Severo se destierra.  
 Sagrada autoridad, divina y clara  
 Usurpa Justiniano, y él declara  
 Por su edicto, con tono de infalible,  
 Que es la carne de Cristo incorruptible.  
 De Padre Universal el nombre toma  
 Juan el ayunador: solo de Roma  
 Quiere llamarse Obispo San Gregorio,  
 Por reprender orgullo tan notorio.  
 La Católica Fé con luces baña  
 Tres naciones con godos de la España,  
 Y de los templos uniforme canto  
 Establecido deja el mismo Santo.  
 Los Eutiquianos, grandes noveleros,  
 Yerran por nuevos rumbos y senderos.

### SIGLO VII.

**E**n seiscientos la Iglesia purifica  
 El que á los Santos panteon dedica.  
 Falso Mahoma, pérfido, inhumano,  
 Su alcoran establece espada en mano.  
 La Sacrosanta Cruz es exaltada  
 Por victoria de Heraclio señalada.  
 A el apagar un cisma Heraclio ciego  
 De los monetelitas da en el fuego.  
 Atanasio lo engaña, á Sergio atiende,  
 Y á Honorio con su carta este sorprende.

El cisma de la Iliria es apagado  
 Y el edicto de Heraclio condenado.  
 Martin condena de Constante el tipo  
 Y de mártires es un prototipo.  
 En tiempo de Agaton, Concilio sexto  
 Destierra error tan terco y manifiesto;  
 Y al *quincesto*, que en *Trullo* se apellida,  
 El Occidente da poca acogida.

## SIGLO VIII.

**D**el Imperio y la Iglesia en el terreno  
 En setecientos entra el sarraceno.  
 De sus grandes torpezas en castigo  
 Pierde á España y la Iglesia Don Rodrigo.  
 Por el Papa Pipino en Lombardía  
 Reprime á los lombardos su osadía.  
 Bardano, Emperador, entra de Oriente  
 Y resucita el cisma nuevamente.  
 Isaúrico se opone con insulto  
 Contra el inmemorial sagrado culto  
 De las santas imágenes, y fiero  
 Contra los fieles esgrimio el acero,  
 Que las adoran con piedad debida  
 A costa de su sangre y de su vida.  
 Vertiendo mucha sangre de cristianos  
 Coprónico é Isaúrico inhumanos,  
 Por fuerza en un concilio numeroso  
 Proscriben el honor santo y piadoso,  
 Y su trágica muerte muestra al suelo  
 Cuando con su impiedad irrita al Cielo.  
 El mismo fin su hijo Leon tiene,  
**Mas por el culto santo vuelve Irene.**

El séptimo Concilio, por su influjo,  
 De su Corte á Nicea se condujo,  
 En donde la piedad fué condenada,  
 Y la veneracion quedó arreglada.  
 De Nicea el decreto es mal oído,  
 En Francfort y en la Francia restringido.  
 Continúan la Iglesia perturbando  
 Con nuevo dogma Felix y Eupando;  
 Pero cinco Concilios la fé pura  
 Declaran, condenando su locura.  
 A Adelberto y Clémente el Escocés  
 Siguen el Pauliciano y Albanés.

## SIGLO IX.

**E**l siglo nono Carlo Magno impera  
 En Occidente, cuando no lo espera:  
 La Religion estiende con gran celo,  
 Y las ciencias fomenta con anhelo.  
 Logra Focio ambicioso con espanto  
 Que priven de su Silla á Ignacio Santo;  
 A un Concilio político, industrioso,  
 Hace parezca bien su hecho engañoso.  
 Ignacio apela á Roma, es atendido,  
 Degradado el intruso y espelido.  
 El octavo Concilio en tal sistema  
 Contra Focio pronuncia el anatema.  
 El pleito de Bulgaria á plaza sale,  
 Y el político diestro de él se vale:  
 Por los bulgaros Roma al fin se esplica,  
 Pero Constantinopla le replica.  
 Muere Ignacio, entra Focio, al Papa engaña,  
 Y este condena al fin su astucia estraña.

De los griegos la union mucho zozobra  
 De Focio por la oculta maniobra:  
 De predestinacion falsa doctrina  
 Predica Gotescalco con gran ruina:  
 De Moguncia el Concilio lo condena,  
 Y en Quierci se le da la justa pena:  
 Valencia contra Quierci quiere en vano  
 Interpretar decreto soberano:  
 Pérfido Remi en Toul es favorable  
 Al sentir de Valencia detestable;  
 Mas en Touci un concilio favorece  
 La decision de Quierci, y la establece  
 Paschasio, Rasbert, Ratram disputador  
 Cuestionan voces del Cuerpo del Señor.

## SIGLO X.

**E**n el décimo siglo el emisferio  
 Se turba de la Iglesia y del Imperio.  
 Desconoce sus leyes el cristiano,  
 Y mide sus derechos por su mano.  
 Tímida la virtud, la ciencia escasa,  
 Que en los claustros apenas tuvo casa;  
 Y si contra Mahoma se batalla  
 Mas desertores que secuaces halla.  
 De Normandos la Francia es invadida,  
 Y en el Norte la Fé bien admitida:  
 La Silla mas sagrada y eminente  
 Ocupada se mira indignamente.

## SIGLO XI.

**H**ijo de padre vino al siglo once,



Que á la virtud resiste duro bronce.  
 Fulminan anatemas repetidas,  
 Que ni son respetadas ni temidas.  
 Si niega Berenguel la real presencia,  
 Diez Concilios condenan su creencia.  
 Ambicioso Miguel llamarse aspira  
 Patriarca universal; y porque mira  
 Que se le opone Roma al ciego anhelo,  
 A un cisma declarado corre el velo.  
 La investidura con abusos varios  
 A Roma y al imperio hace contrarios.  
 A San Gregorio Séptimo humillado  
 Henrique Cuarto, absuelto y perdonado  
 Vuelve á hacer cruda guerra; es depuesto,  
 Teniendo escomulgado fin funesto.  
 La Cruzada en Clemon determinada  
 Perece por no ser bien gobernada:  
 La segunda cogiendo mil laureles  
 Muchos reinos conquista á los infieles:  
 Se hace señora, en fin de Palestina,  
 Donde Godofre como Rey domina.  
 La Escolástica empieza, y lo que trata  
 Con dialécticos modos lo desata.

## SIGLO XII.

**L**a Iglesia en mil y ciento mas se aferra  
 Contra el vicio: al Imperio cruda guerra  
 Hace: Henrique Quinto en la censura  
 Incurre por querer la investidura;  
 Ciego contra la Iglesia guerra mueve,  
 Pero al fin se sujeta á lo que debe.

Con gusto universal aprueba grato  
 El Concilio noveno el Concordato.  
 El décimo Concilio junto en Roma  
 Contra el cisma y error los medios toma.  
 Con cisma nuevo Federico inquieta,  
 Pero luego á la Iglesia se sujeta.  
 El cielo del Cistér brota un lucero,  
 Que separa lo falso y verdadero.  
 Sale de Claraval, concilia Reyes,  
 Restablece costumbres, forma leyes.  
 Desunion y perfidia descomponen  
 Cruzadas, que de nuevo se disponen.  
 Condena con infames albigenses  
 El oncenno Concilio á los valdenses:  
 En él varios abusos se cohiben,  
 Y bárbaros torneos se prohiben.  
 En tiempos tan difíciles y varios  
 El Orden de San Juan y los Templarios  
 Dan principio; tambien el de Norberto,  
 Y en Fontevrault de Francia el de Roberto.

## SIGLO XIII.

**S**e une en mil y doscientos el latino,  
 El griego y se corona Baldovino.  
 En el Concilio doce se examinan  
 Los errores y vicios que dominan:  
 Valdenses y albigenses obstinados  
 Con Amauri y Joaquin son condenados.  
 Clemente Sesto aterra con censuras  
 De crueles flagelantes las locuras.  
 Federico Segundo se endurece,  
 Y es condenado del Concilio trece,

A los vicios se aplican sus remedios,  
 Y á las santas Cruzadas nuevos medios:  
 Un Concilio en Leon mas numeroso  
 Vuelve á la union al griego caviloso.  
 Para dar nuevo aumento á las Cruzadas  
 Las décimas les fueron señaladas,  
 Y hasta los dias en las elecciones  
 De los Papas, huyendo dilaciones.  
 La Religion se forma del Carmelo,  
 Y á Francisco y Domingo envia el cielo.  
 Servitas, trinitarios, celestinos,  
 Y tambien hermitaños agustinos.

## SIGLO XIV.

**D**e Felipe el Hermoso y Bonifacio  
 En el siglo catorce largo espacio  
 Ocuparon las mútuas disensiones;  
 Pero Viena acaba las cuestiones  
 Que en el Concilio quince se examinan,  
 Y las cosas en paz se determinan.  
 Los templarios en él son suprimidos:  
 Beguinos y begardos reprimidos:  
 De Juan de Apoliac y de Cesena  
 La doctrina maligna se condena.  
 Los cínicos, llamados turlupines,  
 Tienen quemados merecidos fines.  
 Con Papas de Aviñon y los de Roma  
 El cisma en Occidente cuerpo toma.

## SIGLO XV.

**E**n el año de mil y cuatrocientos

Muchos Reyes del cisma descontentos  
 Por solo un Pontífice suspiran;  
 Uno quieren y tres son los que miran.  
 Por remedio de tanta disonancia  
 El Concilio se junta de Constancia;  
 Dos renuncian, al otro se depone  
 Y que haya un solo Papa se compone.  
 A Wiclef y Juan Hus con sus secuaces  
 Condena como á hereges pertinaces.  
 Martino Quinto en él es elegido,  
 Y el Concilio con paz es concluido.  
 Divide en Basilea al Occidente  
 Nuevo cisma; mas luego reverente,  
 Abjurando en Florencia el griego toma  
 La determinacion de unirse á Roma.  
 La inconstancia de Grecia es subyugada  
 De Mahometo Segundo por la espada,  
 Mientras que el Rey Católico Fernando  
 De los moros de España iba triunfando.

### SIGLO XVI.

**E**ntre la Francia y Roma la concordia  
 De pragmáticas leyes á discordia  
 Reducida se vé en mil y quinientos,  
 Quedando los franceses descontentos.  
 En Germania Lutero sus errores  
 Derrama renovando mil horrores:  
 A todos brínda con libertinage,  
 Y á porfia le rínden vasallage.  
 Como fuego infernal todo lo abrasa,  
 Y con rápido vuelo al Norte pasa.  
 A su secta se agregan zuinglianos,

Valdenses y boemos, husitanos:  
 En Spira es indócil protestante,  
 Y en Augusta al Concilio es apelante.  
 Henrique Octavo ciego por Bolena,  
 En un cisma cruel se desenfrena:  
 En la Francia Calvino sigue fiero  
 Con su secta los pasos de Lutero.  
 Contra tanto heresiarca y error tanto  
 El de Trento Concilio Sacrosanto  
 Se convoca, suspende y vuelve á abrirse  
 Hasta que llega al fin á concluirse.  
 El define, él condena y establece;  
 Mas la heregía terca se endurece.  
 En Alemania, en Flandes y en la Francia,  
 Con rebeldía enorme y arrogancia,  
 Las armas toma contra todas leyes,  
 Desobediente al Cielo y á sus reyes.  
 De su seno partió el Socianismo  
 Hipócrita, el Deismo y Bayanismo.  
 A los griegos consultan, mas los griegos  
 Los declaran tambien hereges ciegos.  
 En tiempo tan revuelto y lastimoso  
 Ignacio de Loyola fervoroso  
 Fundó para oponerse á la heregía  
 De Jesus la sagrada compañía:  
 En Europa detuvo su corriente,  
 Y corriendo veloz de ocaso á Oriente  
 Mas almas quitó al diablo de las manos  
 Que todos juntos dieron los paganos.

## SIGLO XVII.

**S**u doctrina famosa á Luis Molina



Roma en mil y seiscientos examina,  
 Se quita de Venecia el entredicho,  
 Y el empeño de Smit es contradicho,  
 De Jansenio el herético sistema  
 Justamente padece el anatema:  
 Cuestion de hecho y de derecho se suscita,  
 Y la Iglesia este efugio tambien quita.  
 ( Hasta aquí llega de *Isla* el terso estilo,  
 Y de aquí mi rudeza sigue el hilo. )  
*Lelio Socino* y otros temerarios,  
 Forman la secta de los *unitarios*,  
 Vaga su error, y busca domicilio,  
 Sola Polonia ofrécele su auxilio.  
*Arminio* junta muchos *remonstrantes*,  
 Y turba á los sectarios protestantes.  
 Mas estos en Dordrecht se congregaron,  
 Y á Lutero y Calvino renovaron.  
 En Aix, Paris, Narbona, y en Malinas  
 Se forman errores y doctrinas:  
 Censuras fuertes padeció *Richerio*,  
 Cuando une mal la Iglesia y el Imperio,  
 Algunos Patriarcas del Oriente  
 Se oponen al error abiertamente  
 Que *Cirilo de Lucar* encadena,  
 Y en Sínodos diversos se condena.  
 De los anabaptistas la cabeza  
 Saca *Mennon*, y nuevo error empieza.  
*Jorge de Fox* se hace muy nombrado  
 Porque se cree de Dios solo inspirado,  
 Y en Inglaterra esparce sus errores,  
 Llamándose los suyos *tembladores*.  
 En el imperio chino se persigue  
 Al que la Religion Cristiana sigue.

*Benito de Espinosa* el judaismo  
 Deja, y errado enseña el *panteísmo*;  
 Fiando en sus razones demasiado  
 Y toda religion echando á un lado.  
 Al contrario suscita desatinos,  
 Fiando mucho en Dios *Miguel Molinos*,  
 Y la gente que alista en su partido  
 De *quietista* merece el apellido.  
 Mas todas estas sectas y opiniones  
 La Iglesia apula en varias decisiones.  
 Entre otros institutos regulares,  
 Que fomentan varones singulares,  
*San Francisco de Sales* resplandece,  
 Y el de *Juana Fremiot* por el florece,  
 Que despues de haber dado en Francia ejemplo  
 Se coloca en Madrid con casa y templo.  
*Vicente Pauli* empieza sus misiones,  
 Y se hacen otras varias fundaciones,  
 O para profesar recogimiento,  
 O dar al Evangelio mas fomento.  
 Los Papas varios Santos canonizan,  
 Y su fama y virtudes solemnizan.  
 De los enfermos *Juan de Dios* consuelo,  
 Y caridad cristiana fiel modelo.  
*Teresa de Jesus*, cuyos cuidados  
 Producen *Carmelitas reformados*;  
 Con *Pedro Alcantarino*, el Observante,  
 Que igual idea sigue muy constante.  
*Felipe Neri*, *Cayetano*, *Sales*,  
 De Italia tres varones inmortales.  
 De este siglo la gloria al fin se aumenta  
 Con nuevas maravillas que presenta,  
 Puesto que abrazan las cristianas leyes

Nobles familias y aun los mismos Reyes,  
Que antes al torpe error daban incienso,  
Sacrificio debido al Dios inmenso. (\*)

### SIGLO XVIII.

**E**l siglo diez y ocho en que vivimos  
Frutos del anterior recoge opimos;  
Pues de las ciencias se sembró y las artes  
Muy abundante grano en todas partes.  
El ilustre *Bosuet* con sus escritos  
Convence *Protestantes* infinitos,  
Entre ellos *Federico* de Sajonia,  
De la familia regia de Polonia.  
*Clemente Once* con cristiano anhelo  
Pone en la disciplina su desvelo,  
Y una *Bula* que espide con constancia  
Da que pensar al *Clero* de la Francia;  
Su cuidado se estiende hasta la *China*  
Porque se guarde pura la doctrina.  
Varios *Obispos* de la Iglesia hispana  
Piden resolucion á la romana  
De algunas dudas que el ayuno esconde,  
Y el *Papa* con acierto les responde.  
En *Letran* *Benedicto Trece* forma  
Concilio en que se trata de reforma  
De varios puntos que manchar pretenden  
La *Doctrina Moral* que otros estienden.

---

(\*) *Domingo rey de Tunz, Domingo rey de Monomotapa en Africa, Francisco hijo del emperador de Turquia, Constantino y Elena, hijo y muger del emperador Chino, Casimiro rey de Polonia, el hijo mayor del emperador de Marruecos, Cristina reina de Suecia.*

*Benedicto catorce* la *Tiara*  
 Toma, adornado de virtud tan rara,  
 Que el mismo herege estatua la ha erigido  
 Por tanta admiracion que se ha traído,  
 Acabó de la España disensiones  
 Poniendo fin á varias pretensiones.  
 Y para que el ajuste fuese rato  
 Firmó perpetuo estable *Concordato*.  
 Las letras protejió muy generoso,  
 Y fué el Papa mas *sabio* y mas famoso,  
 Que ocupó en muchos años el asiento  
 De que San Pedro puso el gran cimiento.  
*Clemente Trece* la discordia recia  
 Ajusta entre la Sede y la *Venecia*:  
 Los disturbios que Génova dispone  
 Por *Córcega* irritada al fin compone.  
 Pero *Parma* y *Portugal* le ofrecen  
 Disgustos que en su tiempo no fenecen;  
 Y á *Clemente Catorce* todavía  
 Llegan porque aun duraba la porfía.  
 La casa de *Borbon* padece el susto  
 Que dió motivo á tan atroz disgusto.  
 A este rigor sucede gran sosiego;  
 Se estinguen los *Jesuitas* desde luego,  
 Que de *Lisboa* y *Francia* y los estados  
 De la España se hallaban ya estrañados.  
 De cierta Bula cesa la lectura,  
 Y por todos se aplaude tal ventura.  
 De la Curia el recelo al fin se agota,  
 Y en Madrid se establece *Sacra Rota*.  
 De *Ganganelli* el nombre es celebrado  
 Por la paz que á la Iglesia ha procurado.  
 Tambien en este siglo los altares

Miran su lustre en Santos singulares,  
*María* que de *Isidro* fué la esposa  
 Y *Juana de Fremiot*, cuya gloriosa  
 Orden halló en España su acogida,  
 De *Bárbara* la Reina protegida.  
*José de Calasanz*, cuya enseñanza  
 Remedia de los niños la crianza,  
 Y muchos otros que nombrar cansara  
 Si aquí su relacion se colocara.  
 Omito aquí tambien los rubricados  
 En sacra lista de Beatificados,  
 Cuya virtud corona es de laureles  
 Destinada al ejemplo de los fieles.  
 A *Pio Sesto* que hoy rige la nave  
 Gran parte de esta gloria tambien cabe,  
 Hoy manda *Carlos* el hispano imperio,  
 Que protegiendo el Sacro ministerio  
 Todos los medios útiles procura  
 Porque la Religion se observe pura:  
 Y mostrándose grato al beneficio  
 Que en todas sus acciones muy propicio  
 De la *Madre de Dios* experimenta  
 Su fina devocion tambien aumenta,  
 Jurando que fué en *gracia concebida*,  
 Y estableciendo una *Orden distinguida*  
 A fin de que se estienda por el mundo  
 Misterio tan sagrado y tan profundo,



**PARTE HISTORICA.**


---

**LIBRO SEGUNDO.**


---

**BREVE NOTICIA****DE LOS PRINCIPALES****IMPERIOS ANTIGUOS.**


---

**LECCION PRIMERA.**
*Del imperio de los egipcios.*

**E**l imperio de Egipto pasa por uno de los mas antiguos del mundo; y por consiguiente, su historia, que empieza poco despues del diluvio, es sumamente obscura. Se cree que su primer Soberano fué Menes, ó Mesrain, y que muerto este, se dividió aquel imperio en cuatro reinos: el de Tebas, ó Egipto superior, el de Egipto inferior, el de This, y el de Ménfis. Así permaneció muchos siglos; y á los mil novecientos veinte y seis años antes de la venida de Jesucristo, Amenófis, Rey de Egipto inferior, redujo á su dominio todo el pais. Sesostris, sucesor de Amenófis, acrecentó el imperio con grandes conquistas. Conserváronle sus descendientes, hasta que Cambises, Jerjes y Artajerjes, Reyes de Persia, se apodera-

ron de él, siendo infructuosas las varias tentativas de los egipcios para sacudir el yugo de los persas.

Conquistóles al fin, Alejandro Magno, y por su fallecimiento pasó el gobierno á Ptolomeo, uno de sus generales, cuyos sucesores le gozaron hasta que los romanos hicieron á Egipto provincia suya, despues de la derrota de Marco Antonio, y muerte de la Reina Cleopatra.

Cuando el imperio romano se dividió en dos, uno de oriente y otro de occidente, los Emperadores de oriente quedaron dueños de Egipto; pero en el siglo séptimo le sometieron los sarracenos mandados por el Califa Omar. En mil ciento setenta y uno el célebre Sultan Saladino estableció en Egipto el imperio de los mamelucos; y en mil quinientos diez y siete destruyó á estos Selim, Emperador de los turcos. Desde entonces poseen los otomanos aquellos estados, gobernándolos por medio de sus Bajaes.

Fueron los egipcios antiguamente muy celebrados por sus invenciones en las artes y ciencias, por su política, legislacion, comercio y virtudes morales que practicaban, bien que las deslucieron con su inclinacion á la mas supersticiosa idolatría.

## LECCION II.

*De los imperios de Babilonia, Asiria y Media.*

**L**a historia de los asirios y babilonios es por su mucha antigüedad tan confusa como la de Egipto; Nembrot, viznieto de Noé, fundó el imperio de

Babilonia; y Asur, hijo de Sem, el de Asiria que en lo sucesivo llegaron á estar unidos. Muchos siglos despues, reinando Sardanápalo, escitó Arbáces una revolucion en que del reino de Asiria se formaron tres diferentes: el de Babilonia, el de los medos, y el llamado propiamente de Asiria. De todos tres se apoderó al fin **Ciro**, Rey de Persia y los conservaron sus descendientes hasta que **Alejandro Magno**, venciendo al Rey **Darío** subyugó á los persas, y por consiguiente no quedó mas que la memoria de las monarquías de babilonios, medos y ásirios tan famosas en otros tiempos.

### LECCION III.

#### *Del imperio de los persas y de los partos.*

**E**l reino de Persia no empezó á ser famoso en la historia antigua hasta que un hijo del Rey **Camises**, llamado **Ciro**, príncipe de grandes prendas, se unió con los medos, destruyó el poder de los ásirios y babilonios, sometió el reino de Lidia quinientos cuarenta y ocho años antes de Cristo, y formó aquel vasto imperio, que ha conservado largo tiempo el nombre de Persia. Duró esta monarquía como unos doscientos años; y vencido su último Rey **Darío** por **Alejandro Magno** en la batalla de Arbélas, quedaron los griegos dueños de la Persia.

Los partos que habian estado sujetos á los persas, y despues á los macedonios, se rebelaron doscientos cincuenta y seis años antes de Cristo, acau-

dillándolos Arsaces. El imperio de los partos que este fundó se fué estendiendo por gran parte del Asia bajo los sucesores de Arsaces; y Mitridates, uno de ellos, que empezó á reinar hácia el año de ciento sesenta y cuatro antes de la era cristiana, se adelantó con sus armas adonde no llegó el mismo Alejandro. Mitridates segundo, apellidado el Grande, sostuvo felizmente la guerra contra los romanos; y su imperio permaneció glorioso hasta que en el año de doscientos veinte y seis despues de Cristo, Artabano Quinto fué muerto por Artajerjes, soldado persa, que se decia descendiente de los antiguos Reyes de Persia, y que estableció el imperio de su nacion estinguido en tiempo de Darío. Tuvo esta monarquía veinte y ocho soberanos hasta que los sarracenos se apoderaron de ella, los cuales al cabo de cuatrocientos diez y ocho años de dominacion, fueron desposeidos en el de mil cincuenta y uno por el Sultau Gelal-Edin. Gobernaban los Sultanes el imperio de Persia, cuando Tamerlan, mandando veinte mil tártaros, le conquistó en mil trescientos noventa y seis. Sufrió la persia infinitas revoluciones, y solo gozó tranquilidad desde que Ismael estableció el imperio de los sofies, el cual duró hasta el año de mil setecientos treinta y seis en que Thomas Kouli-Kan, venciendo á los turcos y tártaros, usurpó la corona. Murió este asesinado en mil setecientos cuarenta y siete.

## LECCION IV.

*De los fenicios y reino de Tiro.*

**F**enicia fué una de las primeras provincias pobladas del Asia, y sus habitantes tienen fama de haber sido los mas antiguos navegadores, y mas hábiles comerciantes del antiguo mundo. Sidon, hijo mayor de Canaam, edificó la ciudad de su nombre, y los descendientes de este fundaron á Tiro, cuyo comercio y riqueza la hicieron tan célebre. Siendo su rey Itobal, la tomó Nabucodonosor al cabo de trece años de sitio. Los de Tiro, que con anticipacion se habian acogido á una isla cercana fundaron en ella una nueva ciudad, que despues se rindió á las armas de Alejandro. Reparó sus ruinas la nueva Tiro; pero Antígono sucesor de Alejandro, volvió á destruirla, de modo que jamas recobró su antiguo esplendor. Reedificóla el emperador Adriano á los ciento veinte y nueve años despues de Cristo, haciéndola metropolitana de Fenicia. Despues que los cristianos conquistaron la tierra Santa, fué Tiro Arzobispado; mas hoy se ve reducida á una aldea sujeta al dominio del Gran Señor.

Cartago, en lo antiguo floreciente colonia de los tirios, ha dejado nombre eterno en la historia por haber sido competidora de la república romana.



## LECCION V.

*Del imperio Griego.*

**L**a historia griega contiene tantas partes, y en cada una de ellas hay tanto que aprender, que con dificultad puede compendiarse. Pero á fin de formar una idea geueral de lo mas importante de dicha historia, dejaremos aparte los tiempos fabulosos, y los que llaman heroicos, en que las ficciones mezcladas con la verdad la desfiguran de modo que cuando mas, resultan algunos hechos probables, y ninguno cierto.

Se cree que Sicione, ciudad del Peloponeso, fué el reino mas antiguo de la Grecia, contándose en él diez y seis Reyes hasta Agamenón. Argos fué otro reino, en que dominaron quince Soberanos hasta Acrisio, cuyo nieto Perséo fundó el reino de Micenas.

El de Aténas, fué establecido mil quinientos ochenta y dos años antes de Cristo por Cécrops, que trajo de Egipto una colonia. Gobernáronle reyes hasta que se convirtió en república bajo la autoridad de unos gobernadores llamados Arcontes, los cuales primero fueron perpetuos, despues decenales, ó de diez años, y últimamente anuales. Con las sabias leyes que estableció Solon, llegó la república de Aténas á un alto grado de prosperidad; y aunque Pisistrato y sus dos hijos, Hiparco é Hípias, suscitaron en ella muchas disensiones, intentando sujetarla al gobierno monárquico, subsistió el republicano.

Los persas que quisieron hacerse dueños de Atenas, fueron vencidos en varias batallas, principalmente en la célebre de Manton, y en la de Salamina, que se dió cuatrocientos ochenta años antes de la era cristiana. Desde entonces floreció Atenas en armas y letras; pero sus enemigos los lacedemonios, despues de aquella guerra llamada del Peloponeso que sostuvieron por mas de veinte y siete años contra los atenienses, conquistaron á Atenas, estableciendo el gobierno de treinta magistrados conocidos por el nombre de *treinta tiranos*. Estos fueron espelidos á los tres años por Trásibulo, volviendo desde entonces la república á su antiguo estado de esplendor.

A los trescientos cuarenta y un años antes de Cristo, Filipo, Rey de Macedonia, movió guerra á los atenienses, continuándola Alejandro Magno y Casandro, que por varios medios maquinaron contra la libertad de aquella república; pero al fin pudo esta eximirse de sufrir el yugo de los macedonios.

Fué Atenas saqueada por los romanos ochenta y siete años antes de Cristo. Augusto la hizo tributaria suya, y despues Vespasiano la incluyó en el número de las provincias romanas.

Lacedemonia ó Esparta, fué tambien en sus principios un estado gobernado por varios Reyes desde Lelex, que se cree fué el primero, hasta Cleómenes que fué el último, y murió doscientos veinte y ocho años antes de la era cristiana. Estinguida ya la monarquía, se gobernó Lacedemonia en forma de república; y despues de haber sido una de las mas florecientes del orbe, así por sus leyes

como por el valor de sus capitanes , quedó reducida á provincia romana ciento cuarenta y seis años antes de la citada era.

Tébas, reino fundado por Cadmo, tuvo catorce Reyes; y por muerte de Jánto, el último de ellos, se convirtió en república. Los tebanos durante una larga paz aumentaron su poder; y habiéndose aliado con los lacedemonios, dieron ocasion á la guerra del Peloponeso en que tomó partido toda la Grecia. Subyugólos Filipo, Rey de Macedonia, y despues su hijo Alejandro, á cuya obediencia intentaron negarse. Por último vinieron, como los demas pueblos griegos, á sujetarse á la dominacion de los romanos.

Corinto fué otro reino de la Grecia, que pasó á ser república setecientos cuarenta y nueve años antes de Cristo. Cipselo y su hijo Periandro usurparon la autoridad, gobernando tiránicamente; y Corinto no recobró su libertad hasta despues de muerto Periandro. Desde entonces creció su comercio y riqueza; y ciento cuarenta y cinco años antes de la era cristiana cedió al poder de los conquistadores romanos.

El reino de Macedonia que á los principios apenas era digno de la atencion de los griegos, llegó despues á ser el primero no solo en Grecia, sino en todo el orbe, por la estension y gloria que con su valor y política le adquirió Filipo, hijo de Amintas. Alejandro Magno, hijo y sucesor de Filipo, no menos esforzado que ambicioso, se alzó con la soberanía de casi todos los reinos y repúblicas de Grecia, y venciendo á los persas y á otras naciones del oriente, formó el imperio mas dila-

tado que se conoció en aquellos tiempos.

Las acciones de este conquistador y las de otros muchos insignes caudillos que dieron eterna fama á la Grecia, son dignas de referirse muy individualmente: pero no dá lugar á ello la suma brevedad que nos hemos propuesto observar en esta noticia de los principales imperios antiguos.

## LECCION VI.

### *Del imperio romano.*

**D**espues de la historia sagrada no hay otra mas importante que la del vasto imperio romano, como que de él se han formado casi todas las monarquías modernas.

No entraremos en la difícil y prolija relacion de los hechos sumamente confusos, cuando no del todo fabulosos, en que abunda la historia de los Reyes latinos, anteriores al establecimiento de Roma. Baste saber que setecientos cincuenta y tres años antes de la venida de Cristo fundó aquella ciudad Rómulo, su primer Rey, al cual sucedieron los seis Reyes, Numa Pompilio, que introdujo el culto y ceremonias de la religion, Tulio Hostilio, á quien debieron los romanos su primera disciplina militar, Anco Marcio, que aumentó mucho á Roma, Lucio Tarquino Prisco, en cuyo tiempo se acrecentó mucho mas, Servio Tulio, que murió asesinado por disposicion de su hija Julia, y Tarquino el Soberbio, esposo de esta, el cual cometió las mas violentas tiranías, haciendo insoportable á los romanos su gobierno.

Un hijo de Tarquino, llamado Sesto Tarquino, violó la castidad de Lucrecia, muger de Tarquinio Colatino; y aquella famosa heroína, despues de haber declarado á sus parientes la violencia que habia padecido, se dió la muerte en presencia de ellos. Con este motivo Lucio Junio (apelidado Bruto porque para libertar su vida del rigor de Tarquino el Soberbio se habia fingido fátuo) fué el primero que escitó al pueblo no solo á sacudir el yugo de aquel Monarca, sino tambieu á extinguir el gobierno de los Reyes. Asi se verificó; y los romanos eligieron, en lugar de Soberanos perpetuos, dos magistrados anuales con título de Cónsules, habiendo acaecido esta gran mudanza quinientos nueve años antes de la era cristiana.

Cuando lo pedian las urgencias de la república se nombraba un general de grande autoridad con nombre de Dictador, y ademas habia varios magistrados subordinados á los Cónsules, como eran los Pretores, Tribunos, Cuestores, Ediles, Censores, Prefectos, &c.

Tarquino, desterrado de Roma, imploró el auxilio de Porsena, rey de los etruscos; pero resistió á las fuerzas de ambos el pueblo romano, ayudado del valor de Horacio Cocles, de Mucio Escévola y de Clelia. Tampoco mejoró Tarquino de suerte con haberse valido del favor de los reyes latinos; porque estos fueron enteramente vencidos, y él murió luego de edad de noventa años.

Poco despues Coriolano, el mas insigne caudillo de Roma, fué desterrado por el pueblo. Para tomar venganza de este agravio marchó contra su patria, capitaneando á los volscos, enemigos de los ro-



manos; pero se aplacó por los ruegos y lágrimas de su madre.

Habiendo los romanos traído de Aténas las leyes de Solon, eligieron unos magistrados llamados *Decenviros*, que cuidasen de su recopilacion y observancia. Empezaron estos á ejercer una autoridad tan despótica que fueron ó depuestos, ó desterrados, ó muertos, contribuyendo á esta revolucion el trágico suceso de Virginia, á quien el Decenvir Apio Claudio quiso robar el honor, y á quien su mismo padre traspasó el pecho por no verla deshonrada por el tirano.

Restablecióse el consulado, y despues se crearon Tribunos militares que alternaron durante algunos años con los Cónsules.

Por aquel tiempo saquearon los galos á Roma; mas luego los venció el valeroso dictador Camilo.

Siguiéronse despues prolijas guerras contra los samnites y otros pueblos vecinos de Roma, como asimismo con los galos, y con Pirro, rey de Epiro, en las cuales se acreditó admirablemente el valor de los romanos.

Suscitóse la primera guerra púnica, originada de varias disensiones que hubo en la isla de Sicilia. Una parte de sus habitantes imploró el auxilio de los romanos, y la otra el de los cartagineses. Al cabo de veinte y cuatro años vencieron los romanos, imponiendo á los de Cartago duras condiciones. Renovóse otra guerra contra los galos, triunfando igualmente Roma; y á los doscientos diez y ocho años antes de la era cristiana empezó la segunda guerra púnica, que aunque de menos duracion, fué mas sangienta y peligrosa que la primera. Enton-

ces mostró su esfuerzo y conducta Anibal, general de los cartagineses, que en tres batallas derrotó á los romanos, y en la cuarta que fué la famosa de Canas, hizo el mayor destrozo que cuentan los anales de Roma. Hubiera perecido aquella república á no ser por la prudencia y valor de sus dos generales, Quinto Fabio Máximo y Claudio Marcelo, y por el excelente arbitrio que tomaron los romanos de llevar la guerra á Africa, poniendo así á Anibal en precision de dejar á Italia para acudir al socorro de su patria Cartago. Al fin se terminó despues de diez y siete años aquella funesta guerra con una paz ventajosa á los romanos, en la cual se obligaron los cartagineses á pagarles tributo.

Dos guerras muy señaladas sostuvieron los romanos contra los macedonios; y en la segunda acabó la Grecia de perder su libertad, estableciendo Roma su dominio en Asia.

Deseaban los romanos un pretexto de rompimiento para aniquilar á Cartago, y le hallaron muy oportuno en la guerra que aquella república seguia con Masinisa, rey de Numidia. Tomó Roma el partido de este; y Publio Cornelio Scipion se apoderó de Cartago, destruyéndola á sangre y fuego. Así acabó aquella antigua competidora de Roma que por espacio de un siglo la habia disputado el imperio del orbe.

La ciudad de Corinto fué destruida como la de Cartago; y con la toma de Numancia quedó toda España sujeta á la dominacion de Roma, como se verá cuando, tratando de la historia particular de España, contemos lo que en ella obraron los romanos.

A estas victorias se siguieron dentro de la mis-

ma Roma grandes disensiones, cuando Tiberio Graco y su hermano Graco Cayo sublevaron al pueblo contra la nobleza para establecer un estado de perfecta igualdad entre una y otra clase; pero ambos héroes perecieron miserablemente.

Entretanto vencieron los romanos y trajeron prisionero á Aristónico, rey de Pérgamo. Igual desgracia tuvo Yugurta, rey de Numidia, sometido por Mario. Este abatió á los teutones, cimbro, y otras naciones del Norte que se habian introducido en las Galias, en España y en Italia.

Pacificados algunos pueblos del Lacio, que habian suscitado discordias civiles, se dió principio á la guerra contra Mitridátes, Rey del Ponto, que habia hecho dar muerte á todos los romanos establecidos en sus dominios, y apoderados de algunas provincias de Asia, aliadas, ó tributarias de Roma.

Confióse aquella empresa al Consul Sila; mas luego entró Mario en su lugar. De aquí se originaron dos partidos, uno á favor de Mario y otro por Sila, en cuya ocasion perecieron muchos ciudadanos, tanto en Italia, como en España, adonde se habia retirado Sertorio, parcial de Mario, al segundo año de la guerra civil.

Aunque habiendo sido vencido Mitridátes, pidió la paz, y se la concedieron, Murena, lugarteniente de Sila, faltó á la observancia del tratado, y empezó de nuevo la guerra. Mitridátes, aliado con Tigránes, Rey de Armenia, triunfó de los romanos, y se apoderó de Bitinia; pero el Consul Lúculo alcanzó dos victorias del Rey de Armenia, y hubiera terminado felizmente la guerra, sino se

hubiese encomendado el mando del ejército al Consul Glabrio, que dió lugar á Mitridátes de recobrar su reino, y talar la provincia de Capadocia. Entonces Pompeyo, caudillo ya famoso por haber concluido dichosamente en España la guerra de Sertorio, y la de los piratas en Cilicia, marchó contra Mitridátes, le echó de sus dominios, persiguiéndole hasta Armenia, y despues de haberle vencido á orillas del Eufrates, le puso en términos de darse desesperadamente la muerte. Para hacerse dueño del Asia, sometió la Armenia, unió la Siria al imperio romano, y redujo la Judéa á provincia de la republica, volviendo á Roma lleno de laureles y tesoros.

Puso en gran consternacion á los romanos la conjuracion de Lucio Catilina, hombre noble pero disoluto, que concibió el árduo designio de avasallar á Roma. Ciceron, tan buen ciudadano, como orador escelente, descubrió la conspiracion, precaviendo sus fatales consecuencias; murió Catilina combatiendo al frente de las tropas que habia juntado; y destrozadas estas, fueron degollados los principales cómplices.

Pompeyo, Craso y Julio Cesar con no menos atrevimiento que maña llegaron á reunir en sí la soberanía, formando el primer triunvirato, origen de grandes discordias, y de la ruina de la republica, porque ni Cesar, ni Pompeyo habian nacido para consentir la igualdad ó la superioridad de otro en el mando.

Obtuvo Cesar el Consulado, y el gobierno de las Gaias por cinco años; y quedando en Roma Pompeyo y Craso, marchó á estender sus conquistas,



y echar los cimientos del universal dominio que meditaba. Rindió á los suizos, á Ariovisto rey de los suevos en Alemania, y á los belgas ó flamencos. Sometió con increíble celeridad todas las Galias, y aun hizo tributarios á los ingleses, sin haber tardado en estas conquistas mas que ocho años.

Murió Craso en un combate contra los partos, y Pompeyo, envidioso de la gloria de su competidor Julio Cesar, intentó despojarle del gobierno; pero Cesar con sus fieles tropas marchó á Roma, de donde huyó Pompeyo con sus partidarios. Cesar, reelegido Consul, ganando al pueblo con sus liberalidades, y amedrantando á los enemigos con su valor, persiguió á Pompeyo, que se habia retirado á Grecia, y despues de varios acontecimientos vinieron á las manos ambos campeones en los campos de Farsalia. Declaróse la fortuna por Cesar, que fué tan clemente despues de la victoria, como esforzado en la pelea.

El caudillo vencido hubo de retirarse á Egipto; pero creyendo Ptolomeo, Rey de aquellos estados, dar gusto á Cesar, mandó asesinar á Pompeyo, y presentó su cabeza al vencedor, el cual no pudo menos de tributar algunas lágrimas á la memoria de tan valeroso capitan.

Dispuso entonces proclamar Reina de Egipto á la bella Cleopatra, despues que su hermano Ptolomeo se habia ahogado en el Nilo por huir de Cesar, ya declarado enemigo suyo.

De allí marchó rápidamente contra Farnáces, Rey del Bósforo, y saliendo con felicidad de aquella empresa, dió parte de ella á



Roma en tres palabras: *Llegué, ví, vencí.*

Intentaron los dos hijos de Pompeyo vengar la muerte de su padre; pero lejos de conseguirlo, murió el mayor de ellos, y huyó el segundo, quedando sus tropas enteramente derrotadas. En esta guerra, Catón, el gran republicano, se dió la muerte por no ser testigo de la esclavitud de su patria.

Habia llegado Julio Cesar al colmo de su fortuna, y se hallaba nombrado Dictador perpetuo con título de Emperador, que entonces equivalia á general, cuando le asesinaron en el Senado Bruto y Casio, con ayuda de otros conjurados. Acaeció este suceso cuarenta y cuatro años antes de la era cristiana, teniendo Cesar cincuenta y seis de edad.

Muerto el Emperador, se originaron en Roma los mayores disturbios. El Consul Marco Antonio, y Emilio Lépidó, general de la caballería, ambiciosos uno y otro, aspiraban al mando. Los de un partido querian se vengase la muerte del dictador, y los del otro defendian á los asesinos como á republicanos restauradores de la libertad.

Octavio ú Octaviano, llamado despues Augusto, sobrino de Julio Cesar, se hizo entonces dueño de la república, para lo cual procuró que el Senado declarase á Marco Antonio enemigo de ella, y logró que marchasen contra él los dos Cónsules Hircio y Pansa. Estos, aunque vencedores, perecieron en la batalla; pero Antonio, sin desmayar en aquel lance, se ayudó de Lépidó, empenándose en desacreditar á Augusto con el Senado. Entonces Octavio tomó el partido de unirse con Antonio y Lépidó; y formaron el segundo triunvirato que oprimió á Roma á los cuarenta y tres años antes de Jesucristo.

Tuvo Augusto la ingratitud de dejar á Ciceron abandonado al furor de Antonio su enemigo mortal, no obstante que aquel orador con sus consejos y diligencias le habia favorecido tanto en el Senado; y murió el gran Ciceron asesinado por los emisarios de Antonio.

Unido Augusto con Marco Antonio y con Lépido, hizo revocar el decreto en que el Senado los habia declarado euemigos de la patria; y se convirtieron los tres en dividir entre sí el imperio, mandando Antonio en las Galias, Lépido en la España, Octavio en Africa y Sicilia, y los tres juntos en Italia y en el oriente.

Marcharon Octavio y Lépido contra Bruto y Casio, que se habian retirado á Grecia, y los vencieron en los confines de Macedonia, obligándolos á darse la muerte á sí propios, luego que perdieron las esperanzas de sostener el partido republicano.

Volvió Octavio á Roma, y Antonio pasó al Asia. Entonces cautivó á este con los atractivos de su hermosura Cleopatra, reina de Egipto; y él la concedió el dominio de Chipre, de una parte de la Cilicia, de la Arabia y de la Judéa, con otros países. Indignados los romanos de que Antonio desmembrase el imperio por una reina estrangera, y de que por ella abandonase á su propia muger Octavia, hermana de Augusto, resolvieron tomar las armas contra él. Mandólas Octavio, y llegando con su armada á Epiro, ganó cerca de Accio, treinta y un años antes de la venida de Cristo, aquella famosa victoria que le hizo dueño absoluto de la república. Huyó Cleopatra, y con ella Marco Antonio, persiguiéndolos Octavio hasta el mismo Egipto, Antonio despe-

chado se dió la muerte, y le imitó Cleopatra.

Restituido Octavio á Roma, fué recibido en triunfo; y aunque dejó al Senado una apariencia de autoridad, vino á ser único señor del imperio romano, debiendo esta fortuna á su astuta política, á su felicidad en las armas, á la moderacion de su gobierno, con que hizo olvidar las pasadas crueldades, á su beneficencia para con el pueblo, y fidelidad con sus amigos, y á la señalada proteccion que concedió á las artes y ciencias,

Conquistó por medio de sus generales el Egipto, la Dalmacia, la Pannonia, la Aquitania, la Iliria, la Cantabria, y otras muchas provincias remotas; y habiendo adquirido el dictado de *Padre de la Patria*, murió en Nola de edad de setenta y seis años á los catorce de la era cristiana.

Tiberio, hijo adoptivo de Augusto, gobernó el imperio por sus ministros, entregándose á las mas infames torpezas; y ayudado del malvado consejero Seyano, cometió crueles iniquidades. Murió á los veinte y tres años de su reinado, y á los treinta y siete de la era cristiana.

Sucedió á Tiberio Cayo Calígula, hijo de un sobrino de Tiberio, llamado Germánico. La vida de este príncipe fué todavía mas viciosa y abominable que la de su predecesor, por lo cual conspiraron contra él Casio y Sabino, capitanes de sus guardias, y antes de cumplir cuatro años de su reinado, le asesinaron en su palacio.

Claudio, primo hermano de Calígula, subió al trono cuarenta y un años despues de la venida de Cristo, y empezó gobernando con tanta justicia, que adquirió el título de *Padre de la Patria*;

pero despues se acreditó de débil, insensato y cruel. Sometió á los ingleses, y volvió triunfante á Roma, tomando el dictado de *Británico*. Su muger *Mesalina* fué un monstruo de disolucion, y su mismo esposo la mandó asesinar, casándose despues con *Agripina*, sobrina suya, la cual le dió veneno á los trece años de su reinado.

En el año de cincuenta y cuatro de la era cristiana empezó á reinar *Neron*, hijo de *Agripina* y de *Domicio* su primer marido. *Agripina* habia conseguido con sus artificios que *Claudio* dejase nombrado sucesor suyo á *Neron* en perjuicio de *Británico*, hijo del mismo *Claudio*, y Príncipe muy estimable. Manifestó *Neron* al principio algunas virtudes; pero descubrió luego los mas indignos vicios, decayendo en su tiempo la gloria y poder del imperio romano. Mandó prender fuego á Roma, complaciéndose en aquel espectáculo. Hizo dar muerte á su madre *Agripina*, á *Burro* su ayó, á *Séneca* su maestro, á *Octavia* su muger, á su dama *Popea*, al poeta *Lucano*, y á otros infinitos; y fué el primer perseguidor de los cristianos. El Senado, declarándole enemigo de la patria, le sentenció á ser precipitado de una alta peña al rio *Tiber*; pero *Neron* se quitó la vida con un puñal, teniendo entonces treinta y un años, y habiendo reinado cerca de catorce. Con la muerte de este inhumano Príncipe se estinguió el linage de *Augusto*.

*Galba*, Senador de ilustre sangre, y caudillo acreditado, fué proclamado Emperador por los españoles y por los galos. Reinó solo siete meses, en que dió muestras de una vil avaricia, y murió de edad de setenta y tres años asesinado por



sus mismas tropas á instancias de Oton.

Subió este al imperio sin embargo de que se le disputaba Vitelio auxiliado de los alemanes. Venió Oton á Vitelio en tres combates; pero quedando despues derrotado en una batalla campal, se dió la muerte, sin haber reinado mas que noventa y cinco dias.

Obtuvo Vitelio la corona, y en poco mas de ocho meses que reinó, cometió repetidas atrocidades, entregándose tambien á los mayores excesos en comida y bebida. Indignado el pueblo romano contra él, le dió ignominiosa muerte, despues de haberle arrastrado por las calles, y arrojó su cuerpo al Tiber.

Vespasiano, que, aunque de obscuro linage, habia llegado por su valor y prudencia á la dignidad de Consul, y que habia conseguido victorias en Palestina, fué proclamado Emperador á los sesenta y nueve años de la era cristiana. Reinó diez; y despues de haberse hallado en treinta y dos batallas, murió con gran sentimiento del Senado y del pueblo por las virtudes de humanidad, esfuerzo y cordura que le adornaban. Unicamente fué tachado de avaricia, aunque algunos la llaman economía necesaria.

Tito, hijo de Vespasiano, mereció le apellidasen *el amor y las delicias del género humano*, y supo ganar la voluntad de sus vasallos con su elocuencia, valor, liberalidad y modestia. Mereció los honores del triunfo juntamente con su padre Vespasiano por haber conquistado á Jerusalem. Ambos Emperadores consolaron á Roma de la desgracia que habia tenido en ser gobernada por los



Tiberios, Calígulas, Neronos y Vitelios. Murió Tito á los dos años y dos meses de su reinado, dejando por sucesor á su hermano menor Domiciano, que al principio dió muestras de clemente y generoso; pero despues no quedó vicio de que no se dejase arrastrar, ni delito con que no se hiciese odioso. Sus mismos criados le dieron muerte dentro de palacio el décimo quinto año de su reinado con general satisfaccion del pueblo.

A estos doce Emperadores desde Julio Cesar hasta Domiciano dá la historia por escelencia el nombre de *Césares*.

Pasó la corona á Nerva, anciano virtuoso y respetable, y de ilustre familia, el cual tomó por socio ó compañero en el imperio al Español Trajano, su pariente. Murió Nerva á los setenta años de edad, habiendo reinado poco mas de uno.

Trajano, que le sucedió, fué por su pericia militar y político digno de la estimacion de los romanos. Sostuvo felizmente varias guerras, ya contra los alemanes, ya contra los partos; subyugó la Dacia, la Armenia, la Iberia, la Arabia, y otros reinos del Asia, llegando con sus armas hasta la India; y sujetó á los judíos que se le habian rebelado. Cogióle la muerte en Cilicia el vigésimo año de su reinado, á los sesenta y tres de edad; y en elogio suyo baste decir que el pueblo deseaba á sus Emperadores *la dicha de Augusto, y la bondad de Trajano*.

Adriano, tambien español, pariente, aliado y sucesor de Trajano, Príncipe de grandes virtudes, pero mezcladas con bastantes vicios. Viajó largo tiempo por casi todas las provincias del dilatado

imperio romano; estableció la disciplina militar; dejó en Roma monumentos públicos de su magnificencia, y murió después de haber reinado cerca de veinte y un años.

Sucedióle Antonino, apellidado *Pío*, por su afebilidad y clemencia, el cual esterminó los viles delatores y calumniadores que tantos daños habían causado en los reinados antecedentes, y rigió el imperio con felicidad por mas de veinte y dos años, habiendo reprimido á los ingleses que se le sublevaron, como tambien á los mauritanos y á los egipcios.

Marco Aurelio, yerno de Antonino Pío, gobernó juntamente con Lucio Vero, á quien dió su hija en matrimonio. Aunque era Marco Aurelio de genio benéfico, amante de las letras, sabio, político y de arreglada conducta, y Lucio Vero, bien al contrario, hombre de vida relajada, y sin aplicación á los negocios políticos y militares, reinaron ambos en buena armonía.

Lucio Vero marchó contra los partos; pero no fué él quien los sujetó, sino sus tenientes. Falleció á los nueve años de reinado, y Marco Aurelio gobernó solo, con la mayor prudencia y benignidad, habiendo vencido á varias naciones septentrionales. El feliz reinado de este Emperador filósofo, duró diez y nueve años; y después de él tuvo el imperio romano la desgracia de ser gobernado casi siempre por Príncipes inicuos y viciosos. Tal fué Cómodo, indigno hijo de un padre como Marco Aurelio.

Por muerte de Cómodo fué proclamado Emperador Helvio Pertinaz, Prefecto de Roma, á quien pronto dieron muerte los soldados de su guardia.

Siguióse Didio Juliano, que tambien murió asesinado; y luego Septimio Severo, que sostuvo valerosamente muchas guerras, y murió en York el décimo octavo año de su reinado.

Sucedieronle sus dos hijos Caracala y Geta. Aquel quitó la vida á este, y gobernó tiránicamente seis años, cometiendo torpes excesos y crueldades, hasta que le asesinó uno de sus soldados.

Igual fin tuvo Opilio Macrino; y las tropas reconocieron por Emperador á Marco Aurelio Antonio, apellidado Heliogábalo, en quien se juntaron cuantos vicios pueden hacer á un hombre aborrecible. Murió este monstruo á manos de sus soldados, y subió al trono Alejandro Severo, bien diferente de su antecesor, porque fué justo, benigno y amante de los sabios. A pesar de sus buenas prendas, uno de sus oficiales llamado Maximino, le hizo dar muerte en Maguncia, como asimismo á su madre Julia Mamaea.

Este Maximino, hijo de un aldeano godo, pasó de pastor á soldado, y despues de haber sido buen general, llegó á ser malísimo príncipe, ejecutando increíbles atrocidades, principalmente contra los cristianos. Era hombre naturalmente feroz, agigantado y extraordinariamente forzado. Los pueblos se le rebelaron muchas veces; y al fin le dieron muerte sus tropas.

Aceptó por fuerza el imperio el Proconsul Gordiano, y tomó por compañero á su hijo, que tenia el mismo nombre. Vencido y muerto Gordiano el mozo en una batalla que dió á los numidas, su padre se ahorcó desesperado.

Eligió entonces el Senado por caudillo del ejér-

cito á Máximo Popieno, hijo de un herrero, y con él á Balbino para que mandase en Roma; pero ambos Emperadores fueron asesinados antes de los diez meses.

Gordiano segundo, nieto de Gordiano el mayor, empuñó el cetro; y despues de haber vencido á los partos y persas, pereció por traicion de Filipo, general de sus tropas.

Reinó éste juntamente con su hijo, llamado tambien Filipo, y uno y otro fueron asesinados, el padre en Verona y el hijo en Roma.

Decio, que habia sometido felizmente á los escitas, recibió la corona imperia'. Fué terrible enemigo de los cristianos: y habiendo muerto á los dos años él y su hijo, le sucedieron Treboniano Galo, y su hijo Volusiano. Quitáronles la vida sus tropas, y dieron el gobierno al caudillo Emiliano, que solo le gozó tres meses, porque noticiosos los soldados de que Valeriano habia sido proclamado Emperador en las Galias, dieron muerte á Emiliano.

Rigieron el imperio Valeriano y Galieno su hijo, pero con suma desgracia, pues el Rey de Persia Sapor hizo prisionero á Valeriano, y contra Galieno se levantaron treinta tiranos que se apoderaron del mando en varias partes del imperio dividido en facciones.

Muerto Galieno á los quince años de su turbulento reinado, le sucedió Claudio Segundo, llamado el *Gótico*, por haber hecho grande estrago en los godos y otras naciones bárbaras. Murió de peste á los dos años, siendo su falta muy sentida del pueblo.

Su hermano Quintilio solo reino diez y siete dias;

y pasó la corona á las sienes de Aureliano, tan estimado por su valor, como temido por su inhumanidad. Venció á la célebre reina Zenobia, que mandaba en una parte del oriente, despues de haber fallecido su esposo Odenato, el cual se habia hecho aclamar emperador en tiempo de Galieno. Tuvo Aureliano la dicha de haber reducido á obediencia las muchas provincias que se habian rebelado al imperio romano; pero aquel gran principe murió por traicion de un confidente suyo.

Eligió entonces el Senado al anciano Tácito, hombre noble y prudente, que habia desempeñado los principales cargos de la república; mas solo reinó seis meses. Su hermano Floriano apenas llegó á reinar tres; y en su lugar entró Probo, que por espacio de seis años acreditó su valor y conducta, venciendo á los alemanes, galos, sármatas, getas y otros pueblos. Cuando marchaba contra los persas, sus soldados le asesinaron injustamente en la Iliria.

Subió al trono Aurelio Caro, y con él sus dos hijos Carino y Numeriano. Caro murió antes de los dos años á las orillas del Tigris, creyéndose que le mató un rayo: Numeriano, fué cosido á puñaladas, y Carino, entregado á horribles vicios, murió á manos de uno de sus tribunos.

Sucedió Cayo Valerio, conocido por el nombre de Diocleciano, y eligió por compañero en el imperio á Maximiano Hercúleo, su amigo. Este derrotó á los rebeldes de las Galias y de Alemania: y áquel á los sármatas, á los partos, á los godos y á otras naciones. Habiéndose suscitado dos levantamientos, uno en Egipto, y otro en la Mauritania, conocieron los dos emperadores que no podian acu-



dir á tantas partes, y disgustados del mando hicieron dimision de él para retirarse á vida mas tranquila. Diocleciano hubiera conseguido opinion de un gran príncipe, si no le hubiera hecho odioso su obstinada crueldad en perseguir á los cristianos.

Por la renuncia de Diocleciano y Maximino, dividieron el imperio entre sí Constancio-Cloro y Galerio. Constancio no llegó á reinar dos años; y Galerio, desconfiando de sus propias fuerzas, eligió dos nuevos Césares, Maximino y Severo. Indignadas las tropas contra Galerio, proclamaron emperador á Majencio, hijo de Maximiano Hercúleo. Este mismo Maximiano, cansado de su retiro quiso volver al trono, pero no le admitió el ejército. Murió Galerio despues de haber honrado con la púrpura imperial á Licinio, general acreditado; quedando entonces dominado el imperio romano por cuatro emperadores: Majencio, Licinio, Maximino y Constantino, llamado el Grande, hijo de Constancio.

Venció Constantino á Majencio y á Licinio; y por haber muerto Maximino en el oriente, quedó único dueño del imperio, trasladando la silla de él á la ciudad de Bizancio, á la cual dió el nombre de Constantinopla. En su tiempo floreció libre y pacíficamente el cristianismo, que cuenta por época memorable el reinado de Constantino Magno. Este emperador en los últimos años de su vida perdió parte de la gloria debida á su celo en proteger la religion cristiana por la flaqueza que tuvo de favorecer á los arrianos, desterrando á San Atanasio y á otros santos obispos; pero recibió el bautismo poco antes de su muerte, que acaeció cerca de Nicomedia el año de trescientos treinta y siete, á los

treinta y uno ó treinta y dos de su reinado.

En medio de las grandes prendas de Constantino, le han tachado de ligereza en haber hecho dar muerte á su hijo Crispo por una falsa acusacion de la emperatriz Fausta, á la cual mandó despues quitar la vida. Igualmente se desapueba su mala política en haber trasladado al oriente la silla imperial, dejando el occidente espuesto á las irrupciones de pueblos bárbaros, y haber repartido el imperio entre sus tres hijos, despues que habia logrado reunirle felizmente en su persona.

En consecuencia de esta division sucedieron á Constantino sus tres hijos Constantino Segundo, que gobernó la España y las Galias, Constancio, á quien tocó el Asia y Egipto, y Constante, que mandó en Italia, Sicilia y Africa. Constantino fué muerto en Aquiléa por las tropas de su hermano Constante, y este murió á traicion poco despues. Quedó Constancio en posesion del imperio, y le conservó durante un reinado poco glorioso de veinte y cuatro años, habiendo protegido el arrianismo.

Siguióse Juliano llamado el *Apóstata*, que reinó poco mas de año y medio, y manifestó prendas muy estimables, sino las hubiera deslucido con su grande aborrecimiento al nombre cristiano.

Eligieron las tropas á Joviano por emperador; y su reinado, aunque solo duró ocho meses, fué muy favorable al cristianismo.

Sucedióle Valentiniano, dotado de prendas dignas del trono; y repartió el imperio con su hermano Valente, dándole la parte de oriente, esto es, Egipto, Asia y Tracia, reservándose la del occidente.

Graciano heredó á Valentiniano su padre; y

muerto Valente, dió el imperio de oriente al gran Príncipe español Teodosio, célebre por su valor, y por lo que amparó á los cristianos.

A Graciano sucedió en el imperio de occidente su hermano Valentiniano Segundo; y por fallecimiento de Teodosio pasó el gobierno de oriente á Arcadio, y el de occidente á Honorio, hijos ambos de aquel insigne Emperador.

Desde entonces, esto es, á fines del siglo cuarto y principios del quinto, experimentó su total decadencia el imperio romano, devastado por vándalos, hunos, suevos, alanos, francos, lombardos, hérulos, ostrogodos, visigodos y otras naciones bárbaras. Los débiles emperadores que gobernaron el occidente hasta Augústulo, el último de ellos, apenas han merecido el nombre en la historia; pero entre los de oriente (cuya larga serie se omite por la brevedad que exige este sumario) hubo algunos que merecen distinguido elogio.

Muchos años despues, cuando en casi todo el occidente dominaban ya las naciones que hemos nombrado, Carlo Magno, hijo de Pipino rey de Francia, venció en Alemania á los sajones, y en Italia á los lombardos, y entrando triunfante en Roma, fué coronado emperador de occidente por el Papa Leon Tercero, el dia de la Natividad del año de ochocientos, renovando el imperio de los Césares que habia espirado en Augústulo por los años de cuatrocientos setenta y seis.

Carlo Magno, tan valeroso como prudente, protegió con admirable celo la religion católica y las letras, y sus sucesores han conservado hasta el dia de hoy el título de emperadores y reyes romanos.

**PARTE HISTORICA.****LIBRO TERCERO.****LECCIONES****DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.****INTRODUCCION.**

**T**odos estamos obligados á saber la historia de nuestra patria, pero no todos con igual estension y puntualidad; porque si unos necesitan estudiarla radicalmente ya como hombres empleados en los primeros oficios de la paz y de la guerra, ya como curiosos literatos, otros (que son los mas) deben contentarse con no ignorar los hechos y revoluciones notables, conservar una idea general de los reinados que han sido útiles y gloriosos, ó perjudiciales y desgraciados, y fijar con la memoria la serie de las épocas principales para no confundirlas, como por falta de instruccion acontece frecuentemente.

Este fruto, quizá el único que suele sacarse despues de haber leído dilatadas obras históricas, se puede lograr á menos costa con un compendio que ni peque de estéril, ni de difuso. El que ahora se dá

á luz, trata muy sucintamente la parte de nuestra historia que pertenece á los tiempos mas remotos y con alguna mayor individualidad lo acaecido en los posteriores, porque al paso que va creciendo la monarquía, crece tambien la importancia de los sucesos, y tienen estos mas inmediato y particular influjo en el estado presente de la nacion.

Los hemos recopilado no tanto por el órden de rigurosa cronologia, quanto por la calidad de ellos, y por la natural conexion que hay entre unos y otros. Tuvo, por exemplo, el Rey Felipe Segundo dos distintas guerras con Francia, otra en Italia, otra muy porfiada en los Países bajos, otra con los moriscos de Granada, y otras con el Turco, con Portugal y con Inglaterra. Si en la relacion de estas varias empresas militares se observase meramente el órden de los tiempos, sería preciso confundir la imaginacion del mayor número de lectores, transportándola sin cesar desde San Quintin á las Alpujarras, desde Oran á Bruselas, desde el golfo de Lepanto á Lisboa, y desde las islas Terceras á Londres, de suerte que dos ó mas acontecimientos enteramente inconexos se hallarian tal vez reunidos en un mismo párrafo solo por la accidental circunstancia de haber sucedido en el propio mes ó año. Puede tener este método su utilidad en aquellos voluminosos anales que mas que verdadera historia, son como un depósito de materiales para escribirla; pero no parece tan conveniente á un resumen histórico que, abrazando por mayor los acaccimientos sustanciales, debe enlazarlos de modo que lo seguido del discurso sirva de auxilio á la memoria, y se sujeten las fechas á la narracion, y no la narracion



á las fechas. En nuestro compendio se apuntan las mas esenciales, cuidando de escribirlas en letra y no en guarismo para facilitar á los niños su lectura, y se insertan en el contesto de la obra, porque así tendrán mas precision de leerlas, que si las viesén anotadas al márgen.

Para disponer estas breves lecciones, muy fáciles de escribir, si se hubiese querido copiarlas de otros compendios, sin exámen ni elecion, se han tenido presentes los autores, que mas individualmente han tratado de la historia de España; y como el citar los diversos pareceres y obscuras contróversias de muchos de ellos sobre puntos dudosos no corresponde á la naturaleza de un sumario destinado particularmente á la enseñanza de los niños, se ha procurado omitir cuestiones, y seguir aquel dictámen que parece mejor fundado, sin adherir precisamente á la autoridad de un determinado historiador, ni impugnar á los que son de opinion contraria, ni menos pretender que prevalezca la que aquí se adopta por mas probable. En ninguna historia como en la de España se hace tan necesario hablar con esta prudente desconfianza, porque en ninguna es tan difícil la investigacion de la verdad, segun lo estan reconociendo y confesando á cada paso nuestros doctos escritores, que despues de haber espuesto las conjeturas de unos y otros, suelen dejar á los lectores la embarazosa libertad de juzgar por sí: arbitrio que si pudiese practicarse con los de tierna edad nos hubiera escusado la mayor parte del trabajo.

Otros puntos hay que, aunque demostrablemente fabulosos, ó por lo menos inverosímiles, andan en boca de toda la nacion con apoyo de

antiguas tradiciones y crónicas respetables; y no hemos podido dejar de insinuarlos, bien que añadiendo la breve censura que basta para correctivo, y para que no se de á semejantes noticias mas crédito del que merecen.

Acaso entre las que referimos como ciertas habrá alguna que repugne á los delicados críticos; pero cuando estractamos la historia de España, no nos hemos propuesto reformarla, porque tan ardua empresa ni puede tener cabida en un compendio, ni es para un hombre solo, antes bien está reservada á las perennes tareas de muchos sabios capaces de desempeñarla prolija y ampliamente como el público lo desea.

### ADVERTENCIA.

---

*Ha parecido conveniente añadir al principio de la historia de España el Sumario que compuso en verso el P. José Francisco de Isla de la Compañía de Jesus, que los niños podrán aprender de memoria para mas facilmente tener presente los sucesos principales de la historia.*

**SUMARIO**

DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.

**PARTE PRIMERA.***Reino de los cartagineses y de los romanos**en España.*

**L**ibre España, feliz é independiente  
 Se abrió al cartagineses incautamente.  
 Viéronse estos traidores  
 Fingirse amigos para ser Señores,  
 Y el comercio afectando,  
 Entrar vendiendo por salir mandando.  
 Los tesoros que abriga en cada entraña,  
 Vivoreznos ingratos para España,  
 Rompiendo el seno que los cubre en vano,  
 Cebaron la ambicion del africano.  
 Roma envidiosa con mayor codicia,  
 Hace razon de estado la avaricia:  
 Que estando en posesion de usurpadora,  
 El serlo mas Cartago la desdora.  
 Echar de España intenta al de Cartago,  
 Y antes se sintió el golpe que el amago.  
 Su soberbia se humilla  
 De Asdrubal á implorar la infiel cuchilla:  
 Y á los ojos de Anibal en un punto  
 Ciudad, pueblo y ceniza fué Sagunto.

**Roma en cuatro funciones destrozada**  
**Pasa á España en ejércitos formada;**  
**Y el español rendido**  
**Contra su libertad toma partido,**  
**Y juntando su mano á las ajenas**  
**El mismo se fabrica las cadenas.**  
**Cartago cede en fin; Asdrubal huye,**  
**Y asegura Scipion lo que destruye.**  
**Viriato, guerrero,**  
**Pasando de pastor á vandolero,**  
**Y de aquí á general, fuerte, animoso,**  
**Gefe fué á los romanos ominoso;**  
**Pues solo en catorce años con su gente**  
**Seis veces venció á Roma heroicamente;**  
**Pero el cobarde bárbaro romano**  
**Fraguó su muerte por traidora mano.**  
**Numancia, horror de Roma fementida,**  
**Mas quiso ser quemada que vencida.**  
**Desterrado Sertorio á las Españas,**  
**En italiana sangre sus campañas**  
**Inundó vengativo:**  
**Hasta que mas dichoso, ó mas activo,**  
**El gran Pompeyo puso á sus furores**  
**Sangriento fin de muertes y de horrores.**  
**Atónita la España á golpe tanto**  
**El valor cambió á miedo; y con espanto,**  
**Cuando esperaba mas crueles penas**  
**Agradeció á Pompeyo las cadenas.**  
**Pero el mismo Pompeyo fué vencido**  
**De Cesar, su rival esclarecido.**  
**Lérida lo dirá con sus murallas,**  
**A un mar de sangre, márgenes y vallas:**  
**Como Munda lloró en sus baluartes**

La rota, en sus dos hijos, de dos Martes.  
 Octavio entró en España, y su milicia  
 Rindió á Cantabria, Asturias y Galicia.  
 Con que sujeta España á los romanos,  
 Doradas las esposas á las manos  
 De sus conquistadores,  
 Convirtiendo en remedos los horrores,  
 Recibió ceremonias,  
 Lengua, ritos, costumbres y colonias.

## PARTE SEGUNDA.

*Reino de los godos hasta la irrupcion de los  
 sarracenos.*

SIGLO V. = 400.

*Despues del nacimiento de Jesucristo.*

**A**l año cuatrocientos el alano,  
 El godo, el suevo, el vándalo inhumano,  
 De las cobardes manos que le tratan,  
 La España á viva fuerza se arrebatan.  
 Ataulfo valiente,  
 En cuya heroica frente  
 De los godos descansa la corona,  
 Ocupando á Tolosa y á Narbona,  
 Se acantona en Gascuña,  
 Y extiende su cuartel á Cataluña.  
 Mas Walia, belicoso á los romanos  
 Redujo suevos, vándalos y alanos.  
 Teodoredo y Aecio coligados



En estrechos tratados,  
 Con Merovéo que reinaba en Francia:  
 De Atila humillaron la arrogancia.  
 Teodorico, hecho Rey de fraticida,  
 Que rindió á un fraticidio reino y vida,  
 Al suevo orgulloso  
 Privó de Rey, de reino y de reposo.  
 Hizole tributario;  
 Pero Eurico, mas vano ó temerario,  
 Le quitó la corona enteramente:  
 Y estendiendo su imperio estrañamente  
 A Toledo ocupó, y en marchas listas  
 Dilató hasta la Francia sus conquistas.

SIGLO VI. = 500.

La vida de Alarico fué trofeo  
 En quinientos del grande Clodovéo;  
 Y con su muerte, el godo  
 Cuanto en Francia ocupó perdiólo todo.  
 Amalarico en sus mas tiernos años  
 Subió al trono por fuerza y por engaños;  
 Y ultrajando á Clotilde cruelmente,  
 Aunque esta esforzó un tiempo lo paciente,  
 Cansada la paciencia y la esperanza,  
 Le hizo sentir al cabo su venganza.  
 A Theudis mortalmente un puñal hiere,  
 Que quien á hierro mata á hierro muere.  
 El frances acomete á Zaragoza;  
 Y cuando casi su posesion goza,  
 Reprimido el encono,  
 A vista de Vicente su patrono,  
 Retrocede en efecto,

Y el que antes fué furor pasó á respeto.  
 Teudiselo cruel y lujurioso,  
 Ya torpe, ya furioso,  
 Todo lo mancha, todo lo atropella,  
 No perdona casada ni doncella,  
 Hasta que al fin, causado el sufrimiento,  
 Con su sangre lavó su atrevimiento.  
 Ágil en lo lascivo no le imita,  
 Mas en lo ocioso sí: con esto irrita  
 Tanto el desprecio del soldado fuerte,  
 Que comenzó motin, y acabó muerte.  
 A los franceses se une Atanagildo,  
 Y al débil Liuva sigue Leovigildo:  
 Padre, herege y tirano de un rey Santo,  
 Al griego, al suevo, al cántabro es espanto.  
 Su hijo Recaredo le sucede,  
 Con quien tanto la luz, la verdad puede,  
 Que á sí, y á su nacion de secta arriana,  
 Obediente rindió á la fé romana.

SIGLO VII. = 600.

Liuva, Witerico y Gundemaro,  
 Con Sisebuto, (¡ caso extraño y raro !)  
 Aunque poco hazañosos,  
 Lograron unos reinos venturosos.  
 Suintila en la guerra adquiere gloria,  
 Y en la paz es afrenta en la memoria:  
 Al frances, Sisenando, y á su espada  
 Debe el tener la frente coronada:  
 En su reino (ahuyentada la injusticia)  
 Se abrazaron la paz, y la justicia.  
 Sucedióle Chintila, despues Tulga;

**Chindasvinto á sí mismo se promulga**  
**Por Rey; y á Chindasvinto**  
**Le sucede su hijo Recesvinto:**  
**Wamba (¡ raro prodigio !)** se resiste  
**A ser Rey, cuando el reino mas le insiste;**  
**Y dándole á escoger corona ó muerte,**  
**Aun dudó si era aquella peor suerte.**  
**El cetro admitió en fin para dejarle,**  
**Despues de haber sabido vindicarle**  
**De los que conspiraron**  
**Contra el mismo á quien tanto desearon.**  
**Mejoradas las leyes y costumbres,**  
**A un monasterio oculto entre dos eumbres**  
**Se retiró glorioso,**  
**Dos veces de su reino victorioso:**  
**No tanto por haberle resistido,**  
**Cuanto por no ser Rey el que lo ha sido.**  
**La corona que Hervigio en paz conserva,**  
**Para el ingrato Egica la reserva.**

SIGLO VIII. = 700.

**Salomon al principio fué Witiza,**  
**Pero Neron al fin escandaliza,**  
**Entregado Rodrigo á su apetito,**  
**Triste víctima fué de su delito:**  
**Cuando Julian, vengando su deshonra,**  
**Sacrificó á su Rey, su patria y honra.**

## PARTE TERCERA.

*Irrupcion de los moros en España.**Continuacion de los Reyes godos en Asturias.*

**D**esde un rincon de Asturias Don Pelayo  
 Hizo á España volver de su desmayo:  
 Siguió Alfonso el Católico á Favilla,  
 Y al reino dilató feliz la orilla.  
 Froila á ser soberano  
 Ascendió, fratricida de su hermano:  
 De triunfos coronado y de laureles,  
 Despues de haber vencido á los infieles,  
 Y edificado á Oviedo, es hecho cierto  
 Que por un primo hermano se vió muerto.

SIGLO IX. = 800.

Un tratado afrentoso,  
 Que rompió Alfonso el Casto generoso,  
 Su reino y su memoria  
 Llenó de años, de aplausos y de gloria.  
 El grande Iñigo Arista,  
 Rey de Navarra, al Aragon conquista.  
 De Aragon y Castilla los estados  
 Son á un tiempo erigidos en condados.  
 Los moros por Ramiro (fué el Primero)  
 Dando Santiago brios á su acero,  
 Vencidos una vez junto á Logroño,  
 Segunda vez lo fueron por Ordoño.

Siguió Alfonso Tercero su fortuna;  
 Menguó en su tiempo la africana luna.  
 Del moro su cuchilla  
 Fué terror en los campos de Castilla,  
 Pero le hizo la dicha, siempre escasa,  
 Un gran Rey, y un mal padre de su casa.

SIGLO X. = 900.

Unidos contra el padre en novecientos  
 García y sus hermanos turbulentos,  
 El reino anticipar quiso á la suerte  
 Y él con el reino se avanzó á la muerte.  
 Ordoño, desgraciado en cuanto emprende,  
 Cuanto mas oprimido mas se enciende;  
 Perdieron al rigor de su fiereza  
 Los Condes de Castilla la cabeza.  
 Castilla, sin tardanza,  
 Medita, y ejecuta su venganza;  
 Y aunque á Froila en el trono le consiente,  
 Ella se hizo condado independiente,  
 Y al gran Gonzalo (¡arrojo temerario!)  
 Proclamó por su Conde hereditario.  
 Entonces fué cuando Pelayo, niño,  
 Mártir de la pureza, ilustró al Miño.  
 Alfonso Cuarto el Monge fué llamado,  
 No por virtud, por vicio retirado;  
 Mas Ramiro Segundo  
 De sucesos gloriosos llenó al mundo:  
 Los rebeldes rendidos,  
 Los sediciosos siempre reprimidos;  
 En Osma y en Simancas los infieles  
 Cubrieron sus anales de laureles.



Siguiéronle, aunque con desigual paso,  
 Sus dos hijos Ordoño y Sancho el Craso;  
 De San Esteban de Gormaz el día  
 Llenó á Ordoño de gozo y alegría;  
 Pero de la victoria  
 Solo Gonzalo mereció la gloria;  
 Y la de Hasñas, este español Marte,  
 La logró sin tener Don Sancho parte.  
 Ramiro y Veremundo las almenas  
 Abrieron á las armas sarracenas;  
 Cuando en guerra intestina encarnizados  
 Hicieron de los moros sus estados.

SIGLO XI. = 1000.

Reinaba Alonso Quinto, dicho el Noble,  
 Cuando á Navarra la corona doble  
 Don Sancho el Grande hacia;  
 A Aragon, y á Castilla ennoblecia,  
 Pasando los condados  
 A ser reinos dos veces coronados;  
 Y en años no prolijos  
 A cuatro reinos concedió cuatro hijos.

PARTE CUARTA.

*Reino de los Príncipes franceses de Bigorre  
y de Borgoña.*

**V**eremundo Segundo, sin tercero,  
 Fué de los Reyes godos el postrero  
 Y Fernando Primero de Navarra  
 Heredó de Leon la real garra.

Con gloria y con trabajo  
 Dilató sus conquistas hasta el Tajo:  
 De Uceda, de Madrid, de Salamanca,  
 Las medias lunas victorioso arranca:  
 Y el reino de Toledo á su corage,  
 Atónito su Rey, prestó homenaje.  
 Trozos son de los padres, ó pedazos  
 Los hijos (cuando no son embarazos)  
 Y á su reino Fernando con destrozos,  
 Por tres pedazos suyos le hizo trozos.  
 Don Sancho le sucede en la corona,  
 Y á sus mismos hermanos no perdona:  
 La muerte á sus intentos puso cabo,  
 Por dar lugar á Alfonso el Sesto, el Bravo.  
 Este ganó á Toledo,  
 Ayudándole el Cid, y con denuedo  
 Corriendo Marte ó rayo la frontera,  
 Rindió á Mora, Escalona y Talavera.  
 Al Conde de Tolosa agradecido,  
 Y al Borgoñon tambien reconocido,  
 De amigos hizo yernos,  
 Dando en sus años tiernos  
 A Elvira al de Tolosa,  
 Y al Borgoñon á Urraca por esposa,  
 Llevándole por dote (y con justicia)  
 Tributario al condado de Galicia.  
 A Henrico de Capeto le interesa  
 La mano que le dió Doña Teresa,  
 Y juntamente con su blanca mano  
 Feudatario al condado Lusitano.

Pero el año fatal de mil y ciento  
 Turbó á Alfonso la suerte, y el contento;  
 Pues en Huesca y Uclés la infiel cuchilla  
 Luengos lutos cortó á toda Castilla.  
 Pero esta triste suerte  
 En dicha se trocó: pues con su muerte  
 Urraca, á quien Raimundo  
 Dejó viuda, y al tálamo segundo  
 De Alfonso de Aragon, rindió su mano,  
 Unió al aragones y al castellano,  
 Juntando en unas sienes los blasones  
 De barras, de castillos y leones:  
 Y Alfonso de Aragon esclarecido,  
 Su segundo marido,  
 De dos grandes batallas victorioso,  
 Y (lo que es mas glorioso)  
 Venciéndose á sí mismo heroicamente,  
 Con tres coronas adornó la frente  
 De Alfonso emperador (en edad flaca),  
 Hijo de Don Raimundo y Doña Urraca.  
 Los Príncipes cristianos,  
 Mal empleadas contra sí las manos,  
 En guerra se hacen menos,  
 Y deshacen en paz los sarracenos.  
 Mientras Alfonso en Portugal valiente  
 Se vió rey de repente,  
 Por el pueblo aclamado,  
 Y de Francia ayudado,  
 Venciendo cinco reyes, que no huian,  
 Mostró merecer ser lo que le hacian.

Sancho y Fernando á Alfonso sucedieron,  
 Y en sus dos reinos levantar se vieron  
 Las militares órdenes gloriosas,  
 Al bárbaro africano pavorosas.  
 Calatrava logró ser la primera:  
 Siguióse de Santiago la venera;  
 Y Alcántara al instante  
 Nació á turbar las glorias del turbante.  
 El navarro vencido,  
 En rubor y venganza enardecido,  
 Al castellano haciéndose implacable,  
 Le hizo ser á los moros favorable.  
 En Alarcos Alfonso derrotado  
 Victorioso en Tolosa, y coronado,  
 Recobrada su honra,  
 A su vida dió fin, y á su deshonra.

SIGLO XIII. = 1200.

Henrique, de este nombre rey primero,  
 Logró un reino fugaz y pasajero,  
 Y en su tiempo de Alcazar la victoria  
 A un rey de Portugal colmó de gloria.  
 De la muerte de Enrique enjugó el llanto  
 Su sucesor Fernando el Grande, el Santo,  
 El que (mientras el nombre  
 De Jayme de Aragon, y su renombre,  
 El valor y prudencia,  
 Se eterniza en Mallorca, y en Valencia)  
 A Baeza quitó á los africanos,  
 A Córdoba y á Murcia con sus llanos;  
 Y Sevilla tomada  
 Vasallo hizo al rey moro de Granada.  
 Alfonso Diez, al que llamaron sabio,

Por no sé que tintura de Astrolabio,  
 Lejos de dominar á las estrellas,  
 No las mandó, que le mandaron ellas.  
 Mientras observa el movimiento al cielo  
 Cada paso un desbarro era en el suelo;  
 A su yerno, á su reino fastidioso,  
 Solo contra los moros fué dichoso.  
 Injustamente Sancho proclamado,  
 Breve, inquieto y cruel fué su reinado.

SIGLO XIV. = 1300.

Fernando el Emplazado en mil trescientos,  
 Perdonando á los grandes descontentos,  
 Las mismas manos antes no tan fieles,  
 Le llenaron de palmas y laureles.  
 Alfonso el justiciero  
 Los sediciosos sujetó primero,  
 Y despues sin tardanza,  
 Volviendo su razon y su venganza.  
 Contra el aragonés y el lusitano,  
 Y contra el africano,  
 En seis nobles funciones  
 Arroyó sus banderas y pendones,  
 Dejando su renombre eternizado  
 En la ilustre victoria del Salado.  
 Don Pedro, á quien la gente  
 El Cruel apellida comunmente,  
 Y con igual pudiera fundamento  
 Llamarle el lujurioso, el avariento,  
 Perdió el reino y la vida  
 A impulso de una daga fratricida.  
 A Pedro el avariento, el codicioso,



Henrique el liberal, el generoso  
 Sucedió, dando leyes,  
 Maestro de soldados y de reyes;  
 Y á su hijo don Juan menos le deja  
 En lo que cede, que en lo que aconseja.  
 Juan primero, feliz con los ingleses,  
 Fue desgraciado con los portugueses.

## SIGLO XV. = 1400.

El siglo quintodécimo corona  
 A Henrique, en paz, Tercero; y su persona,  
 Aunque enfermiza, se hizo formidable  
 Al orgullo intratable  
 De los grandes con una estratagema,  
 Con que añadió respeto á la diadema.  
 Los grandes por vengarse,  
 A Juan Segundo intentan rebelarse:  
 Ofrecen á Fernando cetro y trono,  
 Pero Fernando con heroico entono,  
 La perfidia á los Grandes reprendiendo,  
 Y de leal ejemplos repitiendo  
 Al cetro superior, con larga mano,  
 Le guardó para el hijo de su hermano,  
 De Henrique la torpeza  
 Pasó de vicio á ser naturaleza;  
 Y cuanto en ella mas se precipita,  
 Tanto mas el horror del reino incita.  
 Uniendo sus estados  
 Los dos Reyes Católicos, llamados  
 Fernando é Isabel, con lazos fieles,  
 De toda España arrojan los infieles.  
 Orán, Tunez, Granada, Argél, Bugía,

Cedieron á su dicha y valentia;  
 Y á pesar de la Francia,  
 De Nápoles vencida la arrogancia,  
 De Cadiz humilladas las almenas,  
 Y rotas de Navarra las cadenas,  
 Reconocieron, recibiendo leyes,  
 A los Reyes Católicos por Reyes;  
 Y los tres Maestrazgos militares  
 Unidos por motivos singulares  
 A la corona inseparablemente,  
 Porque mandasen casi inmensamente  
 Los católicos reyes ( bien lo fundo )  
 La Providencia les abrió otro mundo.

### PARTE QUINTA.

*Reinos sucesivos de Austria y de Francia.*

SIGLO XVI. = 1500.

**F**elipe en mil quinientos, el Hermoso,  
 Reinó rey fugitivo y presuroso:  
 Carlos quinto, y primero acá en España,  
 Emperador invicto de Alemania,  
 En Navarra, en Milan, en Roma, en Gante,  
 Victorioso y triunfante,  
 Y en la baja Sajonia,  
 Venturoso en Bolonia;  
 Si en Metz, Renti y Marsella  
 Algun tanto la dicha se atropella;  
 Porque la inmortal gloria  
 De Pavía se temple en la memoria,  
 Para triunfar de todo su heroismo,

No habiendo que vencer, vencióse él mismo.  
 Don Felipe el Prudente,  
 Segundo de este nombre, heriocamente  
 En San Quintin, en Portugal, en Flandes,  
 Victorias logró grandes;  
 Pero siendo en la tierra tan dichoso,  
 Contrario tuvo al mar por envidioso.

SIGLO XVII. = 1600.

Don Felipe Tercero,  
 Mas devoto que ardiente ni guerrero,  
 Desterró de su reino á los moriscos,  
 De Africa á las arenas, ó á los riscos.  
 A Mantua, á Portugal, Artois, Holanda,  
 En una y otra bélica demanda,  
 Al Casal, Rosellon (no dije harto)  
 Y á Térveris perdió Felipe Cuarto.  
 Carlos Segundo, Carlos el Paciente,  
 De la austriaca, augusta, imperial gente  
 El último en España, con vehemencia  
 Armó contra la Francia su potencia,  
 Y el que á la Francia odió con tal constancia,  
 Dejó en muerte sus reinos á la Francia.

SIGLO XVIII. = 1700.

Felipe de Borbon el animoso,  
 Y el Quinto de este nombre, hace dichoso  
 El cetro soberano  
 Que empuña su real piadosa mano.  
 Los reinos que mantiene,  
 Y que su augusta sangre le previene,

Sin que al derecho la razon resista,  
 Hoy los hereda, luego los conquista.  
 Luzara, Portalegre, Almansa, Gaya,  
 Valencia y Aragon, despues Vizeaya,  
 Sin que Biruega falte en la memoria,  
 Eternamente cantarán su gloria.  
 El catalan se gozará rendido  
 Menos á un rey, que á un padre enternecido.  
 Relámpago ó aurora Luis se huye:  
 Y el Sol que nos cubrió nos restituye.  
 Segunda vez Oran es conquistaña,  
 Nápoles á don Carlos entregada.  
 Don Felipe el Valiente,  
 Si la mina rebienta felizmente,  
 Haciendo al piamonte hoguera ó Troya,  
 Dará la ley á toda la Saboya.  
 Quiéralo Dios; y quieran sus piedades  
 Que en eternas edades  
 Logre el cetro español años completos,  
 En Felipe, en sus hijos y en sus nietos.

## LECCION PRIMERA.

*Dominacion de los cartagineses en España.*

**E**l buen temperamento que goza España, la fecundidad de sus tierras, y las minas de oro y plata en que abunda, fueron antiguamente poderosos atractivos para varias naciones como los celtas, los rodios, los fenicios, que vinieron á establecer colonias en los terrenos que con violencia, ó con astucia pudieron usurpar á los primitivos habitantes de esta bella Península. Pero los cartagineses fueron los que principalmente lograron no solo introducirse, sino dominar en ella. Valiéronse al principio del pretesto del comercio, frecuentando la costa de Cadiz; edificaron despues en ella casas, templos, almacenes, y aun fortalezas; y al fin se hicieron dueños de toda la Bética, ó Andalucía, empleando la fuerza, cuando no alcanzaba el artificio. Hicieron resistencia los españoles; pero tarde, y Amílcar, padre de Anibal, los sometió al dominio cartaginés doscientos treinta y ocho años antes del nacimiento de Cristo, alargando sus conquistas hasta Murcia, Valencia y Cataluña, en donde fundó á Barcelona.

Muerto Amílcar en una batalla que dió á los saguntinos, le sucedió Asdrúbal, su yerno, el cual edificó el puerto de la nueva Cartago, hoy Cartagena.

Los romanos, enemigos de los cartagineses, conociendo cuantas utilidades sacaban estos de la ri-



ca parte de España que poseían, y asegurados de que habia muchos españoles descontentos de la ambiciosa tiranía con que los gobernaban aquellos africanos, resolvieron disputar á Cartago el dominio de tan apetecible region, y á este fin se aliaron con varios pueblos de ella, señaladamente con el de Sagunto, hoy Morviedro en el reino de Valencia.

Habiendo sido Asdrúbal asesinado por un esclavo, se dió el gobierno de España á su cuñado Anibal, jóven de gran valor y generalmente estimado, el cual, despues de haber conquistado el reino de Toledo, sitió con todo su poder á Sagunto. Perdieron mucho tiempo los romanos en negociaciones infructuosas, y no dieron pronto socorro á aquella ciudad su fiel aliada; de suerte que viéndose los sitiados, al cabo de una vigorosa defensa, en precision de rendirse á Anibal por falta de víveres, tomaron la despechada resolucion de hacer una hoguera en medio de la plaza, y arrojarse valerosamente á las llamas con las alhajas mas preciosas, quemando tambien los edificios.

Luego que los cartagineses quedaron dueños de Sagunto, ó por mejor decir de sus ruinas, se encendió entre ellos y Roma la segunda guerra púnica, ó cartaginesa, doscientos diez y ocho años antes de Cristo. Partió Anibal á la misma Italia, y pasando los Alpes derrotó á sus enemigos en tres batallas, y despues en la famosa de Cánas, tan fatal para los romanos por haber perecido en ella lo mas florido de sus tropas y lo principal de su nobleza.

Antes de este desgraciado suceso habian enviado

á España los romanos al valiente caudillo Cneyo Escipion, y despues enviaron á Publio Escipion su hermano, los cuales molestaron en gran manera á los cartagineses, y á los españoles que seguian su partido, venciéndolos en varios encuentros.

Pero estaba reservada la conquista de España á otro Publio Escipion el mas célebre de todos los de este nombre, y el mismo que despues fué conocido con el dictado de *Africano*. Hiciéronle dueño no solo de las provincias españolas, sino tambien de los corazones, su raro esfuerzo, su cordura, rectitud, afabilidad y otras insignes virtudes morales. Conquistó desde luego la ciudad de Cartagena, doscientos y diez años antes de Cristo, y prosiguió ganando tantas victorias, que Asdrúbal, general cartaginés, hubo de retirarse de España, dejándola casi toda en poder de los romanos.

Pocos años despues pasó Escipion á Africa, marchando contra Cartago. Venció á Anibal en una batalla decisiva, y con ella puso fin á la segunda guerra púnica.

## LECCION II.

### *Dominacion de los Romanos.*

**G**obernaban los romanos á España, enviando á ella dos Pretores anuales: uno tenia á su cargo la España Ulterior (esto es, la Bética y Lusitania) y otro la España Citerior ó Tarraconense, en que se comprendian las demas provincias. Las estorsiones que cometian los Pretores indispusieron los ánimos de suerte que muchos españoles deseaban

sacudir el yugo romano. Entonces Viriato de nacion lusitano, ó portugues, primero pastor, y despues capitán de bandoleros, hombre de valerosa resolucion, llegó á hacerse caudillo de gran número de descontentos á quienes excitaba el deseo de recobrar la libertad; y con este auxilio persiguió á los romanos, venciendo en varias refriegas á sus más valientes generales. Parece que ninguno hubiera triunfado de él, si el Consul Quinto Servilio Cepion sobornando á tres de los confidentes del mismo Viriato, no los hubiese inducido á quitarle traidoramente la vida, como lo ejecutaron, cogiéndole dormido.

Cuando con la muerte de Viriato quedaba ya sosegada y sujeta á Roma la España Ulterior, se renovó vigorosamente la guerra contra Numancia, ciudad poco distante de donde hoy está Soria, y famosísima por el esfuerzo con que en defensa de su libertad resistió al poder de los romanos, haciendo gran destrozo en ellos repetidas veces. En vano habian procurado rendirla los cónsules más guerreros y experimentados que tuvo Roma; pero hubo de ceder por fin aquel gran pueblo á la hambre y á la pericia militar de Publio Cornelio Escipion el menor (llamado también Emiliano) que por esto mereció el dictado de *Numantino*. Hicieron prodigios de valor los sitiados; y cuando ya les era inevitable el rendirse, empezaron á matarse desesperadamente unos á otros, y se entregaron á las llamas con todas sus alhajas y habitaciones á imitación de los saguntinos.

Despues de la destruccion de Numancia que acaeció á los ciento treinta y cuatro años antes de Je-

sucrismo, sostuvo en España con los romanos una porfiada guerra el intrépido y sagaz capitán Sertorio, que en las discordias civiles entre Sila y Mario seguía el bando de este último. Grangeó Sertorio las voluntades de muchos españoles, y señaladamente de los lusitanos; disciplinó sus tropas, fundó escuelas públicas, y un Senado á imitación del de Roma, y pretendió establecer en España una soberanía competidora de la de Italia. En medio de estos arduos designios le asesinó el traidor Perpenna, subalterno suyo.

Luego redujo Pompeyo las provincias españolas á la dominación romana. Julio Cesar completó la obra; y durante aquellas obstinadas competencias que despues se escitaron entre Pompeyo y el mismo Cesar, acabó España de rendirse á las victoriosas armas de este emperador, que en la célebre batalla de Munda, dada cuarenta y cinco años antes de Cristo, derrotó al hijo mayor de Pompeyo.

Octaviano Augusto, sucesor de Julio Cesar, aseguró á Roma el dominio de España, ya con las colonias que en ella fundó, ya con haber sujetado á los asturianos, á los gallegos y á los cántabros. Entonces empezó España á descansar de las prolijas guerras que la habian atormentado desde la entrada de los cartagineses; y enteramente avasallada por los romanos, tomó de ellos la religion, las leyes, las costumbres y el idioma.

## LECCION III.

*Dominacion de los godos hasta el Rey Católico  
Recaredo.*

**P**ermaneció España bajo el dominio de los Emperadores de Roma sin mudanza alguna memorable hasta principios del siglo quinto en que la tocó una principalísima parte de la revolucion que en todo el imperio romano, ya decadente, causaron las irrupciones de los pueblos bárbaros del Norte. Reinaba el Emperador Honorio por los años de cuatrocientos y nueve, cuando con formidables ejércitos, y ocasionando horrible estrago, se apoderaron de Galicia, Leon, y Castilla la Vieja los suevos; de la Bética los vándalos y los silingos; de la Lusitania y de la provincia cartaginense los alanos.

Poco despues se estableció en Cataluña Ataulfo, cuñado de Honorio y Rey de los visigodos, ó godos occidentales, distintos de los orientales, que se llamaban ostrogodos. Este Rey, fundador de la monarquía goda en España, contento con los distritos que poseia, se resistió á los clamores de sus vasallos que deseaban hacer nuevas conquistas; por cuya causa se amotinaron, y le dieron alevosa muerte en Barcelona año de cuatrocientos diez y seis.

Sucedióle Sigerico, que gozó el reino pocos dias, habiendo tenido tan desgraciada muerte como Ataulfo.

Walia, capitan de gran crédito, obtuvo la co-



rona; y despues de haber pactado con el emperador Honorio que se le declararia Soberano de las provincias que poseian los godos, con tal que redimiése de la tiranía de los suevos, vándalos y alanos los países que estos habian usurpado al imperio de Roma, guerreó en efecto contra aquellos pueblos, y los sujetó á la dominacion romana. Así reconoció á Walia el mismo Emperador por legítimo Rey de los godos en las Galias y en España.

Habiendo fallecido Walia en Tolosa año de cuatrocientos diez y nueve, empuñó el cetro su pariente Teodoredo, por otro nombre Teodorico. Hubo en su reinado grandes alteraciones. Encendióse la guerra entre vándalos y suevos; y aquellos, despues de haber causado los mayores destrozos en España, pasaron á Africa llamados por Bonifacio que allí gobernaba algunas provincias romanas, y que disgustados con el emperador Valentiniano habia determinado hacer dueños de ellas á los vándalos. De este modo quedaron solamente los silingos en posesion de la Andalucía. Por otra parte se unió el rey Teodoredo con Aecio, general romano, y con Meroveo rey de Francia para resistir al furor de Atila, rey de los hunos, que al frente de un numeroso ejército de aquellos bárbaros ya vencedores en Italia, venia á destruir á Francia, amenazando á España con una nueva invasion. Los tres caudillos aliados alcanzaron completa victoria del enemigo en una famosa batalla dada en los campos cataláunicos el año de cuatrocientos cincuenta y uno; pero el rey Teodoredo murió valerosamente en la pelea.

Turismundo su hijo primogénito, fué aclamado

rey de los godos. Poco despues le dió muerte su hermano Teodorico.

Ciñó este la corona; y auxiliado de los francos y borgoñones, derrotó á los suevos, haciendo prisionero á su rey, y dejando casi estinguido aquel imperio; mas Eurico hermano menor de Teodorico, le quitó la vida, como él á Turismundo, y subió al trono en cuatrocientos sesenta y siete.

Acabó Eurico de hacerse señor de España por medio de muchas y muy señaladas conquistas, sacudiendo casi del todo el yugo romano; y despues de haber llegado con sus victoriosas armas á las provincias meridionales de Francia, murió en Arles á los diez y siete años de su reinado, que fué uno de los mas gloriosos para los godos.

Sucedióle su hijo Alarico, príncipe dotado de grandes prendas, que se empeñó desgraciadamente en guerra con Clodoveo rey de Francia. Este le venció y dió muerte en una sangrienta batalla por los años de quinientos y seis, perdiendo los godos desde entonces la Galia gótica.

Dejó Alarico un hijo de edad de cinco años, llamado Amalarico, á quien pertenecia la corona. Gesaleico, hermano bastardo de este, se la tuvo usurpada algun tiempo; pero Teodorico rey de Italia, abuelo del niño Amalarico, la recuperó con las armas, y gobernó á España como tutor de su nieto. Casó despues Amalarico con Clotilde, hija de Clodoveo, la cual profesaba la religion católica, y procuraba atraer á su esposo á ella. El seguia el arrianismo como todos los reyes godos sus predecesores; y por esta causa la trató con tan inhumano rigor, que Childeberto rey de Francia, y

hermano de Clotilde, resolvió vengar los duros ultrages que su hermana padecía. Logró rendir al rey Amalarico en una batalla dada cerca de Narbona el año de quinientos treinta y uno, de cuyas resultas Amalarico tomó la fuga y en ella fué herido mortalmente á tiempo que buscaba asilo en un templo de católicos.

Teudis, ó Teudio, ostrogodo, que en la menor edad de Amalarico habia gobernado á España en nombre de Teodorico, rey de Italia, fué elegido soberano. Continuó poco felizmente la guerra con los reyes de Francia, y murió en quinientos cuarenta y ocho asesinado dentro de su mismo palacio por uno que se fingia loco.

Sucedióle Teudiselo que habia sido general de sus tropas. Fué príncipe valeroso; pero se entregó tan desenfrenadamente á torpes liviandades, que varios señores de su corte conspiraron contra él, y le dieron muerte en Sevilla año de quinientos y cincuenta.

Agila se hizo aborrecible por el ocio en que vivió. Rebeláronse contra él sus vasallos mandados por Atanagildo que aspiraba al trono, y al fin le quitaron ignominiosamente la vida en Mérida año de quinientos cincuenta y cuatro.

Llegó en efecto á reinar Atanagildo; y como para quitar el reino á Agila hubiese implorado el auxilio del emperador Justiniano, introduciendo tropas romanas en España, y aun concediéndolas segun se cree, algunos territorios, se vió despues en precision de pelear contra los mismos romanos, pretendiendo aunque infructuosamente, espedirlos de España.

Muerto el rey Atanagildo en Toledo año de quinientos sesenta y siete, le sucedió por elección Liuva, que gobernaba la Galia gótica. Nombró por compañero suyo en el reino á Leovigildo su hermano, y se retiró á las Galias.

Venció Leovigildo á los romanos vasallos del imperio griego, desposeyéndolos de varias ciudades de Andalucía, como tambien á los suevos de Galicia y á los cántabros que se le rebelaron.

Tenia de su esposa Teodosia, hermana de los santos Isidoro, Leandro y Fulgencio, dos hijos llamados Hermenegildo y Racaredo; y muerta Teodosia, casó con Gosvinda, viuda de Atanagildo, cediendo el reino de Sevilla á su hijo primogénito Hermenegildo, que contrajo matrimonio con Ingunda, hija de Sigisberto, rey de Austrasia. Profesaba esta la religion católica, por cuyo motivo Gosvinda que era arriana, la persiguió y maltrató cuanto no es creible. Movieron á Hermenegildo el cristiano sufrimiento de Ingunda, y las eficaces exhortaciones de su tío San Leandro, Arzobispo de Sevilla, á abjurar el arrianismo, y hacerse católico. Su conversion irritó á Leovigildo, que despues de haber empleado inutilmente con su hijo el artificio y el alhago, recurrió á medios violentos, sitiando á Hermenegildo en su corte de Sevilla, apoderándose de ella, y prendiendo al Santo Principe. Mientras le tenia encarcelado procuró con lisonjeras promesas atraerle al arrianismo; pero habiéndose resistido á ellas aquel héroe cristiano, le mandó degollar su padre.

Este, aunque le atormentaban íntimos remordimientos despues de haber cometido tan atroz ini-

quidad, no dejó de perseguir con la mayor tiranía á los católicos, y especialmente á los Obispos.

Acometido, en fin, de una peligrosa dolencia por los años de quinientos ochenta y seis, dió algunas muestras de arrepentimiento, levantando el destierro á San Leandro, y entregándole la persona de su hijo Recaredo para que le instruyese en la fé católica; pero murió en la secta arriana, si bien se dice que con señales de ser interiormente católico. —

#### LECCION IV.

*Continuacion de la serie de los Reyes godos hasta Ruderico, ó Don Rodrigo.*

**E**l reinado de Flavio Recaredo, apellidado el *Católico*, es uno de los mas célebres en nuestra historia, porque no solo abrazó aquel Rey la verdadera religion, persuadido del ejemplo de su hermano el mártir San Hermenegildo, y de la doctrina de su tio San Leandro, sino que hizo católicos á sus vasallos los godos. Para lograr este árduo designio, supo manejarse con tan prudente política, que cuando abjuró públicamente la secta de Arrio, le imitaron muchos Grandes del reino, y despues casi toda la nacion. Tuvo que vencer muchos y muy graves obstáculos. Conspiraron contra su vida algunos arrianos; pero el Cielo permitió se descubriesen estas inicuas conjuraciones, y el piadoso Monarca llevó adelante la empresa, restituyendo á las iglesias y monasterios sus bienes, y á los Obispos el libre uso de su ministerio, y desterrando la heregia con la celebracion de Concilios nacio-



nales, principalmente el tercero de Toledo, que por el número de Prelados, y por la gravedad de los puntos de que en él se trató, fué el mas solemne y mas importante que hubo en el Occidente por aquellos tiempos.

Movieron guerra los franceses á Recaredo, pretendiendo vengar la muerte de San Hermenegildo y la persecucion que padeció Ingunda, cuando, huyendo de Leovigildo, se retiró á Africa con el Príncipe su hijo, en donde ambos murieron; pero el Rey, que de todo estaba inocente, mereció que Dios le concediese cerca de Carcasona dos victorias memorables, á las cuales se siguió la paz y el matrimonio de Recaredo con Clodosinda, hermana de Childeberto, Rey de Austracia. Sosegó con las armas los levantamientos de los griegos y de los vascones navarros, y falleció colmado de laureos y de las bendiciones de los buenos católicos en el año de seiscientos y uno. Heredó la corona su hijo Liuva Segundo, que daba grandes esperanzas de un feliz reinado; pero antes de dos años le mató alevosamente Witerico, general de las tropas de su padre. Este se apoderó del Reino, y le gobernó con tiranía, hasta que unos conjurados le dieron muerte en seiscientos diez.

Pasó el cetro á Gundemaro, que solo reinó dos años, y despues á Sisebuto, digno de elogio por su religiosidad y valor. Este se manifestó en las victorias que alcanzó de los griegos, y aquella en el celo con que protegió el catolicismo; bien que se le vitupera la imprudencia de haber recurrido para este fin á medios injustos y violentos, que desdican no menos de lamansedumbre cristiana que

de la sana política. Murió Sisebuto en seiscientos veinte y uno; y su hijo Recaredo Segundo, que le sucedió de muy tierna edad, apenas se cuenta en la serie de los Reyes godos por haber muerto antes de los tres meses.

Entró en el reino Flavio Suintila, hijo menor de Recaredo el *Católico*. Mostró á los principios admirables virtudes y prendas militares, destruyendo enteramente á los griegos, vasallos del imperio romano, con lo cual tuvo la gloria de hacerse absoluto y pacífico señor de toda España; pero en los últimos años de su reinado se entregó con tal extremo á una vida afeminada y sensual, que abandonó el gobierno en manos de su esposa Teodora y de su hermano Geila, para no cuidar de otra cosa que de satisfacer sus viles apetitos. Escitó el odio de los vasallos; y valiéndose de la ocasion Sisenando, uno de los principales señores del reino, pidió ayuda al rey Dagoberto de Borgoña, y con un formidable ejército frances abatió las fuerzas de Suintila, le quitó el trono y subió á él en seiscientos treinta y uno, con universal aplauso de los godos.

Rigió Sisenando justa y piadosamente la monarquía, y restableció la disciplina eclesiástica.

Chintila, Tulga, Chindasvinto y Recesvinto, que sucesivamente gobernaron á España desde la muerte de Sisenando (acaecida segun se cree, en el año de seiscientos treinta y cinco) hasta el reinado de Wamba que empezó en seiscientos setenta y dos, no ofrecen acciones muy memorables en la historia; pues ni por lo tocante al gobierno político, ni por lo que mira á la religion hubo en aquellos tiempos mudanza alguna notable.

Era Wamba un noble magnate godo, de relevantes prendas, prudente, desinteresado y virtuoso, y como tal se resistió á admitir la corona que le ofrecian; mas se la hicieron aceptar por fuerza, y fué ungido rey con solemne ceremonia, no usada en España hasta entonces. Habiéndosele rebelado la Galia gótica, la Navarra y otras provincias, encargó la pacificacion de ellas á su general Paulo, el cual tuvo industria para ganar no pocos parciales que le aclamaron rey; pero el animoso Wamba marchó contra los sublevados, y abatiendo su orgullo, los redujo á obediencia. Venció en un combate naval á los sarracenos; protegió la religion católica y el estado eclesiástico, y dió sabias leyes á la monarquía, y á la corte de Toledo adorno, defensa y estension, con suntuosos edificios y fortalezas.

Despues de una repentina y grave enfermedad, renunció la corona, nombrando por sucesor á Flavio Ervigio, pariente del Rey Chindasvinto; y se retiró á vivir con hábito de monge en un monasterio, donde pasó siete ú ocho años desde el de seiscientos ochenta y uno en que hizo la renuncia.

El gobierno de Ervigio fué en lo general bueno y tranquilo así para sus vasallos como para la iglesia; y habiendo muerto en seiscientos ochenta y siete, le sucedió su yerno Flavio Egica, sobrino de Wamba, á quien en vida habia ya asegurado el cetro con beneplácito de los Grandes de la nacion.

Egica reinó como unos catorce años, y en el de seiscientos noventa y siete tomó por compañero en el trono á su hijo Witiza, que empezó á gobernar por muerte de su padre en setecientos uno.

No hay en los anales de los godos memoria que

sea tan odiosa como la de Witiza; aunque no ha faltado quien haya emprendido su defensa. La común tradición es que habiendo empezado su reinado con bien merecida opinion de prudente, benigno, justo y religioso, despues se dejó arrastrar de infames pasiones, y sobre todo de una torpeza escandalosa. No contento con violar todos los fueros de la Religion y de las leyes, autorizó á sus vasallos para que pública é impunemente pudiesen violarlos en muchas maneras; y cometió inauditas crueldades, ya quitando sin razon la vida á Favila, padre de Don Pelayo, é hijo del Rey Chindasvinto, ya haciendo sacar los ojos al infante Teodofredo, hijo del mismo Rey, y padre de Ruderico, ó según comunmentè se llama, Don Rodrigo. Tales inhumanidades y desórdenes irritaron á los vasallos, que sacudiendo el tiránico yugo de Witiza, eligieron por Soberano á Rodrigo, hijo, según queda dicho, de Teodofredo, sin que se sepa con seguridad si falleció Witiza en Toledo de muerte natural, como lo aseguran muchos, ó si el mismo Rodrigo, según escriben otros, le abrevió la vida desterrándole á Córdoba, y mandándole sacar los ojos en venganza de igual atrocidad ejecutada con Teodofredo.

Halló Rodrigo el reino en tan infeliz estado por la depravada conducta de su antecesor Witiza, que necesitaba mucha virtud y mucho teson para reformarle; mas por de-gracia, lejos de tener alguna de estas prendas, era no menos vicioso que pusilánime; y en su reinado se completó la pérdida de España,

Hay antigua noticia, aunque no muy admitida



por los mejores críticos, de que este monarca robó con violencia el honor á una hija del conde don Julian, conocida vulgarmente con el nombre de la *Cava* que la dieron los árabes. Bien fuese por esta afrenta, como generalmente se cree, ó bien por otras razones de disgusto ó de ambicion política, lo cierto es que el conde don Julian, entonces gobernador de las provincias cercanas al estrecho de Gibraltar, determinó entregar los reinos de España á los sarracenos ó agarenos que ya se hallaban dueños de la Arabia, de Egipto, y de aquella parte de Africa llamada Mauritania, de donde les vino el nombre de moros.

Trató el conde don Julian acerca de sus pérfidos designios con Muza, que era gobernador de las provincias de Africa por el Miramamolín Ulit, príncipe soberano de los árabes; y Muza confió á su capitán Tarik ó Tarif, la empresa de pasar con alguna gente á España por el estrecho de Gibraltar. Tuvo gran fortuna Tarif en su expedicion, ganando victorias y despojos de los descuidados cristianos. El abandono en que estaban las plazas y la disciplina militar, el descontento que reinaba en los vasallos, ya indignados del desarreglado gobierno de Witiza, y de la viciosa flojedad de Rodrigo, la fama de los primeros triunfos conseguidos por los árabes, todo contribuia á facilitarles la rápida conquista de la parte meridional de España. Juntó Rodrigo el ejército que pudo, y cerca de Jerez de la Frontera á orillas del río Guadalete, se opuso á los moros y á los godos rebeldes, aliados de don Julian, presentándoles batalla; pero la perdió, y con ella el reino. Los hijos de Witiza y al-



gunas tropas godas con el traidor Don Opas, Prelado de Sevilla, y hermano del mismo Witiza, se pasaron al partido de los enemigos, convirtiendo las armas contra su patria. Desapareció el Rey al fin de la pelea, sin que se hubiese podido averiguar su paradero.

Los sarracenos aprovechándose inhumanamente de la ventaja que lograban, hicieron horrible destrozo en los nuestros. Animado Muza con el éxito venturoso de sus armas, vino á Andalucía capitaneando otro ejército; y antes de tres años quedó lo principal de España sujeto á la bárbara dominación de los mahometanos, y obscurecido el lustre del imperio godo que habia durado mas de tres siglos. No concuerdan los historiadores sobre el verdadero año en que hicieron los árabes su primera irrupcion en España, queriendo unos que la batalla de Guadalete se diese en el de setecientos once, y otros que en el de setecientos catorce.

Desde que empezaron á mandar en España aquellos infieles, acostumbraba su Califa ó Príncipe supremo enviar á ella gobernadores que cuidasen de las provincias conquistadas, y generales que siguiesen conquistando otras; pero cada uno de ellos, valiéndose de la misma autoridad y armas, que se le confiaban, establecia su corte y se hacia Soberano. De aquí se originó la multitud de reinos moros, que se formaron sucesivamente en Córdoba, en Zaragoza, en Valencia, en Sevilla, en Toledo, en Granada y otras comarcas. Escitábanse discordias entre aquellas Reyes particulares; y la guerra que mutuamente se hacian contribuyó á su destruccion tanto como las hazañas con que, segun

veremos en adelante, supieron los cristianos recobrar el dominio perdido.

## LECCION V.

*Principio de la restauracion de España, y serie de los Reyes de Asturias, ó de Oviedo, hasta Don Ordoño el Segundo, Rey de Leon.*

**D**on Pelayo, hijo de Favila y nieto del Rey Chindasvinto, despues de haberse hallado, segun la mas comun opinion, en la batalla de Guadalete, se retiró á las montañas de Asturias seguido de algunos godos y españoles, no menos leales á su patria que celosamente afectos á nuestra santa Religion, y fué proclamado rey en setecientos diez y ocho. Marchaban los moros á apoderarse de aquella comarca, cuando el héroe Pelayo, que el Cielo destinaba para restaurador de España, ayudado de los suyos, en quienes el esfuerzo suplía por el número, derrotó á los infieles, y con la fama de esta victoria acudió mucha gente á alistarse bajo la bandera cristiana. Continuó el generoso Pelayo en hacer la guerra á los árabes, estendiendo cada dia mas sus felices conquistas. Tomó la ciudad de Leon, y desde este príncipe empezó á contarse en España la serie de los ilustres reyes de Asturias, ó de Oviedo, que despues se llamaron reyes de Leon. El piadoso y valiente Pelayo, cuyo nombre será perpetuamente grato y venerable para los españoles; falleció en el año de setecientos treinta y siete, y le sucedió su hijo Favila, que solo reinó dos años,

habiendo muerto despedazado por un oso, mientras se divertía en la caza.

Alfonso, ó Alonso Primero, apellidado el *Católico*, yerno de Don Pelayo, y descendiente de Recaredo, reinó desde el año de setecientos treinta y nueve hasta el de setecientos cincuenta y siete, y persiguió á los sarracenos, quitándoles muchas ciudades de Galicia, Leon y Castilla, con tanto valor y fortuna, que justamente se le cuenta en el número de los Reyes mas gloriosos que ha tenido España.

Su hijo Fruela, ó Froila, venció á los infieles en una sangrienta y célebre batalla, en que murieron cincuenta y cuatro mil de ellos, y quedó pacífico dueño del reino de Galicia, y de los demas territorios que sus predecesores habian ya libertado de la irrupcion africana. Quitó Fruela la vida á su hermano Bimarano por infundadas sospechas; pero él tambien pereció á manos de un primo hermano suyo llamado Aurelio, el cual se apoderó del cetro en setecientos setenta y ocho, y le conservó seis años.

Recayó el gobierno en Silo, casado con una hermana de Aurelio; y nueve años despues en Mauregato, hijo natural de Don Alfonso el *Católico*. Reinó Mauregato, cinco años, habiendo hecho aborrecible su nombre por el infame tratado que ajustó (segun cuentan) con el moro, de pagarle un tributo anual de cien doncellas, cincuenta nobles y otras tantas plebeyas; aunque muchos creen que ya estaba pactado aquel tributo desde el tiempo del Rey Aurelio, y aun hay quien niegue haberse hecho jamas tal pacto,

Por muerte de Mauregato, acaecida en setecientos ochenta y ocho, ciñó la corona Bermudo, ó Veremundo, el *Diácono*, sobrino de Don Alfonso el *Católico*. Estos últimos cuatro Reyes Aurelio, Silo, Mauregato y Bermudo, fueron en rigor usurpadores del imperio porque le obtuvieron en perjuicio de Don Alfonso Segundo, llamado el *Casto*, al cual habia dejado de muy tierna edad su padre Don Fruela. Al fin Bermudo, conociendo por una parte que el cetro no le pertenecía de justicia, y por otra que era incompatible con su dignidad de *Diácono*, cedió la monarquía á Don Alfonso el *Casto*, en el año de setecientos noventa y uno; y este Rey la gobernó hasta fines del de ochocientos cuarenta y dos, ó principios del siguiente. Su largo reinado fué próspero y memorable para los españoles, pues los alivió de la opresion de los sarracenos; y los que dan por cierto el ignominioso feudo á que se obligó Mauregato, suponen que Alfonso le abolió. Tuvo éste muchos y muy señalados combates con los moros, derrotándolos principalmente cerca de Ledos en Asturias, y junto á Lugo en Galicia, de suerte que la primera de estas batallas les costó setenta mil hombres, y la segunda cincuenta mil.

Desde allí persiguió á los bárbaros hasta Lisboa, y no solo conquistó aquella importante ciudad, sino tambien otras varias plazas fuertes, obligando á los infieles á levantar los sitios que habian puesto sobre Benavente, Mérida y Zamora.

Las historias refieren que la Infanta Doña Jimena, hermana del Rey Don Alonso, casada secretamente con Don Sancho Diaz, conde de Sal-



daña, tuvo por fruto de su matrimonio al celebrado Bernardo del Carpio, de cuyas aventuras y proezas militares hay tanto escrito en nuestras novelas y antiguos romances, con no pocas fábulas y exageraciones. También es fama que noticioso el Rey de la flaqueza de la infanta y del atrevimiento del conde, se indignó en tal grado, que mandó sacar los ojos á éste y aprisionarle toda su vida en el castillo de Luna, encerrando á Doña Jimena en un monasterio. Hizo dar noble educacion al infante Bernardo, cuyo valor fué despues muy útil á España en las batallas con sus enemigos; pero la inflexibilidad con que Alfonso se resistió á los ruegos de Bernardo dirigidos á obtener la libertad de su padre, excitó el resentimiento de aquel intrépido jóven, que convirtió las armas contra su Rey, aunque no por eso logró la corona á que la sangre le daba algun derecho.

Conviene muchos historiadores en que reinando Alfonso vino á España el emperador Carlo Magno, el cual rindió á Pamplona y llegó con sus armas hasta Zaragoza; pero no consta bastantemente el verdadero motivo de la venida de aquel gran príncipe. Asimismo aseguran que volvió segunda vez para ayudar á echar de España á los moros, animándole á ello la promesa que dicen le habia hecho Don Alonso de dejarle en premio la sucesion del reino; pero que habiéndose opuesto al cumplimiento de semejante pacto la principal nobleza española, hubo de arrepentirse y retractarse Don Alonso. Lo que parece menos dudoso es que por desavenencia y rompimiento que ocurrió entre ambos soberanos el ejército español, aliado con



Marsilio rey moro de Zaragoza, y ayudado del valor de Bernardo del Carpio, vino á las manos con el frances en Roncesvalles á las faldas de los montes Pirineos, y que le destrozó enteramente. La confusion que reina en los autores españoles y estrangeros sobre estos acontecimientos, cuya fama ha llegado hasta nosotros por medio de tradiciones no siempre desapasionadas, ha dado motivo á que los españoles háyamos atribuido á Bernardo del Carpio, y los franceses á su héroe Roldan, increíbles hazañas, careciendo de noticias claras é individuales acerca de aquellas guerras, y de los motivos que hubo para ellas.

Es tradicion muy recibida que en el reinado del mismo Don Alonso el *Casto*, se descubrió en Galicia el sepulcro del Apostol Santiago á quien habia debido España la predicacion del Evangelio. Se ha propagado celosamente hasta nuestros dias la devocion á este glorioso Patrono de España, acudiendo desde entonces á visitar el santo Cuerpo innumerables fieles de todo el orbe cristiano.

Coronado el anciano Don Alonso de laureles adquiridos en largas campañas, y amado de todos por sus virtudes, religiosa piedad y magnificencia en edificar templos, falleció, nombrando por sucesor suyo á Don Ramiro Primero, hijo del Rey Don Bermudo, segun la mas comun opinion.

No dejó Alfonso descendiente alguno, habiendo guardado perpetua continencia aun en el estado del matrimonio; y es muy verosimil que por esto le diesen el dictado de el *Casto*, mas bien que por la mencionada abolicion del feudo de las cien doncellas.

Entre las felicísimas victorias que alcanzó de los mahometanos el Rey Don Ramiro se cuenta como la más señalada la que ganó en los campos de Albelda no lejos de Logroño, con tropas bien inferiores en número á las de los enemigos, pero alentadas con la proteccion del Apostol Santiago, que el Rey dijo habersele aparecido en sueños, exhortándole á pelear y que, durante la refriega, aumentó la confianza de los cristianos, ofreciéndoseles á la vista en un caballo blanco. Conseguido aquel célebre triunfo con que tan abatido quedó el orgullo de la morisma, se apoderó Don Ramiro de Clavijo, Albelda y Calahorra.

Antes habia reprimido al rebelde Conde Nepociano, que intentaba coronarse Rey en Asturias; y despues rechazó valerosamente á los normandos que desembarcaron en las playas de Galicia con un ejército de cien mil combatientes.

Corría el año de ochocientos y cincuenta, cuando por muerte de Don Ramiro subió al trono su hijo Don Ordoño Primero, digno de sucederle no menos por su piedad que por su esfuerzo, y que venció á los agarenos en diferentes choques, recobrando no pocas ciudades, principalmente á Soria y Salamanca, y reedificando otras, como Tuy, Astorga y Leon, que habian padecido mucho en las antecedentes guerras.

Muerto Ordoño en ochocientos sesenta y dos, ó segun otros, en ochocientos sesenta y seis, heredó la corona su hijo Don Alfonso Tercero, y la obtuvo hasta el año de novecientos y diez, en que la renunció. Estendió este Monarca sus conquistas mas que ninguno de sus predecesores, de suerte que

mereció por ellas ser apellidado el *Magno*, título que igualmente le correspondia por su clemencia, firmeza de espíritu, liberalidad con los pobres, y celo del culto divino. Aunque se le rebelaron varias veces algunos magnates ambiciosos de reinar, supo, ayudado de su prudencia y valor, sosegar aquellas alteraciones. Con la misma felicidad rindió en frecuentes combates á los árabes, conquistando á Coimbra, Simancas y Dueñas, con toda la tierra de Campos; mas tuvo desgracia en lo interior de su corte por las gravísimas desazones que le causaron los de su propia familia. Su esposa Jimena, Ordoño y Fruela sus hijos, Don García, que era el primogénito, y Nuño Hernandez, suegro de este y Conde de Castilla, se unieron contra Alfonso, quien se vió precisado á resistir con las armas aquella persecucion hasta prender á Don García y encerrarle en un castillo. Ultimamente, cansado el Rey de esta guerra doméstica, entregó solemnemente la corona de Leon á García, y el señorío de Galicia á Ordoño; pero aunque privado de la soberanía por ingratitud de sus hijos, no quiso tener ociosa la espada; y marchando contra el moro, añadió como mero soldado una nueva victoria á las muchas con que ya se habia señalado como Rey. Retiróse cargado de despojos á Zamora, ciudad que él mismo habia reedificado y fortalecido como otras muchas; y pasó á mejor vida. Reunió Alfonso con la pericia militar el amor á las letras, y en su nombre corre una crónica de los Reyes sus predecesores, la cual empieza desde Wamba, y sigue hasta Don Ordoño Primero.

A Don García, que solo reinó tres años y ganó

á los moros algunas victorias, sucedió su hermano Don Ordoño Segundo, el cual se coronó en Leon, estableciendo en aquella ciudad su corte; por cuyo motivo él y sus descendientes se han llamado Reyes de Leon, y no de Oviedo como se habian intitulado sus antecesores desde Don Pelayo.

No fué Don Ordoño generalmente dichoso en las guerras contra los árabes, pues aunque á los principios los venció en Talavera de la Reina, y cerca de San Estevan de Gormaz, causándoles gran estrago en otras varias expediciones, padeció despues, unido con el ejército del Rey de Navarra, una fatal derrota en la sangrienta batalla dada en el valle de Junquera año de novecientos veinte y uno. Manchó la memoria de su reinado con la tirana muerte que dió á los Condes de Castilla, segun lo explicará la siguiente leccion.

## LECCION VI.

*Serie de los Reyes de Leon hasta Don Fernando el Primero.*

**D**esde el tiempo del Rey Don Alonso el Casto defendian á Castilla de las invasiones de los bárbaros unos Gobernadores con título de *Condes*, dependientes de los Reyes. Los primeros que consta haber gozado aquella dignidad fueron Don Rodrigo, su hijo Diego Porcellos, y Nuño Belchides, yerno de este, y fundador de la ciudad de Burgos. Sucedieronles Nuño Rasura, abuelo del famoso conde Fernan-Gonzalez, y Gonzalo Bustos, ó Gustios, padre de los siete infantes de Lara. Ordoño



Segundo, preocupado por siniestros informes y mal fundadas sospechas contra los Condes de Castilla, de los cuales era el principal el mismo Nuño Fernandez que habia ayudado al Rey Don García, su yerno, en la empresa de quitar el cetro á Don Alonso el Magno, los mandó venir á su presencia con pretesto de tratar asuntos graves. Envió entonces presos á Leon á los desapercibidos Condes, y los hizo degollar inhumanamente. Conmovióse con semejante atrocidad toda Castilla, y ya Ordoño se preparaba á tomar las armas para defender su inicu proceder, cuando le cogió la muerte.

Su hermano Don Fruela, Segundo de este nombre, se apoderó injusta y violentamente del reino por los años de novecientos veinte y tres, gozándole solo catorce meses, al cabo de los cuales murió de lepra, sin dejar otra memoria que la de sus torpezas y crueldades. A este Rey negaron la obediencia los castellanos, y eligieron dos nobles caudillos con título de jueces que los gobernasen. Nombraron, pues, á Lain Calvo y á Nuño Rasura, confiando al primero los asuntos militares, y al segundo los de la magistratura y mando político; pero no está bien averiguado cuánto tiempo duró entre los castellanos aquella especie de gobierno.

Alfonso Cuarto, hijo de Ordoño Segundo, empezó á reinar en novecientos veinte y cuatro, y mirando con suma indiferencia y descuido los negocios del gobierno, se hizo monge, y renunció la corona en su hermano Don Ramiro el Segundo, para lo cual escluyó de ella á su propio hijo Ordoño. No gozó Don Ramiro quietamente el reino, pues el mismo Don Alfonso que se le habia cedido,



salió despues del monasterio, y tomó las armas con el fin de recobrar el trono que poco antes le habia disgustado. Sitióle Ramiro en Leon, y apoderándose de aquella corte, le aprisionó. Marchó luego contra los hijos del Rey Don Fruela su tio, que tambien aspiraban á hacerse dueños de la monarquía; hízoles sacar los ojos, igualmente que al Rey Don Alfonso el Monge, y los envió con él á un monasterio, serenando al mismo tiempo la rebellion de algunos vasallos, que pretendian ceñir la corona al Infante Don Ordoño su sobrino, que aun no habia salido de la menor edad.

Sosegadas estas parcialidades, emprendió la guerra contra los moros, en la cual les ganó y arrasó la villa de Madrid.

Era á la sazón conde de Castilla el noble y valeroso Fernan-Gonzalez que, para oponerse á las hostilidades de los sarracenos, pidió favor á Don Ramiro. Partió el rey á dársele; y aliadas las tropas de Leon con las de Castilla, destrozaron completamente al enemigo cerca de Osma, y despues hicieron tributario al rey moro de Zaragoza. Con este unió sus fuerzas el de Córdoba, y entraron ambos en Castilla mandando un formidable ejército. Presentóles Don Ramiro la batalla junto á Simancas, puso en fuga á los bárbaros, é hizo en ellos una increíble matanza, cojiendo prisionero al rey moro de Zaragoza. Despues el conde Fernan-Gonzalez acabó de desbaratarlos en la retirada, sin quedar apenas quien llevase á Córdoba la noticia del estrago. Casó luego Don Ramiro á su hijo el infante Don Ordoño con Doña Urraca, hija del conde, despues de cuya union, y de repetidos triun-

fos conseguidos contra todo el poder agareno, murió en Leon y fué sepultado en el monasterio de san Salvador, fundacion suya.

Sucedió Ordoño Tercero á su padre Don Ramiro en el año de novecientos y cincuenta; pero le disputó la corona su hermano menor Don Sancho el Gordo, ayudado del rey de Navarra Don Garcia Sanchez su tio, y del conde Fernan-Gonzalez. Defendióse animosamente de ellos Don Ordoño, cuando le sitiaron en Leon, y resentido de la ofensa que le hacia su suegro el conde de Castilla, se divorció de Doña Urraca, y tomó por esposa á una señora llamada Doña Elvira, en quien tuvo á Don Bermudo, que despues llegó á ser rey de Leon. Pacificó á los gallegos que se le sublevaron; y reconciliándose al fin con el conde Fernan-Gonzalez, le envió tropas para que con su auxilio persiguiese á los moros. Ganóles en efecto el conde una insigne victoria junto á San Estevan de Gormaz; y el rey Don Ordoño, despues que recibió esta plausible noticia, falleció en Zamora año de novecientos cincuenta y cinco.

Logró entonces ocasion de empuñar el cetro su hermano Don Sancho el Gordo; y aunque el conde Fernan-Gonzalez y los grandes de Leon, Asturias y Galicia conspiraron para quitársele y pasarle á Don Ordoño, llamado el *Malo*, hijo de Don Alfonso el Monge, supo Don Sancho con ayuda del rey moro de Córdoba hacer resistencia y mantenerse en la soberanía.

De esta alianza del rey de Leon con el de Córdoba, resultó que el conde de Castilla tuvo que sostener sin mas fuerzas que las suyas la guerra

contra los infieles, cuyo número era infinitamente superior; mas concedióle el Cielo señalado patrocinio para que ganase una porfiada y célebre batalla junto á Piedra-hita, y siguiese el alcance con gran mortandad de los enemigos.

Conviene nuestras historias en que reinando Don Sancho, libertó Fernan-Gonzalez el condado de Castilla de la sujecion y vasallage que reconocia á la corona de Leon; pero no constan los motivos que hubo para esta gran mudanza, pareciendo muy frívolos los que se refieren en algunas crónicas.

Murió Don Sancho de veneno que le dió cierto Conde llamado Don Gonzalo, el cual habia amparado en Portugal á unos foragidos de Galicia, rebelados contra aquel Soberano.

Sucedióle en novecientos sesenta y siete su hijo Don Ramiro Tercero; y mientras le disputaba la corona Don Bermudo Segundo, llamado el *Gotoso*, hijo de Ordoño Tercero, se aprovecharon los moros de la ocasion, y acometieron á los cristianos con tanta fortuna que conquistaron las plazas mas fuertes de Castilla, Leon y Navarra.

Muerto Don Ramiro, subió al trono en novecientos ochenta y dos Don Bermudo el *Gotoso* declarado antes rey de Galicia. No fué á los principios mas dichoso que su antecesor, porque perdió gran número de pueblos; pero despues logró vencer á los sarracenos cerca de Osma en una memorable pelea con ayuda del conde de Castilla Garcí-Fernandez, y de las tropas del rey de Navarra.

Dejó Don Bermudo por sucesor en novecientos

noventa y nueve á su hijo Don Alfonso Quinto, apellidado el *Noble*, que por su tierna edad no pudo perseguir á los infieles, como lo necesitaba la monarquía en aquel crítico estado de abatimiento.

Don Sancho el Grande, rey de Navarra, el conde de Castilla Sancho García, y Raimundo primero, conde de Barcelona, fueron los héroes que con sus armas defendieron entonces á España de tantos peligros espeliendo á los agarenos de los dilatados territorios á que se estendia ya su dominacion.

No se sabe cómo el Rey Don Alfonso Quinto incurrió en la estraordinaria vileza de dar á su hermana Doña Teresa por esposa á Abdalá, Rey moro de Toledo. Apenas hay elogios que basten á encarecer la heroica firmeza con que la Infanta se resistió á los alhagos del Monarca mahometano, el cual la restituyó á Don Alfonso, haciendo justas alabanzas de la virtuosa heroína.

A Don Alfonso Quinto, que murió de un flechazo en el sitio de Visco, plaza de Portugal, sucedió su hijo Don Bermudo Tercero en mil veinte y ocho. No dejó descendencia, y desde el año de mil treinta y siete, época de las mas principales y gloriosas de nuestra historia, empezó la serie de los Reyes de Castilla y Leon, que tuvo principio en Don Fernando el Primero, llamado justamente el *Grande*.



## LECCION VII.

*Serie de los Reyes de Castilla y Leon hasta el Emperador Don Alfonso Sesto.*

**D**oña Sancha, hermana de Don Bermudo, y por consiguiente heredera del reino de Leon, estaba casada con Don Fernando, hijo segundo del rey de Navarra Don Sancho el mayor. Este monarca que por su muger Doña Mayor, hermana del conde de Castilla Don García, habia heredado los estados de Castilla dividió entre sus cuatro hijos las tierras de su dominio. A García su primogénito dió la Navarra, á Don Fernando la Castilla, haciéndola no ya condado sino reino, á Don Gonzalo dejó la corona de Sobrarbe y Ribagorza, y á Don Ramiro la de Aragon. De este repartimiento se originaron crueles guerras entre los hermanos, levantándose Aragon contra Navarra y Leon contra Castilla. Presentó Don Bermudo la batalla á su cuñado Fernando cerca de Carrion, y la perdió con la vida.

Reunió entonces en su persona Don Fernando Primero los reinos de Castilla y Leon, dando con su valor, piedad y prudencia nuevo ser á la monarquía española.

En veinte y ocho años que reinó no desperdió oportunidad de abatir á los árabes ya en Galicia, ya en las dos Castillas, ya en Estremadura y Portugal, haciendo tributarios suyos á los reyes moros de Sevilla, Toledo y Zaragoza, y mereciendo le lla-



masen emperador á causa del poderoso imperio que llegó á formar de tantos reinos adquiridos por herencia ó por conquista.

Sobrevino despues grave discordia entre Don Fernando y su hermano Don García, Rey de Navarra, que fundándose en que era el primogénito, alegaba tener derecho á que se le reparase el agravio que habia recibido de su padre en la division de los estados, y á que el Rey de Castilla le restituyese varios pueblos. Crecia su orgullo con la victoria que habia ganado de su hermano Don Ramiro el Rey de Aragon, á quien obligó á huir de su reino; y llegó la desavenencia á términos de recurrir á las armas los dos hermanos Fernando y García. Avistados ambos ejércitos al pie de los montes de Oca, fueron inútiles las exhortaciones que para aplacar al Rey de Navarra emplearon un ayo suyo y un santo Abad; si bien el Rey de Castilla se manifestó dispuesto á la reconciliacion. Trábose el combate, y pereciendo en él Don García, quedó por Don Fernando la victoria. Lloró el piadoso vencedor la muerte del imprudente hermano, y tuvo la generosidad de no apoderarse como podia de la corona de Navarra. Bien al contrario, la puso en las sienes de Don Sancho, hijo y heredero del desgraciado Don García.

El título de Emperador que habia logrado Don Fernando, escitó algunas quejas de parte de Henrique Segundo, Emperador de Alemania, que protegido en un Concilio de Florencia por el Papa aleman Victor Segundo, pretendia se declarase feudatario el Rey de Castilla y Leon. Entonces fué cuando el valeroso y esclarecido caballero Rodri-

go, ó Ruy Diaz de Vivar, á quien después llamaron el Cid Campeador, y que tanto se acreditó por sus hazañas, aconsejó á Don Fernando no reconociese dependencia alguna del Emperador de Alemania; y con un ejército de diez mil hombres, entró por Francia determinado á defender con las armas la libre soberanía de su Rey. Después de algunas conferencias que hubo en Tolosa, se decidió y estableció que los reinos de España estaban y debían permanecer exentos de todo reconocimiento al imperio Romano-germánico.

Intentaron los moros de Toledo y los de algunas otras comarcas sacudir el yugo castellano; y porque la escasez del Real erario no permitía emprender entonces contra ellos nuevas jornadas, la Reina Doña Sancha con heroica liberalidad franqueó para los gastos de la guerra todo el oro y joyas de su persona. Con este socorro juntó el Rey su ejército, y haciendo grande estrago en los sarracenos, los redujo á pagar los acostumbrados tributos, llegó hasta Cataluña y Valencia, y volvió cargado de gloriosos despojos.

Pacificados ya, y estendidos de esta manera sus estados, se dedicó á promover fervorosamente el culto divino; ocupóse en ejercicios piadosos y falleció en Leon año de mil sesenta y cinco, edificando á todos con su buena muerte.

El tierno cariño que tenia á sus hijos le obligó, contra lo que pedía la razon de estado, á dividir entre ellos la herencia que los políticos le aconsejaban dejase entera á Sancho su primogénito. A este, pues, declaró Rey de Castilla, á Alfonso, Rey de Leon, á García, Rey de Galicia y Por-

tugal, á Urraca dió la ciudad de Zamora, y á Elvira la de Toro: division que despues fué causa de sangrientos y perjudiciales debates.

Don Sancho Segundo, heredero de Castilla, á quien apellidaron el *Fuerte*, concibió desde luego el ambicioso designio de unir á su corona los territorios repartidos entre sus hermanos; pero antes de dar principio á esta empresa se aliaron contra él Sancho, Rey de Navarra, y Ramiro, Rey de Aragon. Hízoles resistencia el de Castilla, ayudándole el Cid Ruy Diaz, hasta que hubo de retirarse el de Navarra; y el de Aragon murió en un combate.

Pasó Don Sancho el *Fuerte* á Galicia, y desposeyó de aquellos estados á su segundo hermano Don Garcia que primero lo prendió en una reñida batalla, y despues fué preso por él, y permaneció en prisiones hasta su muerte, la cual acaeció en el siguiente reinado. Marchó luego el mismo Don Sancho contra su hermano Alfonso, y despojándole del reino de Leon, le obligó á buscar acogida en la corte del rey moro de Toledo. No satisfecha con esto su codicia, determinó hacerse tambien dueño de Toro y Zamora, señoríos de sus hermanas. Conquistó fácilmente á Toro; pero halló gran dificultad en apoderarse de Zamora, por la vigorosa defensa que hicieron los vasallos de doña Urraca. Durante el sitio de esta ciudad, un hombre artificioso á quien las historias llaman Vellido Dolfos, salió de Zamora fingiéndose desertor, y ofreció á Don Sancho le mostraría un portillo por donde podria darse con buen éxito el asalto. Creyóle el rey demasiado ligeramente, y pereció á manos del

traidor en ocasion que éste le conducia á reconocer el parage por donde habia supuesto sería fácil ganar la plaza.

Levantaron los castellanos el sitio; y con noticia que recibió en Toledo el Rey de Leon Don Alfonso de la muerte de su hermano Don Sancho, partió á Zamora, en donde fue muy bien recibido de todos, y particularmente de Doña Urraca. Aclamáronle en Burgos Rey de Castilla, de Leon y Galicia. Mas adelante tomó el título de Emperador, y le llamaron el *Bravo*, á causa de su espíritu guerrero, con cuya prenda juntaba, entre otras, la de una gran liberalidad.

Antes de ceñir Alfonso Sesto la corona en el año de mil setenta y dos le obligó el Cid á hacer público y solemne juramento de no haber tenido parte en la alevosa muerte del Rey Don Sancho. Ofendióse Alfonso de que un vasallo le precisase á semejante ceremonia; y añadiéndose á este resentimiento los influjos de algunos cortesanos, envidiosos de la fama que el Cid habia ganado con su estremado valor, perdió aquel célebre capitán la gracia de su Soberano, y tardó en volver á ella; mas no por eso dejó de guardarle la mayor lealtad, y de servir con su invencible brazo á la monarquía, siendo el terror de los moros en Andalucía, en ambas Castillas, en Aragon y Valencia. Andan en boca de todos las proezas de este insigne varón, celebradas en verso y prosa; y aunque es cierto que las oímos desfiguradas con innumerables fábulas, fueron realmente superiores á todo elogio.

Reconocido Alfonso á los favores que habia recibido de Almenon, Rey de Toledo, mientras per-



maneció refugiado en su corte, le dió auxilio contra el Rey de Córdoba; y por no faltar á la fiel gratitud que le debia, suspendió la conquista de Toledo hasta que murieron Almenon y su hijo. Entonces sitió aquella capital; y despues de varios encuentros y asaltos tenazmente repetidos durante el largo cerco, la rindió en el año de mil ochenta y cinco con auxilio del valiente Cid, y prosiguió conquistando muchas importantes plazas de las cercanías y jurisdiccion de Toledo hasta formar una nueva provincia, conocida con el nombre de Castilla la Nueva.

Hizo á Toledo Arzobispado, y le declaró Primado de las iglesias de España. Poco despues abolió el uso del rezo divino gótico, introduciendo el romano que se fue estendiendo de la iglesia de Toledo á las demas de España.

Dedicóse Don Alfonso á reedificar y poblar á Salamanca, Avila, Segovia, Osma, y otras ciudades siendo esta una de las providencias mas útiles de su reinado, como que importa mucho mas al bien del reino y al de la humanidad una aldea que se puebla, que una provincia que se conquista, destruyéndola.

A este rey sobrevinieron bastantes desgracias, y algunas por culpa suya. Estaba casado de terceras nupcias con Zaida, hija de Benabet, rey moro de Sevilla, la cual despues de convertida tomó el nombre de Isabel. Rendido Alfonso á las instancias de su suegro y de su esposa escribió á Tefin ó Texufin, rey de los moros Almorabides en Africa, para que pasase con tropas á España. Aspiraba Benabet á valerse de aquel socorro para hacerse dueño de



los reinos que poseian en España los agarenos, mientras el Rey de Castilla se prometia sacudir el yugo árabe, uniendo sus fuerzas con las de Benabet y Tefin. Ambos se engañaron; porque habiendo enviado Tefin con un poderoso ejército de almorabides á su General Hali, este, léjos de unirse con Benabet, volvió contra él las armas, le venció y dió muerte en un combate, y se apoderó del reino de Sevilla. Acudió mucha morisma á alistarse bajo las banderas de Hali, el cual se intituló Miramamolín, ó Príncipe supremo de los mahometanos en España, y entrando en el reino de Toledo, empezó á llevarlo todo á fuego y sangre.

Conoció entonces Don Alfonso el grave yerro que habia cometido, y procuró enmendarle, oponiéndose á los bárbaros; mas perdió dos batallas. Marchó tercera vez contra Hali, y logró precisarle á encerrarse en Córdoba, y á rendirse con obligacion de pagar por entonces una crecida suma, y despues un tributo anual á Castilla.

Tefin con nuevo ejército de almorabides pasó á España determinado á reprimir la insolencia del rebelde Hali, y perseguir de camino á los cristianos. Tuvo la fortuna de conquistar á Sevilla y á Córdoba, prendió á Hali, y le mandó degollar. Pero el Emperador Don Alfonso juntó sus fuerzas contra los moros, y los precisó á huir de Castilla, volviéndose Tefin á Africa.

Por este tiempo Don Sancho, Rey de Aragon, tenia sitiado al Rey moro de Huesca en su misma capital; y Don Alfonso, envidioso al parecer de las gloriosas conquistas del Rey de Aragon, tuvo la debilidad de enviar tropas en socorro del de

Huesca; mas hubieron de rendirse maltratadas. Muerto Don Sancho de un flechazo, su hijo el Rey Don Pedro alcanzó de los infieles una completa y memorable victoria en la llanura de Alcoraz.

Falleció Tefin, y sucedióle un Rey llamado Hali, que vino á España con grueso ejército, y llegó hasta el mismo Toledo, causando horroroso estrago, sin perdonar ni aun á los niños y mugeres, talando los campos y saqueando las ciudades. En esta consternacion alistó nuevas tropas el Emperador Don Alfonso, y no pudiendo mandarlas por su vejez y achaques, puso á la frente de ellas al Infante Don Sancho su hijo, aunque de tierna edad. A este acompañaban siete Condes, y el principal de ellos el valeroso Don García, Conde de Cabra. Trabóse la batalla con furor cerca de Uclés, y declarándose la victoria por los enemigos, que eran muchos, murió el Infante, á pesar del esfuerzo con que peleó Don García por defenderle.

Perdida esta batalla, que las historias llaman de los *siete Condes*, y entregado Don Alfonso al mas vehemente dolor por la muerte de su único hijo, volvió á juntar soldados, y acaudillándolos, no obstante su avanzada edad, dió sobre la morisma, y la rechazó primero hasta Córdoba, y después hasta Sevilla, recogiendo preciosos despojos y muchos cautivos. Acometió luego á los moros de Zaragoza; pero faltándole la salud, se retiró á Toledo; y sus generales, que continuaron la guerra, ganaron á Cuenca y Ocaña.

El Cid Rui Diaz después de haber conquistado á Valencia, murió en el año de mil noventa y nue-

ve, y el Emperador Don Alfonso en el de mil ciento y ocho, heredando la corona su hija Doña Urraca.

### LECCION VIII.

*Serie de los Reyes de Castilla y Leon, hasta Don Fernando Tercero, el Santo.*

**A**ntes de entrar á referir los sucesos del reinado de Doña Urraca, conviene para la claridad de nuestra narracion explicar brevemente los matrimonios y sucesion del Emperador Don Alfonso Sexto. Su primera muger legitima fué Doña Ines; la segunda Doña Constanza, madre de la Reina Doña Urraca; la tercera Doña Berta, que dicen era Toscana; la cuarta Zaida, la hija del Rey moro de Sevilla, y madre del Infante Don Sancho que murió en la batalla de *los siete Condes*; la quinta Doña Isabel de Francia; y la sesta Doña Beatriz.

De otra noble señora llamada Jimena, que, segun unos fué legitima muger, y segun otros amiga del Emperador, tuvo una hija llamada Doña Teresa, que casó con Don Henrique de Borgoña, en el año de mil noventa y cinco, llevando en dote el condado de Portugal. Este Don Henrique y Doña Teresa fueron padres de Don Alfonso, que, (como despues veremos) se hizo Rey de aquel estado.

Habia tenido Doña Urraca de su primer esposo, el Conde Don Ramon de Borgoña, un hijo que despues fué el Emperador Don Alfonso Séptimo, y de segundas nupcias estaba casada con Alfonso Primero, Rey de Aragon y Navarra, llamado el *Batallador*. Desde el año de mil ciento y nueve en

que empezó á reinar Doña Urraca hasta el de mil ciento veinte y seis en que murió, no se vió libre de turbaciones el estado. Parecia que debia ser esta la época en que reuniéndose las coronas de Aragon, Navarra, Castilla, Leon y Galicia, habia de formarse un poderoso y pacífico imperio que afianzase la felicidad de España; pero la providencia lo dispuso de otro modo. El poco recato de Doña Urraca escitó el resentimiento de su marido; y divididos los dos consortes, se dividió tambien en facciones el reino. Puso el Rey á su esposa en un castillo, divorciándose de ella públicamente, con pretexto de ser nulo el matrimonio á causa del parentesco que entre ambos habia. Destruyéronse en lastimosa guerra unos á otros los castellanos y aragoneses; y alzaron Rey los gallegos al Infante Don Alfonso, ayudados de muchos caballeros castellanos y leoneses, hasta que al cabo de largas disensiones y sangrientos combates, en que padecieron infinito los miserables pueblos, cedió el Rey de Aragon, declarando Rey de Castilla á su hijastro Don Alfonso, el cual casó con Doña Berenguela, hija del Conde de Barcelona.

A los disturbios entre el Rey de Aragon y Doña Urraca, se siguieron otros entre esta y su hijo Don Alfonso, que se disputaban la corona. Varias veces se reconciliaron; pero nunca sólidamente, hasta poco antes de morir la Reina.

Convirtieron al fin sus armas los Príncipes cristianos contra los moros. Alfonso de Aragon ganó de ellos repetidas victorias, que justamente le adquirieron el renombre de el *Batallador*; y Alfonso el de Castilla, destruyéndoles los reinos de Sevilla

y Córdoba, puso por términos de su imperio la sierra morena. Después de muerta su madre Doña Urraca, continuó todavía con mas vigor la guerra contra los infieles, tomándoles innumerables plazas y castillos, y llegando con sus armas hasta Almería en la costa de Granada, de cuyo puerto se apoderó.

Uno de los acaecimientos mas notables del reinado de Don Alfonso Séptimo, llamado por excelencia el *Emperador*, fué la revolucion acaecida en Portugal. Alfonso, hijo de Don Henrique y de Doña Teresa, poseedores de aquel condado, fué proclamado por sus tropas Rey de Portugal en el año de mil ciento treinta y nueve; y habiendo vencido á cinco Reyes moros, eligió por blason cinco escudos pequeños, que hoy llamamos *Quinas*, en memoria de los cinco estandartes reales que tomó en aquella batalla. De aquí traen su origen los Monarcas de Portugal, que desde entonces empezaron á gobernar, con independenciam de los de Castilla.

El valiente y piadoso Emperador Don Alfonso hubiera sin duda alguna espelido de España á los sarracenos, si las desavenencias con los Reyes de Aragon y Navarra no le hubiesen distraido frecuentemente en guerras particulares, cuyos varios y complicados accidentes merecen narracion separada, no compatible con la brevedad de este compendio.

Murió aquel esclarecido Príncipe en mil ciento cincuenta y siete, dejando los reinos de Castilla á su primogénito Sancho Tercero (llamado el *Desseado*) y los de Leon y Galicia á Fernando, su hijo



menor, que entre los Reyes de Leon fué segundo de aquel nombre.

De esta division resultaron funestas discordias entre los monarcas cristianos, y de ellas se aprovecharon los infieles para recuperar las pérdidas que iban acelerando su ruina. Don Sancho, Rey de Navarra, empleó entonces sus armas contra el de Castilla y el de Leon; pero estos le escarmen-  
taron en dos batallas.

Reinó Don Sancho Tercero de Castilla poco mas de un año, y en su tiempo tuvo principio la órden militar de Calatrava. La de Santiago, no menos ilustre, empezó mucho antes segun algunos autores; pero otros con mayor verosimilitud la creen algo posterior á la de Calatrava. Lo cierto es que su instituto no fué aprobado hasta el año de mil ciento setenta y cinco. De la de Calatrava dimanó como filiacion suya la de Alcántara; y las tres, segun su loable instituto, se distinguieron á porfia, sirviendo á la cristiandad contra los moros en aquel siglo, y en los siguientes, ejemplo que imitó despues la órden de Montesa, instituida en Valencia por el Rey Don Jaime Segundo de Aragon en mil trescientos diez y siete.

Al morir Don Sancho el *Descado* dejó de edad de tres ó quatro años á su hijo Alfonso, que despues fué Rey de Castilla, y Octavo de este nombre en ella. Muchos Grandes del reino, y particularmente de los dos linages de Castro y de Lara, se disputaron el gobierno de la monarquía en la menor edad de Alfonso; y su tio el Rey Don Fernando Segundo de Leon en medio de aquellas turbulencias se apoderó de las principales ciudades de

Castilla ó con nombre de gobernador de los reinos de su sobrino, ó como hijo del Emperador Don Alfonso Séptimo. Por otra parte Don Sancho, Rey de Navarra, se hizo dueño de Logroño y otros pueblos de la Rioja; y toda Castilla ardia en parcialidades.

Ultimamente algunos leales vasallos del Rey Don Alfonso Octavo, y señaladamente los de Avila, que desde su tierna infancia le habian criado y defendido en aquella misma ciudad, le proclamaron Soberano antes que cumpliese los once años. Lleváronle por varios pueblos de Castilla, los cuales le recibieron con gran fidelidad y júbilo, porque las amables prendas del nuevo Rey se conciliaban las voluntades de todos, tanto que por su clemencia y generosidad, fué apellidado el *Bueno* y el *Noble*.

Entrando Alfonso en la mayor edad, y dueño ya de Toledo y otras ciudades de Castilla, acudió á vengar los agravios que su corona habia recibido de los Reyes de Leon y de Navarra. Marchó con su ejército á la Rioja; y despues de castigar á los navarros, fué contra Leon, talando los campos y abrasando y saqueando los lugares del Rey su tio. Recobró luego á Cuenca, que estaba en poder de moros; y por evitar nueva guerra con el Rey de Aragon, tuvo la prudencia de entregarle el pueblo y castillo de Ariza.

Poco despues, con motivo de haber el Rey Don Fernando de Leon reedificado á Ciudad-Rodrigo, movió contra él las armas su suegro Don Alfonso, Rey de Portugal. Vencióle Don Fernando en una batalla, y quiso Don Alfonso despicarse aco-

metiendo á Badajoz, que si bien era ciudad de moros, estaba á devocion de Don Fernando. No tardó éste en oponerse al Rey de Portugal, y rindiéndole segunda vez, le hizo prisionero; pero le trató con singular humanidad; mandó le curasen las heridas que habia recibido en la accion, y le puso en libertad, sin exigir del vencido mas que la restitucion de algunos lugares que le habia tomado en Galicia. No contento con este proceder tan heroico, le socorrió despues, cuando los moros le tenian sitiado en Santaren, derrotando al mismo tiempo á los infieles: generosidad tanto mas admirable quanto aquel Monarca portugues era el que se habia rebelado contra el padre del mismo Don Fernando. Murió el Rey de Leon en mil ciento ochenta y ocho, y heredó aquella corona su hijo Don Alfonso el Nono. —

Al cabo de algunos años marchó el Rey de Castilla Don Alfonso Octavo á contrarrestar el impetu de un formidable ejército de moros que amenazaba el reino de Toledo. Los castellanos no quisieron esperar á que llegasen las tropas auxiliares de Leon y de Navarra, por ganar ellos solos la gloria y las ventajas del triunfo; pero luego pagaron su demasiada intrepidez; porque dándose la batalla cerca de Alarcos, fueron enteramente vencidos por la muchedumbre de los árabes, y estos corrieron la tierra de Toledo, causando lastimosos daños. Muchos atribuyeron entonces aquella fatal derrota á particular castigo del cielo por la ilícita pasion y trato del Rey con una hermosa judía, á quien se habia entregado escandalosamente; y así, algunos grandes del reino se arrojaron

á darla muerte dentro del mismo palacio. A este golpe que recibió el Rey se siguieron las nuevas irrupciones de los infieles en Castilla, el hambre, la peste, y las correrías que hicieron en sus estados los Reyes de Leon y Navarra. Con tales desgracias volvió sobre sí Alfonso Octavo; y empleando su valor en defensa de la patria, y su prudencia en los cuidados del gobierno, lavó las manchas que con los pasados extravíos, y con la derrota de Alarcos habia padecido su buena opinion.

Apenas espiró la tregua de diez años que se habia visto obligado á pactar con los moros, resolvió dirigir vigorosamente sus armas contra ellos, á cuyo fin trató de establecer pacífica alianza con los Reyes Don Alfonso de Leon, Don Pedro de Aragon, y Don Sancho de Navarra. Coligáronse estos Príncipes, y dió calor á la empresa con sus piadosas exhortaciones y eficaces diligencias el Arzobispo de Toledo Don Rodrigo Jimenez de Rada, varon de rara virtud, celo, prudencia y sabiduría, y autor de una apreciable Crónica de España.

Ademas de las tropas de Aragon y Navarra, mandadas por sus dos Reyes, se incorporaron con las de Castilla algunas que enviaron el de Leon y el de Portugal; y aun vino de Francia y otros países estrangeros gran número de caballeros con sus gentes de á pié y á caballo, bien que la mayor parte de ellos se retiró antes de la batalla. Dióse esta contra todo el poder de los moros en las Navas de Tolosa al pie de sierra morena, dia diez y seis de Julio de mil doscientos y doce, y peleándose con imponderable valor, quedó por los cristianos la victoria, en recuerdo de cuya felicidad ce-



lebra desde entonces la iglesia de España en aquel dia una fiesta con el nombre del *Triunfo de la Santa Cruz*.

Rompió el Rey de Navarra las cadenas que defendian el real del Miramamolín de los árabes; y para memoria de aquella accion puso en el escudo de sus armas unas cadenas. El número de combatientes fué por ambas partes el mas crecido que jamás habia llegado á juntarse en España. El de los sarracenos que murieron en el combate subió á cien mil, y á sesenta mil el de los prisioneros, no faltando quien diga hubo muchos mas de los unos y de los otros. Lo que mayor admiracion causa, y se haria increíble, si no lo atestiguase el mismo Arzobispo Don Rodrigo, que se halló en la batalla, es que de los nuestros solo pereciesen veinte y cinco. Tomaron los cristianos á Ubeda y otras importantes plazas; y dos años despues de haber domado con tan memorable triunfo la soberbia mahometana, murió el Rey de Castilla Don Alfonso Octavo, dejando inmortal fama de sus hazañas militares.

Sucedióle su hijo Don Henrique Primero, que solo tenia once años, y apenas reinó tres, habiendo muerto desgraciadamente de la herida que recibió en la cabeza por la caída de una teja. Cuidó del gobierno del Reino, y de la tutela de Don Henrique su hermana Doña Berenguela, esposa del Rey de Leon Don Alfonso el Nono, desempeñando acertadamente ambos cargos, que despues cedió á los condes de Lara, casa de gran poder y mando en aquellos tiempos.

Antes de divorciarse Doña Berenguela del Rey



Don Alfonso, á causa, ó con pretexto del cercano parentesco, habia tenido de él entre otros hijos al Infante Don Fernando. Crióle á sus pechos y educóle con singular esmero, instruyéndole en las mas saludables máximas así cristianas como políticas. Renunció á su favor el reino que de justicia le pertenecia, y le hizo aclamar Rey de Castilla en mil doscientos diez y siete, aunque se opusieron á ello su padre Don Alfonso, y el Conde de Lara Don Alvaro Nuñez.

Animado el Rey Don Fernando Tercero del piadoso y guerrero espíritu que aprendió en la heroica escuela de su madre, empezó á señalarse en la guerra contra los infieles.

Entre tanto Don Jaime Primero de Aragon conquistó el reino de Valencia, y por las muchas victorias que alcanzó de los moros, llegó á merecer el renombre de el *Conquistador*.

El Rey de Leon Don Alfonso el Nono despues de haber ganado á Badajoz, Mérida, y casi toda la Estremadura, falleció en mil doscientos y treinta; y aunque en su testamento dejó los reinos de Leon y Galicia á dos Infantas, hijas de su primer matrimonio, olvidándose de su hijo Don Fernando á quien nunca tuvo aficion, pasó este á la ciudad de Toro, y los Leoneses le reconocieron por su legítimo Soberano. Con el derecho que le asistia, y con los prudentes y pacíficos medios que usó, de acuerdo con su madre Doña Berenguela, reunió felizmente las dos coronas de Castilla y Leon, las cuales no han vuelto á separarse desde entonces.

Hizo Don Fernando memorable su reinado por las eminentes virtudes, que despues de haberle

grangeado el dictado de *Santo*, le hicieron digno de que como tal se le venere en los altares. Dió principio á la suntuosa fábrica de la iglesia Metropolitana de Toledo, con ayuda del Arzobispo Don Rodrigo, y dejó otros muchos monumentos de su consumada piedad.

Los de su valor fueron igualmente insignes y repetidos. La conquista de Ubeda, la del reino de Córdoba, la voluntaria rendicion de Murcia, la entrada que hizo por el reino de Jaen, avasallando al Rey moro de Baeza, el tributo que impuso al Rey de Granada, y últimamente el célebre sitio de Sevilla, y la gloriosa conquista de aquella capital, y demas pueblos de su dependencia, aseguraron á San Fernando la admiracion y eterno reconocimiento de los españoles, que jamás han obedecido á Rey mas virtuoso, esforzado y benigno.

Francia tenia al mismo tiempo la fortuna de ser gobernada por San Luis, primo hermano de San Fernando como hijo que era de Doña Blanca, hermana menor de Doña Berenguela, de suerte que dos grandes Reinas dieron entonces á dos grandes estados dos Reyes igualmente santos.

Meditaba San Fernando pasar con sus triunfantes armas á Africa, deseoso de aniquilar el imperio de Marruccos, cuando Dios dispuso de su vida, y le llevó para sí en el año de mil doscientos cincuenta y dos. Se cree fué este ilustre Soberano quien fundó el consejo de Castilla, poniendo en él doce magistrados, y dándoles el difícil y uti ísimo encargo de ordenar el código de las leyes reales llamadas las *siete partidas*, bien que no se acabó esta insigne obra, ni tuvo su debida perfeccion

hasta que reinó Don Alfonso el Sabio.

Trasladó á Salamanca la universidad que su abuelo Don Alfonso Octavo, trayendo de Italia y Francia los mas hábiles literatos, y recompensándolos liberalísimamente, habia establecido en Palencia, é incorporó aquellas escuelas con las que el Rey de Leon Don Alfonso el Nono habia fundado en la misma ciudad de Salamanca.

Diez hijos de dos matrimonios dejó el bienaventurado Monarca San Fernando; y el primogénito que era Don Alfonso Décimo, apellidado despues el *Sabio*, empañó el cetro de Castilla y Leon.

### LECCION IX.

*Serie de los reyes de Castilla y Leon, hasta Don Alfonso el Onceno.*

**M**ereció Alfonso Décimo el dictado de *Sabio* por la señalada proteccion que concedió á las ciencias, y por la inteligencia que en ellas tenia. Son pruebas de su estudiosa aplicacion las tablas astronómicas que llevan el nombre de Alfonsinas por haberlas él dispuesto con aynda de los mejores astrónomos de aquella era, como tambien una crónica general de España en cuya composicion tuvo mucha parte, cuando no se quiera decir que es toda suya. Pero lo que ha dado mayor celebridad á su gran talento es la continuacion y conclusion de las *siete partidas* empezadas á recopilar en tiempo de su padre Don Fernando el Santo; libro precioso, y del número de aquellos pocos que

inmortalizan la fama de una nacion. Debió mucho á este príncipe la lengua castellana; pues ademas de haberla ilustrado con su pluma, mandó se usase en todos los decretos y privilegios reales, y en las escrituras públicas que antes se escribian en latin. Igualmente hizo traducir al castellano los libros de la escritura sagrada.

Fué electo emperador de Alemania por el alto concepto que de sus prendas tenian los electores, no menos que por ser nieto del emperador Felipe, suegro de San Fernando. Mas temeroso de abandonar los reinos de España en que las sublevaciones de los moros, y las de muchos magnates ó ricos hombres ocasionaban peligrosas turbulencias, no pudo acudir con tiempo á tomar posesion del trono imperial, y por consiguiente fueron inútiles los esfuerzos que despues hizo para conservar su derecho.

Así como en vida de su padre el rey San Fernando habia ya dado muestras de valor y conducta militar, particularmente durante el sitio y conquista de Sevilla, las dió no inferiores cuando ya reinaba, ganando á los moros no solo las ciudades de Jerez de la Frontera, Medina-Sidonia y San Lucar, con otros pueblos de Andalucía que habian vuelto al poder de aquellos infieles, sino tambien el reino de los Algarbes, parte del cual cedió en dote á su hija Doña Beatriz que casó con Don Alfonso Tercero de Portugal. Reprimió á los moros rebeldes de Granada; y entretanto su suegro, y aliado del rey de Aragon Don Jaime el Conquistador, le entregó la ciudad y reino de Murcia que acababa de quitar á los sarracenos, quedando así unidos á la corona de Castilla aquellos estados cu-



yo príncipe Hudiel se habia eximido del vasallaje prestado voluntariamente al rey San Fernando.

Fué Don Alfonso el Sabio naturalmente espléndido y generoso; y lo acreditó, cuando pidiéndole su prima Marta, emperatriz de Constantinopla, la tercera parte de una exorbitante suma que necesitaba para el rescate de su esposo Balduino, cautivado por el Soldan de Egipto, la dió aquella cantidad por entero; liberalidad que muchos vituperaron entonces como escesiva.

A pesar de toda su sabiduría, valor y demas sobresalientes calidades, estuvo Don Alfonso muy lejos de ser feliz. Ademas de que sus vasallos se le mostraron desafectos en varias ocasiones, y creyeron tener motivos para rebelarse y perseguirle, su propio hijo Don Sancho, cognominado el *Bravo*, con auxilio de muchos nobles malcontentos se hizo aclamar soberano, y movió una fatal guerra civil, en que le ayudó el rey de Granada. No bien serenada aquella tempestad, mas que con armas, con negociaciones y convenios, sobrevino la desgracia de haber pasado á España un numeroso ejército de árabes, que confederados con los de acá, talaron los campos de Andalucía, y salieron victoriosos de los cristianos en dos combates.

Falleció en aquella sazón el Infante Don Fernando, llamado de la *Cerda*, por haber nacido con una cerda ó pelo muy largo en las espaldas. Era hermano mayor de Don Sancho; y entonces renovó este sus pretensiones á la corona que ya juzgaba le pertenecia, sin embargo de haber dejado dos hijos el infante de la Cerda. Juntáronse córtes en Segovia, y allí se vió precisado el rey Don Alfonso á



nombrar sucesor suyo á Don Sancho, pidiéndolo así la tranquilidad del reino.

No contento el nuevo heredero con la esperanza de reinar, deseaba subir al trono en vida de su padre. Para este fin supo grangear con mercedes las voluntades de los principales señores, y en nombre de ellos por sentencia pronunciada públicamente se declaró al rey Don Alfonso privado del cetro.

Después que con este sensible y extraordinario revés de la fortuna se vió aquel monarca abandonado de todos, menos de la ciudad de Sevilla que se mantuvo fiel, llegó al abatido extremo de tener que implorar el socorro de su propio enemigo el rey de Marruecos, á quien pidió dineros prestados enviándole en prendas su real corona, que era de mucho valor. Vino á España el rey de Marruecos, y sitió en Córdoba á Don Sancho; pero hubo de alzar el cerco, y contentarse con hacer algun daño en las tierras comarcanas, sin sacar Don Alfonso otro fruto de aquel socorro, y sin quedarle mas recurso ni desahogo que echar su grave maldición al rebelde hijo.

Al cabo de tantas adversidades murió el rey Don Alfonso por los años de mil doscientos ochenta y cuatro; y en su testamento dejó por heredero á su nieto Don Alfonso de la Cerda.

Sin embargo de tal disposicion, y en medio de la variedad de opiniones que habia sobre el legítimo derecho á la corona, prevaleció el partido del rey Don Sancho, á quien llamaron el *Bravo* por aquel valor suyo que participaba algo de ferocidad. Casó con Doña María, hija de Don Alfonso, señor

de Molina, y nieto de Don Alfonso el Sabio, por medio de cuya alianza incorporó á la corona el señorío de Molina.

Habiendo ganado de los moros la villa de Tarifa, confió el gobierno de ella á Don Alonso Perez de Guzman el Bueno, progenitor de los Duques de Medina-Sidonia, el cual defendió vigorosamente aquella plaza en el cerco que la pusieron los sarracenos, mandados por el Infante Don Juan, hermano del Rey. Cayó en poder de los sitiadores un hijo de Don Alonso; y ellos, para obligarle á rendirse, le amenazaron con que degollarían al hijo; pero el padre, lejos de intimidarse por tan dura proposicion, arrojó desde la muralla un cuchillo para que se ejecutase el sangriento sacrificio, antes que faltar á la obligacion de defender la plaza. Retiróse á comer; y oyendo luego los gritos que daban los soldados al ver degollar bárbaramente al niño, acudió á saber la causa, y dijo con increíble serenidad: «Pensaba que habian entrado en la ciudad los enemigos»: muestra de magnánimo patriotismo la mas señalada que se lee en las historias. Por ella conocieron los bárbaros adonde llegaba la intrepidez de Guzman el Bueno; y desconfiados de conquistar plaza que tal defensor tenia, levantaron el sitio y se volvieron á Africa.

En el año de mil doscientos noventa y cinco falleció el Rey Don Sancho, despues de haber experimentado su reino gravísimas discordias ocasionadas por varios Príncipes que con derecho, ó sin él, aspiraban á la monarquía.

Dejó por sucesor en ella á su hijo Don Fernando Cuarto, en cuya menor edad gobernó su ma-

dre Doña María, muger de elevado espíritu, y no menos dotada de virtud que de prudencia. Bien necesitó la reina valerse de una y otra para resistir á las poderosas facciones que escitaron contra su hijo, y contra ella misma ya el Infante Don Alfonso de la Cerda, protegido de los reyes de Francia, de Aragon y de Granada; ya el Infante Don Juan el que sitió á Tarifa, y que se intitulaba rey de Leon; ya Don Henrique, tio del rey, que pretendia la regencia del reino; y ya finalmente las nobles casas de Haro y de Lara. Estos diversos bandos tan presto se hacian mútua guerra, tan presto se aunaban contra el monarca; sin que ninguno de los parciales aspirase á otra cosa que á engrandecer sus propios dominios en daño comun del estado. Multiplicábanse los escesos públicos y particulares: odios, asesinatos, robos, todo era lícito.

El hambre, la peste, y enfermedades que padecian las tropas abanderizadas, dieron lugar á la Reina de apaciguar con industrias de buena política el ambicioso furor de los faccionarios. A los nobles sublevados contentó con cederles algunos pueblos ó territorios y aplacó al rey de Portugal Don Dionisio que favorecia al Infante Don Juan, ajustando las bodas del rey Don Fernando de Castilla con Doña Costanza, hija del mismo Don Dionisio y las de Don Alfonso, hijo y sucesor de éste con Doña Beatriz, hermana del propio Don Fernando. Los reyes de Aragon y Portugal, nombrados jueces árbitros en las disensiones del Infante de la Cerda con el rey de Castilla, sentenciaron que el Infante renunciase sus pretensiones á la corona y que se diese por indemnizado con la cesion que se

le haria de algunas tierras y lugares.

Luego que llegó Don Fernando á edad de tomar las riendas del gobierno, supo ganar con afabilidad y clemencia los corazones de sus vasallos, perdonando generosamente á los delincuentes. En la guerra contra los moros, recogió el fruto de sus expediciones, conquistando algunas plazas de Andalucía y entre ellas á Gibraltar.

A este Rey llamaron el *Emplazado*, porque habiendo hecho dar muerte sin suficiente probanza á dos hermanos del apellido de *Carvajal*, indiciados de haber cometido un asesinato, ellos le citaron, y emplazaron con término de treinta dias ante el tribunal de Dios para que diese cuenta de la pena capital á que injustamente los condenaba. Verificóse puntualmente la muerte del Rey á los treinta dias, y era difícil que el pueblo atribuyese á mera casualidad tan notable acontecimiento.

Sucedió á Don Fernando Cuarto en mil trescientos doce su hijo Don Alfonso Onceno en edad de poco mas de un año, bajo la tutela de su abuela la Reina Doña María, y de los Infantes Don Juan y Don Pedro sus tios.

Muriendo estos desgraciadamente en una batalla dada contra los moros de Granada, se renovaron los funestos debates sobre la regencia del reino. Falleció despues la insigne Reina Doña María, y Don Alfonso, que entrando en la mayor edad, empezó á gobernar por sí, serenó las inquietudes que duraban en sus estados, valiéndose á veces del rigor, y á veces de la sagacidad y templanza.

Emprendió muy de veras la guerra contra los mahometanos; y señaló su reinado con la toma de



Algeciras, y con una insigne victoria que consiguió cerca de Tarifa, á orillas del Rio Salado, en que se dice perecieron mas de doscientos mil infieles, y solo veinte de los cristianos: particularidad muy semejante á la que refieren de la batalla de las Navas de Tolosa.

Los crecidos gastos de aquellas grandes expediciones obligaron á imponer sobre los géneros vendibles el tributo llamado *Alcabala*, conviniendo casi todas las ciudades de España en satisfacer esta contribucion, necesaria entonces para la defensa del reino.

Mientras Don Alfonso tenia puesto sitio á Gibraltar, que ya habia vuelto á poder de los moros, acometió á su ejército una terrible peste, y en ella murió el rey mismo, año de mil trescientos y cincuenta.

Este monarca, conocido con el renombre de *Justiciero*, fué quien dió públicamente autoridad, y fuerza á las leyes de las *siete partidas*, recopiladas por su visabuelo Don Alfonso el Sabio.

## LECCION X.

*Serie de los reyes de Castilla y Leon,  
hasta Don Juan el Primero.*

**L**os principios del reinado de Don Pedro Primero, ó por mejor decir único de este nombre entre los Reyes de Castilla y Leon, hijo y sucesor de Don Alfonso el último, fueron no menos turbulentos que los de su padre y de su abuelo. Empezó á gobernar antes de los diez y seis años, y á



descubrir desde entonces inclinacion á los excesos con que despues obscureció la fama que por algunas buenas prendas merecia. No habiendo sabido refrenar los impulsos de su genio demasiadamente riguroso, adquirió con unos el dictado de *Cruel*, y con otros el de *Justiciero* (como su padre) por los frecuentes y severos castigos que mandó ejecutar.

En consideracion á los motivos que para ello tuvo, no faltan historiadores que le defiendan y disculpen: pero seria desmentir á otros muchos para negar las muertes violentas, las prisiones, destierros y confiscaciones de bienes que en su reinado padecieron varios personajes, así eclesiásticos como seculares. Acrimínale con especialidad la muerte de sus hermanos los Infantes Don Juan, Don Pedro y Don Fadrique, Maestre de Santiago, la de Doña Leonor de Guzman, dama de Don Alfonso el Onceno, y la del Rey *Bermejo* de Granada (que á la verdad habia quebrantado las treguas pactadas con Castilla); y aun la de Doña Blanca de Borbon, esposa del mismo Don Pedro, á quien abandonó por dejarse arrastrar ciegamente del amor de una señora llamada Doña María Padilla.

A la opinion de *Cruel* en que generalmente se ha tenido á este Príncipe, se le agregó la de incontinente y codicioso; no obstante que sus defensores sospechan que el Rey Don Henrique su hermano, que le sucedió, despues de haberle quitado la vida, procuró desacreditarle con hacer se le imputasen en su crónica tales vicios, exagerando artificialmente los hechos.

Bien fuese por la dureza de la condicion de Don

Pedro, ó bien por la inquieta ambicion y poco sufrimiento de sus vasallos mas principales, ardió el reino en disensiones y guerras civiles, no siendo de las menos porfiadas y sangrientas la que tuvo con el rey de Aragon, llamado tambien Pedro, y denominado igualmente el *Cruel*.

Don Henrique, conde de Trastamara, y Don Tello, señor de Vizcaya, hermanos, bien que bastardos, del rey Don Pedro de Castilla, deseosos de vengar la muerte de su madre Doña Leonor de Guzman, y otras violencias, se coligaron con un gran número de mal contentos, y tomaron las armas contra su hermano.

Hízose dueño Don Henrique de algunos pueblos, y se coronó rey en Burgos; pero Don Pedro, como mas poderoso, le venció en una batalla dada cerca de Nájera, y le obligó á refugiarse á Francia. Volvió el conde de Trastamara con socorro de tropas que allá obtuvo, y atravesando por Cataluña y Aragon, entró en Castilla con la fortuna de que muchas ciudades siguiesen su partido, y de que la de Leon se rindiese á sus armas. Puso cerco á Toledo; y marchando desde allí al encuentro del Rey Don Pedro, le alcanzó en Montiel, villa de la Mancha. Pelearon los ejércitos de los dos hermanos, y despues de quedar la victoria por Don Henrique, logró este haber á las manos al rey Don Pedro, que habia salido una noche del castillo de Montiel en donde estaba refugiado con algunos de los suyos, y le quitó violentamente la vida.

Por medio de tan arrojada accion entró á reinar Don Henrique Segundo en mil trescientos se-

enta y nueve; y casi todos los vasallos de su hermano, incluso los de Toledo, le prestaron voluntaria obediencia. Llegó á ser generalmente bienquisto á causa de su afable condicion, y de la inexhausta liberalidad con que supo recompensar no solo á los suyos, sino á los estraños que le acompañaron y sirvieron en sus empresas. Llamábanle Don Henrique de las *Mercedes* por las muchas que hizo; y él mismo, conociendo que habian sido excesivas, ordenó en su testamento que solamente las disfrutasen los sugetos á quienes las concedió, y sus legítimos descendientes por línea recta; pero que faltando estos volviesen á la real corona dichas mercedes, que todavía conservan en Castilla el nombre de *Henriqueñas*.

El crítico estado de España no permitia á Don Henrique gozar tranquilamente la corona. Tenian pretensiones á ella Don Fernando, rey de Portugal, biznieto de Don Sancho el *Bravo*, y el duque de Alencastre, esposo de la hija primogénita del rey Don Pedro. Todavía no se habia entregado Carmona, en donde estaban los Infantes, hijos de este soberano; y por otra parte el rey de Aragon, y el de Navarra empezaban á cometer hostilidades en tierras de Castilla, como en las de Andalucía el rey moro de Granada. A todo acudió Don Henrique, acreditando su diligencia y talento político porque ajustó con el moro un armisticio, indispensable en aquellas circunstancias; y convirtió sus fuerzas de mar y tierra contra el rey de Portugal, dueño ya de Zamora y de varios pueblos de Galicia que le reconocian por soberano. Desalojóle de ellos; tomó á Braga y Braganza; y destrui-

das no pocas poblaciones portuguesas, redujo á su competidor á aceptar la paz. Sitió á Carmona, y rindiéndola por hambre, á pesar de su vigorosa resistencia, prendió á los hijos del rey Don Pedro.

Los portugueses, que renovaron la guerra, quedaron segunda vez abatidos hasta que, terminadas las diferencias, se concertaron los desposorios de Don Sancho, hermano del Rey de Castilla, con Doña Beatriz, hermana del de Portugal, y de Doña Isabel, hija natural de este, con el Conde Gijon Don Alfonso, hijo bastardo de Don Henrique.

Igualmente se compusieron las discordias con el Rey de Navarra, pactándose la restitution de Logroño y Vitoria á la corona de Castilla, y las bodas de Doña Leonor, hija de Don Henrique, con Don Carlos, hijo del de Navarra.

Aunque despues se turbó por algun tiempo esta paz, volvió á consolidarse; y las condiciones fueron ventajosas para Don Henrique, como que por su poder y diestra politica era casi siempre suya la superioridad, y el arbitrio de imponer la ley á sus contrarios.

Las desavenencias con el Rey de Aragon tuvieron dichoso fin, mediante el matrimonio de su hija Doña Leonor con el Infante Don Juan, que en adelante fue Rey de Castilla; y Don Henrique, afianzada tan completamente la quietud de su reino, se aplicó á gobernarle con sabias providencias, restableciendo el orden y buenas costumbres, no menos que la disciplina militar, con lo cual se grangeó nuevamente le estimacion y respeto de los vasallos.

Por fallecimiento de su hermano Don Tello,



señor de Vizcaya, incorporó aquel señorío en la corona, dejando esta memoria mas de la fortuna de su reinado.

A la Francia, que le habia ayudado á subir al trono, dió fieles muestras de reconocimiento, pues acudió con sus tropas en la guerra que aquella potencia seguia contra los ingleses; pero durante el cisma que alteró el sosiego de la Iglesia, cuando se dividieron las naciones católicas sobre dar la obediencia al Papa Urbano Sesto, que gobernaba en Roma, ó á Clemente Séptimo que residia en Aviñon con aprobacion y valimiento de los franceses, tuvo bastante firmeza y cordura para mantenerse neutral por no esponer sus reinos á las crueles disensiones que otros muchos padecieron en aquellas fatales competencias.

Hallándose el Rey Don Henrique cercano á la muerte, dió á su heredero el Príncipe Don Juan los mas prudentes y saludables consejos, tanto sobre el cuidado de proteger la religion, como sobre la conducta que debia observar en el gobierno del estado.

Empezó á reinar Don Juan el Primero por muerte de su padre en mil trescientos setenta y nueve; y desde luego envió en socorro de Francia una escuadra, la cual, llegando hasta Londres, puso en consternacion á los ingleses.

Suscitáronse desavenencias con el Rey de Portugal, que primero habia ofrecido en matrimonio su hija Doña Beatriz á Don Fadrique, hermano del Rey de Castilla, y despues al Infante Don Henrique, primogénito del mismo rey, con cuyo enlace se habian de unir los reinos de Castilla y Portugal.



Mudó de dictámen el monarca portugues, y sobre el cumplimiento de las capitulaciones matrimoniales le declaró la guerra el castellano, el cual sitió y ganó la plaza de Almeida. Su escuadra despues de un memorable combate naval, apresó veinte galeras portuguesas; pero ajustándose al fin la paz, se estipuló que la Infanta Doña Beatriz no se desposaria ya con Don Henrique, sino con Don Fernando su hermano menor, para que así no recayesen las dos coronas en un mismo soberano. Tampoco se verificó el nuevo casamiento; porque habiendo fallecido la reina Doña Leonor, esposa del rey Don Juan se concertó y celebró efectivamente la boda de este con la Infanta portuguesa, bajo la condicion de que los hijos que de su matrimonio naciesen, heredarían solo el reino de Portugal, y nunca el de Castilla.

Don Juan, luego que murió el Rey su suegro, partió acompañado de un buen ejército, á tomar posesion de aquellos estados; pero se la negaron los portugueses, y fué necesario que el Rey de Castilla se valiese de las armas, cercando á Lisboa por mar y tierra. Malogróse aquella empresa á causa de la peste que empezó á declararse en el campo de los castellanos, y se levantó el sitio. Al mismo tiempo aclamaron por Soberano los portugueses á Don Juan, Maestre de la Orden de Avis, hermano natural del difunto Rey; y aunque, entrando los castellanos por Ciudad-Rodrigo y Viséo, hicieron algun daño en Portugal, fueron despues vencidos en la nombrada batalla de Aljubarrota, cuya pérdida se atribuyó no solo al denuedo con que pelearon los portugueses en defensa de su libertad,

sino muy particularmente á la ventaja del sitio, contra la cual se atrevió la juventud castellana á empeñar el combate, sin embargo del cansancio y hambre que padecian sus tropas, y sin dar oídos á los capitanes mas espertos que graduaban la accion de temeraria.

Animados con esta victoria, continuaron los portugueses felizmente la guerra en Andalucía, y llamaron en su auxilio al Duque de Alencastre, que no olvidando el derecho con que juzgaba le pertenecia la corona de Castilla, vino gustoso á Galicia, y se apoderó de la ciudad de Santiago, y otros pueblos. La escasez de víveres y las enfermedades disminuyeron tanto el ejército ingles, que no feé difícil ajustar la paz con el Duque de Alencastre, y el matrimonio de su hija Doña Catalina, nieta del Rey Don Pedro, con el Infante Don Henrique, heredero de Castilla.

Tomaron los portugueses la ciudad de Tui; pero luego la restituyeron, estipulando con los castellanos una tregua de seis años

Corria el de mil trescientos noventa cuando murió desgraciadamente en Alcalá de Henares el Rey Don Juan el Primero de resultas de la caída de un caballo. Siete años antes por determinacion tomada en unas solemnes cortes de Segovia, se empezó á adoptar en España el método de contar por los del nacimiento de nuestro Redentor, y no por la era de Augusto Cesar, como desde muy antiguo se acostumbraba.

## LECCION XI.

*Reyes de Castilla y Leon hasta Don Juan el Segundo.*

**A** Don Henrique, Tercero de este nombre, se habia dado en vida de su padre el título de Príncipe de Asturias, siendo el primer Infante heredero con quien se puso en práctica esta distincion. Apenas pasaba de los once años, cuando empezó á reinar bajo la tutela de muchos grandes personajes del reino, que sobre ella tuvieron entre sí obstinados y gravísimos debates. Terminólos el Rey con encargarse del mando de su monarquía antes de cumplir los catorce años; y luego manifestó prendas tan dignas del trono, que seguramente le hubieran colocado entre los mas insignes Príncipes de España, si su quebrantada salud, por la cual le llamaron Don Henrique el *Enfermo*, le hubiera permitido aplicarse, como lo deseaba, á los arduos y continuados afanes del gobierno y de la guerra. Hizo, no obstante, infinito bien á sus vasallos, acostumbrando decir que mas temia las maldiciones de ellos que las armas de sus enemigos.

Hallábase exhausto el real erario así por las liberalidades con que Don Henrique Segundo se habia visto precisado á contentar la ambicion de los nobles, como por las guerras que en tiempos tan calamitosos sobrevinieron á Don Juan el Primero; pero el jóven Don Henrique halló dos medios de reparar aquel daño: el uno fué la ejemplar moderacion con que se redujo á vivir tan frugal y es-

trechamente, como pudiera un caballero particular; y el otro, la eficacia con que reprimió á los usurpadores de su real patrimonio, habituados en los anteriores reinados á enriquecerse á costa de él, y de toda la nacion.

Renovadas las antiguas alianzas con Aragon y Francia, y las treguas con Portugal, aseguró la paz en sus dominios; y cuando, por haberla quebrantado el Rey moro de Granada con la toma de Ayamonte, se disponia Henrique á emprender contra él la guerra, falleció con general sentimiento á principios del año de mil cuatrocientos y siete, dejando al prudente y animoso Infante Don Fernando, su hermano, y á la Reina Doña Catalina, su esposa, por gobernadores del reino, y tutores de su hijo el Príncipe Don Juan, que contaba poco mas de veinte meses.

Durante la menor edad del rey D. Juan el Segundo debió mucho la corona al valor y conducta del Infante D. Fernando, porque no solo recobró á Ayamonte, sino tambien otras muchas plazas, señaladamente la de Antequera, cerca de la cual venció al ejército de los moros de Granada. Este príncipe, conocido desde aquella gloriosa accion con el título de *el Infante de Antequera*, es acreedor á los mayores elogios por la rara modestia y maguánimo desintéres con que se negó á admitir la corona de Castilla que los grandes le ofrecian inmediatamente despues de la muerte del rey Don Henrique. No tardó el cielo en dar justa recompensa á este generoso proceder; porque habiendo fallecido sin sucesion el rey de Aragon y Sicilia Don Martin, tio del infante Don Fernando, recayó en él aquella heren-

cia, así por el derecho que le asistia para ser preferido entre los muchos personajes que aspiraban á conseguirla, como por las recomendables circunstancias que le conciliaban universal estimacion y crédito. A pesar de varias contradicciones, tomó Don Fernando posesion de la corona de Aragon; y las islas de Sicilia y Cerdeña, como reinos anejos á ella, le reconocieron por legítimo Soberano.

A la edad de catorce años salió de tutoría el Rey Don Juan el Segundo; pero las turbaciones que entonces más que nunca afligian á Castilla, causadas por vasallos ambiciosos y malcontentos, pedian gobierno de un Monarca menos jóven, mas resuelto, capaz y experimentado que Don Juan, el cual lejos de atender por sí á los importantes negocios del estado, se fiaba débilmente de algunos validos y perniciosos lisonjeros que abusaban de la mano que con él tenian para adelantar cada uno su fortuna, aunque fuese en detrimento del bien público.

El principal de ellos fué el condestable Don Alvaro de Luna, mestre de Santiago, cuyo ilimitado poder, y los ricos estados y dignidades que debió al favor del rey Don Juan, escitaron las quejas y envidias de casi todos los cortesanos. No hubo desorden, usurpacion, ni tiranía de que sus enemigos no le acusasen, con cargos, á veces bien, y á veces mal fundados, hasta que pudieron conseguir que el rey, no obstante el extraordinario afecto que profesaba á Don Alvaro, y la ciega confianza que en él tenia, le privase de su gracia, y le condenase primero á destierro, y últimamente á morir degollado en un cadalso: sentencia que se ejecutó en la plaza pública de Valladolid, y que jamás po-



drá borrarse de la memoria por el espantoso desengaño que nos ofrece de la inestabilidad de la fortuna.

Vivió atormentado el Rey Don Juan con largas persecuciones de sus mismos vasallos y parientes, y ninguna mas obstinada que la que contra él movieron sus primos los Infantes de Aragon Don Henrique y Don Juan, Rey de Navarra, ansiosos de gobernar en Castilla con despótica autoridad. Llegó el caso de que el Rey les presentase batalla junto á Olmedo, y de que los derrotase, saliendo mortalmente herido el Infante Don Henrique, y quedando prisioneros diferentes nobles de los que seguian su parcialidad.

Otra victoria aun mas importante alcanzó Don Juan el Segundo, en la batalla de la Higuera, dada contra los moros de Granada con tanta felicidad, que perecieron mas de diez mil de ellos, y varios pueblos suyos recibieron considerable daño.

Fué este Rey muy aficionado á las letras humanas, singularmente á la poesía, que en su tiempo y con su patrocinio empezó á salir de la obscuridad y abatimiento en que yacia despues de tantos siglos de barbarie: y si tienen razon los que le pintan como Príncipe desaplicado é inepto para las tareas del reinar, no hablan con igual justicia los que le suponen totalmente simple, y casi privado de un racional discernimiento.

## LECCION XII.

*Reinado de Don Henrique Cuarto.*

**H**abiendo muerto Don Juan el Segundo de cuartanas en Valladolid por los años de mil cuatrocientos cincuenta y cuatro, le sucedió su hijo Don Henrique Cuarto, llamado el *Impotente*, el cual experimentó igual fatalidad que su padre en las rebeliones y guerras civiles con que muchos magnates perturbaron la quietud del reino, si alguna empezó á gozar luego que se compusieron las diferencias con navarros y aragoneses. Las causas de tales discordias fueron, como en el reinado anterior, la debilidad é indolencia del Soberano, y su imprudente facilidad en exaltar á los palaciegos que le manejaban. Agregóse la inclinacion á no pocos cuidados amorosos, que aunque en rigor no pasasen de galanteos, escandalizaban como verdaderas liviandades, y el gran desperdicio de las rentas en premiar á los vasallos menos beneméritos.

Ademas de esto, el Rey que no habiendo tenido hijos de su primera consorte Doña Blanca de Navarra, le habia repudiado como á esteril, atribuyendo á defecto de ella lo que, segun la general opinion, era propio suyo, estaba casado de segundas nupcias con Doña Juana de Portugal; y esta habia dado á luz una Infanta á quien pusieron el mismo nombre de su madre. Túvose por muy verosímil que no sería hija del Rey, y confirmaba semejantes sospechas la íntima familiaridad que con la Reina tenia Don Beltran de la Cueva, Maestre

de Santiago, y despues Conde de Ledesma, y Duque de Alburquerque, Mayordomo de la casa Real, y muy favorecido del Monarca Don Enrique, en cuya suposicion llamaron siempre á la Infanta la *Beltraneja*.

Sin embargo de que el Rey la hizo jurar Princesa heredera del Reino, tales fueron las disensiones que en él se originaron con este motivo, que el mismo Soberano revocó todo lo hecho, y convino en que se proclamase Príncipe heredero á su hermano el Infante Don Alfonso.

No bastó aquella condescendencia para sosegar á los sediciosos coligados; porque á vista de la misma ciudad de Avila que tan leal se habia mostrado siempre en servicio de sus reyes, levantaron un tablado, y colocada en él una estatua de Don Henrique con todas las insignias reales, la despojaron ignominiosamente de ellas, declararon al monarca inhabil para el gobierno, y alzaron rey al príncipe Don Alfonso, prestándole solemne juramento y vasallaje.

Con dividirse la nacion en dos bandos fué necesario que el rey Don Henrique tomase las armas contra la faccion enemiga. La batalla se dió junto á Olmedo, y cada uno de los dos partidos se atribuyó la victoria sin que se deshiciese la liga, ni menos depusiese el enojo y atrevidos intentos.

Duraban aun los disturbios cuando murió de edad de quince años el nuevo rey Don Alfonso; y los malcontentos pretendieron se declarase heredera á la infanta Doña Isabel, hermana del Rey Don Henrique, y princesa dotada de las relevantes prendas que mas adelante conoceremos cuando la veamos

ocupar feliz y pacíficamente el trono de España con el glorioso dictado de *la Reina Católica*.

Cansado el rey de tan porfiadas competencias, y persuadido de la acertada elección que habían hecho los confederados, al paso que satisfecho de la prudencia y fidelidad de Doña Isabel en negarse á admitir, mientras su hermano viviese, el título de reina con que la convidaban, consintió que la jurasen Princesa heredera, como se ejecutó con la debida formalidad; y al mismo tiempo capituló se divorciaría de la reina su esposa, desheredando á la Infanta que él llamaba su hija.

Entre los varios casamientos que se proporcionaban á Doña Isabel, ninguno parecia tan ventajoso para la tranquilidad de la monarquía como el que se trataba con su primo segundo Don Fernando, rey de Sicilia, y primogénito del de Aragon.

Celebróse prontamente el afortunado desposorio, sin noticia ni aprobacion de Don Enrique, el cual tenia otras miras acerca de la colocacion de su hermana; y por esto se indignó tanto, que siguiendo su inconstante genio, anuló las solemnes declaraciones anteriores, reconoció de nuevo á Doña Juana la *Beltraneja* por hija legítima y la instituyó heredera, con exclusion de la reina de Sicilia.

Así renacieron las discordias, en que Doña Isabel mostró la mas heroica firmeza hasta que logró reconciliarse con el rey su hermano poco antes de la muerte de este, acaecida en el año de mil cuatrocientos y cuatro. Ofrece la historia de todo el reinado de Don Henrique Cuarto gran número de curiosos é importantes acontecimientos por lo que toca á la sucesion de la corona, y á la varia fortu-

na de muchas casas grandes del reino; pero no es tan abundante en lo que pertenece al engrandecimiento de la monarquía, porque las disensiones internas no permitieron á aquel soberano llevar adelante la guerra que empezó vigorosamente contra los moros. Con todo, recuperó la plaza de Gibraltar, y taló repetidas veces los campos del reino de Granada.

### LECCION XIII.

*Principio del reinado de los reyes Católicos  
Don Fernando y Doña Isabel.*

**A**un despues del fallecimiento de Don Henrique continuaban las alteraciones, porque el partido de la pretensa heredera, bien que ya muy debilitado no dejaba de oponerse por todos los medios imaginables á la poderosa parcialidad de la reina Doña Isabel, y de su consorte Don Fernando Quinto. En vano el rey de Portugal, desposado con Doña Juana su sobrina intentó restituirla al solio castellano. Sus tropás auxiliadas de las de Francia no consiguieron ventaja considerable contra los Reyes Católicos. Separóse Francia de la infructuosa alianza con el Monarca de Portugal. Este se vió precisado á desistir solemnemente de sus pretensiones, ajustando la paz, y Doña Juana á tomar el hábito de religiosa en el monasterio de Santa Clara de Coimbra.

Llegamos á la plausible época en que logró España el incremento de su poder, gloria y prosperidad, y en que se puede decir que empezó á ser



potencia respetable, y á obedecer casi toda á un solo Rey, despues que habia permanecido tantos siglos dividida en varias soberanías. Muchas fueron las circunstancias favorables que concurrieron á facilitar aquella ventajosa mudanza; pero la mayor y mas rara fortuna consistió en ser Don Fernando Quinto y su esposa Doña Isabel dos príncipes nacidos para reinar.

No en vano, elogiando á aquel monarca, se explica Don Diego de Saavedra al fin de sus *Empresas politicas* en los términos siguientes, que trasladamos á la letra como que representan el mejor retrato moral y político del Rey católico.

»En su glorioso reinado se ejercitaron todas las artes de la paz y de la guerra, y se vieron los accidentes de ambas fortunas, próspera y adversa. Las niñeces de este gran Rey fueron adultas y varoniles. Lo que en él no pudo perfeccionar el arte y el estudio, perfeccionó la esperiencia, empleada su juventud en los ejercicios militares. Su ociosidad era negocio, y su divertimento atencion. Fué señor de sus afectos, gobernándose mas por dictámenes políticos que por inclinaciones naturales. Reconoció de Dios su grandeza, y su gloria de las acciones propias, no de las heredadas. Tuvo el reinar mas por oficio que por sucesion. Sosegó su corona con la celeridad y la presencia: levantó la monarquía con el valor y la prudencia: la afirmó con la religion y la justicia: la conservó con el amor y el respeto: la adornó con las artes: la enriqueció con la cultura y el comercio, y la dejó perpetua con fundamentos é institutos verdaderamente políticos. Fué tan Rey de su palacio, como de sus reinos, y

tan ecónomo en él, como en ellos. Mezcló la liberalidad con la parsimonia, la benignidad con el respeto, la modestia con la gravedad, y la clemencia con el rigor. Amenazó con el castigo de pocos á muchos, y con el premio de algunos cebó las esperanzas de todos. Perdonó las ofensas hechas á la persona, pero no á la dignidad real. Vengó como propias las injurias de sus vasallos, siendo padre de ellos. Antes aventuró el estado que el decoro. Ni le ensoberbeció la fortuna próspera, ni le humilló la adversa. En aquella se prevenia para esta, y en esta se industriaba para volver á aquella. Sirvióse del tiempo; no el tiempo de él. Obedeció á la necesidad, y se valió de ella, reduciéndola á su conveniencia. Se hizo amar y temer. Fué fácil en las audiencias. Oía para saber, y preguntaba para ser informado. No se fiaba de sus enemigos, y se recataba de sus amigos. Su amistad era conveniencia; su parentesco razon de estado; su confianza, cuidadosa; su difidencia, advertida; su cautela, conocimiento; su recelo, circunspeccion; su malicia, defensa; y su disimulacion, reparo. No engañaba; pero se engañaban otros en lo equívoco de sus palabras y tratados, haciéndolos de suerte (cuando convenia vencer la malicia con la advertencia) que pudiese desempeñarse sin faltar á la fé pública. Ni á su magestad se atrevió la mentira, ni á su conocimiento propio la lisonja. Se valió, sin valimiento, de sus ministros. De ellos se dejaba aconsejar; pero no gobernar. Lo que pudo obrar por sí, no fiaba de otro. Consultaba despacio, y ejecutaba de prisa. En sus resoluciones antes se veían los efectos que las causas. Encubria

á sus Embajadores sus designios, cuando queria que engañados persuadiesen mejor lo contrario. Supo gobernar á medias con la Reina, y obedecer á su yerno. Impuso tributos para la necesidad; no para la codicia, ó el lujo. Lo que quitó á las iglesias obligado de la necesidad, restituyó cuando se vió sin ella. Respetó la jurisdiccion eclesiástica, y conservó la real. No tuvo Corte fija, girando como el Sol, por los orbes de sus reinos. Trató la paz con la templanza y entereza, y la guerra con la fuerza y la astucia. Ni afectó esta, ni rehusó aquella. Lo que ocupó el pie mantuvo el brazo y el ingenio, quedando mas poderoso con los despojos. Tanto obraban sus negociaciones como sus armas. Lo que pudo vencer con el arte, no remitió á la espada. Ponia en esta la ostentacion de su grandeza, y su gala en lo feroz de los escuadrones. En las guerras dentro de su reino se halló siempre presente. Obraba lo mismo que ordenaba. Se conferaba para quedar árbitro, no sujeto. Ni victorioso se ensoberbeció, ni desesperó vencido. Firmó las paces debajo del escudo. Vivió para todos, y murió para sí y para todos, quedando presente en la memoria de los hombres para egemplo de los Príncipes, y eterno en el desseo de sus Reinos.”

No menos admirables virtudes adornaban á la Reina Doña Isabel, que por su elevado espíritu, noble fortaleza y maduro juicio, fué la honra de su sexo, y aun pudiera serlo del varonil. La buena armonía en que vivió con su esposo, conspirando ambos de comun acuerdo á todo lo que era bien público, no obstant: que cada uno gobernaba particularmente sus estados, se manifestó siem-

pre por la práctica que siguieron de autorizar todos los despachos con sus dos nombres diehosamente unidos.

Pero omitiendo alabanzas, pasemos á los hechos memorables de este reinado; aunque ni es facil abrazarlos aqui todos, ni referirlos con la estension que merecen.

Por derecho de herencia, de conquista ó de descubrimiento acrecentó el Rey Católico la monarquía con los estados de Aragon, Cataluña, Valencia, Mallorca, Cerdeña, Sicilia, Nápoles, Granada, Navarra, las Indias occidentales, algunos territorios de Africa y otros varios dominios.

En mil cuatrocientos setenta y nueve heredó por muerte de su padre el Rey Don Juan la corona de Aragon, y la incorporó con la de Castilla.

Importa saber que en los años inmediatos á la entrada de los moros en España, así como aquellos cristianos que se retiraron á las montañas de Asturias eligieron por su Príncipe á Don Pelayo, así tambien los que se refugiaron hácia los Pirineos, nombraron ilustres caudillos, ya con título de Condes, ya con el de Reyes, á fin de que los gobernasen y defendiesen de las incursiones de los bárbaros. De aquí provino la division de una buena parte de España en los varios reinos ó señoríos de Sobrarbe y Ribagorza, Aragon, Navarra, Barcelona y otros, que segun los tiempos tuvieron mas ó menos estension y poder.

Los respectivos Soberanos de aquellos estados, unas veces contendian entre sí sobre estender su jurisdiccion, disputándose las conquistas que hacian á los infieles; otras veces se confederaban con-



tra ellos, y estrechaban sus alianzas con recíprocos matrimonios.

El Reino de Sobrarbe pasa por uno de los mas antiguos que tuvo España á los principios de su restauracion; y mediante el casamiento del Rey García Iñiguez con Doña Urraca, hija y sucesora de Fortun Jimenez, Conde de Aragon, se unió con este condado.

Cuando Don Sancho Cuarto, apellidado el *Mayor*, Rey de Sobrarbe y Pamplona, Conde de Aragon, y tambien de Castilla por el derecho de su esposa, dividió sus grandes dominios (segun queda apuntado al principio de la leccion séptima) entre sus cuatro hijos, García, Fernando, Gonzalo y Ramiro, dejó al primero la Navarra, al segundo el condado de Castilla, al tercero los estados de Sobrarbe y Ribagorza, y al cuarto los de Aragon, dando título de Reyes á todos cuatro. Entonces empezó Aragon á tener Reyes; y Don Ramiro, que fué el primero de ellos, no tardó en incorporar á su corona el reino de Sobrarbe, y el condado de Ribagorza, luego que falleció su hermano Don Gonzalo.

Tambien el reino de Navarra estuvo por algun tiempo unido con el de Aragon, principalmente desde el Rey Don Sancho, hijo de Don Ramiro, hasta Don Alfonso el Batallador, que murió en mil ciento treinta y cuatro; pero tuvo en lo general sus Reyes propios é independientes antes que le conquistase Don Fernando el Católico en la forma que luego veremos.

El condado de Barcelona, cuyo primer poseedor se llamó Bernardo, ó Bernaldo, y que desde los



principios del siglo nono habia continuado en gobernarse por Condes, se agregó igualmente á la corona de Aragon en mil ciento treinta y siete, mediante el matrimonio de Doña Petronila, hija y heredera de Don Ramiro el Segundo, con el Conde de Barcelona Don Ramon Berenguer.

Dependen asimismo del dominio de Aragon las islas de Mallorca y Menorca con las demas llamadas Baleares; porque despues que el ínclito Rey Don Jaime el Conquistador ganó la de Mallorca en mil doscientos treinta, se adjudicaron todas á aquella corona durante el reinado de Don Pedro el Cuarto, apellidado el *Ceremonioso*.

El mismo Rey Don Jaime conquistó en mil doscientos treinta y ocho el reino de Valencia, que así quedó sujeto á la metrópoli de Aragon.

Don Jaime Segundo, y su hijo Don Alfonso Cuarto, obtuvieron la investidura de los Reyes de Cerdeña y Córcega; pero ni ellos ni sus sucesores gozaron estas islas pacíficamente, hasta que Don Alfonso Quinto las ganó con las armas en mil cuatrocientos veinte.

El reino de Sicilia, y el de Jerusalem anejo á él, han pertenecido tambien á la soberanía de Aragon desde que el Rey Don Pedro Tercero, cognominado el *Grande*, los heredó por el derecho de su esposa Constanza, hija de Manfredo, poseedor de dichos reinos. Despues de largas revoluciones volvieron estos á la misma corona, por el casamiento de Doña María, Reina heredera de ellos, con Don Martin el Segundo de Aragon.

Todos los ricos estados de que acabamos de dar sucinta noticia, y otros de menor importancia,

componian ya la corona aragonesa , cuando el Rey Católico Don Fernando la unió con la castellana.

Pero ni á él, ni á su magnánima consorte satisfacian tantos reinos heredados , mientras no acababan de desarraigar de España la morisma. Alentados de este loable anhelo , emprendieron la guerra contra los moros de Granada con tal esfuerzo, diligencia y dicha, que en espacio de diez años cumplidos en el de mil cuatrocientos noventa y dos, remataron la alta empresa á que en mas de siete siglos y medio no habia podido alcanzar el valor de los reyes sus predecesores. Dieron los sarracenos ocasion á su propia ruina con haber quebrantado las treguas , tomando la villa de Zahara. El rey Católico partió á castigarlos ; y empezó la conquista por el castillo y pueblo de Alhama, de que se apoderó por asalto. Siguióse la de Loja, Velez-Málaga, Málaga, Baza , Almería, Guadix y otras ciudades, hasta que se rindió por asedio Granada, capital de aquel fértil y dilatado reino. Casi en todas las campañas que costó la gloriosa expedicion se halló personalmente la esclarecida reina Doña Isabel animando á los suyos con admirable denuedo, y dando acertadas providencias para la manutencion del ejército y caritativa asistencia de los enfermos y heridos, de manera que el venturoso logro se debió muy principalmente á Heroína que tantas dificultades supo vencer sin desmayar jamas en los mayores peligros. Contribuyó á la empresa con sus celosas exhortaciones el confesor de la misma Soberana Fr. Hernando de Talavera, varon de acrisolada virtud y prudencia, el cual habia respondido una vez á la reina, cuando le instaba á que

admitiese un obispado: *Señora, no tengo de ser Obispo, hasta que lo sea de Granada*; y en efecto ocupó la Silla Arzobispal de aquel reino, inmediatamente despues de la conquista.

A este venerable prelado sucedió en el cargo de confesor de la reina el provincial franciscano fray Francisco Gimenez de Cisneros, que mas adelante fué Arzobispo de Toledo, y Cardenal, hombre á todas luces famoso por su religiosidad, doctrina, tino político, entereza y otras excelencias que no caben en nuestros concisos elogios, y á cuyo sabio influjo debió España grandes felicidades en aquella época.

#### LECCION XIV.

*Continuacion del reinado de los Reyes Católicos, muerte de la Reyna Doña Isabel, y reinado de su hija Doña Juana, y Don Felipe Primero.*

**E**n el mismo año de la conquista de Granada se consiguió por negociacion que Francia restituyese á la corona de Aragon los condados de Rosellon, y Cerdania que pertenecian á Cataluña, y habian sido empeñados por Don Juan el Segundo de Aragon al Rey de Francia Luis Undécimo.

Poco despues dió principio al descubrimiento de las Indias occidentales el célebre genoves Cristóbal Colon. Persuadido de que hácia el poniente habia inmensas regiones no conocidas hasta entonces, propuso en Inglaterra y en Portugal, la idea de navegar á descubrirlas; pero habiendo sido desechado su proyecto como fantástico, acudió á la cor-

te de los Reyes Católicos, y consiguió se le diesen tres embarcaciones, y otros auxilios para la estraordinaria empresa. En cuatro viages que hizo al Nuevo Mundo desde el año de mil cuatrocientos noventa y dos hasta el de mil quinientos y seis descubrió las islas Lucayas, la Española ó de Santo Domingo, la de Cuba, la de Puerto-Rico, la Jamaica, y las demas llamadas Antillas, como tambien una parte de la costa de Tierra-firme, y tomó posesion de diferentes distritos en nombre de los Reyes de Castilla. Siempre volvió á España cargado de riquezas que acreditaron la realidad é importancia de sus descubrimientos, por los cuales mereció los títulos de Almirante, de Duque de Veraguas y de Marques de la Jamaica, con otras varias mercedes, y sobre todo la gloria de haber inmortalizado su nombre. Llamáronse Indias aquellos vastos paises por semejarse en lo precioso y abundante de sus producciones á la que propiamente se denomina *India*, que es la oriental; y tambien se les dá el nombre de *América*, aunque sin otra razon que la de haber sido el florentin Américo Vespucio, uno de los náuticos y geógrafos que delinearon mapas y cartas de marear en las primeras navegaciones del Nuevo Mundo.

Ademas de las Indias occidentales unieron los Reyes Católicos á su corona las islas de Canaria, bien conocidas ya de los antiguos, y conquistadas en gran parte á fines del reinado de Don Henrique Tercero, bajo el mando de Juan de Betancur, caballero frances. En los últimos años del siglo décimo quinto, Pedro de Vera, y el Adelantado Alonso Fernandez de Lugo, concluyeron felizmente



la conquista de la Gran-Canaria, Tenerife, y la Palma, con lo cual estas tres islas principales de las siete que hay pobladas se redujeron al cristianismo y al dominio español.

No fueron las Canarias el único territorio de Africa en que triunfaron las armas de Don Fernando y Doña Isabel; porque durante su reinado se rindieron á ellas Melilla, Mazarquivir, Bugía, Trípoli, el Peñon de Velez y otros pueblos y fortalezas de las costas de Berbería. Entre tantas hazañas compite con las mas memorables la toma de Oran, emprendida, al modo que otras expediciones semejantes, por direccion, y á espensas del Cardenal Arzobispo Jimenez de Cisneros, que se halló como caudillo en aquella jornada, y recogió el fruto de sus desvelos y prudentes disposiciones.

Como el Rey Católico por sobrino de Don Alfonso Quinto, de Aragón, que habia sido Rey de Nápoles, y falleció sin hijos, tenia derecho á aquel reino, y por otra parte le pretendia el Rey de Francia, se concertaron ambos Soberanos, y dividieron entre si los estados de Nápoles, privando de ellos á su Rey Don Fadrique, principalmente por causa de las inteligencias que se supo traia con el Turco, enemigo del nombre cristiano. Pero originándose despues altercaciones entre los Reyes Católico y Cristianísimo sobre la pertenencia de ciertas comarcas, se encendió una porfiada guerra de españoles con franceses. En ella mostró superior esfuerzo y pericia militar Gonzalo Fernandez de Córdoba, Comandante general de aquella conquista, que fué por sus muchas proezas dignísimo del renombre de *Gran Capitan*. Sujetó á la domina-



cion española todo el reino de Nápoles, espeliendo de él á los franceses, despues de repetidas victorias, y señaladamente de la que ganó en la gloriosa batalla de Cirinola, año mil quinientos y tres. La mas convincente prueba de que no hay hombre tan perfecto que no incurra en alguna flaqueza, es que el Rey Católico, á pesar de su rectitud, causó disgustos á un héroe como el Gran Capitan, cuyos servicios no podia dejar de reconocer; pero tanto pueden, aun en ánimo como el de Fernando, los siniestros informes que dicta la emulacion en las cortes.

A fines del año mil quinientos y cuatro falleció la Reina Católica Doña Isabel con imponderable sentimiento de la nacion, que le era deudora de mil beneficios. No es fácil determinar cuál fué la mayor de sus virtudes: baste decir que reunió todas las que nacen del valor y de la sólida piedad. Cultivó su entendimiento por medio de la lectura y estudió con fruto la lengua latina sin que por esta ni otras dignas ocupaciones olvidase las labores mugeriles, pues se alababa de que el Rey su esposo no se habia puesto camisa que ella no hubiese hilado y tejido; en lo cual dió aquella respetable matrona ejemplo de industriosa aplicacion á su familia y vasallos.

El único hijo varon que tuvo, fué el Príncipe Don Juan; pero este murió sin sucesion á los diez y nueve años: sensible pérdida que la Reina llevó con cristiana resignacion. Así heredó la corona su hija Doña Juana, que casó con el Archiduque Don Felipe, llamado el *Hermoso*, hijo del Emperador Maximiliano Primero, por cuyo enlace pasó el cetro español á la imperial casa de Austria, y en-

traron en la de Castilla los estados de Flandes, Borgoña, Bravante y otros de gran consideracion.

Luego que falleció Doña Isabel, hizo Don Fernando proclamar Reina de Castilla á la Princesa Doña Juana, que á la sazón se hallaba en Flandes con su esposo Don Felipe Primero; y entretanto que ambos venian á tomar posesion de la monarquía la gobernaba el Rey Católico, segun cláusula del testamento de la Reina su consorte, que disponia quedase á cargo suyo la administracion de los reinos de Castilla, mientras no cumplierse los veinte años Don Carlos, hijo de Don Felipe, y de Doña Juana (que despues reinó con nombre de Carlos Primero de España y Quinto de Alemania).

Las voluntades y opiniones de los grandes se dividieron; porque unos, bien hallados con el Rey Don Fernando, deseaban se retardase la venida de los nuevos Monarcas, y otros clamaban por ella, prometiéndose mejorar de fortuna con la mudanza de gobierno. Dilataba Don Felipe su viage; y sobrevinieron mutuas desconfianzas y desunion entre yerno y suegro, las cuales no cesaron hasta que en el año de mil quinientos y seis se ajustaron las diferencias, y llegando á España Doña Juana y su esposo, se retiró á Aragon el Rey Don Fernando, de donde partió á coronarse en Nápoles, despues de contraer segundas nupcias con Germana, hija de Juan de Fox, Vizconde de Narbona, sobrina del Rey de Francia Luis Duodécimo, y nieta de Doña Leonor, Reina de Navarra.

En Italia recibió aquel mismo año el Rey Católico la inesperada nueva de haber muerto en la

florida edad de veinte y ocho años Don Felipe Primero, cuando apenas empezaba á gozar la corona, y dar esperanzas de un dichoso reinado.

## LECCION XV.

*Última parte del reinado del rey Católico hasta su muerte.*

**E**ra notorio que la reina Doña Juana padecía debilidad en las potencias, y que con dificultad se la reducía á la razon, cuando su perturbada fantasía la obligaba á decir ó ejecutar extravagancias. Por esto la llamaron comunmente Doña Juana la *Loca*, confirmando á todos en la persuacion de ser cierta la demencia los arrebatados extremos con que manifestó su dolor despues de la pérdida del rey Don Felipe el *Hermoso*. Desde entonces se fué declarando mas el lastimoso desacuerdo de la reina, cuyo natural impedimento debia de conocer ella misma en algunos ratos, supuesto que escribió á su padre instándole repetidas veces á que viniese á encargarse del gobierno del reino. Esta misma diligencia hicieron varias ciudades, considerando que, aunque el Arzobispo Jimenez de Cisneros, y otros graves personages dirigian interinamente los negocios con acierto, era realmente el estado por entonces un cuerpo sin cabeza.

Restituido el rey á España, tomó á su cuidado la administracion de los reinos de Castilla, guardando siempre á Doña Juana los respetos de reina propietaria, bien que esta por su incapacidad para el mando, y porque en nada se complacia sino en

vivir retirada del trato del mundo, estaba recogida, y oculta en el palacio de Tordesillas, y allí permaneció sin mejoría hasta su muerte, que acaeció en el año de mil quinientos cincuenta y cinco á fines del reinado de su hijo el emperador Carlos Quinto.

Por la confederacion llamada la *Liga Santa* que habia hecho el rey Don Fernando con los venecianos y con el Papa Julio Segundo se halló en obligacion de favorecer á este con tropas durante la guerra suscitada entre Francia y el estado Pontificio. Dióse contra las órdenes del rey una reñida batalla cerca de Ravena en que fué grande el destrozo por ambas partes; pero el superior número de caballería dió alguna ventaja á los franceses, aunque no les sirvió de mucho, porque, disminuido al fin su ejército, hubieron de restituir las plazas que habian conquistado en Italia.

Durante aquella guerra fué cuando, resolviendo el rey Católico marchar á Francia para unir sus fuerzas con las de Henrique Octavo de Inglaterra, su yerno, que intentaba apoderarse del ducado de Guiena, pidió al rey de Navarra Juan de Labrit ó Albret y á su esposa la reina Catalina de Fox le concediese paso por sus estados, y se abstudiesen de seguir (como efectivamente seguian) el partido de Francia. No vinieron en ello los reyes de Navarra con las condiciones y seguridades que exigia el de Castilla, aunque el Sumo Pontífice los amonestó, y tambien el rey Don Fernando volvió á requerirlos en términos de amistad. Llegando pues, las cosas á estado de formal rompimiento, entró por Navarra la alta el ejército castellano manda-



do por Don Fadrique de Toledo, Duque de Alba que con suma facilidad se hizo dueño de Pamplona año de mil quinientos y doce y consecutivamente de lo restante del reino, despues que el monarca de Navarra y su consorte se habian refugiado á Francia. De esta suerte el rey Católico, apoyando con las armas los varios derechos así antiguos como modernos que tenia á la corona de Navarra, la agregó á la de Castilla, segun lo está al presente.

Continuaba todavía la guerra en Italia, quando á principios del año de mil quinientos diez y seis adoleció el rey Don Fernando de una enfermedad que le ocasionó la muerte, tan llorada de sus vasallos como lo habia sido la de su esposa Doña Isabel. En el tiempo que gobernó ya en compañía de la reina Católica, ó ya solo, nada omitió de cuanto podia contribuir al aumento de la monarquía. Restableció la quietud interior de ella, la recta administracion de justicia, y las buenas costumbres; y publicó sabias leyes, principalmente las de Toro. Ayudado del vigilante y docto cardenal Jimenez de Cisneros contuvo la gran relajacion que se habia introducido en el clero, y en la mayor parte de las comunidades religiosas; aseguró á la corona el derecho de presentacion de dignidades eclesiásticas que la corte de Roma solia conferir á estrangeros en perjuicio de los españoles beneméritos; y reunió á la corona misma los Maestrazgos de Santiago, Calatrava y Alcántara, cuyos poseedores olvidando su peculiar instituto de perseguir á los infieles, empleaban á veces su poder en fomentar y sostener parcialidades contra Príncipes ó súbditos cristianos. Esta prudente incorporacion de los



Maestrazgos se hizo entonces solo durante los dias del rey Católico; y su nieto Carlos Quinto fué quien la perpetuó. Para seguridad de los caminos públicos instituyó Don Fernando la Santa Hermandad que se componia de unas cuadrillas ocupadas en castigar á los salteadores y otros facinerosos, á imitacion de una congregacion semejante que habia en Castilla desde el tiempo de Don Alfonso Octavo, y del rey San Fernando su nieto. Fundó diferentes Chancillerías y Audiencias, el real consejo de las Ordenes, y el santo oficio de la Inquisicion, y preponderando mas en su piadoso corazon y en el de su esposa el deseo de la pureza de la religion que la utilidad temporal de las riquezas que podian multiplicarse en España con la agricultura, industria y comercio de los moros, judíos ó judaizantes, procuraron ambos con el mas vigoroso celo la espulsion de todos los que no se convirtieron: en lo cual se atendió igualmente á los daños políticos que resultaban al reino de abrigar en su seno á unos hombres por lo comun revoltosos, de cuya constancia y lealtad era muy espuesto fiarse.

Por este infatigable empeño en la exaltacion de la Fe, adquirieron aquellos Soberanos el dictado de *Católicos*, que antes habian merecido y usado en España otros Reyes como Don Alfonso el Primero, y Recaredo; pero que en Don Fernando y Doña Isabel no fué un mero renombre, sino un título obtenido en forma solemne con autoridad Pontificia, y conservado hasta hoy en todos los sucesores de la monarquía española.

## LECCION XVI.

*Reinado del Emperador Carlos Quinto.*

**N**ombró en su testamento el Rey Católico por Gobernador de los reinos de Castilla al Cardenal Jimenez, á Don Alfonso de Aragon, Arzobispo de Zaragoza, encargó el gobierno de Aragon, y á Don Ramon de Cardona el de Nápoles. El Archiduque Don Carlos, Primero de este nombre entre los reyes de España, y Quinto entre los emperadores de Alemania, iba á entrar en los diez y seis años, cuando le cupo la herencia del imperio español ya tan poderoso, que con razon escitaba la envidia, y aun el temor de toda Europa. No llegó á España hasta el año próximo siguiente al de la muerte del rey Don Fernando: y muy poco despues falleció el insigne prelado Don Fr. Francisco Jimenez de Cisneros. Fué grande su esperiencia en los negocios, su conducta la mas justificada y virtuosa, y admirable la prudencia con que, á pesar de su natural severidad é intrepidez, sobrellevó las persecuciones que no podia dejar de padecer un celoso reformador de inveterados abusos tanto en lo eclesiástico como en lo civil. Débele su ser, lustre y ornamento la universidad de Alcalá, en donde fundó el colegio mayor de San Ildefonso, y otros menores. Allí mismo hizo corregir é imprimir con increíble esmero y costa la Biblia llamada Complutense arreglada á los mejores originales hebreos, griegos y latinos; y dejó esparcidos en toda España

durables monumentos de su piedad, doctrina y beneficencia.

Habiendo muerto en mil quinientos diez y nueve el emperador Maximiliano, nombraron los electores á Carlos Quinto por sucesor en el imperio de su abuelo, no obstante la oposicion de Francisco Primero, rey de Francia, que aspirando al cetro imperial, empezó á ser competidor de Carlos y émulo de sus glorias. Partió de España el recién electo emperador acompañado de algunos magnates españoles, y pasó á coronarse en Aquisgran, dejando el gobierno del reino al Cardenal Adriano, natural de Utrech, y dean de Lovaina, que habia sido su preceptor, y despues ascendió á la dignidad de Sumo Pontífice con el nombre de Adriano Sesto.

La ausencia del Soberano contribuyó á que se declarasen en Castilla las rebeliones que llamaron *Comunidades*, teniendo parte en esta fatal guerra civil muchas grandes ciudades y algunos de los principales Señores, y siendo caudillos de la sedicion entre otros, Don Juan de Padilla y el Obispo de Zamora Don Antonio de Acuña. Los disgustos y quejas de los sublevados se fundaban en que varios flamencos, mal enterados de las leyes y costumbres de España, y atentos únicamente á su particular interés y engrandecimiento, se habian apoderado del mando, abusando de la docilidad de un Monarca jóven y naturalmente bueno, de que resultaba el tiranizar á los vasallos españoles, y vender descubiertamente la justicia. Tomando, pues, las armas los sediciosos, negaron la obediencia al Cardenal Adriano, y á los tribunales y ministros

del Rey, y cometieron todo género de atrocidades. Dos años duraron los desórdenes, hasta que las tropas reales vencieron á las de los *Comuneros* (que así se llamaban) en la batalla de Villalar dada en mil quinientos veinte y uno; y las cabezas de la conjuracion recibieron prontamente el merecido castigo.

Mas adelante, cuando el Emperador volvió á España, acabó de apaciguar todas las inquietudes, perdonando á los rebeldes con singular clemencia; y en prueba de ella merece referirse la respuesta que dió á uno de sus cortesanos que le declaró donde se ocultaba cierto caballero de la faccion de los amotinados: *Mejor hubiérais hecho*, dijo el piadoso Monarca al delator, *en haber avisado á ese caballero que yo estaba aquí, que en avisarme á mí donde está él.*

Conociendo el Rey de Francia que las turbaciones de Castilla le proporcionaban ocasion favorable para debilitar el poder de Carlos Quinto, emprendió la conquista de Navarra. Con efecto logró hacerse dueño de las plazas mas importantes, y aun se internó su ejército hasta sitiar á Logroño. Mientras esta ciudad se defendia bizarramente, acudieron los castellanos, y trabando combate con los franceses, dieron muerte á mas de seis mil de ellos, tomaron la artillería y bagages, hicieron prisionero á su General, y los obligaron á retroceder y abandonar á Navarra en el mismo año de mil quinientos veinte y uno en que la habian conquistado. Ademas de esto la plaza de Fuenterrabia, de que estaban apoderados los franceses, no tardó en volver al dominio español.



Por otra parte intentó el Rey Francisco Primero recobrar el Ducado de Milan, en cuya posesion habia estado algunos años hasta que el Cesar le privó de ella vencéndole en repetidos encuentros. Carlos Quinto para espeler de Italia á los franceses se alió con el Sumo Pontífice que á la sazón era Clemente Séptimo por fallecimiento de Adriano, si bien ayudó muy poco el Papa en las campañas que se siguieron y aun se inclinó últimamente al partido frances. Las armas imperiales experimentaron por lo general sucesos muy favorables en aquella porfiada guerra, la cual vino á terminarse gloriosamente para el emperador con una célebre batalla dada en mil quinientos veinte y cinco entre el ejército español y el frances junto á Pavía, á tiempo que Francisco tenia cercada aquella ciudad, y la defendia el animoso capitan Antonio de Leiva. Sin embargo del superior número de franceses, animados con la presencia de su mismo soberano, á quien no se pueden negar las prendas de esforzado guerrero, triunfaron completamente los españoles, haciendo prodigios de valor en aquel memorable dia bajo el mando y direccion del marques de Pescara que se distinguia entre los principales caudillos, y á ninguno cedia en espíritu y destreza militar. Quedó prisionero de guerra el rey Francisco, y como tal fué conducido á Madrid, en donde le visitó el Cesar, y le concedió la libertad bajo muchas condiciones de grande importancia, y la primera de ellas, que, desistiendo de sus pretensiones á los estados de Milan, Génova, Nápoles, los Países Bajos y Borgoña, no diese ocasion á nuevas guerras, pues nada deseaba tanto el



Emperador como la paz, y que las armas cristianas no se empleasen en destruirse mutuamente, sino en abatir á los infieles. Fueron aceptadas estas condiciones por el Rey prisionero en una solemne concordia firmada en Madrid, con la cláusula de que si aquel Soberano no pudiese cumplirlas, se volvería voluntariamente á la prision, para lo cual empeñó su fé y palabra real. A pesar de tan formales promesas, no se verificó la observancia de aquellos pactos, antes bien negándose á ella el Rey de Francia, envió embajadores á Carlos Quinto, haciéndole proposiciones muy diversas, y pretendiendo dar la ley el que la habia recibido. De aquí se originaron no solo sangrientas hostilidades entre España y Francia, sino tambien debates privados entre el Emperador y el Rey Francisco como de caballero á caballero, y segun las leyes del honor.

Mientras se mantuvo preso en Madrid el Monarca frances, causó grandes cuidados en Italia el engrandecimiento del poder del Cesar, pareciendo que toda ella se rendiria antes de mucho á su dominacion. Por esto el Papa Clemente Séptimo, los venecianos, y aun el mismo Duque de Milan Francisco Esforcia, á quien el emperador acababa de restablecer en la posesion de sus estados, se coligaron secretamente contra el vencedor. Al marques de Pescara, comandante del ejército imperial, hicieron indignas proposiciones para que convirtiese las armas contra el rey su amo, y llegaron á ofrecerle la corona de Nápoles, pero aquel leal y honrado vasallo le dió parte del inicuo desiguio, y los tentadores de la fidelidad de Pescara, viéndose

descubiertos, hubieron de recurrir á otros arbitrios menos infructuosos.

Concertaron pues una liga que llamaron de la libertad de Italia, y por otro nombre *Clementina*, en la cual ademas del Pontífice, la república de Venecia y el duque de Milan, entraron los franceses, los ingleses, los florentines, y casi todos los príncipes menores de Italia. Oponen los cesarianos sus fuerzas á las de la Liga; y el Duque de Borbon, condestable de Francia, que por desabrimientos con su corte se habia pasado al servicio del emperador, y dado pruebas de sobresaliente soldado en la batalla de Pavía y en otras empresas, marcha con el ejército imperial contra Roma; la asalta vigorosamente, y pierde la vida en la accion. Sucediéndole en el mando el príncipe de Orange, entran en la ciudad sus tropas, la saquean y destruyen con indecible furia por espacio de siete dias, y despues de hacer terrible matanza en los coligados, obligan á Clemente Séptimo á refugiarse al castillo de Sant Angelo con algunos Cardenales y otros parciales suyos, y allí le cercan y estrechan hasta que el Papa entrega el castillo, quedando preso en él con la correspondiente guardia de españoles.

Aunque tenia Carlos Quinto sobrada justicia en la guerra contra Clemente, cuando no fuese mas que por haber faltado este á las treguas que por medio del embajador Don Hugo de Moncada habia concertado poco antes del asalto de Roma con el emperador, á quien debia particulares beneficios, no por eso aprobó los insultos y violencias que tan desenfrenadamente cometieron sus tropas en la

capital del orbe cristiano; bien al contrario lo sintió de manera que al recibir la noticia mandó suspender los regocijos públicos con que en Valladolid se celebraba el nacimiento del príncipe que después fué Felipe Segundo, hijo primogénito del mismo Carlos y de su esposa Doña Isabel, hermana del rey de Portugal Don Juan Tercero, y nieta de los reyes Católicos.

Con pretexto de poner en libertad al Pontífice, envió Francisco Primero á Italia nuevo ejército, el cual logró al principio no pocas ventajas, tomando á Génova y Pavía, y luego entró por el reino de Nápoles hasta llegar á sitiar la misma capital. Pero el valor de los imperiales, aunque reducidos á escaso número, y la pestilencial enfermedad que cundió en las tropas francesas, las precisaron á retirarse, perdiendo lo conquistado. Por esta razón, y por que el Papa veia con dolor su corte dominada de estrangeros, y su partido ya muy debil, llegó la hora deseada de restituir á Italia la quietud de que tanto tiempo habia carecido. El Emperador, después de haberse reconciliado con el Pontífice, bajo condiciones decorosas, ajustó la paz con Francisco Primero en Cambrai año de mil quinientos veinte y nueve, estipulando que mediante la suma de dos millones de escudos de oro restituiría las personas del Delfin y su hermano menor, que el Rey de Francia habia entregado en rehenes para seguridad del cumplimiento de la concordia hecha en Madrid. Obligóse Francisco á desistir de sus pretensiones á Flandes y otros dominios, y casó después con la infanta Doña Leonor, hermana de Carlos Quinto.

Fué general esta paz, porque se comprendió en ella al Papa, al Rey de Inglaterra, y á todos los Príncipes y repúblicas de Italia, menos Florencia. Pasó luego Carlos á Bolonia, y allí recibió de mano del Pontífice la corona imperial con la mayor pompa, y tuvo la generosidad de olvidar todos los sentimientos que le habia dado con su ingratitude Francisco Esforcia, y de concederle de nuevo la investidura del ducado de Milan. Luego redujo á los florentines con las armas á la obediencia de un sobrino del Papa, llamado Alejandro de Médicis, á quien dió título de Duque, casándole con Margarita de Austria, su hija natural.

De Italia partió el Emperador á Alemania, en donde hizo coronar Rey de romanos á su hermano el Infante Don Fernando, ya Rey de Hungría y Bohemia. Invadió estos reinos el Emperador turco Suliman; pero Carlos Quinto á la frente de un ejército compuesto de tropas de todos los Príncipes del imperio, le obligó á retirarse con gran pérdida y desaire: hazaña que no fué la menor del Cesar, tanto por la innumerable gente que traía el orgulloso enemigo, como por la gravedad de la empresa en que se trataba de la libertad, ó de la destruccion de las potencias cristianas.

Volvió el Emperador á España, pasando por Italia, y entretanto Barbarroja, atrevido pirata, que largo tiempo habia infestado las costas del mar mediterráneo, despojó del reino de Tunez á Mulei Hacén, feudatario de los Reyes de Castilla. Acudió este á implorar el socorro de Carlos, que recibéndole bajo su proteccion, navegó con una armada á Tunez, y despues de haberse apoderado



á viva fuerza de la Goleta, fortaleza que defiende la entrada de aquel puerto africano, y bien pertrechada por Barbarroja, ahuyentó á este, y entró vencedor en Tunez año de mil quinientos treinta y cinco. Allí libertó crecido número de cautivos cristianos, algunos de ellos franceses; y restituyendo generosamente á Mulei Hacem la corona perdida, aseguró los mares contra las piraterías que alentaba á ejecutar el abrigo del fuerte de la Goleta; bien que Barbarroja con auxilio del turco continuó aun despues en molestar á los cristianos.

## LECCION XVII,

*Fin del reinado de Carlos Quinto.*

**N**unca faltaron á Carlos Quinto ocasiones en que manifestar su genio activo y belicoso, porque casi todo su reinado fué una continuada serie de campañas. Aun cuando hubiese querido evitar guerras, no le hubiera sido fácil, envidiando su prosperidad tantos y tan poderosos enemigos. El principal de ellos, que era el Rey de Francia, volvió á inquietarle sobre el estado de Milan con motivo de la muerte del Duque Francisco Esforcia. Renovóse la guerra, en que Francisco Primero ganó varias plazas del Piamonte. El Emperador por su parte no solo reprimió el ímpetu de los franceses, sino que conquistó algunos lugares de Provenza, y puso cerco á Marsella, no pudiendo continuarle por las enfermedades que padecieron sus tropas. Cuando asaltaba una torre cerca de Niza, murió en la demanda Garcilaso de la Vega, que despues



de haber ilustrado la poesía castellana con su pluma, seguia la carrera de las armas, acreditando el valor que correspondia á su ilustre nacimiento. Indignado el Cesar por la desgraciada muerte de aquel dulce poeta y noble soldado, mandó ahorcar á todos los villanos que defendian la torre.

En Flandes y en Picardía hizo Carlos Quinto muy lentos progresos: y al fin, siendo medianero el Papa Paulo Tercero, sucesor de Clemente, ajustó en Niza una tregua de diez años con el Rey de Francia; y se restituyó á España despues de haber quedado reconciliados los dos Soberanos.

Confiaba tanto Carlos en la sinceridad de esta reconciliacion, que al año siguiente, que fué el de mil quinientos treinta y nueve, habiendo de marchar á Flandes para reprimir una sublevacion de los ganteses, pasó por Francia, y se hospedó en el palacio de Francisco Primero, quien le trató con generosa magnificencia. Mas á pesar de semejantes muestras de amistad y buena fé, el Rey de Francia, que jamás habia renunciado de veras el derecho que juzgaba tener al Milanésado, reiteró sus pretensiones, si bien no ignoraba que el Emperador estaba resuelto á no condescender con ellas. Por ultimo quebrantó la tregua, dando color á este rompimiento con las quejas que tenia de que dos Embajadores suyos, cuando caminaban á Constantinopla, hubiesen sido asesinados en Italia, cuyo atentado atribuia á secreta disposicion del gobierno español.

Pareció á Francisco Primero que se le proporcionaba ocasion muy oportuna de acometer á Carlos Quinto, porque este acababa de padecer una

fatal derrota en Argel, á cuya conquista habia partido con poderosa escuadra, y apenas desembarcó cuando una furiosa tormenta destrozó la mejor parte de sus buques, de manera que sin haber empezado á pelear, hubo de retirarse, sufriendo con heroica firmeza aquella imprevista adversidad.

Emprendió el Rey de Francia la guerra contra el Emperador por diversas provincias á un tiempo. El Delfin sitió á Perpiñan; pero halló en aquella plaza tal resistencia, que levantó el cerco. El Duque de Orleans en Luxemburgo, y el de Cleves en Brabante, consiguieron algunas ventajas; aunque los imperiales resarcieron muchas de sus pérdidas, obligando al de Cleves á pedir partido. En el Piamonte hicieron los franceses mas rápidos progresos, y ganaron cerca de Cariñan una importante batalla. El Emperador, aliado con el Rey de Inglaterra Henrique Octavo, entró por Francia, rindiendo cuanto se oponia á sus armas; pero no se llegó á combate decisivo por haber temido el frances la superioridad de las fuerzas del Cesar, que se acercaba á Paris, no sin temor de toda aquella comarca. Concluyóse finalmente la paz en mil quinientos cuarenta y cuatro, y Francisco Primero ratificó la denuncia de sus derechos á Milan, Nápoles y otros paises, siendo esta guerra la última de las que tuvo con Carlos Quinto.

Luego que cesaron las funestas discordias entre España y Francia, ocuparon todo el cuidado del emperador las que aflijan á Alemania con motivo de haberse propagado la heregía del pertinaz Lutero, favorecida de muchos Príncipes, y particularmente del Duque elector de Sajonia, y del

Landgrave de Hesse. Al uno y al otro hizo prisioneros el Cesar despues de una guerra en que no solo mostró su esfuerzo, sino tambien su industria y sagacidad, porque supo dar tiempo á que el poder de los enemigos se fuese debilitando, como en efecto debia suceder, siendo la liga de los protestantes un cuerpo compuesto de muchas cabezas, y no subsistiendo su ejército sino con las contribuciones de varias ciudades que se habian de cansar muy pronto de aquellos insoportables gravámenes. Apaciguáronse por entonces las revoluciones que la heregía causaba en Alemania, y las hubiera cortado para siempre el diligente celo de Carlos Quinto, si Henrique Segundo, sucesor de Francisco Primero, no hubiese distraido al emperador, moviéndole nuevas guerras. En ellas decayó bastante la fortuna de los imperiales; y el poderoso partido de los luteranos consiguió la libertad de conciencia que en otras circunstancias no se le hubiera tolerado. Tomaron los franceses la ciudad de Metz en Lorena; y el Cesar intentó en vano recobrarla. Por otra parte cometia el turco repetidas hostilidades, cuyo conjunto de desgracias casi apuraba la constancia de Carlos Quinto. Cansado al fin de las armas, y molestado de achaques, especialmente de la gota, dió el mas público y singular ejemplo de lo desengañado que estaba del mundo y sus glorias, renunciando la corona de España en su hijo Felipe Segundo, y la del imperio en su hermano el rey de romanos Fernando. Retiróse á vivir privada y cristianamente en el monasterio de Gerónimos de Yuste, á siete leguas de Plascencia, en Castilla la Vieja. Allí

permaneció desde el año de mil quinientos cincuenta y seis en que hizo la renuncia, hasta el de mil quinientos cincuenta y ocho en que falleció, después de haber empleado en ejercicios piadosos los dos últimos años de su vida, con edificación de todo el orbe cristiano, que no se admiró menos de la magnanimidad con que supo Carlos despreciar las grandezas humanas, que de los nobles afanes con que las había adquirido.

Para la defensa de sus estados y aumento de la religion hizo nueve viajes á Alemania, seis á España, siete á Italia, diez á Flandes, cuatro á Francia, dos á Inglaterra y otros dos á Africa, habiendo navegado ocho veces por el océano, y dos por el mediterráneo. En tiempo de este emperador se empezó á dar á los reyes de España el título de Magestad en lugar del de Alteza que hasta entonces usaban; y se estableció formalmente la dignidad de Grandes de España, que antes se llamaban ricos hombres. Dió nueva planta al Consejo de Estado, é instituyó el de las Indias en cuyos negocios entendian desde el reinado de los reyes Católicos algunos ministros escogidos de otros tribunales. Cedió á la religion de San Juan de Jerusalem la isla de Malta, después que los turcos habian conquistado la de Rodas. Además de esto debe la cristiandad muy particularmente á su eficaz y católico influjo la celebracion del Concilio de Trento, que empezó en el año de mil quinientos cuarenta y cinco, y habiéndose interrumpido varias veces, no vino á concluirse hasta el de mil quinientos sesenta y tres, cuando ya reinaba Felipe Segundo.



El deseo de no interrumpir la narracion de las empresas de Carlos Quinto en Europa nos ha impedido hacer alguna mencion de las hazañas con que se ilustró el nombre español en las Indias occidentales.

Desde que Cristobal Colon halló el Nuevo Mundo, no cesaron de hacer descubrimientos y conquistas muchos insignes pilotos y caudillos españoles, como fueron Alonso de Ojeda, Diego de Nicuesa, Basco Nuñez de Balboa, Juan Ponce de Leon, Juan Diaz de Solís, Rodrigo de Bastidas, Francisco Fernandez de Córdoba, Juan de Grijalva, y otros no menos dignos de memoria. Entre ellos sobresalió Hernan Cortés, natural de Medellin en Estremadura, varon de notable esfuerzo, penetracion y celo patriótico, que en el año de mil quinientos veinte y uno acabó de descubrir y conquistar felizmente el Reino de Méjico, ó nueva España, bastando para muestra de su heroica intrepidez la resolucion que tomó de barrenar, y echar á pique los bajeles para quitar á sus soldados la esperanza de volver atrás, y empeñarlos en vencer ó morir. A esta importantísima y verdaderamente admirable conquista, como la llama su elegante historiador Don Antonio de Solís, se siguió pocos años despues, la del reino del Perú, que otro animoso extremeño, Francisco Pizarro, venciendo increíbles obtáculos, sujetó á la dominacion castellana.

Habia precedido á estos dos conquistadores Fernando de Magallanes, de nacion portugues, que se pasó al servicio de España, y en mil quinientos diez y nueve descubrió con nueva y peligrosa navegacion el estrecho llamado de *Magallanes*.



## LECCION XVIII.

*Principios del reinado de Felipe Segundo.*

**A**unque la monarquía, cuando entró Felipe Segundo á gobernarla, llegaba despues de tantas conquistas á su mayor engrandecimiento, es fuerza confesar que las continuas guerras que habia sostenido Carlos Quinto, la dejaron escasa de caudales y de poblacion, ademas de que ya empezaba esta á disminuirse por otra parte con las emigraciones de los muchos vasallos que pasaban á Indias. Hubiera sido entonces conveniente aspirar mas que á la adquisicion de nuevos dominios, á la defensa, cultivo y felicidad de los conquistados, con lo cual parece que hubiera conservado España un poder proporcionado á la estension de sus paises. Pero Felipe Segundo quiso imitar á su padre en lo guerrero; y siendo menos afortunado, experimentó en su tiempo la nacion los principios de la decadencia que, segun iremos conociendo, se declaró mas en el reinado de su hijo Felipe Tercero, creció en el de su nieto Felipe Cuarto, y llegó á ser estremada en el de su viznieto Carlos Segundo, último de los reyes austriacos. No era Felipe Segundo tan soldado como su padre, ni se halló personalmente como él en las batallas; pero tenia mayor talento político, por lo cual le dieron el dictado de *Prudente*, mayor cautela é industria, mayor constancia en los peligros y adversidades; y desde su gabinete supo á veces mandar y hacerse temer tanto como Carlos Quinto en la campaña.

Antes que este Emperador renunciase la corona, su hijo el Príncipe Don Felipe, viudo entonces de la Princesa Doña María de Portugal, habia casado de segundas nupcias con Doña María, Reina propietaria de Inglaterra, hija de Henrique Octavo, y de Doña Catalina de Aragon; por cuyo matrimonio fué el mismo Príncipe proclamado Rey de Inglaterra. Reconcilió con la Sede Apostólica á los ingleses, que la habian negado la obediencia; pero habiendo fallecido despues sin sucesion la Católica Reina Doña María, heredó la corona su hermana Doña Isabel, que favoreció á los protestantes, y fué causa de graves desavenencias entre España é Inglaterra.

Los ánimos de españoles y franceses habian quedado desde las anteriores discordias muy propensos á volver á las armas; y en efecto las tomaron, empezando los franceses por dar socorro al Papa Paulo Cuarto, que confederado con ellos movió guerra en Nápoles al Rey Católico. Fueron infructuosos los prudentes y amistosos oficios que éste pasó repetidas veces con el Sumo Pontífice para evitar la perturbacion y escándalo de la cristiandad; y habiendo preso el Papa á un Embajador, y á un Ministro del Rey Don Felipe, entró por el estado romano el Duque de Alba, que despues de ganar el puerto de Ostia, y otros varios lugares hasta dar vista á Roma, no se atrevió á renovar el fatal estrago que aquella capital habia padecido, cuando la saqueó el Duque de Borbon. Las operaciones militares del de Alba, aunque menos sangrientas, bastaron para que el Papa, desistiendo de las tentativas en que le habia empeñado la inquieta ambicion de sus sobrinos los Carifas, conviniese por

fin en aceptar la paz con que España le estaba convidando.

Cuando se redujo á ello, ya los franceses se habian visto obligados á abandonarle para acudir á defender la provincia de Picardía; pues el ejército del rey Don Felipe acometía aquella parte de Francia, y tenia puesto sitio á la plaza de San Quintin. Cerca de ella se dió en el año de mil quinientos cincuenta y siete una memorable batalla, consiguiendo los españoles el triunfo tan completo, que ganaron cincuenta y dos banderas, diez y ocho estandartes, y todo el bagage y artillería, é hicieron prisioneros á muchos nobles franceses. El Rey que estaba en Flandes, pasó á su campo despues del combate, y dispuso se diese el asalto á San Quintin. Tomóse en efecto aquella plaza, y tuvieron igual suerte las de Chatelet, Han, y Noyon. El haberse logrado la victoria de San Quintin en el dia de San Lorenzo, fué la principal razon porque Felipe Segundo ofreció dedicar á aquel Santo mártir español el suntuoso y celebrado templo que mandó edificar en el Escorial, fundando tambien allí mismo un monasterio de gerónimos, y dejando en tan admirable fábrica el mas insigne monumento de su piedad y magnificencia, como de su buen gusto en las bellas artes, y del esmero con que las honraba y protegía.

Otra derrota poco menos funesta que sufrieron los franceses en la batalla de Gravelinas, los abatió de manera que trataron de proposiciones de paz. Ajustóse en mil quinientos cincuenta y nueve bajo condiciones ventajosas á España; y para mayor firmeza del tratado casó de terceras nupcias el Rey

Don Felipe con madama Isabel, que por esto fué llamada *de la Paz*, hija de Henrique Segundo de Francia.

En aquel mismo año confió el Rey á su hermana natural Margarita, ya Duquesa de Parma, el gobierno de los Países Bajos, al cual aspiraban el Príncipe de Orange Guillermo de Nasau, y los Condes de Horn, y de Egmont. Animados de este resentimiento, y deseosos de vengarse, se valieron de la oportunidad que para ello les facilitaban las inquietudes de los flamencos, disgustados del rigor con que Margarita, en nombre y por disposicion de Felipe Segundo, celaba la pureza de la Religión Católica, ejecutando severos castigos en los que la viciaban con adherir á las nuevas opiniones de Latero, y otros heresiarcas de su escuela, que habian inficionado casi todas las provincias del norte. La nobleza y la plebe se rebelaron, pretestando quejas sobre los tributos que el ministerio español las exigia, y sobre el establecimiento del tribunal de la Inquisicion. El Rey, que ya se hallaba de vuelta en España, no juzgó necesario acudir con su presencia y autoridad á Flandes, como lo habia hecho su padre solamente para calmar el tumulto de la ciudad de Gante, mucho menos temible que el de todos los Países Bajos. Contentóse con enviar al Duque de Alba Don Fernando Alvarez de Toledo, capitan el mas hábil y respetado que se conoció en aquella era, dándole absolutos poderes y tropas con que reprimir á los malcontentos. Gran número de estos, especialmente artesanos y comerciantes, se pasó á Alemania y á otros estados vecinos, los demas tomaron las ar-



mas. Prendió el Duque de Alba á los Condes de Egmont y de Horn, y los mandó degollar en Bruselas; pero el Príncipe de Orange, implorando el auxilio de algunos Soberanos protestantes, opuso un ejército al del Duque, y se trabó la mas sangrienta guerra, en que los rebeldes padecieron estragos, y tambien los causaron, destruyendo y saqueando los templos y las haciendas de los católicos. El genio del Duque de Alba, incapaz de contemplaciones, era en aquellas circunstancias mas propio para irritar que para serenar los ánimos; y las muchas justicias que hizo, lejos de curar el mal, le agravaron. Cuando Felipe Segundo quiso aplicar remedios mas benignos, ya era tarde. Su política, grande en la teórica, le fué inútil en la práctica; porque habiendo empezado á contener la rebelion con demasiada severidad, se vió precisado á recurrir á la clemencia despues que los sublevados estaban tan sobre sí, que la creyeron debilidad mas que clemencia verdadera, y rehusaron por consiguiente aceptar cuantos partidos les concedia el Monarca. Retirándose al fin el Duque de Alba, gobernaron sucesivamente los estados de Flandes el Duque de Medina-celi, Don Luis de Zuñiga y Requesens, Comendador mayor de Castilla, Don Juan de Austria, hermano natural del Rey Don Felipe, Alejandro Farnesio, Duque de Parma, hijo de Margarita, y los Archiducos Ernesto y Alberto, sobrinos del Rey. Todos se portaron con menos rigor que su antecesor el Duque, y todos emplearon el valor y la prudencia ya en abatir, ya en atraer á los rebeldes; pero estos habian adquirido extraordinario poder. La principal parte de



Flandes llegó á sacudir el yugo de la dominacion española, con negar la obediencia á Felipe Segundo, rompiendo su Real sello, y empezó á quedar en plena libertad así de gobierno, como de religion, la república de Holanda que hasta hoy se mantiene con el título de los estados generales de las provincias unidas de los Países-Bajos.

Al considerar el esfuerzo y constancia con que pelearon los españoles en la dilatada guerra de Flandes, y las árduas empresas que acometieron, á veces con felicidad, parece que el Rey Don Felipe hubiera reducido aquellos estados á la debida subordinacion, si no hubiese divertido sus fuerzas á otras expediciones, cuales fueron las que tuvo que disponer contra los moriscos de Granada, contra el Turco, contra Portugal, contra Inglaterra, y en favor de la liga católica que se oponia en Francia al Rey Henrique Cuarto y al partido de los calvinistas. De cada una de estas diferentes guerras darán noticia las dos lecciones siguientes.

## LECCION XIX.

### *Continuacion del reinado de Felipe Segundo.*

**A** fines del año de mil quinientos sesenta y ocho los moriscos, ó cristianos nuevos de la ciudad y reino de Granada, dieron principio á un levantamiento que causó gran cuidado. Habíaseles prohibido la práctica de algunos ritos supersticiosos heredados de sus padres los moros, tomándose providencias para que observasen con exactitud las

leyes del cristianismo que acababan de abrazar, hablasen lengua castellana, y vistiesen como los cristianos viejos. Estas novedades demasiado duras y sensibles entre una gente inquieta, como recién conquistada, y tenazmente adicta á los usos y costumbres de sus mayores, le sirvieron de estímulo, y tambien de pretesto, para confederarse con secretas inteligencias, y tomar al fin las armas cuando mas desapercibido estaba el gobierno español. Eligieron los moriscos por Soberano á Aben Humeya, hombre principal entre ellos, dándole título de Rey de Granada y de Córdoba, y empezaron á cometer inhumanas hostilidades contra los cristianos, que se hallaron entonces muy á peligro de perder aquel importante reino, y de ver restablecidas en él la dominacion y secta de los mahometanos. Pero al cabo de dos años de guerra quedaron sujetos los rebeldes, sin embargo de la obstinada resistencia que hicieron, fiados en los socorros que se les enviaban de Africa, y la fragosidad de las montañas llamadas Alpujarras, de donde era muy difícil desalojarlos. Don Diego Hurtado de Mendoza refirió los sucesos de aquella guerra con tanto pulso, energía y magestad de estilo, que no podemos menos de recomendar muy particularmente la lectura de una historia tan bien escrita en todas sus partes.

La guerra contra los turcos duró muchos años, aunque con algunas interrupciones. En el de mil quinientos cincuenta y ocho llegó á Menorca una escuadra turca, y las tropas que de ella desembarcaron, despues de tomar por asalto el pueblo llamado Ciudadela, causaron bastantes daños en aque-

lla isla ; pero al fin se retiraron por verse muy disminuidas. Las piraterías del Arraez Dragut, gobernador de Trípoli, que se habia apoderado de la isla de los Gélbes, ó Gêrbes, obligaron á juntar una mediana escuadra, con que emprender la conquista de dicha isla. Malogróse aquella jornada así por la vigorosa defensa que hizo Dragut, y por las enfermedades, y escasez de víveres que padecieron los cristianos, como porque, acudiendo la armada turca, ahuyentó á la nuestra, que perdió la mayor parte de sus galeras y de su gente. Sitiaron despues los turcos á Mazarquivir y á Oran ; mas fueron rechazados de ambos presidios por el valor de las tropas españolas bajo la direccion de Don Martin de Córdoba. El Peñon de Velez, que habia venido, como ya dijimos, á poder del Rey Fernando el Católico, y vuelto al de los musulmanes, reinando Carlos Quinto, se rindió en mil quinientos sesenta y cuatro á las armas de Felipe Segundo mandadas por dos grandes generales, Don Sancho Martinez de Leiva, y el Marques de Santa-Cruz Don Alvaro de Bazan. Sentido de esta pérdida Selim, emperador de los turcos, acometió la isla de Malta ; pero con el oportuno socorro que envió el Rey Don Felipe, huyeron escarmentados los infieles.

Por último, empeñado Selim en apoderarse de la isla de Chipre, poseida entonces por los venecianos, ganó la ciudad de Nicosia, y poco despues la de Famagusta. La república de Venecia hizo liga con el Papa Pio Quinto, y con el Rey de España para refrenar la arrogancia de los turcos ; y aprestándose en mil quinientos setenta y uno

una armada de mas de doscientos bajeles con cincuenta mil hombres de varias naciones, ( aunque otros disminuyen este número ) se confió el mando de ella al animoso y experimentado general Don Juan de Austria. En el golfo de Lepanto ó de Corinto, cerca de la isla de Cefalonia, se avistaron las dos escuadras cristiana y turca; y se dió un reñido combate, eternamente glorioso para las armas católicas, porque en él quedó postrado el orgullo mahometano, pereciendo en la accion el general de los enemigos. Doscientas galeras de las suyas fueron parte apresadas, y parte echadas á pique: los muertos y prisioneros turcos llegaron á veinte y cinco mil, y á veinte mil los cristianos remeros que fueron puestos en libertad.

Dos años despues de esta memorable batalla naval, cuando ya los venecianos, separándose de la liga, habian hecho la paz con el imperio otomano, partió Don Juan de Austria con otra armada contra Tunez, y se apoderó fácilmente de aquella ciudad por haber huido sus habitantes. Saqueóla y puso el gobierno del reino en manos de Muley Hamet, hijo de Muley Hacén, con quien el emperador Carlos Quinto habia usado igual generosidad. Luego se le entregó voluntariamente la ciudad de Biser-ta, y dejando guarnicion en ella, se volvió á Sicilia. Mientras se estaba fabricando por disposicion de Don Juan de Austria entre Tunez y el fuerte de la Goleta un castillo para defensa de la ciudad, vinieron sobre ambas plazas una escuadra turca, y un ejército de tierra mandado por los beyes de Argel y de Trípoli, que á costa de mucha sangre tomaron la Goleta, y se hicieron dueños ab-



solutos de la ciudad y reino de Tunes año de mil quinientos setenta y cuatro. —

## LECCION XX.

*Fin del reinado de Felipe Segundo.*

**L**a reunion de la corona de Portugal con la de Castilla fué uno de los mas señalados acontecimientos del reinado de Felipe Segundo. Desde que, segun vimos en la leccion octava, se separó Portugal de Castilla, le habian gobernado por espacio de cuatro siglos y medio diez y siete Reyes. Fué el penúltimo de ellos Don Sebastian, que murió sin hijos en una desgraciada expedicion que hizo á Africa, y el último, su tio el Cardenal Don Henrique el Casto, que falleció en mil quinientos y ochenta. Pasó entonces el cetro portugues al Monarca Don Felipe, como que por su madre la Emperatriz Doña Isabel era nieto del Rey Don Manuel de Portugal. Contra el justo derecho de Felipe Segundo alegaban los suyos el Duque de Braganza, el de Parma, el de Saboya, y Don Antonio, Prior de Ocrato, hijo ilegítimo del Infante Don Luis de Portugal. Este Don Antonio, que tenia ganadas las voluntades no tanto de la nobleza como del pueblo, se hizo aclamar Rey; y fué necesario que Felipe recurriese á las armas para librarse de aquel competidor, y asegurar la corona que él y los demas le disputaban. A este fin nombró por General de un grueso ejército al Duque de Alba, que, dejando el gobierno de Flandes, se hallaba á la sazón retirado en Uceda por disposición del mismo



Rey, y fué tan rara la confianza con que el Monarca eligió para esta empresa á un vasallo ofendido, como la lealtad con que, olvidando el Duque sus particulares resentimientos, se sacrificó en servicio de la patria. No tardó en derrotar las tropas de Don Antonio; obligóle á tomar la fuga; rindióse Lisboa, y quedó allanado todo el reino de Portugal, prestando obediencia al Rey Don Felipe, que por su parte le confirmó sus privilegios, y concedió perdon á los que le habian deservido. El Prior de Ocrato, declarado por rebelde, se pasó á Inglaterra, implorando auxilio, y despues á Francia, en donde halló mas amparo; pues logró se le diesen setenta velas, y seis mil ochocientos franceses. Con este socorro marchó á la isla Tercera, que estaba á su devocion, intentando fortificarse allí y emprender la recuperacion de Portugal, cuando se hallase con bastante poder para ello. Pero se le frustraron sus designios; porque una escuadra española mandada por el Marques de Santa-Cruz salió al encuentro de la francesa, y la venció completamente. No se halló en esta batalla Don Antonio, por haberse refugiado con tiempo á la isla Tercera. Desde allí se volvió á Francia; y dejando un gobernador en lá isla, envió para su defensa una buena guarnicion de portugueses, franceses é ingleses. A pesar de esta resistencia, la Tercera vino á poder de los españoles luego que el mismo Marques de Santa-Cruz la invadió con otra armada.

— Incorporando Felipe Segundo á su corona el reino de Portugal, adquirió por consiguiente las vastas posesiones que en las dos Indias, oriental y occidental, habian descubierto y conquistado los por-

tugueses, cuyo valor y pericia náutica se acreditaron admirablemente en ambos mundos.

Tambien empleó el Rey Don Felipe las armas contra Isabel Reina de Inglaterra, que fomentando la heregía dentro y fuera de sus dominios, habia dado socorro á los sublevados de Flandes. Los corsarios ingleses perseguian las embarcaciones españolas, señalándose entre ellos Francisco Drak, que hizo frecuentes incursiones en la isla de Santo Domingo, en Cartagena de Indias, en la Florida, en la Jamaica y en otros parages. Ademas de esto la Reina Isabel habia mandado degollar injustamente á la Reina de Escocia María Estuard; y los católicos de Irlanda, maltratados por los protestantes ingleses, solicitaban la proteccion de Felipe Segundo. Tales fueron los motivos que tuvo este Monarca para mandar se equipase en mil quinientos ochenta y ocho una armada, que siendo la mas formidable que por aquellos tiempos se habia visto en los mares, mereció el nombre de la *invencible*. Encargóse el mando de ella al Marques de Santa-Cruz, y por muerte de tan valeroso y hábil general, al Duque de Medina-Sidonia. Pero el fortísimo armamento, despues de sufrir dos borrascas, experimentó la tercera y mas fatal cerca de las costas de Holanda. Dispersos los buques, y no teniendo puertos amigos á que acogerse, fueron acometidos de las escuadras inglesa y holandesa, que aunque inferiores, pudieron aprovecharse del desorden en que habia puesto á la nuestra el furor de los elementos. Contra ellos y contra el enemigo peleaban á un tiempo los españoles; mas no alcanzó todo su esfuerzo á evitar la funesta y casi total pér-

dida de navíos y de gente. La noticia del degra-  
do suceso consternó á España, que en aquella oca-  
sion perdió la flor de su milicia y de sus fuerzas  
marítimas. Solo el Rey Felipe conservó su natural  
entereza y serenidad de espíritu, diciendo cuando  
recibió el aviso. «Yo no los envié á combatir con  
las tempestades, sino con los ingleses.» Animada  
la Reina Isabel con esta especie de victoria que de-  
bió á los contratiempos del mar, dispuso viniese  
una escuadra de setenta naves á hacer todo el da-  
ño posible en las riveras de Galicia y Portugal.  
Desembarcaron tropas inglesas en el puerto de la  
Coruña, y asaltaron la plaza; pero fueron recha-  
zadas con gallarda intrepidez, y se retiraron sin  
conseguir otra cosa que haber saqueado el arrabal  
del pueblo. Igual tentativa hicieron contra Lisboa,  
pero tambien sin fruto, aunque causaron algunos  
estragos.

En mil quinientos noventa y seis volvieron los  
ingleses á España con nueva armada, y desembar-  
cando cerca de Cadiz, se apoderaron de la ciudad,  
la saquearon, y se restituyeron á Inglaterra con  
ricos despojos.

Mandó Felipe Segundo aprestar ochenta naves  
contra los ingleses; mas esta escuadra esperiméntó  
igual calamidad que la antecedente á causa de los  
temporales que la desbarataron por dos veces en  
las costas de Galicia; de suerte que á pesar de la  
diligencia y exorbitantes gastos con que el Rey  
procuraba tener en buen órden su marina, no pu-  
do impedir que la inglesa destruyese con incesantes  
correrías muchas de nuestras posesiones en Euro-  
pa y en Indias.

Para completar la noticia general de las principales expediciones que distrajeron á Felipe Segundo de la empresa de Flandes, resta decir algo sobre la proteccion que dieron sus armas á la célebre liga católica, formada en Francia contra los calvinistas y hugonotes que reconocian por su fautor á Henrique Cuarto de Borbon, declarado heredero de aquella corona. En mil quinientos ochenta y nueve, luego que fué muerto alevosamente su predecesor Henrique Tercero, recurrieron los coligados al favor del Rey Don Felipe, el cual los auxilió con tropas y dinero, sosteniendo una gravosa guerra por la parte de Bretaña, por la de Picardía, por la del Langüedoc y por la del Delfinado. El Duque de Parma Alejandro Farnesio abandonó de órden del Rey el gobierno de Flandes para acudir al socorro de los de la liga, en ocasion que era muy necesaria su presencia en aquellos estados por el grande incremento que habia tomado el partido de los rebeldes, no obstante haber ya muerto de un pistoletazo su primer caudillo el príncipe de Orange, y deberse al valor de los españoles algunos prósperos sucesos y conquistas de plazas. Vióse Henrique Cuarto precisado por el duque de Parma á alzar el cerco que tenia puesto á la ciudad de París, como asimismo el que puso despues á la de Ruan; y entretanto el Duque de Saboya, yerno del Rey Don Felipe, consiguió felices victorias en Provenza. Henrique, en fin, quitando á los confederados católicos todo pretexto de oponerse á su exaltacion al trono, abjuró el calvinismo, y reconciliado con la Iglesia, fué recibido y aclamado en Paris como legítimo soberano. Luego declaró formalmente la



guerra á Felipe Segundo, que no dēsistia de amparar á los coligados por mas que los veia en decadencia; con lo cual se renovaron las hostilidades. Tomó el frances por capitulacion la plaza de la Fera, y el Archiduque Alberto, que por fallecimiento del Duque de Parma le habia sucedido en el gobierno de los Países-Bajos, conquistó á Cales y otros pueblos. Tuvo igual suerte la ciudad de Amiens; pero Henrique Cuarto marchó en persona á recobrarla, y lo consiguió sin embargo de habérla socorrido el Archiduque.

Tan varios y poco decisivos fueron los sucesos de esta guerra, y tan crecidas las sumas de dinero que en ella habia espendido el Rey Don Felipe, sin considerable utilidad, que vino en ajustar la paz con el monarca frances año de mil quinientos noventa y ocho. Sintiéndose ya muy postrado del continuo trabajo del gabinete, y de la gota entre otras dolencias, conoció que se iba cumpliendo el plazo de su vida, y que habiéndole de suceder su hijo el príncipe Don Felipe, que no pasaba de los veinte años, no convenia dejar pendiente la guerra con un competidor como Henrique Cuarto.

En lo interior de España hubo algunos disturbios durante el reinado de Felipe Segundo pero sin grandes consecuencias. La mas notable alteracion, despues de la que hemos referido de los moriscos de Granada, acació en Zaragoza año de mil quinientos noventa y uno con motivo de haberse refugiado allí el Secretario de estado Antonio Perez, hombre de sagaz ingenio, que hallándose preso en Madrid por graves cargos que se le hacian, logró evadirse de la prision. Halló defensores en Aragon



su patria; y el pueblo de Zaragoza, pretendiendo que se violaban sus fueros en el modo con que se procedia contra el Secretario encarcelado de nuevo en aquella ciudad, se amotinó, le libertó de las prisiones, y le facilitó el pasarse á Francia. Llegó la conmocion á términos de que el Rey se valiese de las armas para contenerla, y castigase rigurosamente á los principales autores del tumulto, empezando por Don Juan de Lanuza, que á la sazón poseía la antiquísima y respetable dignidad de Justicia mayor de Aragon, y habia hecho resistencia á las tropas reales.

Pocos dias despues de publicada la paz con Francia, en que se estipuló la restitucion de las plazas conquistadas por una y otra parte, falleció el Rey Felipe Segundo en el real monasterio de San Lorenzo del Escorial, dando patentes muestras de religiosidad y fervor cristiano. En medio de que su genio severo infundia en los vasallos mas respeto que amor, y de que por inevitables desgracias, ó por inadvertencias en que estan espuestos á incurrir los mas sagaces políticos, padeció en su tiempo la monarquía bastantes desmedros, fué muy sentida su muerte; y debia serlo, consideradas las virtudes verdaderamente reales que le adornaban. Sobresalian entre ellas el celo en defender y propagar la religion; el infatigable desvelo con que atendia al despacho de los negocios; la heroica firmeza con que toleraba los infortunios; el teson en sostener la causa que creia justa; la liberalidad en premiar á los sabios y aplicados á todo género de ciencias y artes, y el pródigo esmero que empleó en fundar útiles establecimientos cuales

fueron el Real Consejo de la Cámara de Castilla, al cual dió nueva forma y autoridad, el archivo general de Simancas, la universidad y colegios de Duai en Flandes, y el aumento y dotacion de las escuelas de Lovaina, sin contar los templos, hospitales, fortificaciones, puentes y otros edificios públicos en que vive eternizada su memoria. Con-sérvanla tambien las islas Filipinas, que tienen este nombre por haber sido descubiertas y conquistadas en su reinado, como igualmente lo fueron el nuevo Méjico y otras provincias de Indias.

## LECCION XXI.

### *Reinado de Felipe Tercero.*

**N**o dejó Felipe Segundo, aunque casó cuatro veces, otro hijo que Felipe Tercero; pues el príncipe Don Carlos, que nació de su primer matrimonio con Doña María de Portugal habia muerto de veinte y tres años asegurado en un encierro por disposicion de su mismo padre, dando motivo aquella prision y temprana muerte á varios discursos, que cuando no se quieran calificar de malignas sospechas, se han quedado en la clase de meras conjeturas muy dificiles de aclarar segun lo reservado del asunto, y de sus verdaderas causas. En el segundo matrimonio con Doña María de Inglaterra careció el Rey de sucesion, como ya insinuamos. Del tercero con Doña Isabel de Valois, ó *de la Paz*, logró dos infantas; pero ningun varon; y aunque del cuarto con Doña Ana de Austria tuvo á los Príncipes Fernando, Carlos, Diego y Felipe,

solo vivió este último, que entró á gozár la corona en el propio año de mil quinientos noventa y ocho en que falleció su padre, y casó poco despues con su prima Margarita de Austria.

Para que no parezca exageracion nuestra lo que será forzoso decir sobre el lastimoso estado del reino á fines del siglo décimosesto, nos valdremos de las mismas palabras con que no pudo dejar de pintarle el cronista Gil Gonzalez Dávila, aun despues de haber encarecido sobremanera las acciones del Rey Felipe Segundo: »España, dice, cabeza de tan dilatada monarquía, era sola la que, por acudir á la conservacion de tanto mundo, estaba pobre, y mas en particular los leales reinos de Castilla, causada esta pobreza de los nuevos tributos que Felipe con voluntad de estos reinos habia impuesto: principio de la despoblacion y trabajos que andando el tiempo vinieron sobre Castilla; descaeciendo un reino tan opulento por la mucha prisa que le dieron con cargarle mas de lo que podian sus fuerzas; y el mismo Felipe se hallaba tan acabado, que se le atrevió la necesidad poco antes que muriese, y le obligó á que saliese á pedir limosna de puerta en puerta (este nombre la dieron) por medio de algunas personas religiosas; y fué mas lo que se perdió de reputacion, que lo que se juntó de donativo; y causaba no poca admiracion en los vasallos considerar la multitud de millones que habian venido de las Indias en tiempo de su reinado y notaban con la curiosidad de la historia que en el año de mil quinientos noventa y cinco en el espacio de ocho meses habian entrado por la barra de San Lucar treinta y cinco millones de oro y

plata, bastantes para enriquecer los Príncipes de la Europa, y en el año de mil quinientos noventa y seis no habia un solo real en Castilla: y preguntaban *¿que se hicieron, y á donde vinieron á parar rios ó mares tan caudalosos de oro?* La mar quedaba con pocos bajeles, y necesidad de armarse para poner freno á los corsarios de Africa, y piratas del Septentrion. En este estado dejó sus reinos Felipe Segundo." X

Bien que el nuevo Rey Felipe Tercero, cediendo á su genio benigno y pacífico, no emprendió las destructivas guerras que su padre, subsistieron, y aun se aumentaron en su tiempo las demas causas de la decadencia de España. Impusiénronse nuevos tributos sobre los comestibles y géneros de primera necesidad: lejos de establecerse manufacturas, se abandonaron las que habia; y como el dinero va siempre á buscar los países en que reina la industria, no entraban en España los tesoros del Nuevo Mundo, sino como de paso para llegar á manos de naciones extranjeras. De este abandono y del de la agricultura provenia naturalmente la falta del comercio activo, agravándose estos atrasos con el mal reflexionado acuerdo que el Rey tomó de duplicar el valor de la moneda de vellon, cuya providencia ocasionó que subiese el precio de las cosas, y que los extranjeros introdujesen en cambio de nuestra plata grandes cantidades de moneda de cobre, fabricada por ellos. Cada dia se iba haciendo mas sensible la escasez de poblacion; y al paso que se enriquecian algunos validos despóticamente apoderados del gobierno del reino, los vasallos empobrecidos solo conservaban



la sublime idea del poder y esplendor que habian gozado en algun tiempo, sin tener ya arbitrios efectivos con que sostener la gloria, antes justa y loable, pero ya no bien fundada. Esto resulta de la historia, y esto debemos lamentar, examinando políticamente el reinado de Felipe Tercero. Mas, por otra parte, si las prendas que deben adornar á un buen Rey se redujesen todas á la devota piedad, apenas se hallaría en nuestra historia reinado mas dichoso, porque ningun Monarca le ha escedido en el celo católico, proteccion de la Iglesia, y caritativa liberalidad en fundar monasterios, y otras obras pias, con ser tantos los que España ha tenido eminentes en esta virtuosa inclinacion.

Nada manifestó tanto su religioso espíritu como la providencia que se resolvió á tomar de espeler de España á los moriscos: determinacion no menos aplaudida por unos que vituperada por otros, segun los diversos aspectos en que la han considerado. Elógiarla infinito los que atienden únicamente á la obligacion que nunca olvidó el católico Rey de conservar sin mezcla de supersticiones la pureza de la fé cristiana en sus dominios, y á la necesidad de libertarlos de unos enemigos domésticos muchas veces sublevados, y siempre tenaces en seguir tratos é inteligencias secretas con los moros de Africa, y otros adversarios del imperio español. Reprueban la providencia los que opinan que, sin llegar al extremo de una total espulsion, habia medios mas suaves para impedir que los moriscos fuesen perjudiciales á la religion y á la monarquía, y para no privar á esta de mas de novecientos mil vasa-



llos, cuya falta habian de sentir la agricultura, la industria y el comercio. Lo cierto es que Felipe Tercero, no queriendo imitar el ejemplo de su padre, que despues desometer á los moriscos de Granada, tomó el arbitrio de alejarlos de aquellas costas, y repartirlos por las provincias interiores del reino á fin de que no formasen un cuerpo poderoso y temible, se acercó mas á imitar al Rey Don Fernando el Católico, que los persiguió severamente hasta espeler á los que no se convertian; pero con la notable diferencia de que los que entonces salieron de España eran verdaderamente mahometanos, y los que espelió Felipe Tercero eran cristianos, aunque nuevos, y no todos bien confirmados en la fé. Permittedseles vender sus haciendas y alhajas, y habiendo empezado la espulsion en mil seiscientos y nueve, se concluyó quatro años despues.

Ademas del destierro de los moriscos concurrieron á la despoblacion del reino, é influyeron en su decadencia otras causas que el Consejo de Castilla representó al Rey en una seria consulta que corre impresa, poniéndole los principales remedios para atajar el daño. Pero así como en este particular no llegó el caso de que signiese Felipe Tercero las prudentes máximas de su Consejo, así tambien esperimentó los inconvenientes de no haber observado la importantísima advertencia que de palabra y por escrito le habia repetido su padre sobre que procurase gobernar por sí, oyendo el dictámen de ministros celosos, y no entregándose ciegamente á un solo privado que abuse de la autoridad. Tal fué cabalmente en su reinado el Duque de Lerma, que llegó á ser absoluto dueño de los negocios, y no

cayó de la privanza hasta que las multiplicadas y justas quejas manifestaron (tarde á la verdad) cuan grave era ya el desorden del reino contra lo que debia esperarse de un Monarca á cuya justicia y sana intencion hubiera debido España su mayor fortuna si con estas virtudes no se hubiese mezclado la debilidad.

Conoció el Rey que en la situacion de las cosas el principal beneficio de que estaba necesitada su monarquía era la paz, y así la ajustó con Inglaterra en mil seiscientos y cuatro, luego que falleció la Reina Isabel; y en mil seiscientos y nueve estipuló con los holandeses una tregua de doce años, atendiendo á que la guerra que continuaba en los Países-bajos, no habia traído á los españoles ventaja alguna, que no fuese estremadamente costosa. La empresa mas señalada de nuestro ejército bajo el mando del Archiduque Alberto, y del Marques de los Balbases, Ambrosio Espínola, fué el largo y penoso sitio de Ostende. Esta plaza tenida por inespugnable se rindió finalmente á las armas católicas, siendo mayor la gloria que la utilidad, ya porque costó muchas vidas y caudales, ya porque ocupadas las tropas españolas en aquel asedio, no pudieron acudir á la necesaria defensa de otras plazas no menos importantes, de que se fué apoderando el enemigo. Amotinábanse frecuentemente los soldados por la falta de paga y escasa provision de víveres, y ya no era posible mantener en aquellos países ejército bastante numeroso para conservar lo que en ellos poseia España, mucho menos para recobrar lo perdido. Entre tanto los holandeses, aplicados al lucroso comercio y na-

vegacion de las indias orientales y occidentales, adquirian nuevo poder y arrogancia, de suerte que no pudo Felipe Tercero concluir las deseadas treguas sino con dos condiciones sumamente duras para nosotros: la primera reconocer á la Holanda por república independiente; y la segunda concederla el libre tráfico en Asia y América.

Al mismo tiempo florecia tanto la monarquía francesa, despues de apaciguadas sus anteriores guerras civiles, que no parecia ya prudente tenerla por enemiga; y á fin de consolidar la paz entre aquella potencia y la de España, se ajustaron en mil seiscientos y doce dos recíprocos matrimonios, el uno del príncipe de Austria Don Felipe (que reinando despues, fué el Cuarto de este nombre) con la Princesa Isabel de Borbon, hija de Henrique Cuarto; y el otro de Dona Ana de Austria, hija de Felipe Tercero con Luis Décimotercero, que habia ya sucedido al mismo Henrique. Esta Doña Ana fué madre de Luis Décimocuarto, llamado el *Grande*, cuyo reinado es por tantos títulos célebre en la historia de Francia.

El Rey, no obstante su declarada propension á la paz, no pudo dejar de empeñarse en algunas expediciones militares; porque habiéndose suscitado discordias en Italia, entre el Duque de Saboya y el de Mantua, sobre el Ducado de Monferrato, y no consiguiendo Felipe se reconciasen estos Príncipes, segun lo habia procurado, entró el ejército español por el Piamonte, y ganó algunas plazas. Pero cedió el Duque de Saboya, y se le restituyó lo conquistado.

Con motivo de haber Federico, Elector Palati-

no, no solo pretendido, sino logrado mediante el favor de los protestantes las coronas de Hungría y Bohemia en perjuicio de Ferdinando Segundo, socorrió Don Felipe á este con cuarenta y ocho mil hombres en dos distintas ocasiones, contribuyendo mucho tales auxilios á la victoria que al fin quedó por los austriacos despues de haber continuado aquella guerra muchos años.

No menos provechoso amparo concedió con sus armas á los católicos del pais de Valtelina, confinante con el Tirol, y con el estado de Milan. Mientras sus vecinos los grisones adictos á la heregía, pretendian con apoyo de la Francia conservar aquel territorio, deseaba la casa de Austria mantenerle en poder de católicos para que le sirviese de paso y comunicacion entre los estados que poseia en Alemania y en Italia.

Los católicos de Inglaterra y de Irlanda le debieron tambien la mas generosa proteccion; y mientras duraban las ruidosas disensiones entre la Sede Apostolica, y la república de Venecia, mandó levantar y mantuvo con increíbles espensas un respetable ejército á las órdenes del Conde de Fuentes, gobernador del ducado de Milan, con lo cual aseguró la paz de Italia, y se compusieron las diferencias entre Venecia y Roma, sin llegar á las armas.

Por mar abatió repetidas veces á los turcos, acreditando su conducta y valor el marques de Santa Cruz, Don Octavio de Aragon, Don Juan y Don Luis Fajardo, Don Diego Pimentel, Don Francisco Ribera, y otros ilustres caudillos, que en varios encuentros destruyeron muchas galeras enemigas,



y ganaron ricas presas. El marques de Santa Cruz desmanteló y saqueó en Levante diferentes poblaciones turcas, la isla de Lango, y la de los Querquenes. En mil seiscientos y diez adquirió el rey Don Felipe por negociacion el puerto de Larache, situado en el reino de Fez en Berbería, y cuatro años despues á fuerza de armas el de la Mamora cerca de Tánger.

A los principios de su reinado tuvieron en América los españoles una obstinada guerra contra los araucanos, indios belicosos del reino de Chile: y por el esfuerzo y buena disciplina de los nuestros fueron vencidos los enemigos en aquellas gloriosas batallas que celebró en verso castellano el poeta Don Alonso de Ercilla.

Las islas Molucas ó Malucas, poseidas por los portugueses en otro tiempo, y que despues admitieron á los holandeses, fueron reducidas al dominio español. Los mismos portugueses, vasallos entonces del Rey Don Felipe, adelantaron mucho sus conquistas en la India oriental, ganando el reino del Perú y otros paises, y cerca de las islas Filipinas fué derrotada por los españoles una escuadra holandesa que se dirigia contra ellas.

En el año de mil seiscientos veinte y uno despues de haber hecho un viage á Portugal falleció Felipe Tercero, manifestando en el último trance todas las virtudes cristianas que le adquirieron el renombre de *Piadoso*. Durante su reinado, se construyó el puerto del Callao de Lima, se repararon las fortificaciones de Portobelo, como asimismo las de Cadiz, arruinadas por la invasion de los ingleses; aumentáronse las fuentes públicas de la villa de



Madrid; edificóse su plaza mayor, y se empezó la fábrica del panteon del Escorial, destinado á la sepultura de las personas reales.

## LECCION XXII.

### *Reinado de Felipe Cuarto.*

**L**uego que murió Felipe Tercero subió al trono de edad de diez y seis años su hijo Felipe Cuarto, á quien llamaron el *Grande*, título que si pudo convenirle por sus generosas prendas, no le convino ciertamente en atencion á lo afortunado. Tan lejos estuvo de serlo, que en los cuarenta y cuatro años que reinó, vió sus dominios continuamente agitados de guerras, resultando mayores las perdidas que las victorias, aunque de estas logró algunas sumamente gloriosas para el nombre español.

La emulacion que desde el reinado de Carlos Quinto habia escitado en casi todas las potencias estrangeras el engrandecimiento de la Casa de Austria, se aumentaba al mismo paso que iban conociendo prácticamente no ser imposible contener sus progresos. La Francia fué quien por sí misma, ó por sus aliados movió las principales guerras contra España, ya mientras reinó Luis Décimotercio, siendo su ministro el Cardenal de Richelieu, célebre político, ya durante el reinado de Luis Décimocuarto, que elevó su monarquía al mas alto grado de poder y esplendor no solo en lo tocante á la fuerza militar, sino tambien en lo respectivo á las artes y ciencias.

Entregó Felipe Cuarto su confianza y el gobier-

nó de todos los negocios á su grán privado y cónfidente el Conde Duque de Olivares ; y aunque empezó á reformar abusos en su corte , á moderar los gastos que agotaban el erario, y á fomentar con prudentes arbitrios la poblacion del reino, ó llegaban tarde, ó no alcanzaban estos remedios para reparar el abatimiento que desde los anteriores reinados experimentaba la corona. Los enemigos á quienes esta debia resistir eran tantos y tan formidables, que nunca mejor que entonces se echó de ver adonde llegaban el valor y la constancia inseparables de los pechos españoles. En vez de admirarnos de lo mucho que se atrasó la monarquía en aquella época, admirarémonos de que no se hubiese arruinado enteramente, porque así como en el auge y estension llegó á ser comparable al antiguo imperio romano, pudo tambien haberle imitado en la total decadencia y destruccion ; y así parece que hubiera sucedido, estando en otras manos.

Sería tan molesto como ageno de nuestro propósito referir menudamente las muchas campañas que sostuvo por entonces nuestra nacion en diversas provincias dentro y fuera de sus estados. A un mismo tiempo, sucesivamente daban penosa ocupacion á las armas españolas, Holanda, Flandes, Alemania, Italia, Francia, Inglaterra, Cataluña, el Rosellon, Portugal, las costas de Africa y las dos Indias,

Las treguas que Felipe Tercero habia ajustado con Holanda espiraron luego que ciñó la corona Felipe Cuarto. Renuévase la guerra, y continuando hasta el año de mil seiscientos cuarenta y siete en que se concluyó la paz de Múnster, y de West-

falia, consiguen los Holandeses algunas victorias por tierra, y muchas por mar; pues si Don Fadrique de Toledo les derrotó una armada junto al estrecho de Gibraltar, ellos tuvieron la suerte de maltratar las nuestras en los mares de nueva España y el Perú, y cerca de Gales, apresando tambien una rica flota portuguesa que venia de China. Saquearon la ciudad de Lima, recogiendo gran despojo, tomaron algunas de las islas Antillas, y se hicieron dueños de la Bahía de Todos-Santos, de la ciudad de San Salvador y de Fernambuco en el Brasil, aunque el mismo Don Fadrique de Toledo los desalojó muy pronto de aquellas dos primeras posesiones. Si el Marques Ambrosio Espínola rindió á Juliers al cabo de cinco meses de sitio, los enemigos se desquitaron con la conquista de otras plazas, y con el triunfo que obtuvieron junto á Luxemburgo, despues del cual llegaron á tal estado de superioridad y altivez, que rehusaron largo tiempo entrar en proposiciones de ajuste con España. La mayor prueba de que la industria, el comercio y las artes proporcionaban mas colmadas y sólidas ventajas que toda la fuerza de las armas es, que unos pescadores, qual eran los holandeses, pudiesen hallar mediante su laboriosa aplicacion arbitrios con que sostener tan prolongada guerra contra una nacion temible, y que mientras esta se aniquilaba con escesivos gastos, se aumentasen las riquezas y poblacion de aquella nueva república, cuya libertad é independenciam quedó confirmada en el tratado de Múnster.

En las demas provincias del Pais-Bajo ardia igualmente la guerra. Felipe Segundo, descoso de

calmar las inquietudes de los flamencos, y creyendo se contentarian con obedecer á un Príncipe alemán, habia casado á su hija la Infanta Isabel Clara con el Archiduque Alberto, y la cedió en dote los Países-Bajos. Pero falleciendo el Archiduque sin dejar sucesion, se devolvió la propiedad de aquellos estados á Felipe Cuarto, que, como Señor de ellos, nombró gobernadora á la Infanta Archiduquesa viuda. Reiteraron entonces sus pretensiones los flamencos, empeñados en sacudir el yugo español, y aun intentaron establecer en su patria un gobierno republicano á imitacion del de Holanda. Aunque Espínola tomó por asedio la importante plaza de Breda, y el Cardenal Infante Don Fernando, hermano del Rey, que despues de la Archiduquesa gobernaba los Países-Bajos, venció á los confederados en algunas batallas, singularmente en la de Nortlínguen, no dejaron estos de ganar varios pueblos, entre ellos á Mastric; y en tanta variedad de sucesos habia plaza que se perdia y recobraba tres ó cuatro veces.

Proseguia tambien la guerra en el Palatinado, consiguiendo frecuentes, aunque costosas victorias los imperiales y españoles. El ejército de Dinamarca, potencia que se habia coligado con diferentes Príncipes del imperio contra el Emperador, padeció dos derrotas, pero por otra parte el Rey de Suecia Gustavo Adolfo, uno de los mas insignes héroes de la historia moderna, se confederó igualmente con los enemigos de la casa de Austria; y en sus empresas contra ella logró felicidades correspondientes á su gran pericia y marcial espíritu.

Dió motivo á los franceses y españoles para to-



mar las armas en Italia la sucesion del Ducado de Mantua, que heredaba el Duque de Nevers con apoyo de la Francia, y á disgusto de Felipe Cuarto. A este socorrió el Emperador con gran número de tropas, y se emprendieron en el espacio de tres años varias campañas, una de las cuales costó la vida al animoso y diestro caudillo Ambrosio Espínola. Sigue el Duque de Saboya el partido de España: conquistanle los franceses parte de sus estados: vencen en dos combates á los austriacos; y no obstante que el ejército del Emperador se apodera de Mantua y la saquea, logran por último los franceses asegurar al Duque de Nevers su herencia, cediendo España de aquel empeño para acudir con sus fuerzas adonde las llamaba otra necesidad mas urgente.

Oponiase en Alemania á los austriacos el elector de Tréveris bajo la proteccion de Francia; y como por esta razon hubiesen los españoles tomado á Tréveris, espelido la guarnicion francesa y preso al elector, halló pretesto el cardenal de Richelieu para declarar á España nueva guerra en mil seiscientos treinta y cinco: guerra sangrienta que duró cerca de veinte y cinco años, y casi acabó de consumir la gente y tesoros de España.

Unida Francia con los holandeses, el ejército de ambas naciones tomó á Tillemont; y si bien el del Cardenal Infante corriendo las tierras de las provincias de Champaña y Picardía, y conquistando plazas en esta última, se iba acercando á París hasta causar gran cuidado y confusion en aquella capital, se vió obligado á retirarse; y los franceses se apoderaron de Landrecí, Damvillers y otras



plazas, al mismo tiempo que los holandeses recobraron á Breda.

Entretanto el marques de Leganes, habiendo precisado á los franceses á salir del Milanesado, hizo considerable estrago en los estados de Parma y Placencia, cuyo soberano seguia el partido de Francia; tomó á Niza de la Palla, á Brem y á Verceli; y consiguió no menores ventajas en el Piamonte, poco despues de haberse hecho los franceses dueños del pais de Valtelina, sobre el cual habian precedido muchas competencias y diversos convenios tan pronto ajustados como desvanecidos.

En la raya de España sitiaron los mismos franceses á Fuenterrabía, y quemaron doce bajeles que conducian víveres y municiones á la plaza; pero la libertó valerosamente el ejército español, destruyendo en un vigoroso ataque el campamento de los enemigos, y obligándolos á tomar la fuga.

Fueron muy rápidos é importantes los progresos que continuaron estos haciendo en los Países-bajos, pues conquistaron á Hesdin, Yvoy, Arras, Gravelingas, Courtrai, Dunkerque y otras plazas menores; y el mariscal de Turena triunfó de los austriacos en la segunda batalla de Northínguen, restituyendo al elector de Tréveris la libertad y la pacífica posesion del electorado. 2

El Duque de Anguien (conocido por el nombre del gran Conde) despues que con haber ganado la memorable batalla de Rocroy, en que fueron muchos los muertos y prisioneros de nuestra parte, resarcio la pérdida y el desaire que habia experimentado en el sitio de Fuenterrabía, tuvo graves disgustos con el cardenal Mazarino, sucesor del de

Richelieu, en el ministerio de Francia. Pasóse al partido de los españoles; y uniendo sus armas con las de Don Juan de Austria, hijo del rey Don Felipe, habido fuera del matrimonio, é igual así en esta circunstancia, como en el nombre, y en la profesion militar al otro Don Juan de Austria, hijo de Carlos Quinto, abatió en tantas y tan gloriosas ocasiones á los franceses, que los hubiera reducido á la mayor consternacion, si á la intrepidez y acertadas disposiciones de aquel ínclito capitán no hubiese opuesto las suyas un digno competidor como el mariscal Turena.

Habian sido infructuosas las negociaciones de paz entre Francia y España, y seguian las hostilidades con notable detrimento de esta, aumentándose la despoblacion, las estrecheces del erario y las quejas de los pueblos. Ya los catalanes, aragoneses, valencianos, navarros y vizcainos rehusaban sostener el peso de la guerra y de los gravosos tributos impuestos para continuarla, y los castellanos eran casi los únicos que peleaban por toda la nacion, sacrificando con firme lealtad sus vidas y bienes, cuando en el año de mil seiscientos cincuenta y nueve llegó Felipe Cuarto á concluir con Francia la deseada paz llamada *de los Pirineos*, que aunque poco favorable á España, se aplaudió como una fortuna respecto del estado de las cosas. La principal condicion fué el ajuste del matrimonio de la Infanta Doña María Teresa de Austria, hija primogénita del Rey con Luis Décimocuarto, aunque renunciando á la sucesion de la monarquía española. Este matrimonio y renuncia tuvieron despues grandes consecuencias, como veremos, cuando se

trate de la exaltacion de la casa de Borbon al trono de España. Cedióse á Francia todo el Rosellon con las plazas de Perpiñan y Salsas conquistadas ya por los franceses durante la guerra, y además una parte del condado de Artois y otros territorios en los Países-Bajos, obligándose Luis Décimocuarto á restituir lo que habia adquirido con sus armas en el estado de Milan.

En los últimos años de la guerra con Francia tuvo tambien Felipe Cuarto por enemiga á la Inglaterra. Gobernábala con título de protector el ambicioso Oliverio Cronwel despues de la trágica y escandalosa muerte dada á su Rey Carlos Primero en público cadalso. Rompió Cronwel con España, y envió escuadras que saliendo vencedoras en varios combates, invadieron nuestras colonias de América. Las islas de Santo Domingo y de Cuba, y la Tierra-firme se defendieron bizarramente; mas la isla de la Jamaica se rindió á los ingleses; y así esta posesion, como el puerto de Dunkerque, en cuya conquista habian coadyuvado á la Francia, se les entregó en virtud de un tratado de paz que ajustó con ellos el Rey Don Felipe al mismo tiempo que estipuló la de los Pirineos.

Hasta aquí hemos compendiado los mas notables sucesos de las guerras pendientes fuera de España en este turbulento reinado; pero resta hacer mencion de otras dos sumamente fatales que dentro de ella se suscitaron con ocasion de las rebeliones de Cataluña y de Portugal.

## LECCION XXIII.

*Continuacion y fin del reinado de Felipe Cuarto.*

**E**ntre las provincias de España que se manifestaban cansadas y quejasas de la duracion de la guerra, fué Cataluña la que como vecina á la raya de Francia experimentaba mayores incomodidades por el frecuente paso de tropas y por los desórdenes que cometian. Agregándose á este sentimiento el de ver quebrantados algunos de sus privilegios, hizo á la corte representaciones que fueron mal despachadas, ó enteramente desatendidas, de lo cual se originó en Barcelona (año de mil seiscientos y cuarenta) una sublevacion, que empezó por insultos contra los soldados, y acabó por una guerra formal contra el Monarca. Desde luego sacrificaron los amotinados á su furor al Virrey Conde de Santa Coloma; y los principales vecinos de la ciudad, ya disgustados del gobierno, viendo encendido el fuego de la sedicion, concurrieron á aumentarle, juntando una especie de consejo como de república, y enviaron al Rey de Francia un diputado para suplicarle los admitiese bajo su proteccion, y pedirle auxilios que muy de antemano sabian no les habia de negar. Imitaron otros varios pueblos de Cataluña el ejemplo de Barcelona, persiguiendo con tal encono á las tropas castellanás, que las obligaron á retirarse hácia el Rosellon. Cuando ya no bastaban para aplacar á los rebeldes las promesas



que el Rey les hizo de conservarles todos sus privilegios, y de perdonar generalmente á los culpados fué preciso que nombrando por Virrey al Marques de los Velez, le mandase valerse contra ellos del rigor de las armas, á cuyo fin le confió el mando de un ejército.

Entró, pues, en Cataluña el Marques, reduciendo muchos lugares á la obediencia de Felipe, y encaminándose á Barcelona, centro y móvil de la sedicion. Entonces los catalanes persuadidos de que no podrian sostenerse con el corto socorro que les habia franqueado Luis Décimocuarto como su mereo protector, resolvieron sujetarse á él como á Soberano, y en efecto le aclamaron Conde de Barcelona con la condicion de que no les impusiese nuevos tributos, ni encargase el gobierno de las plazas á otros que á los mismos catalanes. Envió Francia fuerzas de mar y tierra en defensa de los sublevados: trabóse la guerra con variedad de acontecimientos ya prósperos, ya adversos por una y otra parte: hubo sitios obstinados, valerosas defensas, choques muy reñidos; pero ninguna batalla campal y decisiva entre los dos ejércitos. El mismo Rey Don Felipe marchó en persona al cerco de Lérida, y le concluyó felizmente con rendir esta ciudad, que los franceses intentaron recobrar por dos veces, aunque en vano. Perdieron á Balaguer; mas ganaron á Rosas, plaza de gran importancia porque facilita la comunicacion entre Rosellon y Cataluña. Sirvióles de poco el haberse apoderado de Tortosa, pues los castellanos los desalojaron de ella, pasando despues á bloquear á Barcelona, la cual, á pesar de su porfiada resistencia,



viño á entregarse á Don Juan de Austria por capitulacion en mil seiscientos cincuenta y dos. Es-  
pelió de allí este general á los franceses; desbarató  
sus tropas cerca de Gerona, libertándola del sitio  
que sufría; y pacificada la provincia, se concedió  
indulto á los sediciosos, á escepcion de los princi-  
pales faccionarios, que fueron ajusticiados.

Poco despues emprendieron algunos catalanes  
nueva rebelion, y los franceses, que los auxilia-  
ban, se hicieron dueños de Villafranca y Piugcer-  
dá; pero Don Juan de Austria con fuerzas infe-  
riores atajó oportunamente los progresos de aque-  
lla segunda revolucion; y por el tratado de paz de  
los Pirineos restituyó Francia las pocas poblacio-  
nes que la quedaban en Cataluña.

En el propio año de mil seiscientos y cuarenta  
tuvo principio la sublevacion de Portugal, cuyas  
consecuencias fueron para la monarquía española  
harto mas graves y sensibles que las del levanta-  
miento de Cataluña. Las causas que motivaron am-  
bos sucesos no se diferenciaban mucho, y en am-  
bos intervino la Francia con su influjo ya oculto,  
ya manifiesto.

Gobernaba á Portugal como Virreina en nom-  
bre de Felipe Cuarto la Duquesa viuda de Man-  
tua, cuando algunos de aquellos vasallos natural-  
mente opuestos á la dominacion castellana, indig-  
nados contra el secretario Miguel de Vasconcelos,  
que manejaba despóticamente los negocios de Lisboa,  
y fatigados de prolijas guerras con pérdida de va-  
rios paises en la India Oriental, resolvieron sa-  
cudir el yugo español, y colocar en el trono por-  
tugues al Duque de Braganza, emparentado con los

Reyes de Portugal anteriores á los austríacos. Trajéronse la conspiracion con admirable sigilo, y llegando esta á prorrumpir, dan los malcontentos inhumana muerte á Vasconcelos, arrojándole de una ventana de Palacio: desarman las guardias de la Virreina, la prenden, y proclaman Rey al duque con el nombre de Juan Cuarto. Francia y Holanda, en fuerza de la alianza que con él trataron, le socorrieron inmediatamente; y entretanto España empeñada en sosegar las turbaciones de Cataluña, y en oponerse á las armas francesas agolpadas hácia los Pirineos, dió lugar á que el nuevo Rey fuese reconocido no solo en Portugal y los Algarbes, sino tambien en el Brasil y en la India, y sometiese á su dominio las islas Terceras que repugnaban admitirle.

Hasta que Felipe Cuarto se desembarazó de guerras con Francia y con otros enemigos despues de las paces de Münster y los Pirineos, no empleó con vigor sus fuerzas de mar y tierra en reducir á Portugal, tratándole como provincia rebelde. Aunque en mil seiscientos cincuenta y seis habia ya fallecido Don Juan Cuarto, la Reina Doña Luisa de Guzman su esposa, que gobernaba el estado durante la menor edad de Alfonso Sexto, atendió con tanto valor como acierto á la conservacion de su trono, difícil de defender en aquellas críticas circunstancias.

Empezaron activamente las hostilidades; y Don Luis de Haro, sobrino del Conde Duque de Olivares, y que mas adelante le sucedió en el ministerio, entró por la provincia de Alentejo, y sitió á Elvas; pero atendiendo á socorrer esta ciu-

dad el ejército portugues, obtuvo muy señalada victoria.

Por haberse frustrado á causa de los temporales una expedicion marítima aprestada contra Portugal, se difirió la campaña para el año próximo siguiente, que fué el de sesenta y uno, en que Don Juan de Austria se encargó del mando de las tropas castellanias, despues de haber pasado Don Luis de Haro á negociar con Francia la paz, que ya era absolutamente necesaria. Aunque Don Juan de Austria se apoderó de Evora, Estremot y otras plazas, sus progresos no fueron tan dichosos que bastasen á desalentar á los enemigos; y estos le derrotaron cerca de la misma villa de Estremot, peleando con el denuedo de hombres que defendian su patria, libertad y bienes.

Quejoso Don Juan de Austria de que la corte no le asistia con los auxilios indispensables para sostener aquella guerra en que veia inutilizados los últimos esfuerzos de su valor, hizo dimision del mando; y tomándole el marques de Caracena, perdió otra batalla junto á Villaviciosa, con que acabaron los portugueses de asegurar á la casa de Braganza la soberanía, si bien continuó la guerra hasta despues de muerto Felipe Cuarto.

A las sublevaciones de Cataluña y Portugal habian precedido en mil seiscientos cuarenta y siete una en Nápoles y otra en Sicilia, siendo cabeza de la primera un pescador llamado Tomas Aniello, y de la segunda un calderero. En ambas cometieron los conjurados infinitas atrocidades. Los de Nápoles intentaron convertir su gobierno en republicano con proteccion de la Francia, que envió en su auxilio

una escuadra, y el pueblo llegó á dar título de Dux de su nueva república al Duque de Guisa, descendiente de los Reyes de Nápoles, de la casa de Anjou; pero antes de mucho el Virrey Duque de Osuna, y Don Juan de Austria, aplacaron la sedición, castigando rigurosamente gran número de rebeldes.

Aunque los napolitanos ofrecieron despues al mismo Don Juan la corona de aquellos reinos, él guardó la debida fidelidad al Rey su padre, y empleó todo su esmero en restablecer allí la autoridad de la monarquía castellana.

El resúmen de las acciones militares de este reinado demuestra bastantemente que en casi todo él se fueron acumulando desventajas y pérdidas; y no será ponderacion decir que solo dejó Felipe Cuarto de tenerlas en Africa, pues habiendo los moros sitiado el puerto de la Mamora y la plaza de Oran, desistieron de una y otra empresa, retirándose con muy considerable disminucion de sus ejércitos; y tampoco sacaron fruto ellos ni los turcos de otras tentativas contra los españoles.

Cansado el Rey de afanes y desgracias, falleció en mil seiscientos sesenta y cinco, dejando por sucesor al Príncipe Don Carlos, hijo de su segunda esposa y sobrina Doña Mariana de Austria; porque el Príncipe Don Baltasar Carlos que nació de su primer matrimonio con Doña Isabel de Borbon, habia muerto antes de cumplir los diez y siete años, causando esta desgracia general sentimiento.



## LECCION XXIV.

*Reinado de Carlos Segundo.*

**E**l estado en que quedó la monarquía era el menos favorable para reparar sus males, pues Carlos Segundo apenas llegaba á la edad de cuatro años, y su madre Doña Mariana de Austria que gobernaba el reino ayudada de una junta de varios personajes que dejó instituida el difunto Rey, introdujo en ella á su confesor el jesuita alemán Juan Everardo Nitardo, colmándolo de honores y autorizados empleos, y entregándole el absoluto manejo de los negocios en que debia entender la junta de gobierno. Con este motivo se suscitaron muchos y muy graves disgustos. Don Juan de Austria, que por hermano del Rey Don Carlos, y por lo que habia servido á la patria, era acreedor á la estimacion de la corte, y tenia razones para estar quejoso del trato que recibia, se pasó á Aragon, desde donde instó sobre la separacion del Padre Nitardo. Aragon, Cataluña, y muchos grandes del reino seguian su partido, con lo cual puso á la Reina en precision de alejar de sí á su confesor, que logró á lo menos se le diese el honroso destino de embajador á Roma. Al fin entró Don Juan de Austria á tener parte en el gobierno por lo perteneciente á los reinos de la corona de Aragon, cuidando de los demas la Reina regente.

En mil seiscientos setenta y cinco cumplió Carlos Segundo los catorce años, y tomó las riendas del gobierno, retirándose despues la Reina, y dis-



tinguiendo el Rey á Don Juan de Austria con el encargo de su primer ministro, aunque este le disfrutó muy poco por haber fallecido prontamente. La situacion interior de la corte en todo el reinado de Carlos Segundo fué muy espuesta á disensiones: y así en ella como en la constitucion general de la monarquía influyó mucho la debilidad de la complexion del Rey, y su encogimiento ó posilanimidad que provenia principalmente de la crianza que le dieron y de la sujecion á que desde su menor edad le acostumbraron los que le rodeaban ansiosos de mandar. Faltando vigor en el gobierno, y no usándose oportunamente del premio y del castigo, era consiguiente que empeorase el estado del reino. Las urgencias obligaron á vender las principales dignidades y empleos, como virreïnatos, presidencias y gobiernos políticos ó militares, y el dinero era ya título superior al del merito. No solo continuaban en atrasarse las manufacturas y el comercio (á cuya ruina deseó el Rey aplicar algun remedio con establecer la junta general de comercio y moneda), sino que hasta el valor y disciplina militar, que eran los últimos y mas preciosos restos del poder español, llegaban cuando no á degenerar, á lo menos á decaer, sintiéndose ya demasiado la falta de poblacion, de tropas, y de caudales. Malogróronse muchas expediciones: tomaron los moros el puerto de la Mamora, ocasionándonos tambien gastos y cuidados con los repetidos sitios que pusieron sobre Larache, Oran, Melilla, y Ceuta; y aunque España se alió con Holanda, con Inglaterra, con el Imperio y con Suecia para contrarrestar á la Francia y defender de

sus invasiones el Pais-Bajo, favorecia casi siempre la fortuna á la actividad, conducta, poderosos ejércitos y hábiles capitanes de Luis Décimocuarto.

Cuando Carlos Segundo empezó á gobernar por sí, halló ya en muy abatida situacion los intereses políticos y las fuerzas de su reino, pues ademas de no haber sido ventajosa la guerra sostenida contra Francia (segun luego veremos), tampoco lo habia sido, la que se habia hecho en Portugal para reducir al dominio español aquellos estados. En mil seiscientos sesenta y ocho se ajustó la paz con Alfonso Sesto, y reconociéndole Soberano legítimo de Portugal se le restituyeron algunos territorios conquistados por las armas castellanas, y no conservó España otra posesion portuguesa que la ciudad de Ceuta en la costa de Africa.

Ocho años despues levantaron los portugueses una fortaleza con denominacion de colonia del Sacramento á la márgen septentrional del rio de la Plata en la América meridional; sin embargo de que ambas orillas de este rio habian pertenecido siempre á la corona de Castilla por derecho de descubrimiento, conquista, ocupacion y posesion notoria. Mientras solicitábamos en Lisboa órdenes para la evacuacion de aquel fuerte, el Gobernador de Buenos-Aires se habia apoderado de él, demoliéndole en parte; y para evitar el rompimiento que con este motivo amenazaba entre las dos córtes, se determinó por un tratado, llamado provisional, que la colonia quedase depositada en manos de los portugueses, y fuese comun á ambas naciones el uso del puerto y del terreno inmediato. Nombráronse comisarios para el exámen y de-

claracion de los derechos de una y otra corona; y no habiendo podido convenirse en un congreso que celebraron en Badajoz y Yelves, ni llegado el caso de que el Papa dirimiese la discordia, segun se habia acordado, quedó pendiente la disputa, que en los reinados subsiguientes originó desavenencias, precisó á tomar las armas, y despues de varias negociaciones y tratados no ha venido á concluirse hasta nuestros dias en que Portugal ha devuelto á Castilla la colonia con su territorio y contestados derechos; bien que á la sazón ya ocupada y demolida por las armas españolas.

El Rey de Francia sobre pretensiones al ducado de Bravante, que juzgaba pertenecer á su esposa la Reina Doña María Teresa de Austria, habia emprendido hostilidades en los Países-Bajos, tomando entre otras plazas las de Charleroi, Tournay, Duai, Oudenarde y Lila; y en pocas semanas se habia hecho dueño de todo el Franco-Condado. Por las paces que terminaron esta guerra firmadas en Aquisgran casi al mismo tiempo que el tratado con los portugueses, restituyó Francia dicho Franco-Condado; pero no lo ganado en Flandes.

Antes de cuatro años renovó Luis Décimocuarto la guerra, alegando para motivarla el resentimiento de que España se hubiese confederado con la Holanda á fin de atender á la recíproca conservacion de los terrenos de una y otra potencia en los Países-Bajos. Entonces fué cuando la Francia adelantó mas sus conquistas en ellos, rindiendo á Mastic, Lieja, Limburgo, la ciudad de Condé, la fuerte plaza de Valenciennes, Cambrai, Gante, Saint-

Omer, Ipres y Arras, y volviendo á ocupar el Franco-Condado.

Durante esta guerra protegió Francia á los sublevados de la ciudad de Mesina en el reino de Sicilia; y aunque las tropas de los rebeldes aliadas con los franceses vencieron á las españolas en algunas refriegas, no llegó el caso de que Luis Décimocuarto se apoderase de aquel pais en que al principio fué reconocido por soberano, antes bien se vió precisado últimamente á retirar de allí su ejército.

Casi todos los citados pueblos de Flandes quedaron en poder del Rey de Francia por el tratado de paz, ajustado en Nimega año de mil seiscientos setenta y ocho, como asimismo el Franco-Condado que desde entonces hasta el presente ha permanecido bajo la dominacion francesa.

Pero Luis el Grande llevado de su belicoso espíritu y deseo de gloria, y conociendo que la Casa de Austria daba á la de Borbon la mas favorable oportunidad de engrandecerse, emprendió tercera vez la guerra en Flandes y en Cataluña con pretexto de solicitar se le entregase el condado de Alost, y no venir en ello la corte de Madrid. Continuaron las victorias de aquel monarca, ya ganando en los Países-Bajos á Luxemburgo, Mons, Charleroi y Namur (bien que perdió despues esta última plaza), ya conquistando en Cataluña las de Urgel, Bervel, Rosas, Palamós, Gerona, Ostalric y Barcelona; y ya apoderándose una escuadra suya del puerto de Cartagena de Indias. La mayor parte de estas conquistas se restituyó á España en mil seiscientos noventa y siete por el tra-



tado de Riswik; sacrificio que hizo con sagaz política la casa de Borbon, deseando obligar y tener contento á Carlos Segundo para un fin tan importante como el de conseguir la llamase en su testamento á la sucesion de España, segun se verificó.

Habia casado dos veces el Rey Don Carlos, la primera con Maria Luisa de Borbon, primogénita del Duque de Orleans y sobrina de Luis Décimocuarto, y la segunda con Doña Mariana de Neoburg, hija del Conde Elector Palatino del Rhin. Ni en uno ni en otro matrimonio habia tenido sucesion, siendo pocas ó ningunas las esperanzas de que la tuviese respecto de su delicada salud. Varios potentados de Europa, previniéndose para el caso de fallecer sin hijos Carlos Segundo, estipularon en la Haya un tratado ó convenio secreto por el cual intentaban repartir entre sí los dominios españoles, adjudicando al hijo primogénito del Elector de Baviera la corona de España con las Indias y los Países-Bajos; á Luis Delfin de Francia, los reinos de Nápoles y Sicilia, y otros territorios de Italia, además de la provincia de Güipúzcoa; y á Carlos Archiduque de Austria, hijo segundo del emperador Leopoldo, el Ducado de Milan. Con ocasion de haber muerto en muy tierna edad el príncipe Electoral de Baviera, ajustaron despues segundo tratado en que arreglaban de otra manera la division de la monarquía española; y el Rey que habia ya protestado contra el primero por medio de sus embajadores, no pudo sufrir sin indignacion que quisiesen las cortes estrangeras disponer á su arbitrio de unos reinos, cuyo soberano aun vivía, y no habia declarado su última voluntad. Consultó pues,



Carlos Segundo negocio tan grave con el pontífice Inocencio Duodécimo y con una junta de ministros sabios y rectos, cuyo último dictamen á pesar de algunos que le contradecian, fué que el derecho de la sucesion de España pertenecia á Felipe Duque de Anjou, hijo segundo del Delfin, como nieto de Doña María Teresa de Austria, hermana mayor del Rey, y segun las leyes de estos reinos legitima hedera de la corona, con preferencia á Doña Margarita hermana menor, que estuvo casada con el Emperador Leopoldo, y fué abuela del difunto Príncipe Electoral de Baviera. Pretendia heredar los derechos de éste el mismo Emperador, y pasarlos á su hijo segundo el Archiduque Carlos, alegando que no debia atenderse á la primogenitura de la Reina Doña María Teresa, madre del Delfin, supuesto que para contraer matrimonio con Luis Décimocuarto habia hecho solemne renuncia del trono de España. Mas replicaba Francia que aun cuando aquella renuncia no hubiese sido violenta é irregular, era preciso conceder que se habia hecho única y espresamente con el fin de que nunca se reuniesen en un mismo Soberano las coronas de Francia y España, y que cesaba este inconveniente, habiendo dejado la Reina dos nietos, de los cuales el uno podia reinar en España y el otro en Francia.

Convenido de esta razon Carlos Segundo, y sacrificando á ella el afecto que naturalmente debia profesar á la casa de Austria de que descendia, otorgó su testamento en octubre del año de mil y setecientos, declarando por sucesor de toda la monarquía española á Felipe de Borbon, Duque de

Anjou; y murió en el mes próximo siguiente, después de haber nombrado para la gobernacion del reino mientras estuviese ausente el sucesor una junta compuesta de la Reina y varios prelados, ministros y magnates.

Con la muerte del Rey Don Carlos se estinguió en España la línea austriaca que habia reinado muy cerca de dos siglos, y mudó de aspecto la monarquía con la importante revolucion acaecida á principios del presente siglo décimooctavo. 2

## LECCION XXV.

### *Principio del reinado de Felipe Quinto.*

**L**uego que aceptó Luis Décimocuarto el testamento de Carlos Segundo, y fué declarado Rey de España el Duque de Anjou, con el nombre de Felipe Quinto, partió este á Madrid, adonde llegó en febrero de mil setecientos y uno, é inmediatamente le prestaron solemne juramento de fidelidad sus principales vasallos, dándole plausibles muestras de amor y respeto así por el derecho con que entraba á gobernar la monarquía, como por las recomendables prendas que le adornaban, y por las grandes esperanzas que en la florida edad de diez y siete años daba su generosa índole ayudada de una escelente educacion. A estas esperanzas correspondieron los efectos, pues habiendo hallado Felipe Quinto sus reinos en tanta decadencia, y viéndose después obligado á sostener contra enemigos estrangeros y domésticos dilatadas guerras para defender su corona, no solamente logró España no

empeorar de estado, como era de temer, sino que adquirió poder, gloria y ventajas efectivas, venciendo á sus enemigos, gozando un gobierno generalmente justo; benigno y pródigo, y empezando á experimentar las utilidades que nacen de la industria, navegacion, comercio, artes y ciencias. Supuesto que nadie podia con prudente fundamento prometerse que se reparasen todos los inveterados males que padecia la nacion, trocándosese repentinamente sus grandes calamidades en completas dichas, es constante que Felipe hizo por el bien de ella muchísimo mas de lo que parecia posible segun las circunstancias, y que á su religiosa piedad, recto proceder, talento, beneficencia y valeroso espíritu se debe el restablecimiento de la monarquía. Esta reconoce cuanto ha influido el heroico ejemplo de aquel Soberano en el celoso esmero con que sus hijos y sucesores han mirado por el honor, auge y conveniencia de los vasallos españoles; y cuenta por una de sus mas memorables épocas la exaltacion del primer Borbon Rey de España. Unicamente la queda el sentimiento de que un príncipe á quien concedió el cielo todas las virtudes para reinar prósperamente, no hubiese heredado la corona en el mismo estado que la heredó Felipe Segundo. Pero aunque esta hubiera sido la mayor fortuna de España, acaso hubiera resplandecido entonces menos el gran mérito de Felipe Quinto, faltándole aquellas tristes pero gloriosas ocasiones que tuvo de manifestarse digno del renombre de *Animoso* con que justamente fué aclamado. Y á la verdad las fatigas que le costó la recuperacion del trono que se usurpaban sus

émulos y la constancia con que resistió la adversidad, le han conciliado para siempre el afecto y admiracion de sus fieles súbditos aun mas que las afortunadas empresas, militares con que al fin salió victorioso.

Todas las que ocurrieron durante la guerra de sucesion son de las mas notables que se leen en la historia de España, y dignas de referirse con la posible especificacion ya por sus importantes consecuencias respecto á la Europa entera, y particularmente respecto á los que hoy vivimos bajo la legitima dominacion de los Borbones; ya por haber empleado en aquellas campañas su esfuerzo y destreza grandes generales así de parte de los enemigos como de la nuestra, y ya porque las hizo Felipe Quinto mas señaladas, poniéndose con frecuencia á la frente de sus ejércitos, sin desalentarle los riesgos é incomodidades de la militia, resolucion que, despues de Carlos Quinto, rara vez se vió en sus predecesores.

Reconociéronle por Soberano el Papa Clemente Undécimo, el Rey Guillermo Tercero de Inglaterra, Pedro Segundo de Portugal, Federico Cuarto de Dinamarca, Carlos Duodécimo de Suecia, la república de Holanda, el Elector de Baviera, y otros potentados; pero no el Emperador, el cual despues de no haber contestado á la carta en que Felipe Quinto le participó su exaltacion al trono, determinó cometer á las armas la decision de los derechos, que pretendia tener á la monarquía española. Empezó las hostilidades en la Lombardia, mandando su ejército el Príncipe Eugenio de Saboya, General de acreditada pericia y valor; que



disgustado con la corte de Francia en donde se habia criado, se pasó al servicio de los Imperiales. Contra este ejército envió Luis Décimocuarto el suyo á Italia, como tropas auxiliares de las de España, á las órdenes de los Mariscales de Tessé y de Catinat, y del Príncipe de Vaudemont, Gobernador de Milan. Ayudaba con ocho mil hombres el Duque de Saboya, que seguia entonces el partido de la casa de Borbon en virtud de pactos hechos con ella, como tambien porque su hija Doña María Luisa Gabriela, Princesa dotada de singular capacidad, atractivo y áfable condicion, acababa de contraer matrimonio con el Rey Don Felipe. Ademas del Duque de Saboya, se habia confederado con España y Francia el Rey de Portugal, pero de ningun fruto fueron estas dos alianzas; antes bien llevados uno y otro soberano de su propio interés cierto ú aparente, convirtieron despues las armas contra el Rey Católico, coligándose con el Emperador, la Inglaterra y la Holanda, que mediante un tratado concluido en la Haya, y llamado de la *grande Alianza*, habian reunido sus fuerzas para la empresa de destrouar á Felipe Quinto. Al Rey de Portugal atrajeron los aliados con la promesa de hacerle dueño de lo que en Galicia, en Estremadura y en las Indias se conquistase á la corona de Castilla.

Pasó el Rey Católico á Aragon y á Cataluña; celebró córtes en Barcelona, en donde le prestaron juramento de fidelidad; y recibió en Figueras á la Reina su esposa, que venia de Turin, revalidando allí los desposorios ya contraidos por poderes. Determinó pasar á Nápoles para apaciguar



los disturbios que se supo movian en aquella capital los parciales de la casa de Austria, y para visitar al mismo tiempo los demas estados que poseia en Italia, amenazados de una próxima invasion. Por esta causa no pudo Felipe celebrar cortes en Zaragoza como lo habia resuelto; pero las celebró la Reina, á cuyo cargo quedó el gobierno durante la ausencia del Rey, dirigiéndola con sus consejos el Cardenal Portocarrero, Arzobispo de Toledo, adicto por entónces á Felipe Quinto, y muy versado en los negocios desde el reinado de Carlos Segundo.

La muerte de Guillermo Rey de Inglaterra, no alteró las disposiciones del partido enemigo, porque Ana Estuard, que sucedió en el trono ingles, continuó eficazmente la confederacion, favoreciendo las pretensiones del Archiduque Carlos de Austria. Presentóse á vista de Cadiz una escuadra inglesa; y los habitantes, sin embargo del corto número de tropas y escasez de municiones, se prepararon á la defensa con tanta lealtad como prontitud. Intentaron los Ingleses ganar á los gaditanos con lisonjeras insinuaciones; pero viendo que se mantenian fieles á su Rey Felipe Quinto, acudieron á valerse de la fuerza; y desembarcados en el puerto de Rota, se apoderaron de él por la poca resistencia que hizo su Gobernador, y saquearon la ciudad del Puerto de Santa Maria. Sus esfuerzos para rendir á Cádiz fueron tan inútiles, que hubieron de retirarse desairados, y con el desengaño de que no habia en las costas de Andalucía el gran número de parciales austriacos que ligeramente se habian figurado. Recobrando los españo-

les á Rota, ahorcaron á su Gobernador, mas como á traidor que como á cobarde. La armada enemiga se encaminó al puerto de Vigo en Galicia, adonde acababa de llegar una rica flota de las Indias occidentales, y la acometió dentro del mismo puerto á pesar del vigor con que la defendian los navíos españoles y franceses que la habian comboyado, y cuyo número era muy inferior al de la escuadra inglesa. Al fin los mismos españoles, viendo que era inevitable su pérdida, pusieron en salvo la gente y algunas mercaderías, y para que los enemigos no se aprovecharan de las que quedaban y de los caudales de la flota, la prendieron fuego; pudieron no obstante, los ingleses libertar gran parte del dinero; y apoderándose de él, se retiraron victoriosos, y apresaron siete vajeles de guerra y otros de menor porte, despues de haber causado en el puerto considerable estrago.

Entretanto el Rey, dejando pacificado el reino de Nápoles, en donde le habian recibido con extraordinario júbilo; pasó á Milan, y luego á Santa Victoria, en cuyas inmediaciones se hallaba acampado su ejército. Ya el Príncipe Engenio habia conseguido ventajas en Carpi y en Chiari contra las tropas españolas, francesas, é italianas, y sorprendido á Cremona, haciendo prisionero al Mariscal de Villeroi, pero sin lograr la conquista de la plaza por el esfuerzo con que le rechazó la guarnicion. Habia tambien bloqueado á Mantua, y sin duda la hubiera tomado, si el Duque de Vandoma, no la hubiera socorrido tan activamente. Presentóse Felipe Quinto á la frente de su ejército, acompañándole Vandoma como gene-

ral, y cerca de Santa Victoria derrotó y puso en fuga á los enemigos. A esta felicidad se siguió la de ganar la batalla de Lúzara en que el mismo Rey mostró bien su marcial espíritu. Peleóse con rara valentia por ambas partes, y ambas cantaron la victoria; pero lo cierto es que Felipe, con haber tomado el castillo de Lúzara, quedó dueño del campo. Guastála y Borgoforte se rindieron poco despues; y el Rey, conociendo que su presencia era ya necesaria en España para defensa del trono que le disputaban, se restituyó á Madrid, cuando empezaba el año de mil setecientos y tres.

## LECCION XXVI.

### *Continuacion del reinado de Felipe Quinto.*

**S**eguia la guerra en Italia con variedad de sucesos y ninguno decisivo, porque ni Luis Décimo-cuarto, ni sus enemigos podian emplear allí todas sus fuerzas á causa de necesitarlas para otras guerras que habian emprendido á orillas del Rin y del Danubio, y al mismo tiempo en los Países-Bajos. Ya se hallaban ambos ejércitos de Italia retirados á cuarteles de invierno, cuando el Archiduque que, con nombre de Carlos Tercero, habia sido reconocido en Viena por Rey de las Españas y de las Indias, y que habia resuelto venir á coronarse en Madrid, navegaba con una armada de ingleses y holandeses. Pasó por Holanda y por Inglaterra, y despues de largos contratiempos llegó á Lisboa en Marzo de mil setecientos y cuatro

persuadiéndose que apenas supiesen los castellanos que estaba cerca de sus tierras, le admitirían voluntariamente por mero afecto á la dominacion austriaca. Pero el éxito no correspondió á estos designios: porque siendo Felipe Quinto un monarca tan amante como amado de sus vasallos, la mayor y mas sana parte de ellos abrazó con ardor su causa, sin dejarse preocupar de los varios manifiestos que esparcia el Archiduque para conciliar los ánimos de los que no le eran afectos, y alentar á los que lo eran. Dieron en Lisboa al Archiduque tratamiento de Rey, y como á tal le besó la mano el Almirante de Castilla Don Juan Tomas Enriquez de Cabrera, que adhiriendo al partido austriaco se habia pasado inesperadamente á Portugal, despues de haber salido de Madrid con el destino de embajador á la corte de Francia,

Declarada ya la guerra á los portugueses llegaron á España tropas francesas mandadas por el mariscal duque de Berwick, hijo natural del Rey Jacobo de Inglaterra, y marchó el Rey con ellas y las españolas. Empezó la campaña, peleando unas y otras como irritadas contra el monarca portugués en vista de su mala correspondencia y facilidad en declararse por el Archiduque, despues de haber reconocido á Felipe Quinto y hecho alianza con él. Animaba á los soldados con su ejemplo el mismo Rey Católico que se esponia á todas las contingencias y fatigas de la guerra, sin desdenarse de comer en pie, sirviéndole de mesa un tambor. Aunque se defendian los portugueses con el poderoso auxilio de sus aliados, perdieron á Salvatierra, Segura, Idaña, Castelblanco, Monsau-



to, Portalegre y otros pueblos de los cuales solo recuperaron entonces á Monsanto. Hubo tambien algunos encuentros gloriosos para Felipe; y hasta que los excesivos calores impidieron la continuacion de la campaña que habia durado tres meses, no se restituyó S. M. á Madrid. Despues el Rey de Portugal, acompañado del Archiduque, se acercó con su ejército á Castilla; pero no hizo progresos importantes por no haber osado trabar combate con Berwick; como hubiera podido hacerlo segun la superioridad de fuerzas.

Intentaron los ingleses y holandeses sublevar la Cataluña, y á este fin se dejaron ver con una escuadra en Barcelona. Al principio hicieron proposiciones amistosas; pero no surtiendo efecto por la entereza con que las desechó el Virrey Don Francisco de Velasco, bombardearon la ciudad. Descubrióse en tiempo y se logró desvanecer la secreta conjuracion de algunos malcontentos parciales del Archiduque, y los enemigos partieron de Barcelona poco satisfechos: mas fortuna tuvieron en Gibraltar; pues hallando aquella plaza no menos escasa de guarnicion que de municiones, se apoderaron facilmente de ella; y el ejército de tierra con que los españoles procuraron luego recobrarla, no recogió el fruto de sus conatos por haberla socorrido oportunamente otra armada inglesa, rindiendo á los pocos navíos franceses que se opusieron á ello.

Los enemigos aliados, despues que tomaron á Gibraltar, conociendo que para dominar enteramente el estrecho les convenia hacerse dueños de Ceuta, sitiada muchos años habia por los moros,



licieron la tentativa de presentarse en esta plaza, y proponer á su Gobernador que si reconocia por Soberano al Archiduque, la libertarian del cerco puesto por los moros. Mantuviéronse fieles el Gobernador y los demas sitiados; y su heroica resistencia bastó para que desistiesen de la empresa los enemigos. La escuadra de estos, y la francesa reforzada con algunas naves españolas, tuvieron un reñido combate en que, cumpliendo ambas su deber, quedó indecisa la victoria; bien que fué verdadero triunfo de los franceses haber obligado á los ingleses á salir del Mediterráneo.

A esto se reduce lo que en España y sus costas acaeció durante el año de mil setecientos y cuatro. En Italia logró el ejército aleman incorporarse con el del Duque de Saboya, aunque los franceses, oponiéndose á esta perjudicial reunion, desbarataron algunos cuerpos de tropas imperiales. El Duque de Vandoma, derrotando despues á los enemigos en Estradella y Castelnovo, y tomando por fuerza á Susa, Verceli y otras plazas del Piamonte los precisó á retirarse hácia el Trentino; pero en Alemania se declaró por los imperiales la fortuna con la importante batalla de Hochstet ó Bleinheim que ganaron á los bávaros y franceses.

La campaña del año de mil setecientos y cinco fué para los portugueses mas ventajosa que la anterior, porque minoradas con el infructuoso sitio puesto á Gibraltar las tropas que debian defender nuestras fronteras, y conservar lo conquistado en las de Portugal, ni el Marques de Baí, General flamenco que mandaba el ejército español, ni el Mariscal de Tessé que acaudillaba á los franceses,

pu**di**eron resistir al Mar**que**s de las Minas, y á los generales Galovai y Fagel que capitaneaban las tropas de Portugal, Inglaterra y Holanda. Así fué que los enemigos recobraron á Salvatierra, rindieron á Valencia de Alcántara y á Alburquerque, sitiaron á Badajoz, y se hubieran apoderado de esta plaza y de la de Alcántara, si no hubiese empleado el Mariscal de Tessé la mayor diligencia en socorrerlas.

El Archiduque, mientras para disponer los ánimos á su favor enviaba emisarios por casi todas las provincias de España, se embarcó en Lisboa, y con un armamento de los aliados se presentó en Alicante y luego en Denia. De esta ciudad se apoderó, valiéndose ya de amenazas, ya de artificiosos agasajos, y ya de secretas inteligencias que tenia no solo en ella sino en otros pueblos del reino de Valencia con los partidarios de la casa de Austria, muchos de los cuales empezaron á aclamarle por Soberano. Los que se empeñaban en sostener fiel y noblemente el juramento prestado á Felipe Quinto, ayudados de tropas que envió el Rey, sosegaron por entonces en parte á los sediciosos; pero Denia permanecía en poder de estos, y un tal Basset, valenciano, que por huir de la persecucion de la justicia se habia pasado á servir al Emperador, y siguiendo despues al Archiduque, gobernaba en su nombre aquella ciudad, se hizo dueño de Gandía y Alcira. Pasó á la misma capital Valencia, y se la entregaron los confidentes que dentro de ella tenia, siguiéndose una general conmocion del reino, y la division de todo él en dos bandos por Austria y por Borbon. Hizo entretanto el Archiduque un desembarco

en Barcelona, en donde halló muchos que le recibiesen como á lejítimo Rey. Sublevados los habitantes de Vique y de sus cercanías partieron á reforzar en Barcelona el partido austriaco; y cun- diendo la rebelion por muchos pueblos del principado, se entregaron al enemigo la villa de Figueras y las ciudades de Gerona, Lérida y Tortosa. Unas despreciables partidas de foragidos, sin disciplina militar, eran las que, cometiendo inicuos destrozos y profanaciones ocupaban estas importantes plazas que tantas veces se habian defendido de numerosos y bien ordenados ejércitos; pero tanto podia el desafecto de sus moradores á Felipe Quinto. Como los rebeldes no se fiaban en su propio valor y destreza en la guerra, sino meramente en la fácil disposion que hallaban en los pueblos á seguir la bandera austriaca, no se atrevieron á emprender la conquista de la plaza de Rosas, cuyo Gobernador conservó su fidelidad al Rey Católico.

Resolvió por último el Archiduque la espugnacion formal de Barcelona; y despues de tomar el castillo de Monjuí por la casualidad de haber caído una bomba en un almacen de pólvora, se le rindió la ciudad, obligada á capitular, no obstante la vigorosa defensa que habian hecho los leales. Igual suerte tuvo despues Tarragona, y casi todas las plazas de Cataluña estaban presidias de guarniciones inglesas. Quedó, pues, por el Archiduque la mayor parte de aquel principado, siendo digno de reparo que los propios catalanes que en repetidas ocasiones habian implorado el auxilio de la casa de Borbon, y convenido en unirse con ella

contra la de Austria reinante, se uniesen ahora con la misma de Austria contra la de Borbon tambien reinante.

Estendióse á Aragon la rebeldía de Cataluña, prestando obediencia á los austriacos la villa de Alcañiz y otras. Aquella fué recuperada por un mediano ejército que envió Felipe Quinto á las órdenes del Príncipe Sterclaes de Tilly, y los sediciosos padecieron algunas derrotas; pero tomaron la villa de Venavente en el condado de Ribagorza, y luego la de Monzon; aumentándose cada dia el número de facinerosos, y todas las calamidades que son consiguientes á una guerra civil. Las armas del Rey sujetaron algunos lugares de Aragon, y contuvieron á los catalanes para que no se internasen mas en este reino.

En mayo de mil setecientos y cinco habia fallecido el Emperador Leopoldo, y José Primero su hijo, que le sucedió en el trono, continuó favoreciendo con igual teson al Archiduque Carlos su hermano, sin abandonar la guerra de Italia, en donde el Duque de Vandoma conquistó á Verrúa, Villafranca, Niza, y otras plazas fuertes, y dió cerca de Casano una memorable batalla al Príncipe Eugenio, quedando vencedor por mas que los enemigos pretendieron negarle esta gloria; pero no fué tan dichoso en Turin, porque el Príncipe le forzó á levantar el sitio con que tenia estrechada aquella corte.



## LECCION XXVII.

*Continuacion del reinado de Felipe Quinto.*

**F**ué el año de mil setecientos y seis bastante desgraciado para el Rey Don Felipe; pero nunca manifestó mas su magnánima fortaleza. Marcha á Cataluña con un ejército, llevando consigo al Mariscal de Tessé: pone sitio á Barcelona: reducíela á suma consternacion, y ya parecia que no podia dejar de ser preso en ella el Archiduque, y terminarse felizmente la guerra. Bloqueada la plaza por una armada francesa, y ganado el castillo de Monjuí, se esperaba por instantes la rendicion de la ciudad, cuando se avistó una poderosa escuadra inglesa, y hubo de retirarse la francesa á Tolou por hallarse muy inferior en número de buques. Tan afortunada fué para los enemigos esta operacion, que el ejército real se vió en precision de alzar el cerco, y Felipe Quinto determinó volver á Madrid.

Animado el Archiduque con este suceso, salió de Barcelona; y entrando en Aragon, le rindieron vasallage todos los pueblos por donde transitó hasta llegar á Daroca.

Continuaba la rebelion en el reino de Valencia despues de haberse apoderado de Játiva los sublevados; y en algunas poblaciones como Cuártel y Villareal, fué tal la pertinacia con que los malcontentos se resistieron á los capitanes del Rey, que estos las entregaron á las llamas, cuando de otro modo era imposible vencer la despechada obs-



tinacion de los contrarios. No eran menos los disturbios de Aragon; y le alcanzaba casi igual parte en los estragos de la guerra. Perdióse Cartagena en el reino de Murcia, y llegó el caso de no conservar Felipe Quinto en Cataluña otra plaza que la de Rosas, ni en Aragon otra que la de Jaca, ni en Valencia mas que Alicante y Peñíscola.

Ademas de esto, los portugueses auxiliados de las tropas de Inglaterra y Holanda, se iban internando en ambas Castillas, dueños ya de Alcántara, Ciudad-Rodrigo y Salamanca, aunque no conservaron esta última ciudad por la oposicion y descontento que hallaron en sus habitantes.

Viendo el Rey el peligro que le amenazaba en Madrid, hácia donde se encaminaban los aliados desde Portugal por una parte, y desde Cataluña por otra; y conociendo cuan difícil era evitar la reunion de ambos ejércitos enemigos, deliberó trasladar la corte á Burgos. Pasó allá la Reina con todos los tribunales, y el Rey á Sopetran, en donde estaba acampado el grueso de sus tropas bajo el mando de Berwick.

No tardaron los coligados en llegar á la villa de Madrid, que se les entregó sin arbitrio para resistirse como lo deseaba, y lo mismo hizo Toledo. En tan estrecha situacion propusieron á Felipe, que abandonando los reinos de España se volviere á Francia para ponerse en salvo; pero el Rey con heroica firmeza se negó á ello, protestando que hasta perder la vida defendería su corona, y no desampararía á vasallos que tanta lealtad le habian acreditado. Esta constancia del Soberano aumentó la de sus guerreros, que aunque pocos, ofre-

cieron verter por él hasta la última gota de sangre. Anduvo después muy valida la especie de que pensaba el monarca, ó á lo menos le habían aconsejado sus ministros pasar á Méjico, y establecer allí la silla del imperio español; pero estas ideas se quedaron en meros discursos.

El ejército de los portugueses, después de haber enviado un destacamento á Cuenca, y logrado que se rindiese por capitulación aquella ciudad al cabo de tres dias de valerosa defensa, dejó la villa de Madrid con alguna tropa al cuidado del Conde de las Amayuelas, y partió á incorporarse en Guadalajara con el Archiduque. No tardó en llegar á Madrid un cuerpo de caballería encargado por el Rey Don Felipe de reconquistar esta villa, como en efecto lo consiguió, haciendo prisionero de guerra al Conde de las Amayuelas, suceso que celebraron los madrileños con las mayores demostraciones de júbilo.

No supieron los aliados aprovechar inmediatamente la ocasion de sojuzgar á Castilla con las superiores fuerzas de sus dos ejércitos reunidos; y mientras que suspendian toda operacion militar por la discordia que reinaba en los dictámenes de sus generales, iba Felipe Quinto rehaciendo sus escuadrones y sin aventurar batalla molestaba al enemigo con frecuentes escaramuzas y correrías hasta cansarle y disminuir notablemente su retaguardia. El Archiduque, así por esta razón, como porque sabia cuan mal recibidos habian sido en Madrid los imperiales, no quiso entonces esponerse al desaire de que en aquella capital le admitiesen únicamente por fuerza; y reservando para mas favorable ocasion

su entrada en la corte, se encaminó á Valencia, y de allí á Barcelona, cuyos habitantes instaban por su vuelta. Vino en este tiempo á Madrid el Rey Don Felipe, y le recibieron con general regocijo, volviendo tambien la Reina de de Burgos.

Los enemigos habian puesto á Alicante en necesidad de rendirse no obstante la briosa defensa de sus moradores, despues de apoderarse de Cartagena por traicion del Conde de Santa Cruz que se pasó al partido de los aliados, entregándoles las galeras en que llevaba una conducta de dinero á la plaza de Oran, estrechamente sitiada por los moros. Hicieron sus tentativas contra Murcia; pero esta ciudad se mantuvo fiel y los precisó á desistir del propósito de ganarla. Salamanca se resistió igualmente á la segunda invasion de los coligados. Recobróse Alcántara, y luego Cuenca, como tambien Orihuela, que en la general revolucion habia caido en poder de los contrarios, y con igual fortuna se recuperaron Cartagena y Elche. Navarra defendia con loable esfuerzo sus fronteras; y no menos firmes y leales se conservaron las islas Canarias, pues teniendo la de Tenerife á la vista una escuadra enemiga que la intimaba se rindiese, hizo resistencia hasta obligar á los contrarios á retirarse. No sucedió lo mismo en la isla de Mallorca, porque si bien se negó su Virrey á entregarla á los ingleses que la amenazaban con una armada, la misma guarnicion, y vecinos de la ciudad de Palma se sublevaron, facilitando la entrada de la plaza al Archiduque, y siguiéndose la entrega de toda la isla y de las de Menorca, Ibiza y Formentera.

Las desgracias de este año de mil setecientos y seis alcanzaban tambien á Italia y á los Países-Bajos. En ellos ganó el enemigo la batalla de Ramilies, y se hizo dueño de Brusélas, Lovaina, Brujas, Gante, Ostende y otras plazas que habian pertenecido á los españoles. En Italia derrotó Vandoma á los alemanes cerca de Calcinato; pero habiendo puesto el Duque de Orleans segundo sitio á Turin, desbarató el príncipe Eugenio á los franceses, los hizo retroceder con gran pérdida, y consecutivamente se apoderó de Milan, Novara, Paria, Casal y otros importantes puestos, quedando declarada en aquellos países la superioridad del partido imperial, sin que pudiesen España y Francia resarcir tantos contratiempos con la gloriosa victoria que obtuvieron junto á Castillon.

Mudaron de aspecto las cosas en la primavera del año de mil setecientos y siete, cuando nuestro ejército mandado por el Duque de Berwick ganó la mas insigne y completa batalla en los campos de Almansa, villa del reino de Murcia en el confín de Valencia. Ademas de perder los enemigos, segun relaciones de aquel tiempo, cerca de diez y ocho mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, dejaron en poder de los españoles la artillería y bagajes. Con este feliz acaecimiento, en cuya memoria mandó el Rey levantar una columna en el mismo campo de la batalla, se alentaron los españoles y franceses, y en el discurso de este año y el siguiente hicieron tan rápidos progresos, que los reinos de Aragon y Valencia con sus capitales volvieron á la obediencia de Felipe Quinto, y aun tambien algunas ciudades y territorios de Cataluña,



como Lérida, Tortosa, Puigcerdá y toda la Cerdeña. Játiva en el reino de Valencia, se resistió con imponderable tenacidad, y no dando oídos á proposicion alguna sobre entregarse, llegó á experimentar todo el rigor de la guerra. Los sitiadores concibieron tal enojo contra los sitiados, que al entrar en la ciudad la saquearon, pasaron á cuchillo gran parte de sus habitantes, sin que el general de nuestras tropas pudiese estorbarlo, y el pueblo quedó asolado casi enteramente. Despues se reedificó, y se le mudó el nombre de Játiva en el de ciudad de San Felipe.

Al fin de esta campaña aseguran que solo llegaba á cinco ó seis mil hombres el ejército de los aliados. Perdieron los portugueses á Moura, Serpa y Ciudad-Rodrigo; y á estas prosperidades se agregó la de haber dado la Reina á luz con indecible gozo de los vasallos leales un Príncipe que despues reinó con el nombre de Luis Primero.

No eran tan favorables los avisos que se recibian de Italia, porque continuando las ventajas de los imperiales, se habian estos apoderado de Módena y Susa, y lo que es mas, del reino de Nápoles, cuya capital se declaró por ellos; y con la entrega de Gaeta quedó á su disposicion todo el reino.

En el año de ocho ocuparon los ingleses á Cerdeña, nombrando por Virrey de ella al conde de Cifuentes, que seguia la faccion austriaca. Volvieron á conquistar á Menorca, que en el año anterior habia sido recobrada por los españoles, y Oran pasó á poder de los moros, despues de un largo sitio.



## LECCION XXVIII.

*Continuacion del reinado de Felipe Quinto  
hasta la paz de Utrecht.*

**E**mpezaron los aliados á reforzar su ejército en mil setecientos y nueve; y las condiciones de paz que proponian eran tan duras é ignominiosas, que aunque Francia sentia ya demasiado el peso de tan prolijas guerras contra los principales potentados de Europa, prefirió continuarlas. Entonces se mostró Felipe Quinto mas resuelto que nunca á no desamparar su trono, sin embargo de que mientras los enemigos cobraban nuevo esfuerzo y mejoraban de suerte, los socorros de la Francia iban disminuyéndose. Hallábase aquel reino muy exhausto de tropas y caudales por atender á la guerra de Flandes, á la de Alemania y otras; y perdiéndose despues en los Países-Bajos la infausta batalla de Malplaquet, quedó mas imposibilitado de auxiliar á España.

Por este tiempo el Papa Clemente Undécimo, que siempre habia estado á favor de Felipe Quinto, se vió en precision de reconocer por Rey de España al Archiduque, y de dar paso por el estado pontificio á las tropas imperiales que se encaminaban á Nápoles; con cuyo motivo mandó el Rey Católico salir de España al Nuncio de su Santidad, y cerrar el tribunal de la Nunciatura.

Continuaban las hostilidades en la frontera de Portugal; y dándose un combate no lejos de Badajoz en el campo de Gudiña, quedaron vencidos los

portugueses é ingleses con pérdida de tres mil hombres entre muertos y prisioneros.

La campaña de Cataluña no ofreció en este año suceso alguno de consecuencia, á escepcion de haberse rendido Balaguer al Conde Staremberg, General aleman. Algunas refriegas particulares que hubo, fueron por lo comun mas favorables á los nuestros que á los enemigos; pero mayores hubieran sido los progresos de las armas españolas y francesas, si no hubieran sobrevenido entre las tropas de una y otra nacion fatales desavencias, que no cesaron hasta que, partiendo en posta el mismo Rey Don Felipe á visitar su campo en Cataluña, restableció en lo posible la buena armonía.

Pasó el Rey á Zaragoza en el año de mil setecientos y diez, y poniéndose á la frente de su ejército, marchó á Cataluña, y procuró empeñar á los aliados en una batalla campal. Como ellos lo rehusasen, se contentó con molestarlos, haciendo algunas correrías, y con tomar la ciudad de Cervera, y varios castillos y pueblos menores; pero en Almenara el enemigo con un nuevo refuerzo que acababa de recibir embistió á las tropas del Rey, que no se hallaban entonces reunidas, y aunque al principio se vió el Archiduque obligado á refugiarse en Balaquer, se declaró luego la victoria por los suyos, y Felipe Quinto se retiró á Lérida. Volvieron los coligados á introducirse en Aragon: hubo otro choque en que su pérdida fué mayor que la nuestra; y al fin se vino á trabar en las inmediaciones de Zaragoza una batalla formal harto desgraciada para Felipe, pues el valor con que pelearon sus tropas no bastó á impedir que vencie-

se el número superior de las contrarias. Siguióse la pérdida de Zaragoza y el internarse en Castilla los aliados, dirigiéndose triunfantes á Madrid. Trasladó el Rey su corte y tribunales á Valladolid y despues á Vitoria, y creciendo en medio de estos infortunios la entereza y lealtad de sus vasallos, no hubo demostracion de celo que el Monarca no les debiese. Hicieron las provincias fieles esfuerzos increíbles para afianzarle el trono, poniendo en pie nuevo ejército que el Duque de Vandoma vino á mandar al lado de Felipe Quinto.

Logran entonces los castellanos sorprender á Balaguer con una estratagema y destruyen sus fortificaciones. Entretanto los aliados entran con el Archiduque en Madrid despues de haber devastado las tierras de Castilla la Nueva. Ni la fuerza de las armas, ni los manifiestos frecuentemente esparcidos podian sujetar los ánimos á la dominacion austriaca. Aflijidos con la opresion los vecinos de la corte, cerraban sus puertas; negábanse las aldeas circunvecinas á conducir á ella los necesarios mantenimientos, si la violencia no las precisaba á ejecutarlo; y la entrada del nuevo Soberano en Madrid solo fué aplaudida de algunos niños y gente plebeya, que por dinero ó amenazas le aclamaban tibiamente.

El Archiduque, mal satisfecho del modo con que le habian recibido, salió de Madrid, y algun tiempo despues hizo lo mismo su ejército, que con la ociosidad y vicios que de ella nacen, se iba corrompiendo y debilitando. Restituyóse el Archiduque á Barcelona, temiendo perderla con su ausencia. Staremberg, dejando á Toledo en donde habia

tomado cuarteles de invierno, se encaminó hácia Aragon; y Felipe Quinto entró en Madrid con festivos aplausos, partiendo inmediatamente á su ejército. El de los enemigos, deseoso de llegar á Cataluña por la noticia que tenia de que el Conde de Noálles venia contra ella acaudillando un cuerpo de tropas francesas, marchaba dividido en dos trozos, uno de imperiales á las órdenes de Staremborg, que caminaba adelantado, y otro de ingleses al mando del General Stanhop con algunos portugueses, que se habia quedado atras y hacía noche en Brihuega. Nuestro ejército, forzando las marchas, no solo alcanzó allí á Stanhop, sino que hizo avanzar un destacamento que le cortó la comunicacion con el General austriaco. Dióse un vigoroso ataque á la villa en donde habian procurado los enemigos fortificarse; y despues de una porfiada resistencia hubieron de entregarse á discrecion en número de cinco mil hombres con mucha oficialidad. Parte Felipe Quinto al encuentro de Staremborg, que ya retrocedia con sus tropas en socorro de Stanhop; preséntanle batalla en las cercanías de Villaviciosa, y obtiene venturoso triunfo, dejando reducido á solos ocho mil hombres el campo de los coligados, cuyas fuerzas eran superiores, tomándoles la artillería, y persiguiéndolos hasta espelerlos de Castilla y de Aragon. Estas dos acciones en que el Rey, sin desnudarse en tres noches consecutivas de rigoroso invierno, acreditó su bélico ardimiento, animando el de los soldados españoles, fueron las que principalmente le aseguraron la corona, y dieron á sus armas tanto mayor gloria quanto mas señalado fué el valor con que



combatieron los adversarios. Dirigióse Felipe Quinto á Zaragoza, y entró victorioso en la misma ciudad que poco antes le habia visto vencido. Arregló el método de los tribunales de Aragon, como ya lo dejaba hecho con los de Valencia, conformándolos á las leyes de Castilla, y aboliendo muchos privilegios que los naturales de ambos reinos habian gozado en los siglos precedentes.

En el fin de este año y principios del inmediato de mil setecientos y once creció la fortuna del Rey Católico con la conquista de Gerona, Solsona, Arens, Cardona y otros pueblos de Cataluña, y con haber precisado á los portugueses á desistir del intento de acometer nuestras fronteras, y ceñirse á defender meramente las suyas.

Tuvo entonces el Rey Don Felipe el gran sentimiento de la muerte del Delfin su padre, y poco despues la favorable noticia de que habiendo fallecido sin hijos el Emperador José Primero, hermano del Archiduque, partia este á Viena: grave novedad con que mudaban de semblante los negocios.

No tardó el Archiduque en ser electo Emperador, denominándose Carlos Sexto; y ya los ingleses y holandeses sus confederados tenian interés en que este Príncipe no llegase á coronarse Rey de España, porque se persuadian que seria tan formidable como Carlos Quinto, si con los estados de la casa de Austria y con la potestad imperial reunia el dominio español. Así desmayaron en la empresa, y solo se proponian ya renovar el antiguo pensamiento de dividir entre sí á España, ó desmembrar á lo menos algunas de sus posesiones. Esta disposicion de los aliados, la derrota que pa-



deció el Príncipe Eugenio de Landrecí y Denain, y la felicidad de Felipe Quinto en hallarse ya dueño de Aragon, Valencia y gran parte de Cataluña, aceleraron el ajuste de la paz, que concluyó en Utrecht año de mil setecientos y trece. Las principales condiciones de ella fueron que el Duque de Anjou seria reconocido por legitimo Soberano de España y de las Indias, renunciando por sí y sus descendientes á la sucesion de la corona de Francia, y los Duques de Berri y Orleans á la de España: que Cerdeña, Nápoles y Milan, se adjudicarian al Emperador: que al Duque de Saboya se cedería el reino de Sicilia, (el cual trocó despues el Duque con el Emperador por el reino de Cerdeña): que casi todas las ciudades de Flandes que habian pertenecido á España quedarian en custodia de los holandeses, pero teniendo la casa de Austria el supremo dominio de ellas; y que la Inglaterra conservaria á Gibraltar y Puerto-Mahon con la isla de Menorca que habia conquistado. Este fué todo el fruto que de tan dilatada guerra sacaron los ingleses; y las grandes ventajas que se prometia Portugal, se redujeron á recobrar las plazas que habia perdido en sus fronteras, y adquirir en propiedad la colonia del Sacramento, bien que reservándose España la facultad de rescatarla por medio de un equivalente que propondria.

El Emperador que no desistia de sus pretensiones á España, no accedió al tratado de Utrecht; pero sin embargo las tropas alemanas desampararon á Barcelona, y casi todos los pueblos de Cataluña se vieron precisados á someterse á Felipe Quinto. Barcelona fué la que mas tardó en rendir-

se, aunque reducida á sus propias fuerzas. Los castellanos y franceses la sitiaron por tierra, la bloquearon por mar, la bombardearon, y mandándolos el Mariscal de Berwick, la dieron muchos y reñidos asaltos, hasta que de resultas de uno general se rindieron á discrecion los Barceloneses en mil setecientos y catorce, con gran fortuna suya en que nuestro ejército lejos de abusar de la victoria, los trató humanamente segun lo habia mandado el Rey, dejándoles las vidas y los bienes. Perdieron no obstante los catalanes la mayor parte de sus antiguos privilegios, como era consiguiente á la providencia tomada por casi iguales motivos con los aragoneses y valencianos. En el año inmediato se aprestó una expedicion contra Mallorca, y así esta isla como las de Ibiza, Formentera y Cabrera cedieron á las armas españolas.

### LECCION XXIX.

*Continuacion del reinado de Felipe Quinto, y última parte de él despues de la muerte de Luis Primero.*

**R**establecido ya Felipe en la posesion de sus dominios, se dedicó á gobernarlos en paz y justicia, reparando quanto era posible los daños que las turbulencias y excesivos gastos de la guerra habian ocasionado. Hallábase en la edad de treinta y un años, y viudo de la Reina Doña Maria Luisa de Saboya, que en mil setecientos y catorce habia fallecido dejando dos hijos; uno era el Príncipe de

Asturias Don Luis, y otro el Infante Don Fernando, que reinando despues, fué el sexto de este nombre. Contrajo, pues, el Rey en aquel mismo año segundas nupcias con Doña Isabel Farnecio, Princesa heredera de Parma, que por su elevado espíritu y talento, cultivado con el estudio, mereció distinguido lugar entre las famosas Reinas de España. El primer Infante que esta Soberana dió á luz fué Don Carlos, á quien el cielo tenía destinada la corona que hoy descansa en sus sienes.

Murió en mil setecientos y quince el Rey Luis Décimocuarto; y como su sobrino el Duque de Orleans, que, gobernaba á Francia durante la menor edad de Luis Décimoquinto, seguia política bien diferente de la de Luis el Grande, se originaron entre las córtes de Madrid y Versalles inesperadas desavenencias. Dieron motivo á ellas por una parte el regente de Francia que habia hecho sin consideracion alguna á Felipe Quinto, una liga llamada la *triple alianza*, con Inglaterra y el emperador; y por otra parte el Cardenal Julio Alveroni, ministro de Felipe Quinto, que seguia en Francia una secreta y artificiosa negociacion para despojar de la regencia al Duque de Orleans. Llegó el caso de que la misma Francia emprendiese hostilidades contra el monarca español; mas por fortuna duraron muy poco, y se restableció la buena armonía, aceptando Felipe Quinto el tratado de la *triple alianza*, que despues se llamó *cuadruple* por haber entrado en ella la Holanda, y alejando de su lado al Cardenal Alveroni, cuya caída no fué menos estraña que lo habia sido su fortuna.

Durante el gobierno de este Cardenal empezó el Rey católico á poner en ejecucion la idea de recobrar los estados perdidos en Italia. Conquistó en mil setecientos diez y siete la isla de Cerdeña cedi-  
da al Emperador por el bien de la paz, y alegaba el gabinete español para justificar esta conquista, las quejas que tenia de Carlos Sesto por lo que favorecia las pretensiones de catalanes y mallorquines, sin que las tropas imperiales evacuasen enteramente á Cataluña, segun estaba acordado en el tratado de Utrecht. Tambien invadió nuestra escuadra la isla de Sicilia, pero una armada inglesa impidió el logro de aquella expedicion.

Serenadas ya con la paz todas las discordias, se publicó en mil setecientos veinte y uno el casamiento del Príncipe de Asturias Don Luis, con Doña Isabel de Orleans, hija del Duque regente; y en mil setecientos veinte y cuatro admiró á toda Europa la inopinada resolution que tomó el Rey católico de renunciar la corona en el mismo Don Luis, retirándose al real sitio de San Ildefonso en donde habia edificado un palacio con magníficos y deliciosos jardines. Dejó Felipe Quinto el trono á tiempo que podia recojer tranquilamente los frutos del heroico afan con que le habia ganado, en lo cual dió noble prueba de generosidad y cristiana filosofia, escediendo su gloria á la de otros monarcas que han abdicado las coronas cuando perseguidos de la adversidad desconfiaban de acertar á sostener la grandeza de ellas. Pero Luis Primero, cuyas relevantes prendas anunciaban un venturoso reinado, apenas gozó la soberanía, arrebatándole la muerte de resultas de unas



malignas viruelas en la florida edad de diez y siete años.

Resistióse Felipe Quinto á las instancias de la Reina, y de los grandes y tribunales que en nombre de toda la nacion le suplicaban volviere á tomar las riendas del gobierno; mas condescendió por último á pesar de lo bien hallado que estaba con su retiro, é inmediatamente hizo proclamar Príncipe de Asturias al Infante Don Fernando.

Continuó gobernando pacíficamente, hasta que en el año de mil setecientos veinte y siete se perturbó la buena inteligencia entre España é Inglaterra, llegando á un rompimiento, cuyas consecuencias no fueron de grande entidad, así por no haberse emprendido con vigor las hostilidades, como porque solo duraron un año.

En el de mil setecientos treinta y uno falleció el Duque de Parma y Plasencia Antonio Farnesio, padre de la Reina Doña Isabel y recayeron en el Infante Don Carlos aquellos ducados, como tambien el derecho al de Toscana á causa de que el último Gran Duque de la familia de los Médicis no tenia sucesion. Mientras el emperador diferia dar á Don Carlos la prometida investidura de Parma y Plasencia, los ingleses que por un tratado concluido con Felipe Quinto en Sevilla (donde se hallaba entonces la corte) habian convenido en asegurar al Infante la propiedad de dichos estados, unieron su escuadra con la española, y ambas condujeron á Italia tropas nuestras, las cuales guardaron varias plazas de la Toscana. Partió el Infante á Italia, pasando por Valencia y Barcelona, y tomó solemne posesion de su nueva herencia.



La paz que desde el tratado de Utrecht gozaba Europa, y que respecto á España solo habia padecido las cortas interrupciones de las dos guerras con Francia y con la Gran-Bretaña, cesó en mil setecientos treinta y tres, siendo el motivo la eleccion de Estapislao, Rey de Polonia, á quien su yerno Luis Décimoquinto queria sostener contra el Emperador, mientras este pretendia afianzar aquel trono á Augusto Tercero, Elector de Sajonia. Encendióse la guerra, en que tomó parte el Rey Felipe, declarándose el de Cerdeña á favor de la casa de Borbon, y manteniéndose neutrales Inglaterra y Holanda.

Entró en Nápoles nuestro ejército bajo las órdenes del Infante Don Carlos y al cuidado del Duque de Montemar. Este general que acababa de conquistar la plaza de Oran con gran derrota de los moros, y señalada gloria de las armas españolas, acomete en Bitonto á los imperiales dentro de sus trincheras, los desbarata quedando dueño del campo, y con la rendicion de Gaeta, Cortona y Cápua allana en una sola campaña todo el reino de Nápoles, que se confirma en la obediencia prestada al Infante. Sometióse en breve la isla de Sicilia, y desde entonces se vió pacífico poseedor de las Dos-Sicilias el Rey Don Carlos, cuyo acertado y feliz gobierno durará perpetuamente en la memoria de aquellos súbditos, y cuyas obras ha aplaudido la Europa como dignas de un Soberano benéfico y protector de las artes.

Las ventajas conseguidas allí por los españoles, y las que lograron en Milan los franceses, abatiéron las fuerzas del Emperador, acelerando la con-

clusion de la paz firmada en Viena año de mil setecientos treinta y cinco, por la cual reconoció la casa de Austria al nuevo Rey de Nápoles y Sicilia, y adquirió los ducados de Parma y Plasencia. Conserváronse á Estanislao el título y prerogativas de Rey, y quedó asegurado á su familia el Gran-Ducado de Toscana para indemnizarla de los estados de Lorena y Bar que habian de pasar á poder de la Francia.

Algunos intereses de comercio, y el escésivo contrabando que hacian en América los ingleses, ocasionaron nueva guerra, que se declaró entre ellos y los españoles año de mil setecientos treinta y nueve. Poco despues obtuvieron en Cartagena de Indias las armas de España, mandadas por Don Sebastian de Estaba y por Don Blas de Leso, el increíble triunfo de rechazar al Almirante Vernon, que con un armamento el mas poderoso que jamás se habia visto en aquellas costas invadió la plaza, defendida por pocos, pero valientes soldados.

Durante esta guerra, que casi toda fué marítima, empezó otra por tierra en Italia contra los imperiales. Habia muerto en mil setecientos y cuarenta el Emperador Carlos Sesto, estinguiéndose con él la línea varonil austriaca, y pretendia sucederle su hija la Archiduquesa María Teresa, entonces Gran Duquesa de Toscana, y coronada Reina de Hungría. Tomó Francia las armas favoreciendo las pretensiones del Elector de Baviera proclamado Emperador con el nombre de Carlos Séptimo, y Felipe Quinto renovó las suyas sobre los estados de Milan y de Parma. El ejército español al mando del Infante Don Felipe, hijo segundo de

la Reina Doña Isabel Farnesio, y bajo la direccion ya del Duque de Montemar, ya del Conde de Gáges, y ya del Marques de la Mina, hizo rápidos e importantes progresos en la Lombardia. Auxiliado de las tropas francesas que mandaba el Príncipe de Conti por los años de cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco, ocupó muchas plazas tanto en el Piamonte y Saboya (cuyo Soberano el Rey de Cerdeña se habia declarado á favor de la Reina de Hungría), como en los ducados de Parma, Placencia y Milan. Pero la campaña del año inmediato fué mas afortunada para los austriacos y piamonteses, pues validos del superior número de sus tropas recobraron casi todo lo perdido.

Todavía estaba pendiente esta porfiada guerra en que las frecuentes batallas ganadas ó perdidas por los españoles acreditaban igualmente su esfuerzo y constancia, pero no decidian la victoria en términos que obligasen á concluir la deseada paz cuando sobrevino la muerte del monarca Don Felipe Quinto, en mil setecientos cuarenta y seis. Con cuantas veras la sintieron sus vasallos, es ocioso ponderarlo, si se considera lo que el Rey hizo por ellos, y ellos por el Rey. Debióronle singulares beneficios en cuanto lo permitieron las urgencias del estado, y siempre le hallaron dispuesto á recompensar toda accion loable, á patrocinar el talento y la aplicacion, á corregir abusos y á facilitar los adelantamientos de la nacion en todas líneas. Restableció la disciplina militar; creó una marina, de que absolutamente carecia á fines del reinado de Carlos Segundo la potencia que mas la necesitaba, reformó varios tribunales y fundó establecimientos no menos conducentes á la utilidad

que al lustre de la monarquía, cuales fueron la Real Biblioteca de Madrid, el Seminario destinado á la educacion de los nobles, la Universidad de Cervera, la Academia Española, cuyo instituto es la conservacion del puro language castellano y la academia de la historia, ademas de otros insignes monumentos de piedad, providencia y liberalidad verdaderamente regia. Lograron pues, los españoles en este Soberano aquel gran Felipe Quinto que parece les estaba anunciando Lorenzo Gracian, desde el siglo pasado, cuando bien ageno de que su deseo habia de verificarse en un Borbon, dijo (\*): „Estoy mirando si vuelven á salir aquellos Quintos tan famosos y plausibles en el mundo, un Don Fernando el Quinto, un Carlos Quinto, y un Pio Quinto. ¡Ojalá que eso fuese, y que naciese un Don Felipe Quinto en España! ¡Y como que vendria nacido! ¡Qué gran Rey habia de ser, copiando en sí todo el valor y el saber de sus pasados!”

### LECCION XXX.

*Reinado de Fernando el Sexto hasta la exaltacion al trono de Carlos Tercero.*

**E**n el mismo año de cuarenta y seis en que falleció el Rey Don Felipe Quinto, entró á sucederle su hijo Don Fernando el Sexto, que desde mil setecientos veinte y nueve estaba casado con Doña María Bárbara de Portugal, Princesa del Brasil. Este Soberano naturalmente propenso á la

---

(\*) *El Criticon parte III. Crizi X.*



paz, y persuadido de que España la necesitaba, no pudo conseguir tan importante bien hasta el año de cuarenta y ocho en que se completó la grande obra de la pacificación general por el tratado de Aquisgran, ó Aix-la-Chapelle.

Prosiguiendo la guerra en Italia, habian los españoles y franceses socorrido á Génova, y defendídola de los austriacos y piamonteses que primero entraron en ella tratando con suma dureza á aquellos republicanos afectos á la casa de Borbon. Luego, espelidos de la ciudad por los mismos habitantes, conspiraban á su total ruina, cuando las tropas auxiliares de España y Francia los obligaron á retirarse. Fuera de esta empresa, ninguna memorable habia podido lograr nuestro ejército por la inferioridad de sus fuerzas comparadas con las de la Emperatriz, que libre ya de la oposicion del Rey de Prusia, mediante un convenio y reconciliacion que la costó la pérdida de la Silesia, tenia juntas en Italia las numerosas tropas con que antes hacia frente en Alemania á aquel conquistador. Pero cedieron las potencias enemigas despues que en los Países-Bajos y en Holanda rindió Luis Décimoquinto gran-número de plazas unas en persona y otras por sus generales (entre los cuales se distinguió el Conde y Mariscal Mauricio de Sajonia) y ganó las gloriosas batallas de Rocoux, Laufel y Fontenoy. Cesaron por fin las sangrientas hostilidades que durante ocho años habian destruido las mas florecientes provincias de Europa. La Reina de Hungría quedó reconocida como Emperatriz, recobrando el ducado de Milan: cediéronse al Infante Don Felipe los de Parma, Plasencia y Guas-



tala: y ajustáronse con el Rey de Inglaterra las diferencias sobre puntos de comercio y otros. Estrechó Fernando el Sesto poco despues la buena correspondencia entre su corte y la de Turin, disponiendo el matrimonio de su hermana la Infanta Doña María Antonia con Victor Amadeo, entonces Príncipe hereditario del reino de Cerdeña, que hoy posee; y apenas empezó España á descansar de las turbaciones y calamidades de la guerra, convirtió el Monarca toda su atencion á restablecer el comercio, á aumentar la marina y estender la navegacion, á fomentar las manufacturas, á emprender la construccion de algunos caminos públicos y canales, y en suma á promover las artes y todo lo perteneciente al gobierno económico: tareas propias de un reinado pacífico, y que generalmente olvidadas en tiempo de los Reyes austriacos, habian merecido á Felipe Quinto el mas vigilante cuidado aun en medio de las continuas operaciones militares que le distraian.

Si siguiendo el Rey Fernando tan saludable sistema, y empleando sus escuadras únicamente en proteger el comercio, no tomó parte en la guerra que por el año de mil setecientos cincuenta y seis se encendió entre ingleses y franceses. Estos, con una expedicion mandada por el Mariscal de Richelieu, conquistaron á Puerto-Mahon, y toda la isla de Menorca, que despues se restituyó á Inglaterra, segun el tratado de París del año de sesenta y tres, y ahora acaba de volver felizmente á la dominacion española durante la guerra empezada en setenta y nueve.

Una de las sabias providencias de Fernando el

Sesto fué la de haber adquirido con la corte de Roma en mil setecientos cincuenta y tres un concordato que, terminando las antiguas altercaciones sobre el patronato real, le dejó perpetuamente anejo á la corona; y desde entonces quedó asegurado al Rey el derecho de presentar las dignidades, prebendas y beneficios eclesiásticos de España, á escepcion de cincuenta y dos, cuya provision se reservó á la Santa Sede.

Débase á este Monarca el establecimiento de la Real Academia de San Fernando destinada en Madrid á cultivar el delicado estudio de las tres nobles artes, pintura, escultura y arquitectura, como tambien la de grabado. Desde el año de cuarenta y cuatro habia aprobado ya el Rey Felipe Quinto una junta preparatoria que ocho años despues se convirtió en formal academia, enviándose á Roma discípulos de ella para adiestrarse, así como á París algunos jóvenes pensionados por el real erario á fin de aprender con perfeccion el grabado de estampas y sellos, y la delineacion de mapas geográficos. De estos principios han dimanado los adelantamientos con que hoy florecen aquellas artes no solo en la corte, sino tambien en varias capitales del reino adonde se ha estendido el patrocinio que concedió á tan loables estudios nuestro Soberano Carlos Tercero.

Igualmente viajaron entonces fuera de España por disposicion del ministerio sugetos hábiles y aplicados á diversas carreras y profesiones para adquirir nuevas luces, y hacerse mas útiles á la patria.

Estableció el Rey en mil setecientos cincuenta y

seis á corta distancia de Madrid, el real jardín botánico, ó de plantas medicinales, que ya vemos trasladado con notables ventajas al nuevo paseo del Prado; y la Reina Doña María Bárbara fundó tambien en Madrid el magnífico monasterio de las Salesas para la educacion de niñas nobles.

Poco despues falleció esta Princesa, é inmediatamente sobrevino al Rey su esposo una larga y penosa enfermedad de que murió en mil setecientos cincuenta y nueve sin sucesion alguna. Las lágrimas de sus vasallos por la pérdida de un Monarca pacífico, y que tanto amor les manifestó siempre, solo hubieran podido enjugarse con el consuelo de verse gobernados por un sucesor augusto, hermano suyo, que ya en Nápoles se habia acreditado verdaderamente digno del cetro.

Carlos Tercero, cediendo en aquel mismo año con pública solemnidad la corona de las Dos-Sicilias á su hijo Fernando Cuarto, le ciñó la misma espada que el Rey Felipe Quinto le habia ceñido al colocarle en aquel trono, y le dijo estas palabras: «Luis Décimocuarto, Rey de Francia, dió esta espada á Felipe Quinto, vuestro abuelo y mi padre; este me la dió á mí, y yo os la entrego para que os sirvais de ella en defensa de la religion, y de vuestros vasallos.»

Hizose á la vela de Nápoles para España la escuadra en que venia el Soberano con la Reina su esposa Doña María Amalia de Sajonia y la Real familia; y desembarcando todos en Barcelona, se encaminaron por Zaragoza á Madrid, en donde fueron recibidos con demostraciones de singular júbilo, que se repitieron cuando Don Carlos, hijo ma-

yor de nuestro monarca, fué proclamado Príncipe de Asturias. En las sobresalientes prendas de su Alteza y de su amable consorte la princesa nuestra Señora Doña María Luisa de Borbon, hija del infante Don Felipe, duque de Parma, afianza la monarquía sus mas colmadas prosperidades, al paso que desea prolongue el cielo al justo y piadoso Carlos Tercero un reinado tan lleno de graudes sucesos que dará á la posteridad amplia materia de admiracion y de elogio.

*Hasta este reinado lo que ascribió Don Tomas de Iriarte.*

## CONTINUACION

Á LAS LECCIONES

## DE LA HISTORIA DE ESPAÑA,

QUE COMPRENDE LOS REINADOS

de los Señores Don Carlos Tercero, Don Carlos  
Cuarto y Don Fernando Séptimo.

## LECCION XXXI.

*Reinado del Señor Don Carlos Tercero.*

**D**os años despues de su advenimiento al trono, declaró Carlos Tercero la guerra á la Inglaterra, que fué sostenida con la mayor obstinacion por ambas partes en Europa, y en el Nuevo Mundo.

El treinta de Julio de mil setecientos sesenta y dos una escuadra inglesa, al mando del Almirante Pocork, con catorce mil hombres, mandados por Lord Albemarle, se apoderó de la Habana, á pesar de la vigorosa defensa del castillo del Morro, cuyo Gobernador Don Luis Velasco murió gloriosamente en la refriega.

Igual suerte sufrió Manila, poco despues de saberse en España la toma de la Habana. El General ingles, Drapper, con dos mil y trescientos hombres desembarcó en la isla de Luzon, y des-



pues de apoderarse de los arrabales de Manila, se dispuso á atacar la ciudad, gobernada interinamente por su Arzobispo, quien á pesar de haber desplegado mas valor y talentos militares de lo que se podia esperar, no pudiendo impedir se apoderara de ella Drapper, capituló con la guarnicion, refugiados en la ciudadela.

En mil setecientos sesenta y tres volvieron estas plazas á la España por la paz de Fontainebleau.

En mil setecientos sesenta y cuatro atacó á Melilla el Emperador de Marruecos, con un grueso ejército y mucha artillería; pero fué rechazado por el Comandante de la Plaza Don Juan Sherlock, que rechazando con sumo valor todos los asaltos, obligó á los bárbaros á levantar el sitio. Igual éxito tuvo el que pusieron al peñon de Velez, donde mandaba Don Florencio Mereno.

Los Jesuitas que desde el principio de su institucion habian ocasionado celos á las demas Ordenes religiosas por las escesivas riquezas que adquirieron debidas á las ilimitadas concesiones que les hicieron los Príncipes, tanto en el continente de la Europa, como en sus posesiones de ultramar, principalmente en las colonias de América, traspasaron los límites de su instituto, y prevalidos del prestigio que habian adquirido en el espacio de dos siglos por la copia de hombres grandes que habia producido en todos los estados y carreras, Misioneros, Predicadores, Sabios y Santos, y favorecidos de las relaciones que les prestaban su union íntima, y comunicacion directa con las casas de la misma Orden, establecidas en paises y naciones diferentes, no se contentaron con formar establecimientos de

comercio con que aumentaron sus límites, sus riquezas é influencia, sino es que, principiaron á ejercerla sobre los Príncipes y gobernantes, en todos los países en que estaban establecidos, atacando á la vez las regalías de los tronos, los intereses públicos y los de los particulares, hasta el estremo de atentar contra unos y otros, promoviendo sediciones populares y contribuyendo al destronamiento de algunos Reyes. Sus maquinaciones giraban en público con mayor repetición y descaro en las posesiones de Ultramar, y se entrevió el conato que habian formado de construir en ellas un Imperio, para coronar á uno de sus individuos. Estas operaciones produjeron sucesivamente sus espulsiones de Portugal, Francia y España, hasta que por último, Carlos Tercero, despues del mas detenido exámen la decidió en todos sus dominios, que se verificó en una misma hora en la noche de treinta y uno de Marzo de mil seiscientos sesenta y siete, en que fueron rodeados todos los conventos de Jesuitas de España, y reunidos sin permitirles llevar consigo mas que sus ropas y el dinero que tenia cada uno en particular, fueron conducidos á los puertos y embarcados en transportes que los condujeron á Civitavechia, á lo que se siguió luego su supresion, en virtud de breve apostólico dado y firmado por el Papa Clemente Catorce, el veinte y uno de Julio de mil setecientos setenta y tres.

Este suceso en que tuvo una gran parte el Monarca Español, fué sin duda alguna el mas notable de su reinado, y lo que ha dado lugar á la sátira de los muchos prosélitos que tenian los Jesuitas para tratar de obscurecer la memoria de un Prin-

cipe, que identificándose hasta cierto punto con los intereses de su pueblo, se constituyó en el principal agente de la supresion de una Orden religiosa, que con ocultos manejos habia traspasado los límites de su instituto, adquiriendo unas riquezas que la desnivelaban de las demas clases del estado, y que turbaban á un tiempo el reposo de los reinos de Portugal, Francia y España, en que principalmente se hallaban establecidos con el de sus posesiones en Ultramar.

Para sincerar, pues, la conducta del Monarca Español en esta parte, harémos un breve resúmen de los trámites que se observaron para la supresion de la Compañía, en los tres reinos espresados, por lo interesante que es al concepto histórico é instruccion de la juventud, la noticia de estos sucesos.

El Orden de la Compañía experimentó los primeros amagos de su caída próxima en el Pontificado de Benedicto Catorce, cuyo Papa avisado por el Rey de Portugal, de que los Jesuitas del Paraguai se atribuian derechos contrarios á la modestia religiosa y á las pretensiones de Soberanos, dirigió al Cardenal de Saldaña un breve para reformarlos; mas esto no obró grandes mudanzas. Los Jesuitas insistieron en sus pretensiones, disgustando siempre al Rey de Portugal que los privó de confesar en la Corte, y les dió otras muestras de su desagrado.

Resentidos de este procedimiento, promovieron una horrible conjuracion contra dicho Príncipe en la que fué asesinado el tres de Setiembre de mil setecientos cincuenta y ocho en vista de lo cual, y de los comprobantes que produjo el proceso que se formó al intento, su sucesor en la corona los echó

de sus estados en mil setecientos cincuenta y nueve, á escepcion del Padre Malagrida, Jesuita Italiano, y misionero en Lisboa, que fué quemado por órden del Santo Oficio el veinte y uno de Setiembre de mil setecientos sesenta y uno; no como cómplice de un parricidio, sino como un falso profeta que se habia atribuido el don de profecía y de milagros, y que habia escrito obras llenas de piadosas extravagancias y de errores contra la fé.

Al mismo tiempo que esto se verificaba, un Jesuita frances llamado La-Valette, superior de las misiones de América, hombre vicioso y osado, hacia el comercio en la Martinica y tenia correspondencia en Francia. Habiendo hecho los ingleses en el curso de la guerra de mil setecientos cincuenta y seis, presas muy considerables, tuvo el padre La-Valette pérdidas muy grandes, que pretendió hacer recaer sobre sus corresponsales de Leon y de Marsella. Estos negociantes pidieron justicia en la debida forma contra él y sus compañeros. El asunto fué llevado á la Gran Cámara del Parlamento de París, y los Jesuitas fueron condenados por todos los votos. Se les prohibió el comercio y se les obligó á pagar las deudas que habian contraido en una profesion tan impropia del instituto religioso. Se registraron las famosas constituciones secretas que tenia la Orden y en su vista declaró el parlamento de París al Instituto de San Ignacio contrario á las leyes del reino; los demas Parlamentos signieron el egemplo del de París, y el Rey confirmó la disolucion de la Compañía en mil setecientos sesenta y cuatro: lo mismo hicieron en Abril de mil setecientos sesenta y siete el Rey de España



Carlos Tercero, el de Nápoles en tres de Noviembre del mismo año, y el Duque de Parma en tres de Febrero de mil setecientos sesenta y ocho.

Los Jesuitas sin embargo de la espulsion de todos estos dominios, promovian sus relaciones en ellos, agitaban discordias interiores y escitaban contestaciones entre la Santa Sede y estos monarcas, que los obligaron á solicitar de Clemente Catorce que sucedió en el Pontificado, la total supresion, de cuya negociacion se encargó esclusivamente Carlos Tercero.

Clemente Catorce sin embargo escribió á todos estos Soberanos, interesándose aun en favor de los Jesuitas, y convencido por último de las justas quejas que les asistian, nombró al Cardenal Palabisi-ni para que instruyera con el mayor detenimiento el espediente para pesar las razones que podia haber en pro y en contra de la supresion solicitada, se tomó el tiempo de cuatro años para resolver, y tuvo repetidos coloquios y audiencias con los hombres mas doctos de la Europa. Registrado por sí mismo los archivos de Propaganda, para ver las memorias del Cardenal de Tournon, y de los Señores Maigrot, de la Beaume y de los Misioneros Jesuitas; leyó por sí las acusaciones contra la Compañía y sus apologías, y por último nombró una comision de cinco Cardenales y algunos Prelados los mas sabios para que le ayudaran á deliberar en el proyecto y agregó los Abogados mas célebres para que en un negocio de tanta importancia se observasen con puntualidad las fórmulas judiciales, eclesiásticas y civiles.

No contento aun el Papa con los trabajos de la



comision, comunicó su breve á los teólogos mas doctos de todos los paises, lo envió tambien secretamente á los Soberanos, y aun despues de haber recibido sus respuestas que aprobaban su decision, esperó algun tiempo antes de promulgarla. Veia que iba á extinguir una Orden tan célebre y útil en sus primeros tiempos, por los grandes hombres que habia producido, pero veia al mismo tiempo que su existencia habia promovido turbaciones desde su origen, que las quejas y acusaciones contra la Compañía se aumentaban cada dia mas y mas; que los Reyes de las Dos-Sicilias, Portugal, Francia y España, los habian espulsado de sus estados y pedian su estincion, y que no podian producir aquellos frutos escelentes por los cuales habian sido instituidos. Veia por último que el crédito que gozaban al cabo de tanto tiempo, especialmente en la corte de Roma, los habia alucinado y ensoberbecido de tal modo que se creian necesarios, llegando á tal estrémo su orgullo, que el general tuvo atrevimiento para espresarle al Papa, que mas queria no existir que sufrir una reforma.

En fin, despues de tantos años de exámen y de haber pesado los motivos que le hacian obrar, el veinte y uno de Julio de mil setecientos setenta y tres firmó el famoso breve que suprime para siempre el Orden de los Jesuitas, y luego que hubo firmado, para manifestar que lo hacia por efecto de su conviccion, sin embargo del temor que le inspiraban las asechanzas y manejos de los Jesuitas, dijo apoyándose sobre su bufete: » he aquí, pues, hecha esta supresion; no me arrepiento; no me he determinado á ella, hasta despues de haber-

lo examinado y pesado todo, y porque la he juzgado útil para el bien de la Iglesia. He creído deberla hacer, y la haria todavía si no estuviera hecha; pero esta supresion me acarreará la muerte." Esta funesta prediccion se verificó al instante; por cuya razon se les ha atribuido con generalidad á los Jesuitas, el ser autores de la muerte de dicho Pontífice.

Esta breve narracion de los hechos y antecedentes que motivaron la espulsion de los Jesuitas, en cuyo negocio entendieron todos los reyes de Europa, los hombres mas doctos y célebres, que se discutió en tres Pontificados sucesivos, no fué obra de la sugestion ni del engaño, y Carlos Tercero que la promovió y solicitó con teson, hizo á la Iglesia y al Estado uno de los mayores bienes que podía prometerse de su reinado, siendo uno entre ellos, el haber desamortizado un capital al menos de ochocientos millones de reales, en que se graduá el valor de las fincas rústicas y urbanas que poseian solo en la península, adquiridas todas por sugestiones y medios ilícitos, convirtiendo el pulpito y confesonario en un medio de seduccion para que los fieles en vida ó muerte les hicieran cesiones y donaciones de sus fortunas, que fué otro de los puntos que formó la acusacion contra ellos y qué se les justificó plenamente en los procesos para su espulsion y supresion.

## LECCION XXXII.

*Fin del reinado de Carlos Tercero.*

**L**as continuas piraterías con que los argelinos ponian en espanto nuestras costas, interceptaban nuestro comercio ocasionando males de la mayor trascendencia, decidieron á Carlos Tercero en el proyecto de tomar á Argel, para lo que reunió en Cartagena una escuadra compuesta de cuatrocientas velas entre mayores y menores, con veinte y dos mil hombres de todas armas, al mando del General Orreilly, y el de la escuadra al de Don Pedro Castejon, siendo su Mayor el célebre marino Don José Mazarredo, y salió en veinte y ocho de Junio de mil setecientos setenta y cinco, presentándose delante de Argel el primero de Julio.

La primera division fué rechazada por no haberse dado el ataque oportunamente, y precisados á huir desordenaron en su fuga á la segunda que acababa de desembarcar. Las disposiciones de Orreilly todas fueron desacertadas; el ejército tuvo que reembarcarse, y la salvacion del ejército y armada se debió esclusivamente á la pericia y prevision de Mazarredo, con pérdida sin embargo de cuatrocientos sesenta muertos y tres mil heridos. Tal fué el resultado de la célebre expedicion de Argel.

Celoso asimismo este Monarca y resentido por los ultrages que habia recibido de la Inglaterra, de su excesivo poder que amenazaba al comercio y prosperidad de España, y queriendo reintegrarse de la

injusta usurpacion de Gibraltar, aprovechándose del estado de lucha en que estaba con su colonia, la declaró la guerra, bloqueando la plaza de Gibraltar en mil setecientos ochenta, y mientras continuaba este sitio, se apoderó el general español, Duque de Grillon, en seis de Febrero de mil setecientos ochenta y dos, de la isla de Menorea, despues de ciento setenta y un dias de sitiado el castillo de San Felipe.

En trece de Setiembre del mismo año, se resolvió el ataque de Gibraltar, dando el mando del ejército sitiador al vencedor de Menorca, y se adoptó el funesto plan de las cien baterías flotantes inventadas por el ingeniero frances Arzon.

Incendiado uno de los flotantes por un descuido, indicó era llegado el momento de su ruina y no habiéndose tomado precaucion ninguna para la retirada, se mandó salvar las tripulaciones y quemar las baterías, cuya ejecucion realizada entre el terror y el desórden aumentó el estrago, pereciendo en ellas mil doscientos hombres que aun no las habian evacuado. Se creia sin embargo, de que la guarnicion fatigada y sin víveres ni municiones se rindiese; pero fué socorrida por el Almirante Howe que logró introducir un convoy aprovechándose de una tempestad, y á pesar de la escuadra de setenta y cuatro navios y muchas fragatas que la bloqueaban; el sitio continuó hasta la paz firmada en París el tres de Setiembre de mil setecientos setenta y tres.

Este año y el siguiente se repitió el bombardeo de Argel cuyas expediciones produjeron el interesante resultado de destruir cuanto se les opuso, de

confinar los barcos Berberiscos y de hacer que en lo sucesivo estos piratas respetasen el pabellon español conteniendo sus piraterías y atrevidas agresiones.

En Diciembre de mil setecientos setenta y ocho falleció Carlos Tercero, á los setenta y dos años de edad y veinte y nueve de su reinado. De su único matrimonio con Analia, Princesa de Sajonia, tuvo trece hijos, á saber: Felipe Pascual, excluido de la sucesion por su imbecilidad: Carlos, que le sucedió en el trono de España, con el dictado de Cuarto, que en mil setecientos sesenta y cinco habia casado con María Luisa, Princesa de Parma; Fernando, que le sucedió en el trono de las Dos-Sicilias; el Infante Don Gabriel, Gran Prior de Castilla; Don Antonio Pascual; Don Francisco Javier, que murió sin sucesion en mil setecientos setenta y uno; las Infantas Doña María Josefa; y Doña María Luisa, que casó con el Archiduque Leopoldo, Gran Duque de Toscana, y despues Emperador; y otras cinco que murieron de corta edad.

El reinado de Carlos Tercero fué el mas glorioso y feliz que tuvo España desde el de Felipe Segundo, á pesar de los desastres de la primer guerra con los ingleses, y del aumento de la deuda pública que causó la segunda. Interesado estraordinariamente en la prosperidad de sus súbditos, eligió para los primeros destinos los hombres mas á propósito para promoverla, y su gabinete compuesto de sabios y políticos consumados, tuvo una influencia directa en las grandes negociaciones de Europa. La paz de mil setecientos ochenta y tres



indemnizó en parte las pérdidas que habia sufrido la monarquía en tiempo de Felipe Quinto. Los intereses del comercio y la industria, encontraron acogida en el Ministerio del Baron de Riperdá, y fueron el objeto principal de Carlos Tercero y sus Ministros, dictando medidas y reformas interiores, que inmortalizarán su reinado, resucitó el buen gusto en la literatura y las artes. Moratin el padre, Ayala, Huerta, Llaguno, el Maestro Gonzalez y Cadalso, propagaron los buenos principios y restablecieron la versificación del siglo diez y seis. Apareció Melendez, y España tuvo en él un Anacreonte, un Tibulo y un Horacio. Sus obras fueron los modelos de los Poetas liricos que le siguieron. Al mismo tiempo el insigne Jovellanos perfeccionaba el estilo prosáico, y se educaba Moratin, padre y fundador de la nueva Comedia Española; cultivaban el apólogo, Samaniego é Iriarte, y este ultimo, mas notable por su gusto y regularidad, que por la elegancia del estilo, anunciaba con sus obras los brillantes dias de nuestra escena cómica.

### LECCION XXXIII.

#### *Reinado de Carlos Cuarto.*

**C**arlos Cuarto empezó á reinar con las mejores esperanzas, por su afabilidad, buen natural y honradas inclinaciones, dirigidas por el Conde de Florida-Blanca que estaba encargado en la primera Secretaría de Estado, pero dominado enteramente por su Muger María Luisa, cuyo carácter fuerte y atanero no se avenia bien con la regula-

ridad que en todos los ramos habia fijado este Ministro, cuya prevision se estendia á los males que podian producir las relaciones íntimas que habia adquirido con la Reina Don Manuel Godoy, que era entonces un simple Guardia de Corps, y que habia ya dado algunos pasos para cortarlas y hasta propuesto al Rey su destierro, principió á inspirarle odios y desconfianzas de su Ministro, y ayudada de su valido, á poner en práctica intrigas nacionales y extranjeras para desacreditarle. La revolucion de Francia que habia estallado en su mayor fuerza, y la neutralidad que propuso el Conde de Florida-Blanca que debia observarse con respecto á los negocios de aquel país, concretándose la España á defender sus limites, y ser una mera espectadora de aquellas ocurrencias respetando el derecho de gentes, en la independenciam respectiva de las naciones para constituirse segun sus intereses, prestó un vasto campo á la Reina y su valido para aprovecharse del estado de consternacion en que habian puesto al Monarca los desastres que los reyes de Francia habian sufrido en la revolucion, para escitarle á una agresion contra aquella nacion, y hacerle firmar la destitucion del Conde de Florida-Blanca del Ministerio de Estado, que se verificó en veinte y ocho de Febrero de mil setecientos noventa y dos, reemplazándolo con el Conde de Aranda, político, hábil y experimentado.

Este Ministro no se avenia tampoco con las ideas de la Reina ni de su valido, y fué muy pronto separado de la direccion de los negocios, confiándose enteramente á Don Manuel Godoy, jóven inesperto, sin instruccion ninguna, lleno de vicios y

ambicion, que sin la habilidad necesaria para ocultarlos y moderarlos, se hizo odioso á los pueblos, escitó rivalidades en los grandes y poderosos, puso en ridiculo á los Reyes, produjo por último su ruina, con la del Estado que sumergió en un caos sin límites de males.

Principió su administracion, declarando la guerra á la República Francesa, en veinte y tres de Marzo de mil setecientos noventa y tres. Las ventajas que obtuvieron los Republicanos penetrando por una parte de la península, le hicieron desistir de la guerra y entablar preliminares de paz, dando amplios poderes al Ministro Iriarte. En mil setecientos noventa y cinco se estipuló la paz en Basilea con el Ministro Frances Bartelemi, con las condiciones mas degradantes para la España, que se obligaba á auxiliar á la Francia con un contingente de hombres, que fué convertido en mil ochocientos cuatro en uno pecuniario á instancias de la Corte de Madrid, que deseaba dispensarse de tomar una parte en las guerras de Napoleon.

Sin embargo de lo humillante de este tratado los prosélitos de Godoy la supusieron ventajosa y exaltaron al Monarca que alucinado por ellos y por las terminantes y decididas sugestiones de la Reina, lo agració con el título de Príncipe de la Paz, apoderándose entonces de un modo mas esclusivo de la direcciu de los negocios y hasta del gobierno interior de la Casa Real, separando de la servidumbre y dependencia de ella á los antiguos empleados, sustituyendo en su lugar á sus amigos y confidentes; lo mismo hizo en el tesoro y con todas las dependencias de la administracion, con inclusion de

la de justicia, de tal modo que se erigió en árbitro de la riqueza pública y particular, trayendo á su mano toda la del Estado, y negociando en su beneficio y aumento de sus riquezas, vendiendo los empleos, gracias, privilegios y hasta las decisiones en negocios particulares, para saciar su ambicion y las pasiones mas vergonzosas; los aplausos y lisonjas de la Corte, se trasladaron á su casa, y entregado á la molicie que producen los desórdenes y plácemes sensuales, abandonó enteramente los negocios del Estado. Ofendida la Inglaterra, declaró la guerra á la península, que terminó en ochocientos ocho, cuando se abrieron las hostilidades por la injusta agresion de Napoleon; interceptado nuestro comercio con la América, y apresadas por los ingleses las grandes flotas de numerario que venian de aquellos dominios, destruyeron el interior de la península, y el erario quedó ademas agotado por las continuas exacciones que se hacian, para acallar á la Francia. Sin concierto ya en sus operaciones puso en combinacion la Marina Española con la Francesa para obrar ofensivamente contra los ingleses, y bien fuese por una combinacion estudiada de la Francia, ó bien por el resultado natural de los sucesos de la guerra, la perdimos casi toda en el combate dado en Trafalgar en mil ochocientos cinco. No contento con esto, auxilió á Napoleon con veinte y cinco mil hombres de tropas escogidas que envió al Norte á las órdenes del Marques de la Romana, y ochenta mil mas á la Toscana con el General Ófarril, dejando á un tiempo al reino sin riquezas ni defensa.

Estos manejos, la inmoralidad pública, que prin-



cipiando en el valido se estendian á todas las clases de la nacion , despertaron el celo de los grandes y la honradez de los españoles, en defensa de sus derechos y de la independencian nacional que estaba comprometida por las deferencias del privado hácia la Corte de Francia con quien se alió íntimamente, en la falsa creencia de que á toda costa lo sosten-dria en su privanza con los Reyes. Estos perdieron enteramente el prestigio y amor que gozaban en sus súbditos: para desacreditar al privado, se escribie-ron los libelos mas infamatorios de su conducta y relaciones con la Reina; de los escritos se pasó á los insultos, y creyendo que el autor de estas ma-quinaciones lo era el Príncipe de Asturias Fernan-do, en quien la Nacion habia fijado sus ojos y es-peranzas, por ser el sucesor á la corona, introdu-jo en el ánimo del Rey la desconfianza contra su hijo, hasta el punto de hacerle creer atentaba con-tra su vida ó trataba al menos de destronarlo; cu-ya asercion se elevó á un proceso jurídico, cuyo exámen y decision se cometió á una comision es-pecial: el Príncipe de Asturias fué arrestado has-ta que se le declaró inocente y relevó de todo car-ge con sus supuestos cómplices.

Napoleon que de mucho tiempo tenia formado el proyecto de destronar las casas de Borbon y Bragan-za que reinaban en Portugal y España, como el único medio de consolidar su exaltacion al trono de la Francia colocando en los de Madrid y Lisboa á sus hermanos, para lo que le prestaba un vasto campo el estado de pobreza é indefension en que ha-bia constituido á la España, se aprovechó igual-mente de las disensiones que se suscitaron entre la



familia Real, las agitaba y robustecía por medio de sus agentes y emisarios, y atizando al mismo tiempo el descontento público contra el privado, le hacia temer su descenso, convenciéndolo de la necesidad en que estaba de condescender con sus planes, para que él los sostuviera, disfrazándole siempre el verdadero objeto.

Primeramente, le hizo concebir la necesidad de introducir en España un ejército, que pasara á Portugal, y al mismo tiempo que vengara los ultrajes que suponía haber recibido la Francia de la casa de Braganza por su continuada alianza con la Inglaterra, fuera esta una fuerza disponible á su intermediación, para sostenerlo contra las conmociones del pueblo Español que ya amenazaban á su privanza. Así se le hizo entender á los Reyes, que estaban obcecados en ella, y hasta hubo indicaciones indirectas, y promesas de colocarlo en el trono de Braganza, cuya idea halagó á la Reina que no conspiraba mas que al engrandecimiento de su privado, y llevados de error en error otorgaron el pase para Portugal de las tropas francesas, las que á su entrada se apoderaron con traición y perfidia de nuestras plazas fronterizas. A muy poco pidieron el paso para lo interior del reino adonde ya se dirigía un ejército á las órdenes del Principe Murat, bajo el pretexto de apoderarse de Gibraltar: se anuncia por último el arribo de Bonaparte á España, y el agente de Don Manuel Godoy en París, Izquierdo, se presenta de pronto en la Corte, y manifiesta á los Reyes y á Godoy, que los verdaderos planes de Napoleon, eran la ocupacion de la península y la usurpacion

del trono, y que las promesas hechas á Godoy habian sido ardides para hacerle contribuir ciegamente á estos planes.

Tan inesperada noticia desconcertó enteramente los planes de Godoy, el que luchando á un tiempo con sus desaciertos y el interés ya por la variacion de sus combinaciones de conservar á los Reyes y constituirlos en un punto seguro de las armas de Napoleon, hizo se trasladara la Corte al Real Sitio de Aranjuez, desde dõnde formó el proyecto de llevarlos á Cádiz, para embarcarse con direccion á Méjico. El pueblo que estaba disgustado y alarmado por la introduccion de las tropas francesas en España, previendo sus resultas, aumentó su odio al rival, observaba con escrupulosidad hasta sus operaciones mas ocultas, y por mas que quiso encubrirse la fuga de los Reyes, la traslució al fin, y como por encanto se presentó en Aranjuez un gentío inmenso, de todas las poblaciones de seis, ocho, y hasta diez leguas de distancia, que amotinados y con el mayor furor, se opusieron á la salida de los Reyes, pidiendo por último el diez y ocho de Marzo de ochocientos ocho la caida y prision del Príncipe de la Paz, y hasta que se le entregase al pueblo, para vengar en su persona los ultrages que habia hecho á la Nacion.

Con su prision y en fuerza de las instancias del mismo Fernando Príncipe de Asturias, y de algunos grandes se apaciguó el pueblo, aparentemente, mas al siguiente dia diez y nueve se reprodujo con mas ahínco el movimiento tumultuario y de sus resultas agoviado Cárlos Cuarto por los desastres que preveía iba á experimentar la Nacion, conven-

cido de que su docilidad y edad ya avanzada lo hacía incapaz de gobernar en circunstancias tan difíciles, y conociendo el amor y entusiasmo de sus súbditos, por su hijo y sucesor Fernando, abdicó en él la corona, en el mismo día, dando así fin su Reinado.

### LECCION XXXIII.

#### *Reinado de Fernando Séptimo de Borbon.*

**A**bdicada por Carlos Cuarto la Corona, entró á reinar su hijo primogénito Fernando, y como por encanto se trasmitió á todos ó la mayor parte de los pueblos de la península instantáneamente la noticia de su exaltacion, tiempo hacia deseada como el único medio de salir de la tiranía en que los caprichos y ambicion de un valido tenían constituida la Nacion, oprimidos y vejados sus mas sublimes ingenios, agotado su Erario, paralizado el comercio, adormecida la industria y obstruidas por fin todas las fuentes de la prosperidad y riqueza pública. Separó de los primeros destinos á los favoritos de Godoy, y alzó los destierros á varios grandes y personas notables que los sufrieran por la adhesion á su persona, entre los que se contaban, el canónigo de la catedral de Toledo, Escoiquiz, que fué su ayo, en los primeros años, y el Duque del Infantado, trayéndolos á su lado para que lo dirigieran en los primeros y mas difíciles pasos de su reinado en circunstancias, que se presentaban como difíciles, y de funestos presagios.

Las tropas francesas á las órdenes del Príncipe

Murat habian ya avanzado sobre la capital de la Monarquía, y aun introduciéndose en ella; á sus inmediaciones, se habia colocado el grueso del ejército con un formidable tren de artillería, en un vistoso y lucido campamento en tal disposicion, que en pocos momentos y al primer movimiento de las tropas pudieran situarse en la montaña del Príncipe Pio que termina ya dentro de la poblacion, apoderarse del palacio morada de los reyes, y de las oficinas centrales ó ministerios, colocados todos en el mismo. Murat anunció su llegada, y pretestó la celeridad de su marcha á los movimientos verificados en Aranjuez, y á las disensiones entre nuestra Real familia con el solo objeto de terminarlas y sacar de la opresion en que suponía estar el Príncipe de Asturias, cuya proteccion aseguraba ser su principal objeto en cumplimiento de las órdenes del Emperador su amo: mas en el lenguaje y términos de que usaba, se entreveía cierta reserva y una tendencia á tomar una parte activa en los negocios de la península.

Los hombres observadores y de tacto político, y aun la generalidad del pueblo madrileño principiá á temer los resultados de esta ocupacion, que comparándola á la de otras Naciones por las tropas francesas con los mismos ó parecidos pretestos, habian concluido por su dominacion y servidumbre. Otros veian en la entrada de las tropas francesas, el momento de nuestra regeneracion política, y una fuerza protectora que apoyando las buenas y sanas inclinaciones que concedian á Fernando le auxiliasen con mano fuerte á hacer las reformas que exigía nuestra administracion en todos los



ramos, y con particularidad en el eclesiástico, que á la sombra del estupor ó adormecimiento en que por tantos años yaciera nuestro gobierno, habia aumentado estraordinariamente su influjo con el pueblo, habia aumentado sus preocupaciones y errores, y dándose hasta cierto punto la mano con el valido se habia erijido en un poder ejercitado á mansalva con el tribunal de la Inquisicion en cuyos lóbregos y misteriosos calabozos no se atormentaba ya á los verdaderos enemigos de la fé, sino es á los que lo eran del valido, á los que dotados de un espíritu fuerte y patriótico, clamaban contra los abusos, y á los que dedicando sus afanes y estudios en favor de la Nacion, emitian públicamente y por escrito sus ideas para nivelarla si pudieran en los progresos de su civilizacion é industria á las naciones vecinas. Otros en fin, pero eran los menos, que ó habian gemido en dichos calabozos ó habian sufrido y estaban experimentando males por la misma causa, que creyendo nuestros abusos mas arraigados no supusieran en el Monarca la suficiente fuerza, instruccion y energía para comprimirlos, ó que desconfiasen abiertamente de él, por la falta de ilustracion y generosidad de las dos personas que lo dirigian, pues siendo el uno un grande y el otro un individuo del clero alto, debia creerse no se prestarian á verificar unas reformas, que debian principiar por la abolicion de los privilegios é inmunidades que disfrutaban estas dos clases, ó ya por último que alucinados por las grandes victorias y proezas militares que indudablemente distinguian ya á Napolcon de los grandes Capitanes sus predecesores, lo admirasen como un



genio bajo cuya dominacion podia ser únicamente feliz esta Nacion, miraron la ocupacion como el único medio de conseguirla adhiriéndose desde luego activamente á sus planes y prestándose á ser sus instrumentos.

Tal era el estado del pueblo de Madrid y generalmente del español á la exaltacion al trono de Fernando Séptimo; el concepto que habia formado sobre la entrada de las tropas francesas, lo dividió en tres partidos que si bien los dos primeros eran patriotas sin tacha, los otros conocidos despues con el nombre de afrancesados, era muy pequeño, se veia sin embargo el gérmen de disensiones domésticas suscitadas por los mismos partidos á cuya sombra Napoleon podia realizar mejor sus planes.

Fernando Séptimo se trasladó á Madrid desde Aranjuez entre un cúmulo de aplausos y aclamaciones, que jamás se habia visto otro igual en el mundo; nada es comparable al entusiasmo y exaltacion con que fué recibido por el pueblo madrileño; mas estos tres partidos lo observaban escrupulosamente, creian ver en su semblante retratado un fondo de tristeza y pesar que lo devoraba, y se atribuyó con generalidad á que era aquella especie de paralización que producen las grandes crisis aun en el ánimo mas fuerte; Fernando habia subido al trono cuando menos lo esperaba, y acababa de salir de persecuciones, de procedimientos judiciales, producidos por calumnias atroces que hacian balancear á un tiempo su honor y reputacion, las esperanzas á la corona y aun su seguridad individual. Mas no era ninguna de estas la causa; preveia las

siniestras intenciones de su fingido aliado Napoleon, entraba á poseer un reino que ocupado por sus tropas, estaba receloso y se habia parcialmente dividido sin conocimiento exacto de sus principales agentes en los varios ramos de la administracion, de todo desconfiaba; no sabia los resortes ni fuerzas con que poder contar, y esto lo puso en un estado de inaccion que se delineaba perfectamente en su semblante,

A muy pocos dias se corrió enteramente el velo á la intriga de Napoleon; el General Murat se declara protector de Don Manuel Godoy, lo arrebató del Castillo de Villaviciosa en que se hallaba preso, bajo el pretesto de que su hermano el Emperador queria juzgarlo, y lo mismo hace de las personas de Carlos Cuarto y Doña María Luisa, que se hallaban á las inmediaciones de la Corte; el General Sabary llega á Madrid con una mision del Emperador para felicitar á Fernando por su exaltacion al trono, proponiéndole estrechar los vínculos de amistad y alianza, con un enlace con una de las Princesas de su familia, hija de un hermano de Napoleon; y por último, manifiesta que el Emperador se adelanta á hacerle una visita en sus estados para estrechar aun mas su amistad, y le persuade facilmente á salirle al encuentro.

Fernando Séptimo en esta ocasion cometió sin duda el yerro mas grande de imprevision, que puede cometer Príncipe, y lo mismo sus Consejeros íntimos, Infantado y Escoiquiz, alucinados por la perspectiva halagüeña con que el General Sabary disfrazaba sus planes, se dejaron guiar de él facilmente; no oyó el voto general con que el pue-

blo de Madrid se opuso á su salida, ni el particular de personas doctas y caracterizadas, que le manifestaron los inconvenientes y males que esto podia ocasionar, desatendiendo los medios que le proporcionaban y proponian para evadirle. Si Fernando Séptimo por un rasgo sublime de decision y que estaba indicado, dá un manifiesto al pueblo, se pone en brazos de su exaltacion y patriotismo y dá accion al movimiento popular que ya amenazaba, tal vez se hubiera la España librado de la guerra desoladora que se siguió á esta impremeditacion.

Fernando Séptimo se puso en viage hácia Burgos, dejando á su tio el Infante Don Antonio encargado de la Regencia: Napoleon le hace saber que sus graves negocios no le han permitido salir á Burgos, pero que lo hará á Vitoria; llega Fernando á este punto, y desde allí inducido con las reiteradas protestas de sinceridad y buena fé pasó á Irun, y desde Irun á Bayona, en cuya Ciudad entró en veinte de Abril. ✕

Don Manuel Godoy llegó en veinte y seis del mismo, y en primero de Mayo Carlos Cuarto con la Reina y lo restante de la familia Real que Murat habia hecho salir de Madrid segun órdenes que habia recibido de su cuñado Bonaparte. Tanto Fernando Séptimo como los demas individuos de la familia Real experimentaron en los pueblos del tránsito hasta Francia el desagrado y sentimiento con que el pueblo español veia este viage. En Vitoria hasta quisieron cortar los tiros del coche en que iba Fernando Séptimo; lo mismo sucedió en Irun, pero estas demostraciones de afecto fueron mal reci-

bidas del Monarca Español y se reprimieron con las órdenes y decretos mas terminantes y severos.

Ya en Bayona toda la familia Real, Napoleon principió á poner en práctica y sin rebozo alguno sus planes tratando de nula la abdicacion que Carlos Cuarto habia hecho de la corona, lo estrechó é intimidó para que hiciera una cesion formal de ella en su favor, intimando á Fernando que desistiese igualmente de los derechos que pudiera tener á ella y por indemnizacion le ofreció su patrocinio y la corona de Etruria de cuyos estados estaba posesionada una hermana de Fernando Séptimo, y con igual injusticia tenian ya ocupado las tropas francesas. El Monarca Español se negó enérgicamente á estos proyectos, y de sus resultas fué encerrado en un castillo, y desde allí trasladado á Balencey con toda su Real familia.

Publicados en la península estos sucesos y exasperados los ánimos de los madrileños con la noticia de que los franceses, en la mañana del dos de Mayo de ochocientos ocho iban á sacar de la Corte al Infante Don Antonio, único de la familia Real que quedaba en España, desde el amanecer de dicho dia se agolpó un inmenso pueblo á la plazuela de Palacio; eran las ocho de la mañana y ya estaban preparados los coches y escolta que debian conducirlo, cuando por un movimiento que pareció espontáneo y uniforme, sin conocerse ningun agente que lo dirigiera, se arrojaron con ciego furor sobre los franceses haciendo un número considerable de muertos y aterrándolos y dispersándolos por las calles; en sus primeros ataques el grueso del ejército que se hallaba en el campamento en



momentos se introdujo en la Capital, y dividido en columnas se situó y coronó de artillería las principales avenidas y calles de la Capital. El pueblo dividido tambien en inmensos pelotones en cada calle sostenia un combate cuyos resultados no siempre eran favorables á los franceses, sufriendo en todos ellos inmensas pérdidas asiados por las calles sus cadáveres hasta en número de nueve mil. El pueblo sin plan, sin órden y aun sin el apoyo de las Autoridades españolas que se unieron á Murat con el fin de restablecer la tranquilidad, ni el de la poca tropa que formaba su guarnicion, que desde el principio de la refriega habian encerrado en sus cuarteles para que no tomara parte, sucumbió en fin á las inmensas fuerzas que cargaron sobre él, y bajo la espesa promesa que les hizo Murat de un olvido absoluto sobre lo ocurrido, lo que no cumplió fusilando despues de la ocurrencia á cuantos hombres, mugeres y niños halló por las calles, que indefensos las recorrian, ó bien para volverse á sus casas desde el punto en que se acojieron cuando principió la lucha, ó bien que ansiosos buscaban á sus padres, esposos y hermanos, en la incertidumbre y congojas de cuál habria sido su suerte.

Este pronunciamiento heroico del pueblo de Madrid por su independenciamiento y libertad contra los ultrages de la Francia á la manera y con la celeridad que un fuego eléctrico se difunde y esparce, se comunicó á todos los españoles en todos los puntos de la península, y ya no se oyó mas voz que la de guerra á los invasores, y juramentos solemnes de defender nuestras leyes y costumbres, el



trono y la independencia nacional. Algunas proclamas circuladas á nombre del Rey, y otros escritos publicados con el objeto de difundir el entusiasmo, inspiraron mayor valor y constancia á este pueblo resuelto y esforzado: en ocho de Mayo se formó una Junta de gobierno en Sevilla y sucesivamente otras en las provincias, que se ocuparon exclusivamente en el apresto de armas y municiones, y en la organizacion de ejércitos, formando cada provincia el suyo con una presteza increíble, disputándose jóvenes y ancianos, y hasta las mismas mugeres la gloria de ser los primeros en incorporarse á las filas.

Todas estas juntas se comunicaban entre sí, y uno de sus primeros cuidados fué el dirigirse á la Gran Bretaña en solicitud de su alianza á lo que accedió auxiliando inmediatamente á los españoles y con la mayor prodigalidad, con armas, municiones, vestuarios, gente y demas aprestos de guerra para el sostenimiento de ella.

El Aragon fué el que mas pronto organizó sus tropas y uno de los puntos primeros en que quedaron humilladas las águilas imperiales. Sitiada su capital Zaragoza en diez y seis de Junio por un formidable ejército, los insignes habitantes de aquella ciudad bajo la direccion del general Palafox, les presentaron una tenaz y vigorosa resistencia que les obligó á levantar el sitio con pérdida de la mayor parte de tropas que formaban el asedio. En veinte y cuatro del mismo mes fué derrotado el general Morey con un grueso ejército á las puertas de Valencia, y en catorce de Julio se rindió en Cadiz la escuadra francesa del Almirante Rossylli. Estos gloriosos su-

cesos y la completa victoria conseguida por los españoles en la batalla de Bailen, en la que se rindió á discrecion el General Dupont, que con veinte y dos mil hombres de las tropas mas aguerridas iba á ocupar las Andalucías, llenaron de entusiasmo y decision los ánimos de los españoles, y produjeron el favorable resultado de que José Bonaparte, que habia sido nombrado Rey de España por su hermano, se retirase de la Capital del Reino, con los restos de sus tropas, á los pocos dias de haber verificado su entrada en ella, dejándola abandonada á los ejércitos españoles, que fueron recibidos con el entusiasmo propio de un pueblo tan eminentemente patriota.

Rescatada la Capital del Reino, una de las primeras atenciones de los españoles, fué el de regularizar su Gobierno dándole un centro de unidad, de que carecia, porque las juntas formadas en las diferentes provincias, obraban por sí en la mayor parte de casos aislados, y segun estos ocurrían, para cuyo efecto organizaron una Junta Suprema Central, formada de dos diputados, individuos de cada una de las Juntas Provinciales, bajo la presidencia del Conde de Florida-Blanca, que reunió en sí los votos de las Juntas, con la general aclamacion.

Los negocios de España, pues, habian tomado un aspecto mas favorable, cuando Napoleon noticioso de ello se trasportó á este Pais, con inmensos cuerpos de tropas aguerridas que habia sacado de los ejércitos del Norte; entró por Bayona y le fué fácil con tan formidables falanges derrotar nuestras tropas situadas ya en Espinosa, Tudela

y Somosierra; se presentó á Madrid con un ejército de doscientos mil combatientes, y este heroico pueblo, abierto, sin mas defensa que los pechos de sus habitantes, en medio del dolor de que estaban poseidos por la dispersion de algunas de las tropas españolas, se opuso á su entrada y hostilizó por tres dias á sus puertas, que al fin le abrió previa la capitulacion mas horrorosa. En veinte y dos de Diciembre salió Napoleon de Madrid con un grueso de tropas para sorprender al ejército ingles de Sir Juan Moore que en el diez y seis se habia movido hácia Saldaña contra el General frances Soult, llegó á Astorga en primero de Enero de mil ochocientos nueve, el siete volvió á Valladolid, y habiendo tenido noticia del embarco verificado por Moore partió en posta para París, adonde llegó el veinte y ocho.

En veinte y dos del mismo mes verificó José su entrada pública en Madrid sin mas aplausos que los de sus tropas, y algunos viles mercenarios pagados, para dar una apariencia de aclamacion popular.

La ciudad de Zaragoza contra la que se habia destacado un grueso formidable de tropas al paso por Tudela del ejército grande de Napoleon en número de ochenta mil hombres mandados por el Mariscal Lannes, y por otros famosos Generales, se rindió á últimos de Febrero de mil ochocientos nueve, no por la superioridad del enemigo, sino por la peste, miseria é incendio, efecto de dos meses de sitio, y de sesenta mil bombas arrojadas sobre ellas.

Sir Arthuro Wellesley (ahora Lord Welling-

ton) con treinta mil hombres habia entrado en España, y Sir Roberto Wilson con un cuerpo avanzado se unieron en veinte de Julio al General Español Cuesta, y estos ejércitos combinados vencieron á los franceses en la célebre batalla de Talavera, pero se vieron precisados á retirarse, por el movimiento que hizo Soult contra su flanco. Se formaron y organizaron nuevos ejércitos españoles, reforzados con el del Marques de la Romana, que habiendo sabido en el Norte las ocurrencias de su patria, atropellando todas clases de riesgos, en el año anterior, se habia embarcado para ella en el puerto de Langelad, abordo de trasportes ingleses. Los Generales Cuesta, Castaños, Alburquerque, Duque del Parque, Venegas y otros muchos, que se pusieron á la cabeza de los ejércitos, dieron nuevo impulso á la guerra, pero compuestos en gran parte de reclutas, no podian sostener el choque de los batallones aguerridos de los franceses perdiendo las batallas campales de Ciudad-Rodrigo, Medellin y Ocaña, á lo que contribuia la desercion é intrigas de algunos españoles, que como se dijo en un principio, desde la entrada de las tropas francesas en España, se habian adherido á su partido. La pérdida de la de Ocaña fué la mas funesta; el General Welesley se retiró á Portugal, y los españoles perdieron algunas plazas de importancia, principalmente en Cataluña.

Su valor no obstante se hace cada vez más indomable, y cuando el Rey José que se hallaba en Madrid, lleno de orgullo y presuncion, recibiendo las diputaciones que le enviaban algunas ciudades forzadas, la Junta Suprema que se hallaba en



Sevilla, en tréce de Enero de mil ochocientos diez, espidió un decreto para la convocacion de las antiguas Córtes españolas, anunciando su traslacion á la Isla de Leon.

Apenas llegó á este último punto, promulgó un decreto para la formacion de un Consejo de Regencia, segun lo habia propuesto repetidas veces el Marques de la Romana, cuyo suceso es el mas grande que puede referirse en los anales de la historia.

Las dos terceras partes de la península estaban ocupadas y sujetas al yugo de la dominacion francesa, solo les quedaba por conquistar el recinto de Cadiz y su línea en veinte leguas de distancia; allí se habian reconcentrado todos los hombres grandes, patriotas y sabios de la nacion que eran los que sostenian la lucha, dirigian los movimientos y proporcionaban á los ejércitos los auxilios, armas y demas que necesitaban, y cuando todo parecia que estaba perdido, cuando no habia esperanzas ningunas y se creia probablemente que Fernando Séptimo y su Real familia dificilmente podria volver á España; estos hombres forman el proyecto de constituir á la nacion, restablecer en ella sus antiguos fueros y libertades, eligiendo por su Rey al mismo Fernando Séptimo tan deseado, fijando la sucesion en su dinastía, por el órden directo, para dar así una prueba mas auténtica á la Europa de qual era el voto de la nacion en esta parte, legitimar la gloriosa lucha que se sostenia, é inutilizar las acciones hechas por Carlos Cuarto en favor de Napoleon, que aunque arrancadas con violencia, este reclamaba como derechos legalmente adquiridos.

El desuso en que habian venido nuestras anti-



guas leyes, primeramente por la dominacion de la casa de Austria en España, y despues por los abusos que se introdujeron de nuestro contacto inmediato con la Francia, y el enlace de los Borbones con los de igual dinastía, introduciéndonos sus usos, costumbres y aun algunas de sus leyes á la par que habian relajado las costumbres, habian confundido en las manos del monarca el ejercicio de los diferentes poderes que segun nuestras antiguas constituciones regian el Estado. El derecho de dar las leyes, el de imponer tributos de sangre y de dinero, residia en la nacion, en union con el Rey que ó bien las sancionaba, ó bien las redactaba y promulgaba, representado por aquellas en las peticiones que le dirigian con designacion de los puntos que debieran comprender. La ejecucion de ellas correspondia esclusivamente al Rey en la parte económica y administrativa, y su aplicacion en los negocios judiciales y forenses era dependiente solo de los tribunales de justicia designados anteriormente por la ley.

Oscurcidas por tantos años, y confundidas entre el inmenso farrago de leyes introducidas en nuestros códigos, redactados estos una y muchas veces, no con el objeto de metodizarlas, sino es con el de sustraerlas ó variarlas, la España de algunos siglos, venia ya dominada al arbitrio despótico, no de los Príncipes tanto, como de sus privados, allegados y Ministros, muchos de ellos estrangeros, y esta fué una de las causas que aumentaba progresivamente sumiendo á la Nacion en los males que produjera la ineptitud unas veces, la piedad mal entendida otras, y la molicie é inercia en que se

habian constituido nuestros Príncipes, y esta fué la principal causa de los desaciertos cometidos últimamente en el reinado de Carlos Cuarto que nos constituyeron en el estado de pobreza é indefension que quedan demostrados, y fueron por último los que arrancaron á Fernando de su pueblo contra su espresa voluntad, dejándolo á la discrecion de un guerrero osado, que á la par que sus Reyes, queria privarle de los restos de independenciam que aun conservaba.

Los individuos que componian la Junta Central y demas insignes patriotas que los circundaban, quisieron precaver á la Nacion de estos males, bien que terminada la lucha volviera Fernando y su dinastía á ocupar el trono, ó bien que por su falta que era de temer fuera necesario elegir otra, bien de las familias distinguidas españolas, ó bien de alguna estrangera, que por las combinaciones politicas fuera útil y conveniente adoptar, pero siempre, que España se rigiera por sus leyes propias y castizas, que fueran á un tiempo el escudo del Príncipe y de los gobernados, fijando las obligaciones y deberes respectivos.

Entre el estrépito aterrador de las armas, en veinte y cuatro de Setiembre de mil ochocientos diez, se instalaron en la Isla de Leon las Córtes; desde allí se trasladaron á la ciudad de Cadiz, y sin embargo del terrible y continuado asedio que esperimentó esta plaza, en medio de él discutieron y deliberaron la Constitucion Política de la Monarquía que se publicó en diez y nueve de Marzo de mil ochocientos doce; esta obra grandiosa y sublime, no es otra cosa que el restablecimien-

to de nuestras antiguas leyes, redactándolas de un modo claro y metódico en virtud del cual se reducen á preceptos terminantes y sin interpretación; por ella se consignó como base el que la soberanía pertenecía exclusivamente á la Nación, que el derecho de dar leyes residía en esta, representada en Córtes con el Rey á quien tocaba ejecutarlas, quedando á los tribunales su aplicacion, constituyendo por consiguiente los tres poderes que se conocían antiguamente en el Estado, á saber, el legislativo, ejecutivo y judicial.

Publicada la Constitucion, y circulada á todos los pueblos de la Monarquía, tanto de la península, como de sus posesiones en América, fué generalmente aplaudida y admirada, habiendo producido en la mayor parte de los de América, á cuyos habitantes se igualaba con los españoles en garantías y derechos, el prodigioso efecto de atraer otra vez á la península aquellas ricas posesiones que ya empezaban á separarse y á respirar en ellas el conato á la emancipacion que les habia hecho formar la diferencia de leyes con que eran juzgados, y el método mas arbitrario aun y despótico que se seguia para su administracion, en una época en que por no poder la España reforzar las tropas que guarnecian aquellos paises, era segura é indispensable su emancipacion. Se comunicó oficialmente á las Córtes estrangeras y reconocieron como legítimo el gobierno establecido por ellas, elogiaron su mérito, enviaron embajadores para felicitar á la Regencia, y celebraron con el Gobierno Constitucional tratados de alianza ofensiva y defensiva, que tan útiles fueron para la terminacion de la guerra.

## LECCION XXXIV.

*Continuacion del reinado de Fernando Séptimo.*

**L**a situacion material de España á fines del año de mil ochocientos diez era sumamente apurada. La Vizcaya se hallaba ocupada por el cuerpo del General Thevenot, las Asturias por el General Bonet, el reino de Leon por el General Kellerman, Navarra por Dufour, la Castilla Vieja por Dorsenne, el Aragon por Suchet, Cataluña por el Mariscal Maedonald, la Castilla Nueva por Victor, la Andalucia por Mortier, la Estremadura por Sebastiani, la Galicia y Mureia estaban en abandono, los cuerpos de los Generales Regnier, Ney y Junot formaban parte del ejército de Portugal, y fuerzas imponentes estaban empleadas en el sitio de Cadiz. Sin embargo esta ocupacion de casi todas las provincias de España, pero que tan solo se estendia á las plazas y capitales en que los enemigos mantenian guarniciones, no dejaron de multiplicarse considerablemente las guerrillas ó cuerpos francos, los que con sus continuos y vigorosos ataques, sorpresas de convoyes, interceptaciones de correos, y otros golpes bien combinados, no dejaban un momento de reposo á las columnas ambulantes y les causaban bajas muy considerables. El General Ballesteros con un cuerpo de ocho á diez mil hombres hostilizaba continuamente al enemigo, haciendo prodigios de valor. El Marques de la Romana pasó el Tajo, con una parte de su ejér-



cito, y se reunió con Lord Wellington en la línea de Torres-Vedras.

El Marques de la Romana murió cuasi de repente en el lugar de Cartajo, en veinte y tres de Enero de mil ochocientos once, y se dió el mando de sus tropas al General Mendizabal, el que marchó á Badajoz en socorro de aquella plaza amenazada por Soult; pero dispersado su ejército por el General Mortier sobre el rio Jevora, se rinde la plaza á la superioridad del enemigo. En Marzo siguiente, se organizó una expedicion de españoles é ingleses, mandada por los Generales Peña y Sir Graham, para atacar la retaguardia del General Victor, y hacerle levantar el sitio de Cadiz; dan la batalla de Chiclana ó de Barrosa, que si bien les fué ventajosa, no produjo el efecto propuesto: Zayas se embosca con una division en Cadiz, para unirse á Ballesteros, mas se vé precisado á volverse á sus naves, y este se retira á Jerez de los Caballeros, para verificar su reunion con Blake que ya la habia verificado con el General Ingles Beresford. La Regencia del reino confiere á Castaños el mando del tercer ejército, llamado del Marques de la Romana, y en diez y seis de Mayo se dá la batalla de la Albuera, entre las tropas españolas mandadas por Blake y Castaños, é inglesas á las órdenes de Beresford, contra el Mariscal Soult que habia venido desde Sevilla á levantar el sitio de Badajoz; ambas partes sufren pérdidas de consideracion y quedan en sus mismas posiciones. A los tres dias llega Lord Wellington y emprende el sitio de nuevo. Suchet se apodera de Tarragona á sangre y fuego, y aunque la Cataluña habia perdido pla-



zas fuertes y entre ellas la de Gèrona, cuyos heroicos habitantes y guarnicion sostuvieron el sitio hasta el extremo de comerse los animales mas inmundos; seguia el General Lacy haciendo la guerra con igual denuedo y decision. Lord Wellington que habia puesto sitio muy estrecho á Ciudad-Rodrigo, se ve precisado á retirarse á Portugal, por las superiores fuerzas de los Generales Marmont y Dorsenne; pero estas mismas se retiran en Octubre, las del primero hácia Plasencia, en cuyo tiempo el Gobernador de Ciudad-Rodrigo que hizo una salida de la plaza con cuatro hombres, fué hecho prisionero por los lanceros de Don Julian Sanchez. El Mariscal Suchet despues de varios encuentros con las tropas del General Blake destinadas á defender el reino de Valencia, se apodera de las plazas de Murviedro y Valencia, en donde entró en nueve de Enero de mil ochocientos doce. No obstante estos reveses, los cuerpos francos se multiplican y aumentan cada vez mas en la nacion, y se distinguen especialmente por su valor, organizacion y disciplina, los de Mina, Sanchez, el Empecinado, Longa, Palarea, y el Doctor Rovira. En diez y nueve tomó Lord Wellington por asalto la plaza de Ciudad-Rodrigo, concediéndole la Regencia el Ducado de ella, en premio de tan gloriosa accion, y en siete de Abril se apoderaron tambien los ingleses de la plaza de Badajoz.

Lord Wellington pasó el rio Agueda, y se apoderó de los puntos fortificados de Salamanca, lo que produjo la retirada del grande ejército frances, mandado por Marmont; mas reforzado por el General Bonet se avanza de nuevo sobre el Due-

ro. Las tropas portuguesas é inglesas eran recibidas con entusiasmo por todos los pueblos cansados de sufrir á sus invasores. Se habian dado ya diferentes acciones en Cuenca, sobre el Guadalete, en Andalucía, Cataluña y cerca de Alicante, y Lord Wellington y el Mariscal Marmont estaban maniobrando el uno enfrente del otro, empuñando golpes parciales, pero ninguno decisivo. En veinte y dos de Julio por fin trabaron la famosa batalla llamada de los Arapiles; Marmont salió gravemente herido, y su ejército completamente derrotado, con pérdida de mucha artillería, municiones, águilas, banderas, además de siete mil prisioneros y de un gran número de muertos, entre ellos algunos Generales de la mayor reputacion para los franceses. Los restos mandados por el General Clausel se vieron precisados á retirarse por Torner y Peña de Aranda á Tordesillas, detras del Duero, cuya línea tambien tuvieron que abandonar. Los efectos de esta victoria fueron de la mayor importancia: los franceses tuvieron que abandonar el sitio de Cadiz: perdieron á Sevilla á fuerza de armas y tuvieron que reconcentrarse en la parte N. E. de la península, careciendo en muchas semanas de comunicacion con la Francia. El intruso Rey José con las divisiones de Armagnac y Palombini, con sus mas preciosas alhajas y todos sus partidarios, evacuó á Madrid en once de Agosto trasladándose á la ciudad de Valencia, y al mismo tiempo desembarcaron en Alicante las tropas inglesas que venian de Sicilia para maniobrar contra el General frances Suchet.

Mientras que José verificaba su reunion con

Soult entre Madrid y Valencia, una parte del ejército aliado se habia adelantado por Castilla la Vieja y puesto sitio á la ciudad de Burgos; pero el Conde de Caffaselli que mandaba el ejército frances, llamado del norte de España, atacó vigorosamente al ejército sitiador obligándole á retirarse á la otra parte del Pisuerga. Reforzado Caffaselli con diez mil hombres llegados de refresco de Francia se puso en estado de obrar ofensivamente contra los aliados á los que les dió diferentes acciones que le facilitaron su entrada en Valladolid y sucesivamente en Aranjuez y otros pueblos de las inmediaciones de la Corte. Se reunieron los tres ejércitos franceses del centro, norte y mediodia en número de ochenta mil hombres, y como el de los aliados era mucho inferior se vió obligado á evacuar la Corte en la que entró José Bonaparte en tres de Noviembre. Al siguiente dia salió para Guadarrama seguido de todo el ejército frances con la idea de impedir la reunion del General Hill con Lord Wellington que habia sido nombrado generalísimo de todos los ejércitos españoles, pero su habilidad burló la idea de los franceses y se aseguró una cómoda y facil retirada.

### LECCION XXXV.

*Continuacion del reinado de Fernando Séptimo.*

**A**l abrirse la campaña de mil ochocientos trece, el Generalísimo Lord Wellington tenia á sus órdenes cuarenta y tres mil ingleses, veinte y siete mil portugueses y ochenta mil españoles de tropas re-

gladas y disciplinadas sin contar otros muchos cuerpos aislados y una infinidad de guerrillas, algunas de las cuales merecian el nombre de ejércitos, y que ascendian á muchos miles de hombres. El plan de Lord Wellington fué dividir sus tropas en tres columnas iguales; con la primera cubrir la frontera de Portugal desde el N. al S. de la España; con la segunda avanzar por la línea del Tajo hácia Toledo y reunirse allí con las tropas que habian desembarcado en Alicante y con la tercera entrar por el N. de Portugal en España para obligar á los franceses á retirarse y luego tomar la línea desde Benavente á Burgos, siendo el sitio de esta plaza la última parte del plan que debia ejecutarse á tiempo que el mismo Wellington con el grueso del ejército que se llamaba del centro, llegaba al Ebro para envolver al enemigo en una completa destruccion. Por bien concertado que estuviera este plan sufrió alguna alteracion por no haber producido todo el buen efecto que se esperaba la expedicion que el General Murray hizo contra Tarragona con un ejército Anglo-Hispano-Siciliano, destinado á llamar la atencion del General Suchet: mas no por ello fué menos apurada la situacion de los franceses, pues que batidos diariamente en choques parciales sobre toda la línea, obligados á retirarse de punto en punto, debilitados por la separacion de una parte de la guardia veterana, que las vicisitudes de la guerra habian puesto á Napoleon en la precision de llevarse á Alemania, y les fué preciso reconcentrarse en las provincias que separa el Ebro del resto de la España, abandonándolo con inclusion de la capital, formando una línea tan



débil y poco segura que empezaron á temer por su propia frontera. El golpe que acabó de decidir la suerte de la guerra, fué el que recibieron los franceses en Vitoria en veinte y uno de Julio. En esta batalla fué completamente derrotado el Rey José con todo su ejército, que se retiró en absoluta dispersion, dejando en poder de los aliados todos sus tesoros que eran inmensos, trenes y equipajes. Pusieron sitio á las plazas de Pamplona y San Sebastian que aun ocupaban, que no pudo hacer levantar el Mariscal Soult, sin embargo del furioso ataque que dió á las tropas aliadas con el objeto de socorrer las plazas sitiadas; trabó por último la famosa batalla de San Marcial, dada en el Bidasoa en treinta y uno de Agosto contra el cuarto ejército español mandado por el General Freyre, siendo el resultado de estas acciones la rendicion de las plazas de San Sebastian y Pamplona. Lord Beutink en Cataluña conseguia iguales triunfos, y las tropas españolas contra el Mariscal Suchet que habia abandonado á Valencia y Aragon, excepto algunos fuertes, comunicándose con la izquierda de Soult por los Pirineos.

Derrotados los franceses en todo encuentro por Lord Wellington, y principalmente en el lugar de la Sarre, en cuya batalla perdieron las posiciones de San Juan de Luz y de Ainhore, se retiran á Bayona y se acampan entre los rios Nive y Adour. Desde aquí hace Soult algunas correrías sobre las líneas de los aliados, habiendo sido la mas bien concertada la de doce de Noviembre; pero es siempre rechazado: treinta mil soldados del ejército de



Lord Wellington fuerzan en nueve de Diciembre el paso del Nive por Cambo y Ustariz, los franceses se retiran despues de haber hecho una defensa muy débil; pero reuniendo Soult en la misma noche cincuenta mil hombres, ataca al dia siguiente al enemigo, que ya habia sido reforzado con otras tres divisiones, y se traba una batalla muy sangrienta que fué sostenida por los franceses á pesar de sus mayores pérdidas y desventajas hasta el trece en que Lord Wellington se hizo dueño del campo y ocupó la orilla izquierda del Adour, dominando así la navegacion del rio.

Tal era la posicion de los aliados á principios de mil ochocientos catorce; numerosos cuerpos de tropas españolas ocupaban la línea derecha del ejército, estendiéndose á lo largo de los Pirineos, é igual movimiento habian hecho por la parte de Aragon y Cataluña los ejércitos de estas provincias. Debilitado Soult por las pérdidas y deserciones de sus tropas, se vió precisado á abandonar el campamento que tenia mas abajo de Bayona, á cuya ciudad se le puso luego un sitio formal. El Duque de Angulema entró en San Juan de Luz, en dos de Febrero, dirigió una proclama á los franceses, y fué acogido con entusiasmo en todas partes. La batalla de Ortés de veinte y ocho de Febrero causó á Soult la pérdida de siete mil hombres, y le obligó á retirarse á Auch y Agen. El General ingles Hope salió desairado en el ataque que dirigió á este tiempo contra la plaza de Bayona.

A consecuencia de la accion de Air del dos de Marzo, favorable al General Hill que la mandaba, se retiró el Mariscal Soult á Tarbes. El Maris-

cal Beresford entró al mismo tiempo con públicas aclamaciones en Burdeos á la cabeza de un respetable ejército anglo-luso. La batalla de Tarbes fué asimismo propicia á los aliados, y les franqueó el paso del Garona, y el camino hasta Tolosa. Habiéndose presentado aquellos delante de los muros de esta ciudad se travó en diez de Abril una accion sumamente gloriosa al ejército anglo-luso-hispano, especialmente al último, que mereció los mas distinguidos elogios por su bizarro comportamiento en ella: esta batalla tan sangrienta como infructuosa, por haberse dado cuando ya estaban arreglados los negocios políticos en París, obligó á los franceses á retirarse precipitadamente en la noche del doce. Luego que se supo que el enemigo habia evacuado esta ciudad, entró en ella Lord Wellington entre las aclamaciones del pueblo, y á pesar de la tenacidad de su inútil defensa, la trató con el mayor miramiento y consideracion. El General Thevenot sitiado en Bayona, habia sorprendido los sitiadores y hecho prisionero al General Hope que los mandaba.

Estas fueron las últimas acciones entre los aliados y los franceses. El nuevo gobierno de París envió órdenes terminantes á sus comandantes para que cesaran las hostilidades y para que fueran entregadas á los españoles todas las plazas que todavía ocupaban aquellos en la península.

Así concluyó esta guerra desastrosa, sostenida por el espacio de seis años con el mayor encarnizamiento de ambas partes, y cuyos funestos efectos fueron, segun el cálculo mas aproximativo, la destruccion de medio millon de soldados de Napoleon,

la mayor parte de soldados cubiertos de laureles conseguidos en sus guerras anteriores, el sacrificio de un número incalculable de víctimas españolas, el incendio, saqueo y esterminio de infinitos pueblos, el abandono de la agricultura, la languidez del comercio y la decadencia de la nación.

La entrada de las tropas francesas en España empezó en diez y nueve de Octubre de mil ochocientos siete, y á fin del año habian entrado cuarenta y siete mil cuatrocientos infantes, siete mil ciento veinte de caballería, cien carros, noventa y cuatro cañones, diez y ocho morteros y cincuenta y cinco obuses.

Durante el año de mil ochocientos ocho entraron doscientos tres mil trescientos hombres de infantería, treinta y seis mil doscientos de caballería, mil ochocientos carros y ciento noventa piezas de artillería. El once de Octubre entraron en España las primeras tropas del grande ejército que venia de Alemania, compuesto de cien mil hombres.

En mil ochocientos nueve entraron cuarenta y cuatro mil novecientos cincuenta hombres de infantería, cuatro mil trescientos dos de caballería, cuatrocientas treinta y cuatro piezas de artillería y trescientos cinco carros.

En mil ochocientos diez entraron ciento veinte y cuatro mil quinientos diez infantes, veinte y cinco mil setecientos treinta y cuatro de caballería, noventa y seis cañones, diez y seis morteros y tres mil doscientos nueve carros.

Suma total en los cuatro años de mil ochocientos siete, mil ochocientos ocho, mil ochocientos nueve y mil ochocientos diez, cuatrocientos veinte

y seis mil doscientos sesenta hombres de infantería, setenta y tres mil trescientos cincuenta y seis de caballería, siete mil seiscientos cincuenta empleados en el ejército, siete mil quinientos treinta guías: total general, quinientos catorce mil setecientos noventa y seis hombres, ochocientos veinte cañones, treinta y cuatro morteros, cincuenta y cinco obuses, y cinco mil cuatrocientos catorce carros cargados de efectos militares.

En mil ochocientos once hasta veinte y ocho de Enero, entraron solamente seiscientos hombres de infantería y ciento ochenta de caballería.

El número de españoles, ingleses y portugueses hechos prisioneros y conducidos á Francia por el camino de Bayona hasta el veinte y dos de Febrero de mil ochocientos once, ascendió á cuarenta y ocho mil doscientos ochenta y ocho hombres.

Del total de tropas francesas entradas en España, han vuelto solo á Francia cincuenta y tres mil trescientos hombres, desde mil ochocientos siete á mil ochocientos once.

A este cálculo se debe añadir cinco mil franceses tomados en la escuadra mandada por Rosilly. Esta se componia de cinco navios y una fragata que tenian á su bordo dos mil hombres de tropa. Esta hermosa escuadra fué batida y tomada en la bahía de Cadiz el trece de Junio de mil ochocientos ocho por las fuerzas navales del mando del General Apodaca.

Debe añadirse igualmente al menos ochenta mil hombres de tropas francesa que entraron en Cataluña durante estos cuatro años por el camino de Perpiñan á las órdenes de los Generales Du-



hésme y Saint Cyr y de los Mariscales Augereau y Macdonald.

De esta enumeracion resulta que el total de las tropas francesas entradas en España desde mil ochocientos siete hasta mil ochocientos once, debe valuar-se á lo menos en seiscientos mil hombres; y para conocer cuanto se aproxima este cálculo á la verdad, basta echar una ojeada sobre la multitud de campañas, batallas, sitio y acciones de guerra de toda especie que ha habido en la península durante esta lucha, para siempre memorable y honorífica á la lealtad española, contra la perfidia de Bonaparte; y en vista de ellas se podrá formar una idea de los esfuerzos y sacrificios que ha hecho la España para conseguir su independenciam y dársela á la Europa.

### LECCION XXXVI.

*Continuacion del reinado de Fernando Séptimo.*

**E**vacuada toda la península, las Córtes y la Regencia se trasladaron á Madrid, y durante la guerra se habian ocupado incesantemente desde su instalacion, y promulgacion de la Constitucion política de la monarquía, en expedir y sancionar diferentes leyes y reglamentos que facilitaban el progreso de la industria y comercio, y restaurarian á su primitivo esplendor la monarquía española. Se estableció la libertad de imprenta sobre bases sólidas y equitativas, para que los españoles pudieran comunicarse sus conocimientos y adelantos en to-



dos los ramos y pudieran conseguir por este medio as ventajas que habian adquirido las demas naciones : se abolió en todos los dominios españoles el tribunal de la Inquisicion creado por los Reyes Católicos, reintegrando á los obispos á la plenitud de sus atribuciones como jueces natos y exclusivos de la fé, y se dictaron por último otra porcion de medidas sabias y luminosas que hacian prever un porvenir venturoso á la España, y que al mismo tiempo que adquiria su independendia civil contra la injusta agresion de Bonaparte, la adquiria igualmente su comercio é industria , igualándose á la de sus naciones vecinas , que por sus rápidos progresos la habian destruido enteramente, constituyendo nuestros puertos y plazas en unos mercados continuos en donde á trueque de sus manufacturas estraian todo el numerario que habia en la península, y el que se recibia de América. Esta perspectiva escitó la emulacion de los estrangeros y la de sus gobiernos, considerando como uno de los puntos mas principales en su política, el destruir el mismo sistema constitucional, que ellos mismos habian aplaudido y reconocido como legítimo, en un tiempo en que les eran tan necesarios los esfuerzos de la España para sacudir el yugo que las armas de Napoleon imponian á toda la Europa, y amenazaban destruir enteramente la Inglaterra. La principal arma de que se valieron fué el introducir en España el gérmen de la division, escitando el celo y emulacion de las clases privilegiadas, cuyos goces y exenciones debian venir á tierra luego que se consolidara un órden regular y uniforme en la administracion, y que debian su origen á intrusio-

nes que habian hecho estas clases en los derechos particulares, á concesiones impremeditadas de los Príncipes, estendidas á beneficio de la molicie y holganza en que tanto ellos como el pueblo español cayera por las escesivas riquezas que le entraban de América, cuya circulacion le hizo abandonar su agricultura, industria y comercio. El clero secular y regular se habia aumentado considerablemente, y en desproporcion de la poblacion, y engrosado en sus riquezas, sin que bastasen á contener sus adquisiciones los decretos ya espedidos por Carlos Tercero y Carlos Cuarto con este objeto; pero tenian que contenerse y limitarse, sufrir una terrible reforma bajo un gobierno representativo cual era el constitucional, cuyas disposiciones eran públicas, no podian obstruirse ganando á los agentes del poder, y que habia de progresar en el sistema ya emprendido de las reformas por la propagacion de las luces que hacia cada vez mas interesante y estensa la libertad de la imprenta. Clamaban pues los eclesiásticos, los grandes y los ignorantes contra este orden de cosas, ponian en ejercicio los irresistibles medios que les proporcionaba el púlpito y el confesonario, para hacer creer á los incautos que se debilitaba y destruia la Religion de sus padres, cuando nunca estuviera en mayor esplendor, pues se la despojaba de las supersticiones con que la habian desfigurado y hecho odiosa sus mismos ministros, y así introducian la division en España proporcionando una guerra civil al mismo tiempo que se extinguiera la estrangera.

Fernando Séptimo que desde el principio de la

guerra había estado prisionero en Valencey, acompañado de su hermano Carlos y del infante Don Antonio, durante su cautiverio, dirigió algunas comunicaciones en la manera que le fué permitido á las Córtes y la Regencia, congratulándose por su instalacion y haciendo esperar su absoluta adhesion á los principios de gobierno emitidos por las mismas que no eran, mas como ya se ha dicho, que el restablecimiento de nuestras antiguas leyes; bajo un tratado particular y secreto que hizo con Napoleon, obtuvo su libertad, y en trece de Marzo salió para España con su tio y hermano bajo el nombre de Conde de Barcelona. A este tiempo los agentes del clero por una parte se habian apoderado de los Infantes Don Carlos y Don Antonio, que llenos de preocupacion se constituyeron en los principales enemigos del sistema constitucional, influyendo activamente en el ánimo de Fernando para que no adoptase dicho sistema: los emisarios extranjeros se les habian unido con el mismo objeto, representándole dicho régimen como depresivo de su autoridad, opuesto á la religion y á las leyes y costumbres con que siempre habia sido regida y gobernada la nacion española.

Fernando Séptimo, en verdad, no era supersticioso; pero propendia naturalmente al absolutismo, bajo cuyos principios habia sido criado y educado, y ó bien porque viera al régimen constitucional combatido por estos elementos, ó bien porque considerase como indispensable presentarse en el trono con el apoyo del clero que por sus riquezas podia proporcionarle desde luego las sumas que

necesitaba para sostener el lujo y profusion á que era inclinado, ó bien que prefiriendo su interés personal, quisiera reinar efectivamente absoluto, y sin las trabas y restricciones que justamente le ponía el régimen constitucional, se adhirió á todas estas sugerencias; pero ocultó su determinacion para mejor asegurarla. El diez y nueve de Marzo llegó á Perpiñan, y desde allí, pasando por las cercanías de Barcelona, por Tarragona, Tortosa y Zaragoza, llegó á Valencia, en cuya ciudad el General Elio le ofreció su cooperacion y la de las tropas que mandaba, para la destruccion del sistema constitucional, que efectivamente anuló por un decreto espedido en cuatro de Mayo, alucinando á la nacion con la oferta solemne de convocar á Córtes, y con su acuerdo darle una nueva Constitucion.

Desde aquel punto se trasladó á la Corte, y la noche antes de su entrada, el Capitan General de Madrid Don Francisco Javier Eguía, entendido por Coletilla, en persona prendió á todos los Diputados de las Córtes, á los individuos de la Regencia, y otra porcion de personas notables por su ciencia y virtudes, y que mas habian contribuido á la salvacion de la patria, en el sostenimiento de la guerra, y á quienes exclusivamente debia Fernando su restitucion al trono, sumiéndolos en los calabozos mas insanos y recónditos de las cárceles y de la Inquisicion; se restableció este tribunal, repuso la administracion bajo el mismo pie de arbitrariedad y abusos en que estaba anteriormente, y se nombraron comisiones especiales para juzgarlos, confiriéndoselas á los notoriamente conocidos como



sus enemigos, y que habian sido los principales agentes para la destruccion de aquel régimen. Estas comisiones, que se suprimieron y reemplazaron por otras, porque ningunas hallaron justificados ó pudieron hacer aparecer como tales los cargos que les hacian, fueron disueltas del todo, y decidida la suerte de los presos por el mismo Fernando Séptimo, destinando á unos á presidio, á otros á destierros y confinamientos, y á otros á prisiones dilatadas en castillos y conventos, estendiendo el luto y ruina en las familias mas distinguidas, y que mas habian trabajado en defensa del mismo Rey que tan injusta y arbitrariamente los perseguia y vejaba.

Apoderados de él enteramente los agentes del clero y las influencias de su tio y hermano, le arrancaron el decreto para la restitution de los Jesuitas, con devolucion de todos sus bienes, estendido en los términos mas oprobiosos y denigrativos á las respetables memorias de su abuelo Carlos Tercero y de los Pontífices que habian entendido en el negocio y decretado su espulsion. La Corte se convirtió en una sentina de todos los vicios, se ocupaba y distraia al Monarca, proporcionándole los placeres mas incontinentes, y las riendas del gobierno estaban abandonadas á mandatarios venales y feroces que solo procuraban enriquecerse aumentando las persecuciones contra el resto de los españoles, que veian con escándalo esta conducta, y hacian esfuerzos para mejorar su situacion y la de la patria, con cuyo objeto formaron diferentes combinaciones, siendo las principales la de Mina en ochocientos catorce, la de Richar Renobales en ocho-



cientos quince en Madrid, la de Porlier en la Coruña en mil ochocientos diez y siete, Vidal en Valencia en ochocientos diez y ocho, y La Bisbal en Andalucía en ochocientos diez y nueve, que todas fueron descubiertas y frustradas por el espionaje y rigor de los satélites del despotismo.

En medio de este terrorismo, el Consejo de Castilla tomó en consideracion el estado de viudez en que se hallaba Fernando Séptimo que de la primer muger no habia tenido sucesion, y previendo los males que podria acarrear á la nacion el que permaneciera en aquel estado, le invitaron por repetidas consultas á que eligiera muger en las diferentes princesas de la Europa, inclinando á su hermano Carlos, que permanecia soltero, á que lo hiciera igualmente. Una mano oculta distraia y separaba al Monarca de esta eleccion, y se traslucia un conato á que permaneciera en aquel estado, para que por su muerte la corona recayera en su hermano Carlos; mas repitiendo sus instancias el Consejo de Castilla y en precision ya de acallar los rumores del pueblo que se ocupaban ya de este objeto y podian comprometer la seguridad del Estado, se decidieron á ello y verificaron su casamiento, Fernando Séptimo con María Isabel y Carlos con María Francisca, ambas hijas de los Reyes de Portugal que aun se hallaban refugiados en sus estados del Brasil en el Rio Janeiro.

María Isabel de Braganza, de las mejores disposiciones tanto físicas como morales, hizo concebir á la España las mas halagüeñas esperanzas de su union con Fernando; era humana, afable y decidida por las artes; mas habiéndose hecho embara-

zada, en los últimos meses de su preñado fué acometida de un insulto aplopético, que la privó del conocimiento y uso de sus sentidos; despues de cuarenta y ocho horas de este estado creyéndola muerta, ó que realmente lo estaba, porque este es un hecho que se ha procurado obscurecer, los médicos de cámara trataron de salvar el feto, y la abrieron sin poderlo conseguir, porque ya habia espirado; hay quien dice, que en el acto de la operacion, María Isabel dió algunas muestras de vida, pero ya no habia remedio; su muerte se verificó, cubriendo el corazon de su esposo de luto, por la pérdida de tan apreciable compañera, y la España privada de las esperanzas que habia formado y que creia indudablemente realizarse por la sucesion que prometia.

Los observadores y políticos vieron á Cárlos y su esposa María Francisca exentos del llanto y afliccion que atormentaba á su hermano, y al resto de los españoles, y lo interpretaron á las mas probables esperanzas que este podia concebir sobre su sucesion á la corona.

Esta pérdida se agravó con la de las Américas, en donde frustradas las esperanzas que les habia hecho concebir el sistema constitucional, volvieron de nuevo á encenderse las disensiones políticas, se respiró de nuevo hácia su emancipacion, y de hecho la consiguieron arrojando á las autoridades españolas, batiendo y destrozando las pocas tropas que guarnecian aquellos dominios, que se dividieron en varios estados independientes unos de otros, bajo diferentes formas de gobierno. El Monarca Español hizo varios esfuerzos para reconquistar-

las; envió tropas y un formidable ejército á las órdenes del General Don Pablo Morillo; mas todas estas tentativas fueron inútiles; cuantas tropas enviaron, perecieron en aquellos dominios; cesaron enteramente los ingresos de numerario que recibia de ellos la península, y se aumentó mas la penuria de nuestro erario, con los inmensos gastos que era necesario hacer para todas estas expediciones, cuyo transporte y conduccion tenia que verificarse á costa de oro en buques extranjeros, por la destruccion total de nuestra marina, que no se habia tampoco cuidado de restablecer y reparar.

El descontento público se aumentaba de dia en dia; á la misma proporcion todos los hombres aun los mas estúpidos é ignorantes, criticaban las operaciones del Gobierno; no faltaron políticos y celosos patriotas que le hicieran ver á Fernando la necesidad de otorgar á las Américas la emancipacion en que de hecho estaban haciendo con ellas tratados favorables á nuestro comercio, y exigiéndolas algunas prestaciones de dinero con que salir de nuestros apuros, y sobre lo cual habia ya de parte de los americanos proposiciones ventajosas en nuestro Gobierno. Al mismo tiempo se le representaba la necesidad de reformar el clero alto, regular y secular, y hacerle que en proporcion á sus haberes contribuyera á las cargas del estado, y aun se dictaron algunos decretos sobre este particular, entre ellos el memorable sistema de Hacienda propuesto á S. M. por Don Martin Garay, á los pocos dias de haberlo nombrado su Ministro en dicho ramo.

El estado eclesiástico, autor indudablemente de

todos los males que con posterioridad se han acarreado á esta nacion, y del descrédito mismo en que cayó Fernando Séptimo para con ella, en contraposicion al amor y entusiasmo con que le estaban adheridos los españoles, frustró estos planes, y figurándole siempre en las personas que se lo proponian un conato á destronarlo y deprimir sus regalías de que era extraordinariamente solícito, convertia sus inclinaciones en odio y persecucion de las mismas personas que se interesaban en su bien y en el de la patria, con lo que conseguia aumentar los justos resentimientos que ya tenian con Fernando; hacer que se separasen de él temiendo las consecuencias, y al mismo tiempo por la inseguridad que ellos mismos tenian de sus resoluciones, procuraban desacreditarle y crear un partido en favor de su presunto sucesor Don Carlos, imbuyendo al populacho y gente ignorante con las apologías mas fabulosas en favor de sus buenas cualidades piadosas y de entereza é ilustracion para gobernar, haciéndoles ansiar el momento en que se verificase la traslacion á él de la corona.

Efectivamente, desde aquel tiempo el clero español formó este plan; así es que habiendo Fernando Séptimo tratado de contraer terceras nupcias, ya que no pudieron evitarlo, influyeron para que se realizase con una princesa de Sajonia, hija del príncipe Maximiliano, hermano del Rey de aquellos estados, que fanatizada por una educacion religiosa recibida en un convento donde vivió desde sus primeros años, demostraba en su físico no poder dar al trono la sucesion directa que anhelaba á la par Fernando y los españoles, como el único



medio de despertar en él los intereses nacionales, sustraerlo de la dominacion en que lo tenia el clero, y destruir las esperanzas que habia fundado en su hermano Carlos.

Efectivamente María Josefa Amalia, que así se llamaba esta Princesa, correspondió en un todo á las ideas del clero; unida á él íntimamente, contribuyó no poco á los desaciertos de Fernando por un principio de religion y piedad mal entendida.

Fernando Séptimo, alucinado con tan pérfidos consejeros, no adoptó ninguno de los medios regeneradores que se le proponian: proyectó una nueva expedicion para Ultramar, acumulando infinidad de tropas á Cadiz, en cuyo puerto debian embarcarse, y se hicieron para este efecto los gastos mas enormes y que acabaron de arruinar enteramente nuestro erario. Los individuos del ejército expedicionario y sus gefes eran otras tantas víctimas seguras del rigor de las holas, del valor y esfuerzo de los americanos, que habian contraido en su lucha ya un empeño igual que el que animara á los españoles en la guerra de la independenciam: todas las probabilidades estaban á su favor, y los españoles en esta última agresion, íbamos á luchar en aquel pais, y con menores fuerzas, contra los mismos elementos que estrellaron las formidables huestes de Napoleon en España.

El militar, por mas valiente y esforzado que sea, y mayor su heroicidad, no se presta á una muerte cierta, que no ha de producir nunca el beneficio de su patria. Esta idea generalizada en el ejército los desanimaba, y agitado su descontento por el de la nacion toda, produjo el noble alzamiento



y grito dado en las Cabezas de San Juan en primero de Enero de mil ochocientos veinte, poniéndose al frente de él los gefes Riego, Quiroga, Lopez Baños, Arco-Aguiero y O-Dali. Como por encanto se trasmitió á la mayor parte de las provincias, y Fernando Séptimo al parecer convencido de que tal era el voto de la nacion, y que su felicidad y la consolidacion del trono dependia de ello, en siete de Marzo del mismo año juró la Constitucion política de la Monarquía Española promulgada en Cadiz en mil ochocientos doce, mandando se jurara y observara igualmente en toda la nacion: alzó los destierros y sacó de las prisiones á los patriotas distinguidos á quien despóticamente habia condenado, y principió para la España una nueva era de ventura y felicidad, que se hubiera consolidado á no impedirlo las intrigas del clero por una parte, las sugestiones estrangeras, y siempre las debilidades de este príncipe, que habido sin límites por sus regalías y derechos, fluctuaba entre uno y otro partido sin decidirse á ninguno, produciendo á un tiempo la ruina de todos y destruyendo por su mano el mismo trono y regalías que queria conservar, como se verá mas adelante.

Aterrados con esto los satélites del despotismo, pusieron en ejercicio cuantos medios estaban en su alcance, para separar al monarca de la marcha noble y franca que habia prometido seguir, sin separarse un ápice de la senda que le marcaba la misma Constitucion, en el uso y ejercicio de sus regalías y atribuciones; le representaba á cada paso que diera por dicha senda, un precipicio en que iba

á sumirse con toda su dinastía, y lo persuadió por último á unirse con el clero para trabajar de consuno en la destruccion del mismo sistema constitucional, que libre y espontáneamente habia adoptado.

Prodigadas con oportunidad las riquezas del clero, suscitaron insurrecciones parciales en algunos puntos de la península; promovieron y organizaron diferentes partidas ó guerrillas, que abrogándose el título de defensores del altar y el trono, robaban, talaban y cometian los mayores estragos y desórdenes por do quiera que iban, y pusieron á la España en un estado de division y desolacion tan espantosa, que solo no aterraba á los que fanatisados por la supersticion ó la ignorancia, se prestaban como ciegos instrumentos de las ideas del clero, robustecido por los auxilios é intrigas con que las Cortes de Rusia, Prusia, Francia y Alemania agitaban la rebelion y destruccion de aquel régimen. Fernando Séptimo entretanto, tan pronto se prestaba á las insinuaciones de este partido, para derrocar la Constitucion, como lo hacia á las medidas de represion y conservacion que contra ellos le proponian sus ministros. La sangre española se derramaba á torrentes de una y otra parte; y unos y otros, por distintas causas, pero todos con razon, culpaban á Fernando de tanta desgracia: los enemigos de la Constitucion en sus planes concebian la idea de asociarle al trono á su hermano Carlos, íntimamente adherido á las pretensiones del clero: los constitucionales se afirmaban mas en la idea de conservar á todo trance una Constitucion que los pusiera á salvo de la arbitrariedad y debilidades de este Príncipe y demas que

le sucedieran; uno y otro partido clamaba por Fernando y lo presentaba como el blanco de sus esfuerzos, y en realidad ninguno lo queria.

El partido constitucional, sin embargo, seguia su marcha, sus tropas batian y derrotaban en todos los puntos á las organizadas ya por la faccion, de la que indudablemente hubieran triunfado. Conocido esto por las cortes estrangeras, se decidieron á cooperar activamente en la destruccion de aquel régimen, y la de Francia lo realizó enviando á España cien mil hombres á las órdenes del Duque de Angulema, que verificaron su entrada por Abril de mil ochocientos veinte y tres.

Las Córtes y el Gobierno con Fernando y toda la familia Real se trasladaron á Sevilla, y de allí á Cadiz, y los franceses ocuparon á Madrid, estableciendo una Regencia. La buena fé de los Generales que mandaban las tropas constitucionales fué sorprendida por las promesas con que los de las francesas, y el Duque mismo de Angulema les ofrecieron, se daria á la España un Gobierno representativo á imitacion del que regía en Francia, que hasta cierto punto conciliase los partidos, y evitara la efusion de sangre que cada dia iba en aumento; estipularon y solemnizaron capitulaciones con que se suspendieron las hostilidades, y el Gobierno sitiado en Cadiz, se disolvió por último en treinta de Setiembre, en virtud de un decreto autógráfo de Fernando Séptimo por el cual reconocia la legitimidad del Gobierno Constitucional, aprobaba todos sus actos, y ofrecia por último conciliar todos los partidos, tan luego como estuviera en la Capital, para lo cual convocaría

las Córtes y con su acuerdo adoptaría la clase de gobierno mas análogo para conciliar todos los partidos, y satisfacer los deseos de sus pueblos.

Disuelto ya el gobierno, se trasladó el Rey con su familia al Puerto de Santa María, en donde lo esperaba el Duque de Angulema, y el mismo dia de su llegada que fué el primero de Octubre, nombró para sus ministros y consejeros íntimos á Don Victor Damian Saez, canónigo de la Catedral de Toledo, y al Duque del Infantado, publicando en el mismo un decreto en virtud del cual declaraba nulos y de ningun valor todos los actos del gobierno constitucional en España. Se trasladó á Madrid y disolvió enteramente el ejército español, dejando á sus oficiales y generales en la clase de indefinidos, y produciendo otra porcion de leyes de proscriccion, de terror y de sangre que envolvian en su ruina y perdicion las dos terceras partes de la España: los que no pudieron emigrar á países estrangeros, eran sumidos en cárceles de donde salian para destierros, presidios y el cadalso, sin formarles causa á unos, y á otros sin observar los trámites y formalidades de la ley, cuyo sistema de persecucion y terrorismo se ha continuado todo el resto de su reinado.

Aumentado así el descontento público se formaron por los emigrados diferentes combinaciones para restablecer la Constitucion, que todas se frustraron en sus primeros pasos, produciendo cada una de ellas millares de víctimas inocentes, que el gobierno inmataba, de los liberales que en lo interior del reino, se mantenian pacíficos, para vengar y contener los proyectos de los de afuera; y



así el reino no presentaba ya otro aspecto que el de la desolacion y el espanto.

## LECCION XXXVII.

### *Continuacion del reinado de Fernando Séptimo.*

La situacion de Fernando Séptimo se hacia cada dia mas crítica; en rededor de él pululaba el gérmen de la revolucion y la discordia, y si bien los liberales nunca conspiraron contra su vida, ni corona, porque sus pretensiones aun en los momentos del mas exaltado resentimiento, se limitaban á solo el restablecimiento de la Constitucion, se presentaron sin embargo, otros enemigos mas terribles que directamente trataban de destronarlo, no titubeando si necesario fuera para conseguirlo, atentar hasta contra su vida.

El clero regular y secular que desde la venida de Fernando Séptimo á España á la conclusion de la guerra de la independenciam, habia encontrado en él, sino una oposicion directa de sus planes, al menos una pasiva, y de detenimiento que solo vencía á fuerza de ardides, ó donativos pecuniarios con que enriquecia el bolsillo secreto del Monarca, fijó su vista y esperanzas en el Infante Don Carlos, que, ó bien porque fuese un fanático y supersticioso, ó bien porque calculando sobre sus intereses personales, mirara en el sosten del clero el de los suyos propios, era un ciego instrumento de todos sus planes, ansiaba que se verificase su sucesion á la corona, y que Fernando muriera sin hijos, á lo que lo creian muy espuesto, por el afecto goto-



so que habia contraido en Francia, y del que de tiempo en tiempo sufría ataques muy agudos. En un principio, no pasó esto de una idea lisongera que se propusieron, oponiendo á los enlaces matrimoniales de Fernando, para que no tuviera sucesion, una resistencia pasiva con intrigas sigilosas tan bien combinadas, que no dejando rastro ninguno, no podian producir comprobante alguno de su existencia.

Jurada por Fernando Séptimo la Constitucion, lo calificaron ya como un Monarca enemigo del clero, y ya que no podian atentar contra él directamente en las combinaciones que formaron para la destruccion del sistema constitucional, siempre se sentaba como base ó garantía el que se habia de asociar en el trono con su hermano Carlos.

La destruccion del sistema constitucional no se verificó por sus esfuerzos, sino es por la mediacion é intervencion de los franceses; Fernando Séptimo se reintegró en el trono á la sombra de las cien mil bayonetas francesas que lo circundaban, y no pudo el clero realizar esta parte integrante de sus planes, que indudablemente hubiera contraido la misma Francia.

Reservó, pues, su ejecucion para ocasion mas oportuna, tomándose el tiempo necesario para prepararla con seguridad del éxito. Lo primero que hizo luego que Fernando Séptimo salió de Cadiz y volvió al trono en la plenitud de sus gozes, fué el que se separasen de sus destinos en todos los ramos de la administracion, bajo el pretesto de que habian sido adictos al sistema constitucional, á las personas que las ocupaban, reemplazándolas con

las que ellos mismos elegian: asimismo lo persuadieron á que, en la suposicion de haberse quedado sin tropas, por la disolucion del ejército constitucional, debia conservar, bajo el nombre de voluntarios realistas, á toda la gente mas mala de los pueblos, que el oro eclesiástico habia seducido y armado para la destruccion de aquel régimen, cuyos dos medios, aprobados que fueron por el Monarca, los puso en el caso de poderse apoderar de su persona y trono, sin oposicion alguna, en el momento que les pareciese.

No bien hubo aprobado el Monarca estas disposiciones, cuando se vió enteramente esclavo de la faccion: ella le presentaba los decretos y órdenes de proscripcion, que las mas veces firmaba entre amenazas: las veces que trató comprimirla, se insurreccionaron abiertamente contra él y lo desobedecieron, como sucedió en el mismo año de mil ochocientos veinte y cuatro, en que habiendo espedido un indulto, aunque limitadísimo, en favor de los constitucionales, y publicado un reglamento para organizar bajo cierto orden de regularidad y disciplina los voluntarios realistas, estos se amotinaron y quemaron publicamente los ejemplares que se circularon, prorumpiendo en denuestos é imprecaciones contra la vida del Monarca que lo habia decretado; en el alto Aragon el titulado General Capapé, que fué uno de los que organizaron una partida en contra de la Constitucion, reunió otra que se pronunció abiertamente en favor de Carlos, proclamándolo Rey de España, cuya insubordinacion fué sofocada, y él preso por los esfuerzos de los oficiales indefinidos del ejército constitucional, que

esparcidos por aquellos pueblos, volaron á las armas, en defensa del Rey y auxilio de las autoridades; Bersieres despues en el año de mil ochocientos veinte y cinco salió de la Corte, reunió gente y se pronunció en la Alcarria con el mismo objeto, cuya conspiracion fué igualmente sofocada por la activa cooperacion de los constitucionales, preso Bersieres y fusilado en el acto.

El Monarca entonces, como despertando algun tanto del letargo en que estaba, trató de reprimir y contener con mano fuerte los progresos de una conspiracion que desde luego se presentaba con el carácter mas maligno; separó algunos de los funcionarios públicos de mas categoría, entre ellos al Superintendente general de Policia del Reino, que indudablemente correspondia á aquel partido, nombrando en su lugar á Don Juan José Recacho.

El celo de este Magistrado y sus incesantes desvelos, lo condujeron al descubrimiento de las grandes ramificaciones que tenia en toda la península la conspiracion de Bersieres, con los comprobantes mas auténticos, en justificacion de que el clero regular y secular eran los principales agentes, que su objeto era su destronacion, proclamando por Rey á Don Carlos, que contaban con el apoyo de los voluntarios realistas, y que si no se les comprimia con mano fuerte, y desarmaba, estallaríá muy en breve la misma conspiracion en Cataluña, sostenida por treinta mil hombres, que el clero tenia ya dispuestos y asalariados en aquel punto.

Como que todos los ejes del Gobierno no obraban en combinacion con este celoso Magistrado, particularmente el Ministro de Gracia y Justicia,

Don Francisco Tadeo Calomarde, reveló al clero los descubrimientos y planes de Recacho, y la disposicion favorable en que estaba el Monarca para adherirse á ellos, y unos y otros de consuno atacaron al Rey por su flanco mas débil, que era el temor y la desconfianza, y le supusieron que Recacho era el principal agente del partido constitucional, y que su objeto, en la persecucion del clero y de los realistas, era aislarlo de sus defensores, para poder con mas ventaja realizar sus proyectos y destruirlo. Estas sugerencias eran fuertemente acaloradas por el Infante Don Carlos y su esposa, que á cada paso y con cualquiera pretexto frívolo, se querellaban y quejaban agriamente de Recacho. El Monarca por fin, firmó el decreto de su separacion de la Superintendencia y destierro, y en la misma tarde que se publicó en Madrid, el clero con los voluntarios realistas, organizaron una asonada para asesinarlo, de la que se libertó primeramente ocultándose, y emigrando despues para el extranjero; tal fué el premio y recompensa que recibió por sus distinguidos y señalados servicios.

Separado Recacho del destino, y sustituido por un agente de la faccion carlista, que tal era el nombre con que estaba calificada, se reprodujeron nuevamente las persecuciones y decretos de proscripcion contra los liberales; el clero solicitó y obtuvo del Rey por medio del Consejo de Estado, compuesto en la mayor parte de sus adictos y agentes, el que crease una inspeccion de voluntarios realistas, cuyo objeto era reglarlos bajo un pie militar, á las órdenes de un General de su devocion, sus-



trayéndolos de la intervencion y obediencia á todas las autoridades, á lo que accedió el Monarca, nombrando por Inspector General de dicha arma al Teniente General Don José María Carbajal, que era en efecto uno de los principales agentes del clero. A los pocos dias, y por el mismo conducto, se le hizo otra consulta para el restablecimiento del ominoso tribunal de la Inquisicion; pero Fernando se negó abiertamente á ello, y esto escitó de nuevo la cólera del partido carlista y agitaron la conspiracion que en mil ochocientos veinte y siete estalló en Cataluña, con la misma fuerza y elementos que la habia denunciado Recacho, pronunciándose ya abiertamente y en favor del Infante Don Carlos.

Fernando Séptimo conociendo la importancia del negocio, reunió las pocas tropas que pudo, y marchó en persona á Cataluña, para sofocar la conspiracion, y lo consiguió en efecto, mas bien por la política y el engaño, que por las armas, sometién dose á una porcion de condiciones ominosas á la Magestad, siendo una de ellas, el estermínio de los liberales, que era el único apoyo con que contaba, y de que habia echado mano, en lances tan críticos y apurados.

De este convenio no hay documentos oficiales á que poderse referir; pero además del rumor público que así lo atestiguaba, lo acreditaron los hechos; pues en los cuatro años siguientes, del modo mas injusto y arbitrario, se condujeron al patíbulo mas de tres mil constitucionales, en todos los puntos de la península, y confinó triple número al menos en los presidios, castillos y conventos.



En este estado las cosas, María Josefa Amalia enfermó y murió á los pocos dias, é instigado nuevamente Fernando Séptimo á contraer otro matrimonio, principalmente con el deseo de dar un sucesor á la corona, lo sujetó al examen y deliberacion del Consejo de Estado. El clero, por medio de sus agentes en aquella corporacion, trató de impedir el matrimonio por cuantos medios les pudo sugerir su astucia y malignidad; y viendo que no pudieron conseguirlo, y que este se iba á efectuar con María Cristina de Borbon, hija de los Reyes de Nápoles, y sobrina carnal del mismo Fernando, hicieron circular una porcion de escritos y libelos infamatorios para desacreditarla, en los puntos mas esenciales de la moral, y concitar los ánimos contra ella.

El partido liberal, al contrario, miró en este enlace el término de sus persecuciones y desastres. Efectivamente, Cristina de Borbon, se presentó en España como la aurora en un dia sereno, despues de la noche mas tenebrosa; sus gracias personales resplandecian y adquirian nuevo brillo con su candor, é indulgente trato para cuantas personas la acompañaban, y se postraban á sus pies; y á muy luego de verificado su enlace, se publicó su embarazo, con lo que se redoblaron las esperanzas de los españoles oprimidos, y la ansiedad misma y satisfaccion del Monarca, aumentándose el disgusto del clero que veia frustrarse el objeto de colocar á Carlos en el trono, si bien aun tenia la de que, si daba á luz una niña, entrase á suceder, por la exclusion que habia hecho de las hembras á la corona la detestable ley sálica publicada en tiempo de Felipe Quinto.

Este Monarca, en contravencion á nuestras leyes antiguas fundamentales, publicadas y sancionadas en Córtes, por uno de los muchos actos despóticos y arbitrarios con que caracterizó su reinado, derogó la que fijaba el órden directo de suceder en la corona en la línea recta con preferencia de los varones á las hembras, y por falta de estas en aquella línea, á la transversal igual en la misma forma, segun y como en virtud de las mismas leyes se estableció la sucesion regular, en los mayorazgos y vinculaciones, introduciendo en su lugar la citada ley sálica, en virtud de la cual se excluia á las hembras de la sucesion, llamando á ella despues de los varones en la línea recta, á los de la transversal igual, y así sucesivamente.

La adopcion de esta ley estrangera la hizo por un decreto sin la concurrencia de las Córtes, tan indispensable, segun nuestras leyes, para la promulgacion de cualquiera otra, y por consiguiente desde su publicacion tuvo opositores, y fué contradicha, por los tribunales y personas mas caracterizadas. La abundante sucesion que de uno y otro sexo tuvieron los reyes sucesivos, les hizo mirar este negocio con indiferencia; mas suscitado por un acaso en el reinado de Carlos Cuarto, este monarca convocó á Córtes en el año de mil setecientos ochenta y nueve, y por una ley formal hecha en ellas con todos los requisitos que prevenian las nuestras fundamentales, se derogó la sálica adoptada y publicada por Felipe Quinto, restableciendo otra vez á su fuerza y vigor la fundamental de la monarquía, que fijaba el órden directo de suceder como queda anteriormente dicho. La abundante su-

cesion que de uno y otro sexo tuvo tambien Carlos Cuarto, la revolucion de Francia que estalló de un modo horroroso en aquellos años, y los cuidados que de uno y otro, y sin intermision cercaron al gobierno español hasta la abdicacion de Carlos Cuarto, pusieron en olvido este negocio, y no se dió á la ley hecha y sancionada en las Córtes de mil setecientos ochenta y nueve la publicidad que era de desear; mas Fernando Séptimo que no habia tenido sucesion, que veia á su esposa próxima á dársela, en la incertumbre de si podria ser varon ó hembra, para asegurar en este caso su suerte y libertar á la España de la guerra de sucesion de que ya estaba amenazada por el reiterado conato aun en su misma vida en favor de su hermano Carlos, consultó el negocio con el Consejo de Castilla, y sujetándose á su dictámen, y al de las personas mas calificadas sobre materia tan grave, y ciñéndose á lo prevenido por nuestras leyes, dió publicidad y promulgacion en forma á la hecha por su padre en Córtes celebradas en el palacio del Buen Retiro en el año de mil setecientos ochenta y nueve, por la cual quedaba para siempre abolida la ley sálica, volviendo el órden directo de sucesion á la corona, asegurándose así á la hija que á muy poco tiempo dió á luz María Cristina, y se la puso por nombre María Isabel.

Publicada esta ley, no cesaron un punto las maquinaciones y tramoyas del partido carlista, esperando para estallar un momento favorable.

Las continuas agitaciones que el Monarca español esperimentó en su reinado, los temores que de continuo le asaltaban, hicieron mas frecuentes los

ataques gotosos que padecía, y en el año de mil ochocientos treinta y tres habiendo ido al Real Sitio de la Granja, en la temporada de costumbre, fué acometido de uno tan grave y agudo, que en su mayor acceso privó al Monarca de sus sentidos, y pareció como haberse estinguido enteramente en él la accion de la vida. Aprovechándose de esta oportunidad los agentes del clero, y de la ausencia de aquel Real Sitio de los hermanos de los Reyes, los Señores Infantes Don Francisco de Paula y Doña María Carlota su esposa hermana carnal de la Reina, viendo á esta sola, hasta la privaron la entrada en el cuarto del Monarca, y supusieron un codicilo, adicionando el testamento que anteriormente tenia hecho Fernando Séptimo, privando á su hija de la corona, y declarando por sucesor á su hermano Carlos.

La demasiada precipitacion con que anduvieron en este negocio, les hizo hablar de este codicilo y publicar la muerte del Monarca, queriendo que los facultativos la certificasen, á lo que se negaron abiertamente. El Ministro de Gracia y Justicia, Calomarde, escribió confidencialmente al Gobernador del Consejo, que lo era Don José Puig Samper, para que publicase la muerte del Monarca, á lo que tambien se negó este íntegro Magistrado; Don Carlos en el Sitio recibia ya el tratamiento de Magestad, que con mas ó menos reserva le prodigaban los cortesanos y aduladores, vendidos á su partido; y la Reina y los médicos, en el abandono en que dejaron al Monarca, que ya creian muerto, redoblaron sus esfuerzos, y á beneficio de los medicamentos y apósitos que le prodigaron, lo volvieron á la vida del profundo éstasis que efectivamente le habia paralizado.



Los adictos á la Reina la alentaron y consolaron en tan violenta crisis, y aprestaron para defenderla con las armas, en el caso que habiéndose realizado la muerte de su esposo, el partido carlino hubiera tratado de poner en ejecucion sus planes para privar á su hija de la corona.

El primer cuidado de estos fué enviar un espreso ganando horas á los Infantes Don Francisco y Doña María Carlota, para que inmediatamente regresasen al Real Sitio, como asimismo lo verificaron; descubierta la intriga y la falsedad del codicilo, S. M. la declaró y protestó en un decreto solemne que publicó al efecto, separando inmediatamente del Ministerio y demas empleos de su intermediacion á Calomarde y demas personas que lo acompañaban; mas como el ataque de que habia salido habia sido tan grave, su convalecencia debia ser dilatada y penosa, impidiéndole por esta consideracion atender á los negocios del Estado; nombró por Regenta y Gobernadora durante ella á su augusta esposa Doña María Cristina.

La primera atencion de María Cristina fué el trasladarse á Madrid con su esposo, confiando su seguridad y la de su esposo é hija á la lealtad nunca desmentida del pueblo Madrileño; encargó los Ministerios á personas leales, ilustradas y celosas; confió la Superintendencia General de Policía al Mariscal de Campo de los Reales ejércitos Don José Martínez de San Martín, en cuya integridad, celo é inteligencia se estrellaron las conspiraciones continuas con que el partido carlista queria á toda costa realizar sus planes. 2

Atenta al bien y prosperidad de la monarquía,



uno de sus primeros cuidados fué enjugar las lágrimas de los espatriados, y sus familias, espidiendo un decreto de Amnistía la mas amplia que ha dado Rey alguno, en virtud de la cual se les restituia á su patria, goces, honores y privilegios: mandó abrir las universidades y colegios que el fanatismo y la supersticion de Calomarde habia hecho cerrar un año antes en todo el reino, y trajo por último á una mano y dependencia para proporcionar su progreso todos los ramos de la riqueza pública, creando para su direccion y administracion, un ministerio bajo el título del Fomento General del Reino: quitó muchas de las trabas y abusos que obstruian la recta administracion de justicia, y cada dia de su gobierno se anunciaba al menos con la indicacion de un bien público, y de una útil reforma que se preparaba.

Se aumentaba de dia en dia el patriotismo del pueblo Madrileño, y del Español en general, á la par que el partido carlista redoblaba sus intrigas y asechanzas; se esperaba de un momento á otro un ataque audaz, ó violencia para acabar con la vida del Monarca, que daba ya muestras positivas de su restablecimiento y convalecencia, y el pueblo de Madrid para rechazarlo, se aprestó y organizó en diferentes pelotones, bajo el nombre de Cristinos, haciéndose con armas á su costa, para poder en su caso detener el impulso de los batallones de voluntarios realistas, que todos, á escepcion de muy pocos individuos, estaban en combinacion con el partido carlista, ó era la fuerza con que contaba este partido.

Restablecido ya cuasi enteramente el Monarca,

Ramó á Córtes que se celebraron en el mismo año de treinta y tres, para el reconocimiento y jura como Princesa y heredera de la corona, en su hija María Isabel, para cuyo acto se volvió á encargarse de las riendas del gobierno, aprobando cuantos actos se habian ejecutado durante la regencia y gobierno de su augusta esposa.

El partido carlino que no desmayaba ni cesaba en sus intrigas, consiguió de nuevo acercarse al Monarca, representándole como peligrosa á su conservacion en el trono, la restitucion que hacian los liberales á su patria, en virtud del decreto de Amnistía: los pelotones de Cristinos organizados, con solo el objeto de defenderlo, se los hicieron ver como una fuerza disponible para aquel figurado plan, y llegaron á infundirle sospechas de connivencia de su esposa, que segunda vez se hallaba en cinta, en dichos planes.

Su Magestad cuya conducta fué tan equívoca, voluble y desconfiada en todo su reinado, dió crédito hasta cierto punto á estos pérfidos sugestores, constituyó á su esposa en una política, pero rígida observacion; separó de su lado todas las personas que celosas le asistian, y por grados se iba ya entregando otra vez á los satélites del oscurantismo; separó á los Ministros que tan celosamente habian servido á su esposa é hija, y lo mismo hizo con el Superintendente general de Policía, Don José Martinez de San Martin, haciéndole salir en horas de Madrid, para la plaza de Badajoz, é hizo salir igualmente de España para Portugal, á su hermano Carlos y su esposa, y á la Princesa de Beira su hermana, iniciados de cooperacion activa en una

conspiracion que se descubrió y se estaba fraguando en sus mismos cuartos, cuyos principales agentes en la mayor parte se hallaban ya presos.

Esta conducta de Fernando Séptimo produjo á un tiempo en los dos partidos el encono y resentimiento contra un hombre que á la par castigaba á sus enemigos y defensores, y que por el espíritu de debilidad que siempre le había dominado, sacrificaba á ella hasta su misma esposa é hijas, privándolas de su defensa y adictos en los momentos mas críticos, cuando él no estaba del todo restablecido, y debia esperarse un retroceso, como en efecto se verificó.

En veinte y siete de Setiembre se agravó un poco, siguió así el veinte y ocho, y el veinte y nueve del mismo de mil ochocientos treinta y tres, espiró en los brazos de su esposa, de la reproduccion del mismo insulto aplopético gotoso, que por la misma fecha en el año anterior le acometió en el real sitio de la Granja. Así dió fin á su reinado un Monarca tan deseado é idolatrado de sus pueblos, que llevando hasta el estremo la desconfianza, que racional y prudente le hubiera sido útil y provechosa para reinar, le fué nociva y á sus pueblos, sin dejarles otro recuerdo que el de las continuas desgracias que experimentaron, y las que se preveían suceder despues de su muerte.

---

*La anterior continuacion es propiedad de su editor.*

---

# PARTE GEOGRAFICA.

## LECCION PRIMERA.

### *Division general del Mundo considerado geográficamente.*

**L**a geografía es la descripción de los varios países de la tierra, los cuales se dividen en continentes é islas. Llámase *continente*, ó *tierra-firme* un largo espacio de tierra que comprende diferentes regiones sin que el mar separe unas de otras. *Isla* es el espacio de tierra cercado de mar por todos lados. Si lo deja de estar por uno de ellos solamente, se llama *península*. A la lengua de tierra que une un continente con otro, ó con una península, se da el nombre de *istmo*; y la porcion de tierra que sale al mar, se llama *cabo*, ó *promontorio* si es grande y eminente; y *punta*, si es pequeña y baja. Las *costas* son las estremidades de la tierra bañadas por el mar. Los *golfos* ó *senos* son grandes espacios de mar que se internan en la tierra. Los senos menores se llaman *ensenadas*; y si en ellos hay bastante fondo, capacidad y abrigo para recibir embarcaciones, se llaman *bahías* ó *puertos*. Por *estrecho* se entiende un brazo de mar que pasa entre dos tierras poco distantes, y por *lago* un gran estanque perenne de aguas, rodeado de tierra.

El mar se divide en *exterior é interior*: el *exterior* rodea todo el continente, y se le da el nombre general de Océano; el *interior* es el que está dentro de las costas del continente, como el Mediterráneo y el Báltico. Distínguese luego el Océano en Oriental, que se estiende hácia oriente mas allá del Asia; en Meridional ó Etiópico, que baña á Etiopia y la parte meridional de Africa; en Occidental ó Atlántico, que se estiende hácia el occidente mas allá de España y Portugal; y en Septentrional, que baña las costas del norte de Europa, Asia y América. En el nuevo continente americano se llama mar del Norte el que ciñe la parte oriental de la América Septentrional, y mar del Sur ó Pacífico el que está al occidente.

Las cuatro partes del mundo ( ó hablando con mas propiedad, de la tierra ) son Europa, Asia, Africa y América, de las cuales las tres primeras componen el antiguo continente y la última el nuevo.

Europa, que aunque es la menor de estas partes, debe hoy considerarse como la principal de ellas, está al poniente de Asia, al norte de Africa, y al oriente de América. La dividiremos en trece regiones, de las cuales hay nueve que forman otras tantas potencias separadas, obedeciendo cada una á un solo Príncipe soberano, y son España, Portugal, Francia, Inglaterra, Dinamarca, Suecia, Rusia, Polonia y Turquía Européa; y cuatro que estan repartidas entre varios potentados y repúblicas, y son Italia, Suiza, Alemania (incluyendo la Prusia, la Hungría, y la Bohemia) y los Países-bajos, en que se comprende la república de Holanda. Recorramos por mayor cada uno de estos paí-



sés, empezando por España, y siguiendo el orden de la mayor proximidad de unos á otros.

## LECCION II.

### *Descripcion de España y su division.*

**L**os confines de España son por la parte de oriente el mar Mediterráneo; por la de mediodia, el mismo mar y el estrecho de Gibraltar; por la de occidente, Portugal y el Océano Atlántico; y por la del norte, el mar Cantábrico y la Francia.

Se regula que el ámbito ó circuito de España es de quinientas ochenta y una leguas; y su mayor travesía de poco mas de doscientas, aunque sobre una y otra medida se nota gran variedad de opiniones.

Sus rios mas nombrados son seis: el *Tajo*, que nace en la raya de Aragon, corre por Castilla la Nueva y Estremadura, entra en Portugal, y desemboca en el Océano, pasando por Lisboa; el *Duero*, que nace cerca de Soria, atraviesa por Castilla la Vieja y Portugal, y desemboca igualmente en el Océano junto á Oporto; el *Ebro*, que nace cerca de Asturias, pasa por la parte de Castilla la Vieja llamada la Rioja, por Navarra, Aragon y Cataluña, y desagua en el Mediterráneo á corta distancia de Tortosa; el *Guadalquivir*, que nace en el reino de Jaen, baña los de Córdoba y Sevilla, y entra en el Océano por San-Lucar; el *Guadiana*, que nace en la provincia de la Mancha, corre por ella y por Estremadura, y desagua en

el mismo Océano junto á Ayamonte en la raya de Portugal; y el *Miño* que nace en Galicia, y siguiendo su curso por ella, la divide de Portugal y desemboca en el Océano no léjos de Tuy. Hay en España, además de estos rios algunos bastante caudalosos, cuales son el *Segre*, el *Ter* y el *Fluvia* en Cataluña; el *Jucar* y el *Guadalaviar*, ó *Turia* en Valencia; el *Segura* en Murcia; el *Genil* en Granada; el *Jarama* y el *Henares* en Castilla la Nueva; el *Pisuerga* y el *Tormes* en la Vieja, el *Sil* en Galicia; y otros de igual ó menor consideracion.

Los principales montes de España son los *Pirineos*, que la separan de Francia; y los ramales de aquella dilatada cordillera se estienden con varios nombres por Navarra, Aragon, Cataluña y otras provincias. Descúbreñse en Castilla la Vieja los *montes de Oca*, entre esta y la Nueva los de *Guadarrama*; en Aragon el *Moncayo*; en Andalucía *Sierra-Morena*; en Galicia el *Cebreño*; en Granada *Sierra-Neuada* y *Sierra-Bermeja*, y en lo demas de España otros muchos que sería prolijo referir.

La mas breve y clara division que puede hacerse de España es en diez y seis provincias, las nueve marítimas, y las otras siete interiores ó de tierra adentro. Son las marítimas *Cataluña*, *Valencia*, *Murcia* y *Granada* en el Mediterráneo; *Sevilla*, *Galicia*, *Asturias*, *Castilla la Vieja* y *Vizcaya* en el Océano. Nombramos como marítima á Castilla la Vieja por considerar comprendido en ella el pais llamado *la Montaña*. Las provincias no marítimas ó de tierra adentro son: hácia el norte *Aragon*, *Navarra* y *Leon*; y hácia el mediodia *Castilla la Nueva*, *Extremadura*, *Córdoba* y *Jaen*. Casi todas las

dichas provincias tienen título de reinos, Cataluña y Asturias el de Principado, y Vizcaya el de Señorío.

### LECCION III.

*Cuatro provincias marítimas de España en el Mediterráneo, que son Cataluña, Valencia, Murcia y Granada.*

**E**l principado de *Cataluña* confina por el norte con los Pirineos; por el oriente y por el medio-día con el Mediterráneo; por el poniente, con Aragón y parte de Valencia. Barcelona, capital del principado, es por su hermosura, población y riqueza, una de las mejores ciudades de España. Agrégase que es cabeza de obispado, residencia de un Capitan General, y de una real audiencia; puerto de mar y plaza fuerte. Tiene varios hospitales, un hospicio general, cuatro academias, un colegio de cirugía y un archivo que es el general de la corona de Aragón. Sus naturales, como los de toda Cataluña merecen el elogio de industriosos por su grande aplicación á las manufacturas y al comercio.

Los demas pueblos principales de esta bella provincia son: la ciudad de Tarragona, Sede arzobispal, metropolitana de toda Cataluña, Tortosa, Lérida, Gerona, Vique, Urgel y Solsona, ciudades episcopales: otras que no lo son, como Manresa, Bataguer y Cervera, célebre por su universidad: villas considerables, Reus, Olot, Valls, Puigcerdá, Igualada, Ripoll y otras: buenos puertos, Rosas, Palamós, y la ciudad de Mataró; plazas fuer-

tes, Tarragona, Gerona, Tortosa, Lérida, Hostalrich, Figueras y Rosas.

El fértil reino de *Valencia* confina por el oriente con el Mediterraneo, por el mediodia con el reino de Murcia, por el poniente con Castilla la Nueva, y por el norte con Aragon y parte de Cataluña. Valencia, capital de todo el reino, es ciudad grande cercana al mar, residencia de un Arzobispo metropolitano y del Capitan General, que lo es igualmente del reino de Murcia. Tiene real audiencia, universidad, varios hospitales, una academia de las tres nobles artes, pintura, escultura y arquitectura, fábricas de tejidos de seda, y muchos paseos deliciosos. Hay en el reino de Valencia dos ciudades episcopales, Segorbe y Orihuela (esta última con universidad); otras seis ciudades, que son Gandía, San Felipe, (en otro tiempo Játiva) Alicante, Denia, Gijona y Peñíscola. Son villas populosas Elche, Castellon de la Plana, Alcira, Onteniente, Alcoy, conocida por sus fábricas de paños, Liria, Villareal y Murviedro, célebre en la historia por estar fundada en el Sitio que la antigua Sagunto. Los mejores puertos y plazas fuertes de Valencia son Alicante, Denia y Peñíscola.

El reino de *Murcia*, no menos fértil que el de Valencia, confina con este por el oriente, por el mediodia con el Mediterráneo, por el poniente con los reinos de Granada y Castilla la Nueva; y por el norte con la misma Castilla y alguna parte de Valencia. Su capital es la ciudad episcopal de Murcia, en donde se han establecido recientemente utilísimas máquinas para beneficiar con perfeccion la seda. Los espaciosos contornos de esta ciudad, lla-



mados la huerta de Murcia, estan cuidadosamente cultivados, repartiéndoles el riego varios cauces, dispuestos con gran inteligencia por medio de unas obras tan sólidas como artificiosas. Las demas ciudades del reino de Murcia son Cartagena, Lorca, Villena y Chinchilla. El Obispo de Cartagena lo es tambien de Murcia, y reside en esta ciudad, habiendo Catedral en ambas. Cartagena, el mejor puerto de todo el Mediterráneo con un buen arsenal y fortificaciones, es uno de los tres departamentos de marina que se cuentan en España; y tiene una escuela de náutica. Otro puerto hay en Murcia, que es el de las Aguilas, bastanté cómodo y seguro, aunque de corta poblacion. Las principales villas de este reino son Caudete, Totana, Moratalla, Albacete, Yecla, Mula, Hellin, Zehegin, Jumilla, Mazarron, Cieza y Almanza, famosa por la memorable batalla que en sus inmediaciones ganó Felipe Quinto.

El reino de *Granada*, confina por el oriente con el de Murcia; por el mediodia con el Mediterráneo; por el poniente con el reino de Sevilla, y por el norte con el de Jaen. Granada, capital del reino, está situada en una vega deliciosa y abundante de toda especie de frutos: es Sede arzobispal y metropolitana; tiene chancillería y universidad. Guadix y Almería son ciudades episcopales sufragáneas del arzobispado de Granada; y Málaga lo es del de Sevilla. Inclúyense ademas en el reino de Granada las ciudades de Ronda, Antequera, Loja, Alhama, Santa-Fé, Baza, Purchena, Huéscar y Vera; y en la costa ó cerca de ella, Marbella, Velez-Málaga, Almuñecar, Motril y Muja-



car. Son villas considerables Archidona, Marchena, Estepona, Adra y Coin. El principal puerto de la costa y uno de los buenos del Mediterráneo es Málaga, residencia del capitán general de la costa de Granada. ■

#### LECCION IV.

*Cinco provincias marítimas de España en el Océano, que son Sevilla, Galicia, Asturias, Castilla la Vieja y Vizcaya.*

**E**l reino de Sevilla confina por el oriente con los de Granada y Córdoba; por el norte con este y con la provincia de Estremadura; por el poniente, con el reino de Algarbe en Portugal; y por el mediodía con el mar Océano y parte del Mediterráneo, que se comunican por el estrecho de Gibraltar ó Gaditano. Este reino, el de Granada, el de Córdoba y el de Jaen se llaman comunmente los cuatro reinos de Andalucía, provincia de las mas fértiles y famosas de España, y que pudiera ser la primera en riqueza, si la industria correspondiese á la fecundidad del suelo. La Andalucía se divide comunmente en Alta y Baja.

*Sevilla*, capital del reino de este nombre, y situada á orillas del Guadalquivir, se distingue entre las mejores ciudades de toda nuestra península; es rico arzobispado, tiene real audiencia, universidad, academia de bellas letras y nobles artes, grandes hospitales, palacios y bellos templos, adornados de esquisitas pinturas. Comprende este reino la ciudad episcopal de Cadiz, la del Puerto de San-

ta María, residencia del Comandante General de Andalucía, las de Puerto Real, San Lucar de Barrameda, San Lucar la Mayor, Jerez de la Frontera, Arcos de la Frontera, Ecija, Medinasidonia, Carmona, Utrera, Osuna (con universidad) Ayamonte y Tarifa plaza fuerte, Moguer, San Roque, Algeciras, y Gibraltar, hoy poseida por los ingleses. De todos los puertos de la costa del reino de Sevilla, ninguno es comparable al de Cadiz, así por la estension de su bahía y escelencia de sus fortificaciones, como por ser el de mayor comercio que hay en España. Es uno de los tres departamentos de marina, tiene escuela de náutica, casa de contratacion, colegio de cirujía y otros provechosos establecimientos.

Las principales villas del reino de Sevilla son Rota, Chiclana, Lebrija, Estepa, Moron, Marchena y Niebla; pero hay otras varias que no ceden á estas en poblacion.

El reino de Galicia confina por el oriente con Asturias, Leon y Castilla la Vieja, por el mediodia con Portugal; y por poniente y norte con el Océano. Su capital es Santiago, ó Compostela, Sede arzobispal y metropolitana con universidad; pero el Capitan General y la real audiencia residen en la ciudad de la Coruña. Tuy, Orense, Mondoñedo y Lugo son ciudades episcopales, y el Ferrol, Betanzos, Pontevedra, Vigo y Monforte de Lemos, villas muy principales. Abunda Galicia en buenos puertos, siendo los mayores la Coruña y el Ferrol. En este hay arsenal y departamento de marina; y de aquel salen los paquebotes correos para nuestra América é islas Canarias.

El principado de *Asturias* es rigorosamente parte del reino de Leon; pero aquí le consideramos como independiente por tener su real audiencia separada y su Obispo exento. Confina por el oriente con las montañas de Santander; por el mediodia con Leon y Castilla la Vieja; por el poniente con Galicia y por el norte con la parte del Océano llamado mar Cantábrico. En Oviedo, ciudad episcopal, y capital del principado, reside la audiencia y hay universidad, un hospicio y tres hospitales. El puerto de Gijon y la villa de Avilés son las principales poblaciones de Asturias. *Q*

*Castilla la Vieja* se compone de cinco provincias ó territorios, que son: Burgos, Soria, Avila, Segovia y parte de Valladolid. Demarcada en esta conformidad, y comprendiéndose en la jurisdiccion de Burgos el pais llamado la Montaña, tiene por confines al oriente Vizcaya, Navarra y Aragon; al mediodia Castilla la Nueva; al poniente Extremadura y Leon; y al norte el mar Cantábrico y parte de Vizcaya y Navarra. De toda Castilla la Vieja es capital la antigua ciudad de Burgos (en otro tiempo corte), donde reside el Arzobispo metropolitano. Santander, ciudad episcopal, y la principal de la Montaña, es buen puerto de mar con astillero. Soria, Calahorra, Logroño, Alfaró, Arnedo, Nájera, Santo Domingo de la Calzada, Valladolid, Segovia, Osma y Avila, son ciudades que pertenecen á Castilla la Vieja, y entre ellas son episcopales Segovia, Osma, Calahorra, Avila y Valladolid. En esta última hay real chancillería y universidad; en Segovia un antiguo alcázar destinado al presente para colegio militar de artillería,

y un aeueducto romano, obra de gran solidez y magnificencia; en Avila y Osma tambien hay universidades. De una parte de la provincia de Burgos y otra de la de Soria se compone el pais llamado vulgarmente la Rioja, que no forma provincia separada, y comprende estas seis ciudades: Logroño, Calahorra, Arnedo, Alfaro, Nájera y Santo Domingo. Entre las mayores villas de Castilla la Vieja merecen señalada mencion Agreda, Arévalo, Lerma, Aranda de Duero y Haro: Santoña y Castro-urdiales son buenos puertos de mar en la Montaña.

Lo que comunmente se llama *Vizcaya* comprende tres provincias distinguidas con el nombre de Vascongadas: el *Señorío* (que es la Vizcaya verdadera), *Guipúzcoa* y *Alava*. Por el oriente confinan con el reino de Navarra y parte de Francia, por el mediodia y poniente con Castilla la Vieja, y por el norte con el mar Cantábrico.

La única ciudad que hay en el señorío de Vizcaya es Orduña, muy cercana á la raya de Castilla; y la villa principal es Bilbao, situada á orillas de una ria navegable, que le proporciona un gran comercio. Bermeo, puerto de mar, Durango, Lequeito, Garnica y Valmaseda son villas considerables del mismo señorío.

A la provincia de *Guipúzcoa* pertenece la ciudad de San Sebastian, buen puerto, plaza fuerte y residencia de un comandante general, y la ciudad de Fuenterrabía, tambien puerto fortificado; teniendo ademas esta provincia entre otras villas grandes las de Tolosa, Hernani, Oñate, con universidad, Mondragon, Azpeitia, Azcoitia y Vergara, en donde



hay un real seminario patriótico para instruccion de la juventud.

De la provincia de *Alava* es capital la ciudad de Vitoria, y sus mayores villas son La Guardia, La Bastida y Salvatierra.

## LECCION V.

*Tres provincias de España no marítimas que caen hácia el Norte, y son Aragon, Navarra y Leon.*

**E**l reino de *Aragon* confina por el oriente con el principado de Cataluña: por el mediodia con el reino de Valencia y con Castilla la Nueva; por el poniente con esta misma, con Castilla la Vieja y con Navarra; y por el norte con los Pirineos. Zaragoza, capital de este dilatado reino, y corte de sus soberanos en otro tiempo, situada en las márgenes del Ebro, es ciudad arzobispal y metropolitana, y en ella reside el Capitan General y la real audiencia de Aragon. Tiene universidad, suntuosos templos, hospitales y otros buenos edificios. Las ciudades episcopales sufragáneas del arzobispado de Zaragoza, son: Huesca, en que hay universidad, Barbastro, Jaca (plaza de armas), Tarazona, Albarracin y Teruel: las demas ciudades son Calatayud, Daroca, Fraja, Borja y Alcañiz; y las villas de mayor poblacion, entre otras Caspe, Belchite, Rubielos, Albalate, Alcorisa, Epila, Ejea, Hizar, Cariñena, Almunia, Mora, Sos, Monzon (plaza de armas) y Benavarre, capital del antiguo condado de Ribagorza.



El reino de *Navarra* confina por el oriente con *Aragon*; por el mediodia, parte con *Aragon* y parte con *Castilla la Vieja*; por el poniente con las provincias de *Alava* y *Guipúzcoa*, y por el norte con los *Pirineos* que la separan de la *Navarra francesa*. *Pamplona* ciudad capital, plaza fuerte, y corte que fué de los antiguos reyes de *Navarra*, es residencia de un Obispo, de un Virey y Capitan General de todo el reino, de un consejo real y de una universidad, y tiene varios hospitales, buenos edificios públicos y amenos paseos. Las demas ciudades de *Navarra* son *Tudela* (obispado), *Estella*, *Olite*, *Tafalla*, *Sangüesa*, *Corella*, *Viana* y *Cascante*; y las villas mas principales, *Peralta*, *Vera*, *Villafraanca*, *Fitero* y *Puente de la Reina*.

El reino de *Leon* confina al oriente con la provincia de *Burgos*; al mediodia con la de *Avila* y con *Estremadura*; al poniente con *Galicia* y *Portugal*, y al norte con las *Asturias*. Comprende este reino la provincia llamada propiamente de *Leon*, la de *Palencia*, la de *Zamora*, la de *Toro*, la de *Salamanca* y la mayor parte de la de *Valladolid*. *Leon*, ciudad capital y corte de los antiguos reyes de *Leon*, tiene un obispo exento como el de *Oviedo*, y su catedral pasa por una de las mas bellas de *España*. Son tambien ciudades episcopales *Palencia*, *Astorga*, *Zamora* (residencia del Capitan General de *Castilla la Vieja*), *Ciudad-Rodrigo* (plaza de armas) y *Salamanca*, bien nombrada por su antigua é ilustre universidad. *Toro* y *Medina de Rioseco*, son tambien ciudades comprendidas en el reino de *Leon*, como igualmente las villas de *Villalpando*, *Sahagun*, *Saldaña*, *Mayorga*, *Peñaranda*,

Becerril de Campos, Benavente, Torquemada, Tor-desillas y otras.

## LECCION VI.

*Cuatro provincias de España no marítimas, que caen hácia el mediodia, y son, Castilla la Nueva, Estremadura, Córdoba y Jaen.*

**C**astilla la Nueva, el mas estenso de los reinos de nuestra península, situado en el centro de ella, comprende cinco provincias, la de Toledo, la de Madrid, la de Cuenca, la de Guadálajara, y la de la Mancha. Confina por el oriente con el reino de Valencia y parte de Aragón; por el mediodia con los de Murcia, Jaen y Córdoba; por el poniente con Estremadura y con la provincia de Avila; y por el norte con las de Soria y Segovia, separando á Castilla la Nueva de la Vieja, los montes de Guadarrama.

La villa de Madrid, hoy cabeza de toda la península, como corte de los Monarcas españoles, es la principal y mas bella poblacion del reino por su estension, número de habitantes, anchura de calles y limpieza de ellas debida á la gran providencia de nuestro Soberano Carlos Tercero, en cuyo reinado se ha hermosteado Madrid con edificios y paseos públicos, y se ha mejorado y enriquecido con varios establecimientos utilísimos. Residen en esta villa los tribunales superiores de la monarquía, que son el Consejo de Estado, el de Guerra, el Consejo Real y Cámara de Castilla, el Consejo de Inquisicion, el Consejo de Cámara de In-

dias, el de Ordenes y el de Hacienda; y ademas de estos la Sala de Alcaldes de casa y corte, el Tribunal de la Contaduría mayor, la Comisaría de Cruzada, la Rota, la Real Junta de Comercio, Moneda y Minas, el supremo Juzgado de Correos y Postas, y el Tribunal del Proto-Medicato, sin contar otras juntas y tribunales particulares. Es hoy Madrid plaza de armas y residencia de un Comandante General de su distrito. Tiene dos palacios reales, uno es el que hoy habita su Magestad, y otro el del Buen-Retiro, situado en un extremo del pueblo y reputado como sitio real. Hay tambien en dicha villa un real hospicio, un pósito de trigo, dos casas de moneda, una real biblioteca (sin contar las particulares), un seminario para la educacion de nobles, un real gabinete de historia natural, un jardin botánico, estudios reales de ciencias y humanidades, y diferentes academias, que son; la de la lengua castellana, la de la historia, la de las tres nobles artes, pintura, escultura y arquitectura, la de derecho español y público, la de cánones y disciplina eclesiástica, la médica, la latina y una sociedad económica.

Entre los varios sitios reales, hay cuatro en que el Rey y su corte residen gran parte del año, y son: el Pardo á dos leguas de Madrid; San Lorenzo, ó el Escorial, compendio de los primores de las bellas artes, y distante de Madrid siete leguas; Aranjuez, á igual distancia, parage amenísimo entre los rios Tajo y Jarama; y San Ildefonso, que dista de Madrid catorce leguas, y es célebre por sus jardines y fuentes. Todos estos sitios reales se han acrecentado de algunos años á esta parte, de

suerte que de meras casas de campo, se han convertido en grandes poblaciones.

De Castilla la Nueva es antiquísima capital la ciudad de Toledo, situada á orillas del Tajo, corte que fué de los Reyes godos, moros y castellanos. Su arzobispado es el primado de las Españas; y su Catedral famosa entre las mejores de estos reinos. Así en ella como en el alcázar, ó palacio real, y en otros templos y edificios públicos se admiran muchas preciosidades de arquitectura, pintura y escultura. Tiene universidad.

Cuenca es ciudad episcopal sufragánea del arzobispado de Toledo; y tambien lo es Sigüenza, en que hay universidad. Las demas ciudades de Castilla la Nueva son Guadalajara, en que hay reales fábricas de paños y otros tejidos de lana; Alcalá de Henares, insigne por su universidad; Huete, San Clemente, Ciudad-Real y Alcaráz; y entre las muchas villas considerables, solo nombraremos como mas pobladas á Talavera de la Reina, floreciente por las fábricas de tejidos de seda, establecidas á espensas del real erario; Almagro con universidad, Valdepeñas, Herencia, Alcázar de San Juan, Añover, Robledo, Manzanares, Requena, Infantes, Consuegra, Ocaña, Tarazona, Jadraque, Tarancón y Brihuega, conocida por sus fábricas de paños, y memorable por la victoria que en ella alcanzó Felipe Quinto.

La provincia de la Mancha se subdivide, como otras muchas de España, en alta y baja. El pais llamado la Alcarria, se compone de diversos territorios pertenecientes por la mayor parte á las provincias de Guadalajara y Cuenca.



El Señorío de Molina, cuya capital es la ciudad de Molina de Aragon, está situado entre Aragon y Castilla, en la estremidad oriental hácia el norte de esta.

La provincia de *Estremadura* confina por el oriente con Castilla la Nueva y el reino de Córdoba; por el mediodia con el de Sevilla; por el poniente con Portugal; y por el norte con el reino de Leon. Su capital es la ciudad de Badajóz, situada á orillas del Guadiana, sede episcopal, plaza de armas y residencia del Comandante General de Estremadura. Las demas ciudades de esta provincia, son Plasencia y Coria (una y otra episcopales), Mérida, Jerez de los Caballeros, Llerena, Trujillo y Alcántara, plaza fuerte; y las villas de mayor poblacion, Alburquerque (tambien plaza), Cáceres, Don-Benito, Zafra, Villanueva de la Serena, y Cabeza de Buey.

El reino de *Córdoba* confina por el oriente con el de Jaen; por el mediodia con los de Granada y Sevilla; por el poniente con este mismo y con Estremadura; y por el norte con la provincia de la Mancha. La capital es Córdoba, ciudad episcopal con una catedral magnífica que fué mezquita de moros, diferentes hospitales y unas reales caballerizas en que se criau los mejores caballos de España. Lucena, Montilla y Bujalance son ciudades pertenecientes á este reino; y en él hay bastantes villas grandes, cuales son Palma, La Rambla, Priego, Pozo-Blanco, Cabra, Hinojosa, Fuente-ovejuna, Baena y Fernan-Nuñez.

El reino de *Jaen* confina por el oriente y el mediodia con el reino de Granada; por el poniente



con el de Córdoba, y por el norte con la provincia de la Mancha. La ciudad de Jaen, capital de este reino, es sede episcopal, y en otro tiempo lo fué la ciudad de Baeza, en que hay universidad. Las ciudades de Ubeda, Andujar y Alcalá la Real, pertenecen al mismo reino de Jaen; como tambien las villas de Cazorra, Martos, Porcuna, Linares, Alcáudete, Torre-Don Jimeno y otras.

En la Sierra Morena que separa á Andalucía de Castilla, se han establecido no hace muchos años varias poblaciones, siendo las principales la Carolina y la Carlota; y con tan sabia y útil providencia se ha transformado en un pais cultivado y floreciente, el que antes era un desierto y abrigo de malhechores.

## LECCION VII.

*Islas del mar de España y fin de la descripción de estos reinos.*

**D**e todas las islas sujetas á la dominacion española, las mas inmediatas á nuestra península son las llamadas Baleares, situadas hácia el oriente de ella en el mar Mediterráneo. Las tres principales y pobladas son Mallorca, Menorca, é Ibiza. Las de Formentera, Cabrera, Dragonera, &c. están casi despobladas, como tambien los varios islotes cercanos á estas islas.

De Mallorca, la mayor de las Baleares, es capital la ciudad de Palma, corte que fué de los antiguos Reyes de Mallorca, puerto de mar y plaza fuerte, residencia de un Obispo, de un Capitan

Géneral, real audiencia y universidad. Es tambien ciudad con un buen puerto Alcudia, y villas considerables Manacor, Pollenza, Felaniche, Inca, Artá, Soller y otras.

La capital de la isla de Menorca es Citadela ó Ciudadela. Su puerto de Mahon es uno de los mejores del Mediterráneo; y el de Fonells bastante seguro para embarcaciones menores.

La villa de Ibiza es capital de la isla de este nombre, y en ella se ha erigido recientemente un obispado en cuya jurisdiccion está comprendida la isla Formentera.

Las demas vastas posesiones pertenecientes á la corona de España, en Asia, Africa y América se incluirán en las lecciones que han de tratar de estas tres partes del mundo.

El clima de España es en general templado, aunque en él dominan mas el calor y sequedad, que la humedad y el frio. El terreno es fértil y dispuesto para producir con mediano cultivo todo lo necesario al provecho del hombre, porque abunda en minerales y en preciosos frutos, singularmente trigo, vino, aceite, lana, seda &c., en excelentes caballos y en buena caza y pesca.

Los naturales son robustos, sobrios, sufridores de la intemperie, animosos, amantes de sus reyes, celosos de su religion y dotados de juicio é ingenio para las ciencias y artes, en qué han sobresalido siempre que se han aplicado á ellas, como lo acredita el gran número de hombres ilustres españoles en varias líneas. El gobierno de España es monárquico; su religion la Católica Apostólica Romana sin mezcla ni tolerancia de otra al-

guna, y su lengua dominante la castellana, rica, magestuosa y sonora, derivada principalmente de la latina y aumentada con voces árabes y algunas pocas de otras naciones. Ciertas provincias de España tienen sus idiomas ó dialectos particulares cuales son el catalan y el valenciano, el gallego y el bascuense que desde tiempos muy remotos se habla en las provincias Bascóngadas; pero la lengua castellana es la que generalmente se usa, así para los instrumentos públicos, como para el trato de las gentes cultas; no solo en España sino en todas sus posesiones ultramarinas.

## LECCION VIII.

### *Descripcion del reino de Portugal.*

**E**l reino de Portugal, comprendido en la península de España, está situado en la estremidad occidental de ella y de toda la Europa por aquella parte, confinando por el oriente con las provincias de Zamora, Salamanca y Estremadura, y con el reino de Sevilla; por el mediodia y el poniente con el Océano occidental ó Atlántico; y por el norte con el reino de Galicia. Su mayor travesía de mediodia á norte es como de ciento veinte leguas y de cincuenta de oriente á poniente. Sus mayores rios son el Miño, el Duero, el Tajo, el Guadiana y el Mondego.

Dividese este reino en seis provincias: dos hácia el norte, llamadas *Entre Duero y Miño* y *Tras-os-Montes*: dos en medio del reino, que son *Beira* y *la Estremadura Portuguesa*, confinante con la cas-

tellana: y las otras dos hácia el mediodia, llamadas *Alentejo* y *Algarbe*.

La ciudad episcopal de Oporto, capital de la provincia de Entre Duero y Miño, es puerto de gran comercio. Braga, ciudad arzobispal, y Viana plaza de armas pertenecen á la misma provincia: á la de *Tras-os-Montes*, Miranda, su capital y obispado, la ciudad de Braganza, y la plaza fuerte de Chaves: á la provincia de *Beira*, su capital Coimbra, sede episcopal con universidad famosa, Viséu, Lamego y Guarda, obispados, Aveiro, y Almeida, plaza de armas. De la Estremadura portuguesa y de todo Portugal es capital Lisboa, corte populosa, situada no lejos de la boca del Tajo con una espaciosa ensenada, en que se forma un seguro puerto que sirve de escala para el comercio. Es Lisboa plaza de armas, y su arzobispo, primado de Portugal. En la Estremadura se comprende la ciudad episcopal de Leiria y el puerto de Setúbal, que pasa por el mejor de Portugal. La capital de *Alentejo* es Evora, ciudad arzobispal con universidad: Beja, Portalegre y Elvas son ciudades episcopales, y esta última es plaza fuerte. Finalmente la provincia de *Algarbe*, con título de reino, tiene cuatro ciudades, Faro, capital y obispado, Tavira, Silves, y Lagos, puerto y plaza.

El gobierno de Portugal es monárquico, su religion la católica como en España; y su terreno produce casi los mismos frutos que el de esta. La lengua portuguesa, hija de la latina, conserva mucha semejanza con el castellano antiguo y con el dialecto que hoy se habla en el reino de Galicia.

## LECCION IX.

*Descripcion del reino de Francia.*

**C**onfina el reino de Francia por el oriente con Alemania, Suiza y Saboya, por el mediodia, con los Pirineos, que la separan de España, y con ellos el mar Mediterráneo; por el poniente con el Océano; y por el norte con los Países-Bajos, y con el canal llamado de la Mancha, que la separa de las Islas Británicas. Se regula que la estension de Francia es de doscientas leguas de oriente á poniente, y de ciento y ochenta de norte á mediodia. Sus principales rios son cuatro; el Sena, el Loira, el Garona, y el Ródano; y sus mayores montes, los Pirineos, los Alpes entre Francia é Italia, los Cévenes en Langüedoc, y el monte Jurá, que la separa de la Suiza.

Divídese la Francia en treinta y dos gobiernos; ocho hácia el norte, trece en el centro, y once hácia el mediodia. Los ocho gobiernos del norte, son los siguientes: *Flandes francesa* (su capital Lila), y comprende el Cambresis, cuya capital es Cambrai, y el Henáo frances, su capital Valenciennes. *Artois*, su capital Arras. *Picardia*, su capital Amiens. *Normandia*, cuya capital es Ruan. *La isla de Francia*, su capital Paris. *Champaña*, su capital Rems, ó segun otros Troyes (pronunciado Troá). *Lorena*, su capital Nanci. *Alsacia*, su capital Strasburgo.

Los trece gobiernos del centro son estos: Bre-



*taña*, su capital Rennes. El *Maine*, su capital Mans. *Anjou*, su capital Angers. *Turena*, su capital Turs. El *Orleanés*, su capital Orleans. *Berrí*, su capital Burges. El *Nivernés*, su capital Nevers. *Borgoña*, su capital Dijon. El *Franco Condado*, su capital Besanzon. *Poitú*, su capital Poitiers. *Aunis*, su capital la Rochela. La *Marcha*, su capital Gueret. El *Borbonés*, su capital Malins.

Los once gobiernos del mediodia son los siguientes: *Saintonge*, su capital Saintes. El *Limosin*, su capital Limóges. *Auverñe*, su capital Clermont. El *Leonés*, su capital Leon. El *Delfinado*, su capital Grenoble. La *Guiena*, su capital Burdeos. Comprende la *Gascuña*, cuya ciudad principal es Bayona. *Bearne*, su capital Pau, incluyéndose en este gobierno Navarra la Baja. El condado de *Foix*, su capital Foix. *Rosellon*, su capital Perpiñan. El *Langüedoc*, su capital Tolosa. *Provenza*, su capital Aix. En este gobierno se comprende el condado Venesino (cuya capital es Aviñon), que pertenece al Papa.

Contiene Francia diez y ocho arzobispados y ciento y doce obispados. Cuéntanse en ella veinte y cuatro universidades, entre las cuales es afamada la Soborna en París. Tiene muchos puertos de gran comercio y poblacion, distinguiéndose como mas principales Brest, San-Maló, Port d' Orient, ó Puerto de Oriente, y Nantes en Bretaña; Calles y Boloña en Picardía; Havre de Gracia y Diepe en Normandía; Marsella, Tolon y Antivo en Provenza; Burdeos en Guinea; Bayona en Gascuña; y la Rochela en el Pais de Aunis.

La ciudad de París, corte y capital de Francia,

situada á orillas del Sena, es por su gran poblacion, por la concurrencia de estrangeros y por los grandes establecimientos públicos, tanto civiles como literarios que la ennoblecen, una de las primeras ciudades de Europa. Goza Francia clima templado, y su terreno en lo general muy fértil, logra el mejor cultivo. Su gobierno es monárquico ayudado de la autoridad de los parlamentos, que son varios consejos supremos de la nacion. La religion que en este reino se profesa es la Católica, sobre todo despues que el Rey Luis Décimocuarto anuló el edicto llamado de Nãntes por el cual se toleraba el calvinismo. La lengua francesa, hija de la latina, se halla hoy muy estendida en gran parte del mundo y principalmente en las cortes de Europa, debiendo aquel idioma esta fortuna á los muchos libros escritos en él sobre toda especie de materias, al comercio que hacen los franceses y á su frecuente costumbre de viajar.

## LECCION X.

### *Descripcion de Italia.*

**I**talia, cuya parte principal forma una gran península en el mediterráneo, confina con este mar por el mediodía y poniente; por el oriente, con el mar Adriático ó golfo de Venecia, y por el norte con Alemania y Suiza. Su mayor travesía á lo largo se acerca á doscientas y setenta leguas, y su anchura es muy desigual. Los rios mas caudalosos de Italia son el Po, el Adige, el Tiber y el Arno. Hay en ella varios lagos, los principales el de Co-

mo y el Lago Mayor en el ducado de Milan, el Lago de Garda en el estado de Venecia, y el de Perusa en el estado Pontificio. Tiene Italia dos cordilleras muy nombradas, y son los Alpes que la separan de Alemania, Suiza y Francia; y el Apenino que la atraviesa en toda su longitud. El monte Vesuvio en el reino de Nápoles y el Etna ó Mongibelo en el de Sicilia; mas que por su estension y altura son singulares por los volcanes, que en uno y otro suelen arrojar llamas.

Divídese comunmente la Italia en tres partes: una septentrional ó hácia el norte; otra meridional ó hácia el mediodia, y otra que media entre las dos, dominando en todas ellas diferentes príncipes con varias especies de gobierno. La parte septentrional comprende la Lombardía, y está repartida en diversos estados; conviene á saber, los de la casa de Saboya, los de la república de Génova, el ducado de Parma, el de Módena, el de Milan, el de Mantua y la república de Venecia. Los estados de la casa de Saboya, poseidos por el Rey de Cerdeña, son la *Saboya* (su capital Chamberí) el Piamonte (su capital Turin, corte de dicho Rey) el Monferrato, cuya capital es Casal; y algunos territorios del ducado de Milan hácia el occidente. De la república de Génova es capital la ciudad de Génova, puerto muy comerciante y plaza fuerte. Del ducado de Parma es capital la ciudad de Parma, y su soberano posee igualmente los ducados de Plasencia y Guastála. El ducado de Módena tiene por capital á Módena, plaza fuerte, y su príncipe es tambien poseedor de otros dos ducados, que son Regio y la Mirándola. Milan, ciudad de grau-

de estension y plaza fuerte, es capital de su ducado, y en él se comprenden las ciudades y territorios de Pavía, Cremóna, Lodi, Como y Anguiera.

Del ducado de Mantua es capital Mantua, plaza fuerte, y así este como el de Milan pertenecen hoy á la casa de Austria. La república de Venecia, ilustre y antiquísima entre todas las de Europa, comprende las ciudades y distritos de Bér-gamo, Crema, Brescia, Verona, Padua, Vicenza, Treviso y otras. La ciudad de Venecia, capital de la república, está fundada en el mar sobre varias isletas, que se comunican por medio de puentes, y es puerto de gran comercio con un buen arsenal.

La parte de Italia situada en el medio contiene el gran-ducado de Toscana, el estado de la Iglesia, y otros menores, como son las repúblicas de Luca y San-Marino. El gran-ducado de Toscana, que hoy posee la casa de Austria por estar unida con la de Lorena, comprende las ciudades y comarcas de Florencia, corte del Gran-Duque, celebrada por sus bellos edificios, por la célebre biblioteca de manuscritos raros, y por la selecta galería de pinturas y estatuas; Pistoia, Arezo, Cortona, Pisa (buen puerto), Liorna, que es uno de los mas frecuentados de Europa, Sena y otras. Al norte de Pisa está la república de Luca, cuya capital es Luca, con un pequeño territorio. Inclúyese en la Toscana, aunque poseido actualmente por el Rey de las Dos-Sicilias, el estado que llaman *de los Presidios*, cuyos principales puertos y plazas fuertes son Orbitelo y Porto-Hércole, confina con la Toscana, el estado de *Piombino*, que reconoce á un Príncipe particular bajo la proteccion del mismo Rey



de las Dos-Sicilias. A este principado pertenecen el puerto y plaza fuerte de Porto-Longone y la isla de Elba.

El estado de la Iglesia, cuyo Soberano es el Sumo Pontífice, se divide en las siguientes provincias: la *Campaña de Roma*, en que está la gran ciudad de este nombre, capital del orbe católico, y corte de los Papas, situada á orillas del Tiber, famosísima por los soberbios templos, palacios, plazas, arcos, fuentes y preciosos monumentos de la antigüedad que en ella abundan, siendo el mas curioso depósito de todas las magnificas y delicadas obras del arte y del buen gusto: la provincia llamada el *Patrimonio de San Pedro*, cuya principal ciudad es Viterbo; su mejor puerto Civita-vechia; el ducado de *Castro*; el *Oroietano*, su capital Orvieto; la tierra de *Sabina*, su capital Malliano; el *Perusino*, á quien dá nombre la ciudad de Perugia; la *Umbria*, su capital Espoleto; la *Marca de Ancona*, cuya capital Ancona es plaza fuerte, y buen puerto; el ducado de *Urbino*, su capital Urbino; la *Romanía*, ó *Romaña*, cuya ciudad principal es Ravena; el *Boloñés*, su capital Bolonia, ciudad de las mas bellas de Italia; y el *Ferrarés*, con su capital Ferrara. Entre el ducado de Urbino y la Romanía está San-Marino, ciudad pequeña, gobernada en forma de república, no entendiéndose su jurisdiccion mas que á siete pueblos.

La última parte de Italia, esto es, la meridional, comprende el reino de Nápoles, y la isla y reino de Sicilia, que componen la monarquía llamada de las Dos-Sicilias. Divídese el reino de Nápoles en varias provincias que pueden reducirse á



cuatro principales: la primera es la *Tierra de Labor, Campaña feliz, ó Campania*, en que está la populosa ciudad de Nápoles, corte y capital del reino, puerto de mar y plaza de armas. A esta provincia pertenecen las ciudades considerables Gaeta, Capua, Nola, Sorrento, Salerno, Benevento ( hoy poseida por el Papa ), y el sitio Real de Pórtici, célebre por el descubrimiento que en sus cercanías se ha hecho de una antigua ciudad de romanos llamada Heracléa ó Herculano, la cual habia permanecido muchos siglos sepultada bajo las ruinas causadas por terremotos y erupciones del Vesubio, hasta que nuestro Soberano Carlos Tercero, siendo rey de Nápoles, le hizo descubrir por medio de costosas escavaciones para instruccion y recreo de los amates de la sabia antigüedad. La segunda provincia del reino de Nápoles es el *Abruzzo*, dividido en citerior y ulterior, cuyas principales ciudades son Teate, ó Chieti, Sulmona, Molisa y Aquila: y la tercera provincia es la *Pulla, ó Apulia*, en que se comprenden las ciudades de Lucera, Manfredonia, Bari, Otranto, Bríndisi y Tarento: y la cuarta provincia es la *Calabria citerior y ulterior*, que entre otras ciudades tiene las de Cosenza y Regio.

La isla de Sicilia está separada del reino de Nápoles por el estrecho que llaman el Faro de Meccina, y sus principales ciudades son Palermo, capital, y Mesina, ambas puertos de mar. Agréganse á estas las de Siracusa, Mázara, Catania y Agrigento. Al norte de Sicilia hay nueve islas pequeñas llamadas de Lípari, y dependientes de la monarquía de las Dos-Sicilias. 2

Las mayores y mas nombradas islas de Italia son ademas de la de Sicilia, ya mencionada, la de Cerdeña, la de Córcega y la de Malta, que por estar inmediata á la Sicilia, y haber sido dependiente de los Reyes de esta isla, suele agregarse á las de Italia.

La isla y reino de Cerdeña, que hoy posee el Duque de Saboya, está situada en el Mediterráneo, al oriente de las islas Baleares, y al poniente de Italia. Su capital es Cállari ó Caller, puerto de bastante comercio, y residencia de un Virey.

Al norte de Cerdeña se halla la isla de Córcega, separando á una de otra el estrecho de Bonifacio. La Bastía, puerto de mar, es capital de esta isla, que actualmente pertenece á Francia.

Malta, yace al mediodia de Sicilia, y tiene por capital á La-Valetta, plaza muy fortificada, y residencia del Gran-Maestre de la órden de los caballeros de San Juan de Jerusalem, poseedores de la misma isla de Malta.

En la mayor parte de Italia es benigno el clima y fecundo el terreno, por lo cual llaman á esta region el *Jardin de Europa*. Hay en ella gran número de ciudades hermosas y magníficas: cuéntanse mas de trescientas diócesis ( las treinta y dos arzobispados ) y al pie de veinte universidades, entre las cuales tienen fama de muy florecientes la de Padua, la de Bolonia, y de poco tiempo á esta parte la de Pavía.

Las especies de gobierno son muy varias en Italia por la multitud de soberanías que la componen. En las Dos-Sicilias, y en los estados del Rey de Cerdeña el gobierno es monárquico; en las repú-

blicas de Venecia y Génova, aristocrático, esto es, que la autoridad reside en los magistrados nobles, eligiendo ambas un Dux, cuya dignidad en Venecia es de por vida y en Génova dura dos años. Son tambien repúblicas con gobierno aristocrático Luca y San-Marino. El Sumo Pontifice, que como príncipe temporal manda en los estados de la iglesia, gobierna las diferentes provincias por medio de sus legados. Otros príncipes particulares de Italia gobiernan las suyas con autoridad de Soberanos, aunque las poseen como feudos del imperio.

En toda Italia se profesa únicamente la religion Católica; pero en Roma, Liorna, Venecia y otras muchas ciudades se toleran los judíos.

La lengua italiana derivada de la latina, se habla en Italia con gran diversidad de dialectos; pero el toscano es el preferido como mas puro y elegante, y en él estan escritos los mejores libros de prosa y verso.

## LECCION XI.

### *Descripcion de la Suiza y del pais de los grisones.*

**E**l pais habitado por los suizos, ó esguizaros, y por los grisones, el cual en otro tiempo fué provincia del imperio de Alemania, confina con este por el oriente y el norte; por el mediodia con Saboya, Piamonte y el Milanésado; y por el poniente con Francia. Es la Suiza una república compuesta de trece cantones, ó por mejor decir cada uno de estos cantones es una república particular formando todos con sus aliados y vasallos un cuer-

po llamado *Helvético*. Hay siete cantones católicos que son: Lucerna, Uri, Suintz, de donde vienen los nombres de *Suiza* y *suizos*, Undewald, Zug, Friburgo y Soleura; cuatro protestantes, que son: Zurich, Berna, Basilea y Schaféusen; y dos mistos que admiten ambas religiones, á saber: Gálris y Appenzel. Las ciudades mas considerables son Basilea, Zurich, Berna, Lucerna, Friburgo, plaza fuerte, Lausana y Ginebra.

Ademas de algunos pueblos que los suizos llaman sus vasallos, tienen varios aliados entre los cuales son los primeros el Abad de San-Gal, los grisones, los habitantes de la Valtelina, y la ciudad de Ginebra, que se gobierna por sus magistrados particulares con independencia de republica. Forman otra republica los grisones; y la principal ciudad de sus estados es Coyra.

Todos estos territorios bañados por diferentes rios, señaladamente por el Rin, el Ródano, el Aar y el Rus, son en gran parte montuosos y no muy fértiles, bien que abundan en buenos pastos: su temperamento es frio. Hay en Suiza siete lagos grandes, siendo los mas nombrados el de Ginebra, el de Iverdum y el de Zurich. Sus mas altos montes son el de San Bernardo y el de San Gotardo. En algunos de los cantones y sus pueblos aliados prevalece el gobierno aristocrático, y en otros el democrático, esto es, que la autoridad reside en el pueblo sin preferencia alguna de los nobles. El idioma de los suizos es un dialecto del aleman ó tudesco, y hay cantones en que está muy en uso la lengua francesa.



## LECCION XII.

*Descripcion de Alemania, Prusia, Bohemia  
y Hungría.*

**L**a Alemania situada casi en medio de Europa, confina por el oriente con Polonia y Hungría; por el mediodia con Italia y Suiza; por el occidente con Francia y los Países-Bajos; y por el norte con el mar Océano y el Báltico. Estiéndese á doscientas leguas de largo, y á ciento y noventa de ancho. Sus mas caudalosos rios son el Danubio, ó Istro, el Rhin, el Albis, el Oder y el Wéser: sus principales montes, los Alpes que la separan de Italia; y los montes de los Gigantes entre Silesia y Bohemia; y el mayor de sus lagos, el de Constanza. Está repartida en muchísimos estados pertenecientes á varios Príncipes; y de todos ellos se compone el Imperio, ó cuerpo Germánico, de que es cabeza el Emperador, no como Monarca, sino como gefe, si bien el mismo Emperador es verdadero Monarca en los estados hereditarios de su casa.

Divídese hoy el imperio en nueve círculos, ó dilatadas provincias, que son Austria, Baviera, Suabia, Franconia, el Rhin inferior, el Rhin superior, Westfalia, Sajonia la Alta y Sajonia la Baja, y cada uno de estos círculos está bajo la dirección de uno ó mas Príncipes del imperio.

El círculo de Austria, cuya capital es la ciudad de Viena, corte del Emperador de Alemania, comprende el archiducado de Austria, el ducado de Stiria, el de Carintia y el de Carniola, el condado



del Tirol, su capital Inspruck, con el Trentino, ó territorio de Trento, cuyo Obispo es Príncipe del imperio, y la Suabia, llamada austriaca.

El círculo de Baviera, su capital Munich, corte del Elector Duque de Babiera, contiene ademas de los estados propios de la casa de este Soberano, el Ducado de Neuburgo, el arzobispado de Saltzburgo, y los obispados de Frisinguen, Ratisbona y Passáu.

El círculo de Suabia comprende treinta y dos ciudades imperiales, esto es, libres; y gran número de estados eclesiásticos y seculares, como son los obispados de Constanza y Augsburgo ó Augusta, el ducado de Wirtemberg, y el marquesado de Bâden.

En el círculo de Franconia hay seis ciudades imperiales, el obispado de Bamberg y otros, á que se agregan varios marquesados y condados.

El círculo del Rhin inferior comprende el Palatinado del Rhin, cuya capital Manheim, es la residencia ordinaria del Elector Palatino: el electorado de Maguncia, su capital Maguncia; el electorado de Tréveris, su capital Tréveris, y el electorado de Colonia, su capital Bona.

El círculo del Rhin superior contiene el obispado de Spira y otros, el ducado de Dos-Puentes, y los estados pertenecientes á las varias ramas de la casa de Hesse, ó Hassia.

El círculo de Westfalia incluye los ducados de Juliers, Berg, Westfalia y Cleves, la Frisia oriental, los obispados de Münster, Osnabrug, y Paderborna, y los Condados de Oldemburgo y Delmenhorst.

El círculo de Sajonia la Alta, uno de los mas poblados de Alemania, comprende el ducado y electorado de Sajonia, el marquesado de Misnia, cuya capital como de todo el electorado es Dresde, corte del Elector; el principado de Anhalt, el electorado de Brandemburgo perteneciente al Rey de Prusia, y cuya capital es Berlin, corte de este Soberano; la Lusacia, y el ducado de Pomerania, una parte del cual depende del Rey de Suecia, y otra del Rey de Prusia.

El círculo de Sajonia la Baja incluye entre otros estados el electorado de Hanóver perteneciente al actual rey de Inglaterra, y los ducados de Brunswick, Holstéin y Mecklemburgo.

Todos los estados soberanos del imperio germánico se reducen á tres clases ó colegios. El primer colegio es el de los nueve electores, de los cuales hay tres eclesiásticos, que son los Arzobispos de Maguncia, Tréveris y Colonia; y seis seculares que son el Rey de Bohemia, el Duque de Baviera, el de Sajonia, el Marques de Brandemburgo ( hoy Rey de Prusia ), el Conde Palatino del Rhin y el Duque de Hanóver. Al presente se hallan reunidos en un mismo Soberano los dos electorados de Baviera y del Rhin, y el Rey de Bohemia es el Emperador; por lo cual no hay rigurosamente mas que cuatro electores seculares. El segundo colegio es el de los Príncipes, de los cuales unos son preladados y otros seculares; y el tercer colegio se compone de diferentes Condes y otros títulos del Sacro romano imperio, de algunos eclesiásticos y de las ciudades imperiales. Los votos de los tres colegios se acercan al número de trescientos, y todos son

admitidos en la dieta ó junta general y suprema del imperio que se celebra en Ratisbona.

El Rey de Prusia gobierna sus estados como monarca absoluto, y posee el reino de Prusia, cuya capital es Königsberg, el electorado de Brandemburgo, su capital Berlin; la Silesia, su capital Bresláu; y otras diferentes provincias, algunas de las cuales son parte del reino de Polonia, como tambien lo es la misma Prusia.

De las muchas y grandes ciudades que tiene Alemania solo nombraremos por muy principales, ademas de las que ya quedan citadas como capitales, las de Francfort y Nuremberg en Franconia; otra Francfort en Brandemburgo; Leipsick en Sajonia; Heydelberg en el Palatinado del Rhin; Ulm en Suabia; Colonia en el electorado de este nombre; Aquisgran, ó Aix-la-Chapele, Lieja y Minden en Westfalia; y las ciudades marítimas y comerciantes de Stralsund en Pomerania, perteneciente al Rey de Suecia; Hamburgo, Rostock, Brémen y Lubeck ciudades imperiales en Sajonia la Baja. Fuera de Alemania posee el emperador en la ribera del mar Adriático ó golfo de Venecia el puerto de Trieste. En muchas ciudades de Alemania hay grandes universidades, siendo las mas afamadas las de Leipsick y Colonia.

Así el reino de Bohemia como el de Hungría, que confinan por sus fronteras occidentales con Alemania, pertenecen hoy al emperador, y algunos consideran la Bohemia como parte de Alemania, por ser el Rey de aquella uno de los Electores del imperio. Dividese Bohemia en tres grandes provincias: la de Bohemia propiamente llama-

da así, la Moravia y la Silesia; pero ya hemos dicho que esta última provincia se halla al presente en poder del Rey de Prusia. La ciudad capital de Bohemia es Praga, y de Moravia lo era Olmutz, pero ya lo es Brinn.—

El reino de Hungría se divide en Hungría superior, cuya capital es Presburgo; y Hungría inferior, su capital Buda; y comprende el gran principado de Transilvania, su capital Hermans-tat, y la Iliria Húngara, que se reduce á las provincias de Esclavonia, Croacia y Dalmacia en la parte de ellas que está incorporada al reino de Hungría.

El temperamento de Alemania y demas estados confinantes y dependientes de ella, es por lo general frio, pero muy sano. El terreno, tanto por su calidad, como por los muchos rios que le bañan, en pocas partes deja de ser fértil, y en casi todas lo es de bosques y pastos.

En Alemania se profesa la religion Católica, la Interana, la calvinista que llaman reformada y otras. Hay estados en que domina la Católica, como en los que pertenecen á la casa de Austria, y asimismo en Baviera y en los electorados eclesiásticos. En otros como en Franconia, Suabia y ambas Sajonias, son pocos los catolicos y abundan los luteranos. En Berlin, Hamburgo y otras ciudades se toleran los judíos.

La lengua alemana, tudesca ó teutónica se habla en toda la Alemania con algunas diferencias de dialectos. Es lengua madre y antiquísima, de la cual se derivan muchos idiomas de Europa, como el holandés, el flamenco, el ingles, el dina-

marqués, el sueco, &c. En Hungría se habla el húngaro, lengua propia de aquel país.

### LECCION XIII.

*Descripcion de los Países-Bajos, inclusa la república de Holanda.*

**D**an el nombre de Países-Bajos á todos los territorios comprendidos entre el Océano, Alemania y Francia, al norte de esta y al poniente de aquella; y se dividen en Países-Bajos franceses, Países-Bajos austriacos y Países-Bajos holandeses. El principal rio que corre por estos últimos es el Rhin, y por los dos primeros el Meusa, el Escaut y el Sambra. Los Países-Bajos franceses se reducen principalmente á la Flandes francesa, cuya capital es Lila; el Cambresis, su capital Cambrai; el Henáo frances, su capital Valenciennes, y el condado de Artois, cuya capital es Arrás, provincias de que ya hemos hecho mencion en la descripcion de Francia.

Los Países-Bajos austriacos, cuya estension se regula ser de sesenta y dos leguas de largo, y veinte y cinco de ancho, contiene nueve territorios, que son: el ducado de Bravante, su capital Brusélas, poseido en la mayor parte por la casa de Austria; el condado de Flandes, en la parte que pertenece á dicha casa, su capital Gante; el condado de Henáo austriaco, cuya capital es Mons; el ducado de Namur, su capital Namur; el ducado de Limburgo, á quien da nombre su capital llamada así; el ducado de Luxemburgo, cuya mayor



parte es austriaca, su capital Luxemburgo; el ducado de Güeldres, en que el Emperador posee á Ruremunda, perteneciendo lo restante á los holandeses, y al Rey de Prusia, dueño de la ciudad capital y plaza fuerte de Güeldres; el señorío de Malinas, su capital Malinas; y el marquesado de Amberes, por otro nombre Antuerpia. Además de las ciudades aquí mencionadas, son muy principales en Bravante la de Lovaina, célebre por su universidad, y en Flandes las de Curtrai, Brujas, Tornay, Ipres y los puertos de Ostende, Nieuport y Dunkerque, de los cuales los dos primeros pertenecen á la casa de Austria, y el último á Francia.

Éstos varios distritos poseidos por austriacos y franceses se distinguen con el nombre de Países-Bajos católicos. Los que están en poder de la república de Holanda, se dividen en siete provincias, que agregadas á las nueve católicas ya referidas, á que se añade el Artois perteneciente á la Francia, forman los estados que comunmente se llaman las diez y siete provincias de los Países-Bajos. —

Las siete provincias unidas de los estados generales ó de Holanda, cuya extensión es de sesenta y cinco leguas de largo, y treinta y ocho de ancho, son el condado de Zelanda, compuesto de siete islas, su capital Midelburgo; el condado de Holanda, cuyas principales ciudades son la Haya, en donde se celebran las juntas de los estados generales, y residen los ministros estrangeros, y Amsterdam, uno de los primeros puertos comerciantes de Europa; el señorío de Utrecht con su capital de este mismo nombre, situada á orillas de un brazo

del Rhin; el ducado de Güeldres, dividido en tres cantones, ó territorios, á los cuales dan nombre las ciudades de Nimega, Arnhem y Zutphen: el señorío de Over-Isel, cuya capital es Devénter; el señorío de Groninga, con su capital del propio nombre; y la Frisia occidental, su capital Lewárdem. Además de estas siete provincias, posee la república de Holanda una parte del ducado de Bravante, y otra del condado de Flandes. Entre las grandes ciudades de las provincias unidas se distinguen en Holanda Leiden, con una famosa universidad, Harlem, y Rotterdam, puerto de gran comercio; en Zelanda, la ciudad de Flesinga; en Frisia, la de Harliuga; y en Bravante la de Breda.

Gobiéranse estas provincias en forma de república, teniendo parte cada una de ellas en el poder soberano, y residiendo la suprema autoridad en la junta ó asamblea de los estados, compuesta de diputados de todas ellas, sin que esto impida que cada una se gobierne como república particular según sus leyes y costumbres; pues el unánime consentimiento de todas solo es necesario cuando se trata de guerra, paz, alianzas, valor de moneda y otros asuntos de universal importancia. Para el mando general de las armas tienen los holandeses un jefe que llaman *Stathider*, cuya dignidad es vitalicia, y se ha hecho hereditaria en la casa de los Príncipes de Nassau.

El clima de los Países-Bajos austriacos y franceses es frío y húmedo; pero lo es mucho más el de los holandeses. El terreno en aquellos es muy fértil, en estos no lo es tanto; mas por la aplicación, industria y comercio de sus naturales, escede

Holanda en riquezas á naciones que poseen vastísimos dominios.

La Religion dominante de las Próvincias Unidas, es la que llaman reformada; pero se permite el libre ejercicio de todas las sectas protestantes, como tambien el judaismo, y se tolera la religion Católica, romana.

El idioma holandés y el flamenco, que se le semeja mucho, son los mas usados en dichos paises: pero en los estados austriacos se habla mucho el alemán, como en los franceses el francés.

#### LECCION XIV.

##### *Descripcion de las islas Británicas.*

**L**as islas británicas son muchas, pero hay dos principales; la mayor comprende el reino de Inglaterra y el de Escocia: la menor es el de Irlanda, y todas forman la potencia llamada la *Gran-Breña*. Están situadas estas islas en el mar Océano al poniente de los Países-Bajos, de Dinamarca y de Suecia, y al norte de Francia.

Tiene Inglaterra en su mayor anchura de oriente á poniente unas cien leguas, y algo mas en su longitud de norte á mediodia. Sus principales rios son el Támesis, el Humber y el Saverna.

Divídese en cincuenta y dos provincias, llamadas vulgarmente condados; seis hácia el norte, otras tantas hácia el oriente, diez al mediodia, diez y ocho en el centro, y doce al occidente en el principado de Gales, del cual toman su título los hijos primogénitos de los Reyes británicos.

Otra division mas general suelen hacer de la Inglaterra en seis departamentos, que son los siguientes: el de Owest, ó del poniente, su principal ciudad Salisbury; el del norte, su capital Yorck; el de enmedio, su principal ciudad Lincoln; el de Oxford, cuya capital es Oxford; el de Home, su principal ciudad Cantórberi; y el de Norfolck, su capital Norwick.

En el condado de Midlesex, que no se acostumbra incluir en ninguno de los dichos seis departamentos, está la ciudad de Londres, corte de la Gran-Bretaña, situada á orillas del Támesis, con un gran puerto en su ria. Esta ciudad es de las mayores, mas populosas y mas ricas que se conocen en el orbe. La de York, capital del condado de este nombre, es despues de Londres la mas considerable que hay en Inglaterra. Son tambien señaladas las de Norwick, la de Cantórberi, capital del condado de Kent; las de Gloucester, Chester, Oxford y Cambridge, que dan nombre á sus respectivos condados; la de Bristol, comprendida en el de Gloucester, y la de Newcastle, capital de la provincia de Nortumberland, antiguamente reino. En Oxford y en Cambridge hay universidades de gran renombre.

El principado de Gales contiene cuatro departamentos divididos en nueve condados, siendo sus principales ciudades Montgoméri, Dembigh, Carmarthen, Pembroke y Harlek. Entre los muchos y buenos puertos de Inglaterra son principales los de Plimouth, Porsmouth, Falmouth, Duvres y Spithead; y entre las islas menores que pertenecen á aquel reino, las Sorlingas, la de Man, la de

Wigut, y las de Angleséy, Guerneséy y Jerséy.

El reino de Escocia, situado al norte del de Inglaterra, tiene setenta leguas de largo y setenta de ancho. Sus rios mas caudalosos son el Tay, el Forth y el Tueda, que la separa de Inglaterra, y el mayor de sus lagos es el de Lomund. El rio Tay divide este reino en dos partes, que son Escocia meridional y Escocia septentrional. La meridional comprende veinte y dos provincias, y en ella está situada la ciudad de Edimburgo, capital de toda la Escocia, y residencia que fué de sus antiguos Reyes. Inclúyese tambien en la Escocia meridional la ciudad de Glascóu, (con una universidad no menos célebre que la que hay en Edimburgo) y las ciudades marítimas de Irbin y Aire. La Escocia septentrional, dividida en trece provincias, comprende las ciudades de San Andres, Dornock y Aberdén, puertos de mar. Pertenecen al reino de Escocia entre otras islas las de Orcades á la parte del norte, y las Hébrides ó Westernes á la del poniente.

La isla y reino de Irlanda, cuya longitud de norte á mediodia es como de ochenta leguas, y su mayor anchura de cuarenta, está situada al poniente de Inglaterra. Sus principales rios son el Shánon, el Bane y el Blackwáter, ó Agua-negra, y sus mayores lagos los de Erne, Foile y Neaug. Divídese en cuatro provincias que son: hácia el norte Ulter ó Ultonia; hácia el oriente, Léinster ó Lagenia; hacia el poniente, Connaught ó Connacia, y hácia el mediodia, Munster ó Momonia. Las mas considerables ciudades de Irlanda son: en Lagenia, Dublin capital de toda la isla, puerto de mar y



residencia del virrey de Irlanda; en Ultonia, Londonderi, plaza fuerte; en Connacia, Galovay, ciudad marítima; y en Momonia, Waterford, Cork y Limerik, buenos puertos.

El temperamento de Inglaterra y de Irlanda no es tan frío como el de otros países del norte; y su terreno es bastante fértil, aunque carece de viñas, olivos y algunos otros frutos. La Escocia es mas fría y su suelo menos fecundo.

El gobierno de la Gran-Bretaña participa del monárquico, aristocrático y democrático. El Rey tiene una parte de la autoridad, y la otra reside en el Parlamento, que se compone de dos cámaras, la *Alta* ó de los *Pares*, en que entran los príncipes, grandes y títulos; y la *Baja* ó de los *Comunes*, en que tienen voto como representantes del pueblo los diputados de las provincias y ciudades.

La religion dominante en la Gran-Bretaña es la de Calvino, que llaman reformada; pero está dividida en dos sectas, una que se denomina presbiteriana, y se profesa principalmente en Escocia, y otra intitulada episcopal y anglicana, que admite la gerarquía de los obispos, y es la que domina en Inglaterra é Irlanda. Permítese el libre ejercicio de otras muchas sectas, y los católicos estan meramente tolerados, siendo mayor el número de ellos en Irlanda, que en Inglaterra y Escocia. Cuéntanse en Inglaterra veinte y ocho obispados y dos arzobispados que son el de Cantorberi y el de Yorck. En Irlanda hay cuatro arzobispados y diez y ocho obispados.

La lengua inglesa se deriva principalmente del antiguo sajón, que es dialecto del teutónico; pero

se ha enriquecido admitiendo muchas voces latinas, griegas, francesas y de otros idiomas.

## LECCION XV.

### *Descripcion de Dinamarca.*

**L**os reinos septentrionales de Dinamarca, Noruega y Suecia suelen comprenderse bajo el nombre general de Escandinavia.

La Dinamarca, situada al oriente de la Gran-Bretaña, tiene por confines al norte el mar Dánico, ó de Dinamarca, que la separa de Suecia, al oriente el mar Báltico y el estrecho llamado el Sund; al mediodia, la Alemania; y al poniente, el Océano septentrional, ó mar de Alemania. Su estension á lo largo es poco mas ó menos de noventa leguas, y á lo ancho de cincuenta. No tiene rios considerables, pero sí muchas lagunas grandes.

Dividese en dos partes generales; la tierra-firme, llamada la Jutlandia que se distingue en meridional y septentrional, y es una península; y las islas que son muchas, y las principales entre ellas Zeelandia y Funen ó Fionia.

La Jutlandia meridional comprende el ducado de Slesvick, cuya capital tiene este mismo nombre. La Septentrional contiene cuatro obispados, que son Alburgo, Wiburgo, Arrúsen y Ripen.

En la isla de Zeelandia, la mayor de las de Dinamarca, está la ciudad marítima de Copenhague, capital de todo el reino, y corte de los Monarcas daneses; y Helsingor, ó Elsenaur, puerto de paso preciso para todas las embarcaciones que entran

en el Báltico, ó salen de él. De la isla Fionia es capital Odensée,

Pertenece al Rey de Dinamarca el reino de Noruega situado hácia la region mas septentrional de Europa, y confinante por el oriente con Suecia. Sus rios principales son el Glama, ó Glámer, y el Tenó. Divídese en cuatro gobiernos, que son el de Agerrhus, cuya capital (como asimismo de toda Noruega) es la ciudad de Christiania; el de Bérghem, cuya capital Bérghem es una de las mayores ciudades del reino, con un excelente puerto; el gobierno de Drontheim, su capital Drontheim, ciudad marítima, y el de Wardhus á quien dá nombre su capital llamada así. Dependén del reino de Noruega, ademas de algunas islas pequeñas, la de Islandia, que es de grande estension, aunque poco habitada y casi inculta. En ella está el monte Hecla que vomita fuego como el Etna y el Vesubio. Su capital es Skalhold.

Todos estos paises, y señaladamente la Noruega y la Islandia, son de los mas frios de Europa, y su terreno es por la mayor parte estéril segun corresponde al rigor del clima.

El gobierno de Dinamarca es monárquico, su religion dominante la luterana, y su lengua la danesa ó dinamarquesa, dialecto que, como el ingles, se deriva del antiguo sajón. Posee tambien el rey de Dinamarca una parte de la Sajonia, confinante con Noruega; y el ducado Holstein, ú Holstacia.

El reino de Suecia confina por el oriente con Rusia; por el mediodia, con Polonia y el mar Báltico; por el occidente, con Noruega; y por el

norte, con la Laponia, provincia que pertenece parte á la Suecia, parte á la Dinamarca, y parte al imperio ruso. La estension de Suecia pasa de doscientas leguas de largo, y poco menos de ancho. No tiene rios caudalosos; pero sí muchos y grandes lagos, siendo los principales los de Wéner y y Wetér. Hay en ella dos golfos considerables, el de Botnia, y el de Finlandia. Divídese en siete partes: la Suecia propiamente llamada así, por otro nombre Sueonia; la Gotlandia ó Gotia, que se distingue en oriental, occidental y meridional; el gobierno de Báhus, que en otro tiempo pertenecía á Dinamarca, la Northlandia, la Laponia, la Botnia y la Finlandia sueca. En la Sueonia está la ciudad de Stockholmo, capital y corte del reino, con un buen puerto, y Upsál, con Arzobispo y universidad. Las mayores ciudades de la Gotlandia son Calmar y Goteburgo, puertos de mar, y Norckoping. De Scania, comarca de la Gotia meridional, es capital la ciudad de Lúnden. Báhus, capital del gobierno de este nombre, es ciudad marítima y plaza fuerte; y Torna ó Torneo, es la mas importante que hay en Northlandia. Laponia, no tiene poblaciones grandes. En Finlandia, está la ciudad de Abo, su capital, con universidad y un buen puerto.

El clima de Suecia es sumamente frio, y su terreno poco fértil. El gobierno es monárquico, la religion dominante la luterana, y el idioma muy semejante al dinamarqués. En Finlandia se habla una lengua particular.

## LECCION XVI.

*Descripcion del imperio ruso.*

**R**usia ó Moscovia, region la mas vasta de Europa, pues hay quien la da milcuatrocientas leguas en su mayor longitud de oriente á poniente y seis-cientas en su anchura de norte á mediodía, con-fina por el oriente con el mar del Japon: por el mediodia con la Tartaria menor y el mar Caspio, la Persia y otros paises; por el poniente con Sue-cia, Polonia y el mar Báltico, y por el norte con el mar Glacial ó Helado. Sus principales rios son el Volga, el Don ó Tánais, el Duina, y el Nie-per ó Boristénes, todos muy caudalosos; y sus ma-yores lagos, el de Ládoga, el de Onega y el de Péi-pus. Está situada la Rusia, parte en Europa, y parte en Asia. La parte europea comprende la Ru-sia occidental, la Rusia oriental, la Laponia Mos-covita y varias provincias conquistadas por los ru-sos á los suecos, como son la Finlandia rusa, su capital Wiburgo, ciudad distinta de otra del mis-mo nombre que hay en Noruega; la Livonia, su capital Riga, puerto bien fortificado y muy comer-ciante; la Estonia, que ademas de su capital Ré-vel, ciudad marítima, incluye la de Narva y la Ingria, cuya capital es San-Petersburgo, corte de los Czares, ó emperadores de Rusia, y hoy de la Cza-rina ó emperatriz. La region que propiamente se llama Moscovia, se divide en septentrional y me-ridional; la septentrional tiene diferentes ciuda-des considerables, cuales son Novorgorod la Gran-



de, Plescou, y el puerto de Arcángel, en que florece mucho el comercio. En la meridional estan las ciudades de Moscou (capital de toda la Moscovia y corte que era de los Czares), Jeroslavia, Smolensco, Rostovia y otras. Fuera de las citadas provincias pertenecen al imperio ruso algunas comprendidas en la Polonia, como una parte del ducado de Lituania, el palatinado de Kiovia, &c.

La Rusia Asiática, mucho menos poblada que la Europea, aunque mas estensa, comprende la Tartaria Moscovita, que se estiende por todo el norte del Asia, la Samogicia ó Samogesia, la Bulgaria, el reino de Siberia y otras dilatadas comarcas, parte desiertas, parte habitadas por naciones incultas, de que no se tiene clara y puntual noticia. Las principales ciudades de aquellas regiones son Casan, capital del reino de este nombre; Permia, capital de un ducado llamado así; Astrakan, ciudad muy cercana al mar Caspio, y capital del reino de Astrakan; Azof, plaza importante junto á la laguna Meótide no lejos del mar Negro ó Ponto Euxino; y Tobolsko, capital de Siberia.

El temperamento de Rusia es en general muy frio, pero templado en los parages del norte. Hay por consiguiente algunos terrenos fecundos, y otros estériles segun los varios climas y el número de cultivadores.

El gobierno es monárquico absoluto; la religion dominante viene á ser, con diferencia de una ú otra ceremonia, la cristiana griega, llamada cismática: la lengua rusa se deriva de la antigua esclavona, participando algo de la griega así en las voces como en la formacion de las letras.

## LECCION XVII.

*Descripcion de Polonia.*

**E**l reino de Polonia confina por el oriente y el norte con Rusia; por el mediodia con la Tartaria Menor y la Hungria; y por el poniente con Alemania. Su estension es de doscientas y noventa leguas de largo y de doscientas de ancho. Sus rios principales son el Vístula, el Niéper, el Niéster y el Duina. Divídese en dos partes principales: la una es la Polonia, propiamente llamada así y que se distingue en Polonia Mayor, ó Baja, y Polonia Menor ó Alta; y la otra es el gran ducado de Lituania. En la Polonia Mayor se comprenden las provincias, gobiernos ó palatinados de Posnania, Cuyavia, Siradia, y principalmente Mosavia, cuya capital Varsovia, es corte de los Reyes de Polonia. En la misma Polonia Mayor se incluye tambien la Prusia Polaca, que entre otras ciudades tiene las de Thorn, Elbing, Culm y Danzick, ciudad libre y puerto famoso.

La Polonia Menor contiene el palatinado de Cracovia, cuya capital Cracovia lo es de todo el reino, y fué en otro tiempo su corte; el palatinado de Sandomir, el de Lublin, el de Podlaquia y el de la Rusia Menor, llamada Roja, que comprende los de Podolia, Volhinia, Kiovia y otros agregados hoy en todo ó en parte al imperio ruso, así como estan á la casa de Austria y al Rey de Prusia diferentes distritos que antes eran del dominio polaco.

Del gran ducado de Lituania, que se divide en nueve gobiernos particulares, es capital la ciudad de Wilnia; y algunos de ellos pertenecen hoy á la Rusia.

Depende del reino de Polonia el estado de Curlandia, cuya capital es Mitáu, y que está gobernado por un príncipe particular que se intitula duque de Curlandia y Semigalia. Además de las ciudades ya espresadas hay en Polonia otras considerables, cuales son Posnan, Gnesne, Grodno, Lemderg, ó Leopold, Luko y Kamienieck, plaza fuerte.

El clima de Polonia es moderadamente frio; pero no muy saludable, y el terreno fértil sobre todo en granos. El gobierno es parte monárquico, y parte republicano aristocrático, siendo electiva y no hereditaria la corona. La religion dominante es la católica romana; pero se toleran varias sectas como la luterana, la reformada, la griega cismática y el judaismo. El idioma polaco es dialecto del esclavon, mezclado con voces alemanas y otras.

## LECCION XVIII.

### *Descripcion de la Turquía Europea.*

**B**ajo el nombre de Turquía Europea se comprenden las provincias que en todo ó en parte posee dentro de Europa el Emperador de los turcos ú otomanos, por otro nombre el Gran-Señor ó Gran-Sultan. Confina dicha Turquía por el oriente con el Mar Negro, el Archipiélago y el Asia; por el mediodia con el Mediterráneo; por el poniente con

el mar Ionio ó de Grecia, y con el golfo Adriático; y por el norte con Hungría, Polonia y Rusia. Tiene doscientas y cincuenta leguas de largo y ciento noventa de ancho. Sus principales rios son el Danubio, el Niéster y el Niéper. Divídese en septentrional y meridional, comprendiéndose en esta última toda la antigua Grecia. La septentrional contiene las siguientes provincias: la Moldavia, su capital Jassi; la Valaquia, su capital Ter-gowisk; una parte de la Croacia, (pues la otra pertenece al emperador de Alemania) y la Dalmacia, país que se divide en cuatro porciones, una austriaca, otra veneciana, otra ragusea y otra turca. En la austriaca está la plaza fuerte y marítima de Seng; en la veneciana la ciudad de Zara su capital, y las de Espalatro y Sebenico; y en la ragusea la república de Ragusa que está bajo la proteccion del turco, y tiene gobierno aristocrático, á imitacion del de Venecia. La Dalmacia turca es de muy corta estension, y su capital se llama Herzegovina ó Mostar. Las demas provincias de la Turquía septentrional son las que se siguen: la Bosnia, su capital Benialuca; la Tartaria menor que incluye la península de Crimea, gobernada por un príncipe llamado el Kan; la Besaravia, su principal ciudad Béndér; la Servia, cuya capital es la importante y fuerte plaza de Belgrado, por otro nombre Alba-Griega; la Bulgaria, su capital Sofía; y ciudades principales Nicópoli Silistria; y la Romanía, llamada en otro tiempo Tracia, cuya capital como de todo el imperio turco es la gran ciudad de Constantiuopla, corte del Gran-Señor, con un buen puerto situado en el

canal del Mar Negro. La mayor ciudad de esta provincia despues de Constantinopla, es Andrinópolis. Los Dardanales ó Dardanelos son dos castillos situados uno en Asia y otro en Europa, que defienden el paso del estrecho de Galípoli ó Helesponto, por el cual se comunica el mar de Marmora ó Propóntide con el archipiélago que es parte del mediterráneo.

La Turquía Meridional, ó Grecia, incluye estas provincias: la Macedonia, cuyas ciudades principales son Salónica, capital (antiguamente Tesalónica), Filipo y Jeniza; la Albania superior, su capital Escútari, y la inferior, en que los venecianos poseen las ciudades de Butrinto y Larta; la Livadia, en que está la ciudad de Atenas, famosa república en lo antiguo, hoy reducida á una corta poblacion; y Lepanto, situada en el golfo de su nombre, célebre por la victoria naval que alcanzó de los turcos la armada cristiana, mandada por Don Juan de Austria; y por último, la gran península de la Morea, antiguamente Peloponeso, que entre otras ciudades tiene las de Modon, Coron y Malvasia, y tres pueblos muy reducidos en que estuvieron antiguamente las grandes ciudades griegas Corinto, Argos y Lacedemonia. Además de las citadas provincias, comprende la Turquía Meridional gran número de islas, unas en el mar de Grecia y otras en el archipiélago. Las principales del mar de Grecia son Corfú, Cefalonia, Santa-Maura y Zante ó Zacinto, pertenecientes á la república de Venecia. Entre las del archipiélago hay dos muy considerables, que son las de Candia, ó Creta, y la de Negroponto, que por medio de un puente se



comunica con la tierra firme de Livadia. Las restantes del archipiélago, que son muchísimas, se distinguen unas con el nombre genérico de Cíclades, y otras con el de Espórades.

El clima de la Turquía Europea es templado y la tierra fértil, aunque mal cultivada: el gobierno es monárquico absoluto ó despótico; la religion dominante la mahometana, si bien se toleran ju- díos, griegos cismáticos y algunos católicos; y la lengua es un dialecto del árabe mezclado con voces persas y griegas.

## LECCION XIX.

### *Descripcion del Asia.*

**E**l Asia, que es la mayor de las tres partes del mundo que componen el antiguo continente, confina por el oriente con aquella porcion del mar del Sur, ó Pacífico, que se llama Océano oriental; por el mediodia con el mar Indico; por el poniente con Europa y Africa, y por el norte con el mar Glacial. Forma continente con Europa y con Africa, uniéndose con esta solamente por el istmo de Suez en la Arabia; y la separa de América el mar pacífico, dudándose todavía si acaso está unida con ella por la parte del norte. Sus rios principales son el Ganges y el Indo en el Mogol y en la India; el Tigris y el Eufrates en la Turquía Asiática; y el Obi en la Tartaria Rusa. Tiene un lago tan espacioso, que ha merecido el nombre de mar, y es el mar Caspio. Sus mayores montes son los infinitos ramales del monte Tauro, los montes de Noss y los de Imaus. Su temperamento es en lo general be-

nigno, y el terreno produce útiles y preciosos frutos de que se hace considerable comercio en Europa y aun con América. En gran parte del Asia domina la secta mahometana; en muchos países el paganismo é idolatría, y en algunos no deja de haber cristianos, unos católicos, y otros que profesan varias sectas. Las lenguas generales del Asia son la árabe, la tártara, la china, la japonesa, la armenia, la malabar y la malaya.

Divídese en siete partes principales, que son: hácia el poniente, la Turquía Asiática y la Persia; hácia el mediodía, la Arabia, la India, ó Indias Orientales, y el Mogol; hácia el oriente, la China; y hácia el norte la Tartaria mayor, además de un gran número de islas de que trataremos separadamente.

Cuéntanse cerca de cuarenta Príncipes soberanos, que con varios títulos gobiernan estas dilatadas regiones.

La Turquía Asiática comprende cinco países de grande estension: es á saber, la Natolia, ó Asia menor, en que estan los puertos de Esmirna y Trapisonda, ó Trebisonda; la ciudad de Bursa, corte que fué del imperio turco, y la de Cotaya, hoy capital de toda la provincia; la Siria, ó Suria que se divide en varios gobiernos, siendo los principales el de Alepo, ciudad muy comerciante; el de Damasco, cuya capital de este mismo nombre es una de las mayores ciudades del Oriente, y el de Jerusalem con toda la Palestina ó Tierra Santa. Las antiguas y célebres ciudades así de esta como de toda la Siria, yacen, ó del todo arruinadas, ó notablemente disminuidas. Los tres restantes países pertenecientes á la Turquía Asiática son:

la Turcomania, antiguamente Armenia Mayor, provincia que pertenece parte al Gran Señor, y parte al Bey de Persia, é incluye las ciudades de Erzerum y Erivan: el Diabeck con las ciudades de Diarbekir, Mosul, Bagdad, plaza fuerte y Basora, buen puerto; y la Georgia, repartida entre turcos, rusos y persas, de la cual son principales ciudades Téflis y Sabatópoli.

La segunda region occidental del Asia es la Persia. Algunos geógrafos la dividen en quince distritos, cada uno de los cuales tiene una ciudad capital y otras menores; pero ninguna de ellas es tan considerable como la de Ispahan, actualmente corte del Rey de Persia, y las de Casbin y Tauris, que lo fueron en otro tiempo.

Entre los países meridionales del Asia contamos primero la Arabia, gran península poseida en parte por el emperador de los otomanos, perteneciendo lo restante á varios emires ó príncipes particulares, señaladamente al que se intitula Xerife ó señor de la Meca. Divídese la Arabia en tres partes llamadas Arabia feliz, Arabia desierta y Arabia petrea. La feliz ha merecido este nombre por ser mas fértil que las otras dos, produciendo esquisitos aromas. Su capital es Saná ó Sanan, y sus mayores ciudades Aden, Betelfaguí y Moka, de donde viene el mejor café. De la Arabia desierta, que está despoblada como lo dice su nombre, es capital la ciudad de Aná ó Anae, y sus principales ciudades son Medina y la Meca, muy frecuentadas de los musulmanes, por estar en la primera el sepulcro de Mahoma, y haber sido la segunda la patria de este falso profeta. La Arabia petrea, no me-

nos inculta que la desierta, no tiene mas ciudades importantes que la de Tor y Herac.

Otra region de las meridionales de Asia es la India, que se divide en dos Penínsulas, una occidental de la parte de acá del Ganges, y otra oriental de la parte de allá de este rio. La occidental comprende el reino de Visapor con la ciudad y puerto de Goa, perteneciente á los portugueses; la costa de Malabar, cuyas principales ciudades son Calicut y Cochín; el reino de Golconda con su capital del mismo nombre, y la comerciante ciudad de Musulipatan; la costa de Coromandel, en que estan Madrás, ciudad rica, perteneciente á los ingleses, Pondicheri, poseida por los franceses, y otras varias ciudades y puertos en que se hallan establecidas diferentes naciones europeas. La Península oriental contiene entre otros reinos los de Aracan, Ava, Pegú, Malaca, Tuquin, Cochinchina, Camboya y Siam en el golfo de este nombre.

Confina con la India, y aun es parte de ella, segun la division adoptada por algunos geógrafos, el Indostan ó imperio de Mogol. Las principales ciudades de estos vastos dominios son Deli, en donde reside el emperador llamado el Gran-Mogol, Agra, Cambaya, Surata y Bengala que ha dado su nombre á un espacioso golfo.

La region mas oriental del Asia es la China, imperio dilatadísimo y el mas poblado del orbe. Divídese en septentrional que comprende seis grandes provincias, y meridional que comprende nueve. Hay en ellas muchas y grandes ciudades, entre las cuales merecen particular mencion la de Pekín, hoy corte del emperador de la China; las de Nankin y

Singan que lo fueron en otro tiempo; la de Macao, situada en una isla, y poseida por los portugueses, y la de Canton, puerto de gran comercio. Entre la China y la Tartaria subsiste una antigua y célebre muralla que dicen tiene mas de cuatrocientas leguas de largo, y que los chinos fabricaron para contener las irrupciones de los tártaros. Está unida con el imperio de la China, y depende de él como reino tributario, la península de Corea, gobernada por un príncipe particular.

Ademas de la Tartaria Rusa ó Moseovita, que ya hemos nombrado en la descripcion de Rusia, hay hácia el norte del Asia, entre dicha Tartaria, la China, la India y la Persia una region llamada Tartaria Mayor ó Gran Tartaria, y conocida en lo antiguo con el nombre de Escitia. Divídese esta en Tartaria China, la mayor parte de la cual está regida por gobernadores chinos, ó por príncipes feudatarios de aquel imperio, y en Tartaria independiente que obedece á varios Soberanos ó Kanés, principalmente al que se denomina Gran-Kan de los tártaros. Las mayores poblaciones de la Tartaria China son Tagut ó Nauu; y las de la Tartaria independiente, Samarcanda, célebre por haber sido patria de Tamerlan, el mayor conquistador de oriente, y Lasa, capital del reino de Tíbet, en donde reside el Gran Lamá ó sumo sacerdote de los tártaros, paganos é idólatras distintos de los mahometanos.

Resta hacer mencion de las islas del Asia. Es grande el número de ellas; pero las mas importantes por su estension, poblacion ó comercio son las del Japon, que forman un estado aparte, ga-



bernado por un príncipe que se llama emperador; la de Guahan con las demas denominadas Marianas, ó islas de los Ladrones, descubiertas por Fernando Magallanes, y sujetas á la dominacion española; y las Filipinas que tambien estan en poder de España, las cuales son casi innumerables, contándose por principales las cuatro siguientes: Manila ó isla de Luzon, cuya capital es la ciudad de Manila, en que reside un Capitan General, una Audiencia y un Arzobispado, que tiene dos Obispos sufragáneos en las ciudades de Nueva-Segovia y Nueva-Cáceres, y otro en la isla de Cebú: Mindanáo, con su capital del mismo nombre (aunque tambien la llaman Tabuc) y en ella un puerto bastante frecuentado: Tendaya ó Samar, que fué la primera á quien se dió el nombre de Filipina; y la de Cebú ya citada, cuya capital se llama el Dulce Nombre de Jesus. Hay otras islas denominadas las nuevas Filipinas; pero son muy poco conocidas de los geógrafos. Casi lo mismo sucede con las Maldivas. Las Molucas ó islas de la especería, fueron poseidas en otro tiempo por los españoles, y los portugueses. Hoy son los holandeses los que se hallan establecidos en ellas, haciendo con Europa un gran comercio de las especias, azucar y otros productos de aquel pais. Al mediodia de la India oriental estan las islas de la Sonda, siendo las mayores, mas ricas y mas pobladas, las de Sumatra, Borneo y Java. En esta última poseen los holandeses una porcion de territorio, y la bella ciudad de Batavia con un buen puerto.

Al oriente de la costa de Coromandel yace la isla de Ceilan, que algunos creen ser la misma que

se halla en las historias con el nombre de Trapobana. Su capital se llama Candi, y en ella están muy introducidos los holandeses. Hay finalmente en el Mediterráneo varias islas que dependen de la Turquía Asiática. Las principales son la de Rodas, cuya capital tiene este mismo nombre, y la de Chipre en que está la ciudad de Famagusta, y la de Nicosia, capital de toda la isla.

## LECCION XX.

### *Descripcion de África.*

**A**frica, última de las tres partes del antiguo continente, es verdaderamente una gran península mayor que Europa y menor que Asia. Está, según hemos dicho, unida con esta por el istmo de Suez. Por el oriente confina con el mar Rojo ó Golfo Arábigo, que la separa de la Arabia, y con el mar Indico; por el mediodia, con este propio mar; por el poniente, con el Océano Atlántico; y por el norte, con el Mediterráneo que la separa de Europa y del Asia Menor. Sus principales rios son dos: el Nilo y el Niger: sus mayores montes el Atlas ó Atlante, Sierra-Leona y los montes llamados de la Luna. Tiene tres famosos cabos: el de Buena-Esperanza á mediodia; el de Guardafuí á oriente; y Cabo-Verde á poniente. El clima es demasiado ardiente, y el terreno muy árido, aunque en las costas no deja de ser fértil. Una gran parte de Africa está habitada por naciones incultas sin domicilio fijo y sin gobierno político y arreglado. Otra parte de ella está sujeta á la legislacion y cuerpos ci-

viles, formando varios imperios ó reinos como son el de Marruecos, el de los Abisinios, el de Congo, el de Guinea y otros; ó repúblicas como las de Argel, Túnez y Trípoli, que aunque feudatarias del Gran Turco, se gobiernan con independendencia conforme á sus leyes particulares. En cuanto á la religion puede asegurarse que el mayor número de africanos aun no ha salido de las tinieblas del paganismo é idolatría. En muchas provincias domina la secta mahometana, y en algunas partes el cristianismo y la Religion Católica. Hay ademas gran número de judíos, señaladamente entre los berberiscos. La lengua árabe se habla con particularidad en los varios pueblos que profesan el mahometismo, y en cada una de las demas regiones africanas se usan diferentes idiomas de que apenas tenemos conocimiento los europeos.

Puede dividirse el Africa en tres partes generales: una septentrional que comprende el Egipto, la Berbería y Zaara, ó el Desierto; otra en medio, que abraza la Abisinia, la Nubia, la Nigrícia y la Guinea; y otra meridional, que incluye el reino de Congo y la Cafrería ó pais de los cafres. Comprende tambien el Africa varias islas de que hablaremos con separacion.

Egipto, que es la region mas oriental de las que hay en el norte del Africa, y que está bajo la dominacion otomana, se divide en Superior, Inferior y Medio. El Egipto Superior corresponde á la antigua Tebaida, y su capital es la ciudad de Girge, ó Girgio. En la Inferior está la ciudad y puerto de Alejandría, en otro tiempo muy poderosa, y la de Damietta. Del Egipto Medio es capital la ciu-

dad de El-Cairo, ó Gran-Cairo, que pasa por la mayor de Africa.

La Berbería contiene dos partes: una que propiamente se llama Berbería, y otra conocida con el nombre de Biledulgerid. La primera comprende el reino de Barca, perteneciente al Gran Señor, y las repúblicas ó regencias berberiscas de Trípoli, con su capital del mismo nombre, que es puerto comerciante y plaza fuerte; de Túnez, su capital Túnez, puerto igualmente fortificado y comerciante; y de Argel, con su capital del mismo nombre, que es plaza fuerte y buen puerto. Tremecen, Bugía y Bona son las principales ciudades que dependen de la regencia de Argel; y en el distrito de Tremecen poseyó la corona de España el presidio y plaza fuerte de Orán, con el puerto de Mazarquivir. En la Berbería, propiamente llamada así, se comprenden los reinos de Fez y Marruecos, cuyas capitales son dos ciudades de estos mismos nombres, aunque el Rey de Marruecos reside ordinariamente en la de Mequinez. Las mas considerables poblaciones de aquellos reinos son la ciudad de Tetuan, y los puertos de Tánger, Larache, Salé y Safi. Poseen los españoles en dicho reino de Fez, los presidios de Ceuta, Melilla, el Peñon de Velez y Alhucemas. El principal es Ceuta, ciudad episcopal, y plaza bien fortificada. Melilla es ciudad, aunque pequeña; pero el Peñon y Alhucemas se reducen á dos fortalezas situadas en dos islotes, cada una con la guarnicion necesaria.

El Biledulgerid contiene ocho diferentes comarcas, y entre ellas los reinos de Sus y Tafilete que estan bajo la dominacion de Marruecos. Sus prin-



principales ciudades son Sus, por otro nombre Tarudan ó Tarudante, Pescara y Kiteva.

En Zaara, ó el Desierto, no hay poblacion digna de mencionarse.

La Abisinia es un dilatado imperio, pero muy poco conocido. Su capital es Gontar, en donde reside el emperador de los abisinios.

La Nubia, que algunos incorporan con la Abisinia, comprendiendo á ambas, como tambien la Nigricia y aun la Guinea bajo el nombre general de Etiopia, es reino sujeto á un Príncipe que se titula Rey de Sennar, teniendo su residencia en una ciudad llamada así.

La Nigricia, bañada por el rio Niger, ó Negro, está repartida en varios reinos, gobernado cada uno por su Soberano particular, siendo el mas poderoso el Rey de Tombut. En uno de los brazos del Niger hay una isla llamada Senega, ó Senegal, que los franceses han cedido á los ingleses.

La Guinea, dividida tambien entre varios príncipes negros, es mas conocida de los europeos por los establecimientos que tienen en aquellas costas. Los principales son Elmina, ó la Mina, puerto y plaza fuerte que poseen los holandeses; Cabo-Corso, perteneciente á la Inglaterra; y Christiamburgo, puerto de que son dueños los dinamarqueses. El Rey de Benin es el mas poderoso de todos los de Guinea.

El pais de Congo, que algunos llaman Guinea Inferior, tiene tres Reyes ó Soberanos, que son el de Congo, el de Loango y el de Angola.

La Cafrería, ó pais de los cafres, comprende principalmente la costa de Tranquebar, en que los



portugueses poseen el puerto de Mozambique: el imperio de Monomotapa, el de Monoemugui y la costa de los hotentotes, en la cual tienen los holandeses una bella colonia inmediata al cabo de Buena-Esperanza, paso muy frecuentado de las embarcaciones que navegan del océano Atlántico á la India, China y otros países del Oriente.

Las principales islas de Africa son estas: la de Madagascar, que es la mayor de ellas, la de Borbon, la isla de Francia ó Mauricio, la de Santa María y las de Comora y Socotora, todas situadas enfrente de la oriental de Africa. En las islas de Borbon, de Francia y de Santa María, se hallan establecidos los franceses.

Al occidente de Africa está la isla de Santa Helena perteneciente á los ingleses, la de Santo Tomé, la del Príncipe y otras dependientes de la corona de Portugal: las de Anobon y Fernando de Pó, que hoy poseen los españoles; las de Cabo-Verde en número de diez, y pertenecientes á Portugal, siendo la mayor de ellas la de Santiago, cuya capital, llamada Ribeira, es sede episcopal; la de la Madera, que tambien es de los portugueses, su capital la ciudad de Funchal, residencia de un Obispo y un Gobernador; la de Puerto Santo, igualmente de Portugal; y las Canarias, poseidas por España, é incorporadas á la corona de Castilla. Estas son siete principales: Canaria, Tenerife, la Palma, Lanzarote, Fuerteventura, la Gomera y el Hierro. La de Canaria dió nombre á las demas, y en la ciudad de las Palmas, su capital, reside una real Audiencia y un Obispo, sufragáneo del arzobispo de Sevilla. Su puerto mas frecuentado es el llamado de la

Luz. La isla de Tenerife, la mas rica y poblada de las Canarias, tiene por capital la ciudad de San Cristobal de la Laguna; su puerto principal y de mayor comercio es el de Santa Cruz de Tenerife, en donde residen el Comandante General de todas las islas, y los Ministros de la Real Hacienda, y sus mas considerables poblaciones, despues de estas dos, son la villa de la Orotava y el puerto del mismo nombre. De la isla de la Palma es capital la ciudad de Santa Cruz de la Palma, denominada así para distinguirla de Santa Cruz de Tenerife. Fuerteventura, aunque es la mayor de las islas Canarias, no es la mas poblada ni comerciante; su capital es la villa de Santa María de Bentacuria. Lanzarote tiene por capital la villa de San Miguel de Teguisse; la Gomera, la de San Sebastian, y el Hierro, la de Valverde.

Algunos incluyen en el Africa las islas de los Azores, por otro nombre Terceras; pero las incluiremos entre las de América, siguiendo la opinion mas recibida.

## LECCION XXI.

*Descripcion de América, y particularmente de la Septentrional y sus islas.*

**L**a América, ó nuevo continente, conocido con el nombre de Indias Occidentales, es la cuarta de las partes del mundo, y la mayor de ellas. Por su oriente confina con el Océano Atlántico ó mar del Norte, que la separa de Europa y Africa; por el poniente con el mar Pacifico, ó del Sur, que la

separa de Asia, y por el mediodia y norte con varias tierras desconocidas; de suerte que mientras estas no acaben de descubrirse, y se sepa estar unida la América por medio de ellas con el antiguo continente, deberemos considerarla como una isla.

Dividese en Septentrional y Meridional, comunicándose por un istmo bastante angosto que es el de Panamá. Los mas caudalosos rios de la América Septentrional son el de San Lorenzo, el Misisipí y el Rio-Bravo ó del Norte; sus mayores golfos, el de Honduras, el de Méjico y el de San Lorenzo; sus lagos principales el Ontario, el Huron, el llamado lago Superior y el de Nicaragua; sus mas famosos cabos el de Breton, el de Corrientes al poniente de Nueva-España, y el de Florida; sus estrechos mas nombrados, el de Dávis y el de Hudson; y sus principales montes los Apalaches en la Virginia, y la Sierra-Madre en Nueva-España.

Todas las vastísimas regiones del Nuevo Mundo estan habitadas y poseidas ó por diferentes naciones europeas, principalmente por la española, ó por naciones de indios mas ó menos cultas, unas conocidas, y otras de que solo se tiene confusa noticia. En los paises conquistados se hallan establecidas las religiones, lenguas y especies de gobierno de sus respectivos dueños los europeos; mas en los pueblos indios es infinita la diversidad de gobiernos, ritos é idiomas. Por lo general es la América muy fértil; pero en unas partes mas que en otras, conforme á la variedad de climas, pues su grande estension de norte á mediodia hace que participe del cálido, del frio y del templado.

La América Septentrional puede dividirse en

cuatro partes principales que son: las Pósesiones Españolas, el Canadá, la Acadia, ó Nueva-Escocia, y la nueva república de los Trece-Estados- Unidos de la América Septentrional.

Las posesiones españolas consisten en el reino de Nueva-España, el reino de Goatemala, las provincias internas, la Luisiana y la Florida. Hay en ellas un virey que es el de Méjico ó Nueva-España, y cuatro Audiencias: la de Méjico, la de Guadalupe, la de Goatemala (todas tres en el continente), y la de Santo Domingo en la isla llamada así. De esta y otras islas no trataremos ahora porque conviene á la claridad no hablar de ellas hasta acabar de dar noticia de la tierra firme. Cuéntanse en aquellos dominios tres arzobispados: el de Santo Domingo, el de Méjico y el de Goatemala, con quince obispados sufragáneos. Son muchas las provincias comprendidas en el vireinato de Méjico y en los distritos de las referidas audiencias; pero hay ocho principales en Nueva-España, siete en el reino de Goatemala, y otras siete en la region distinguida con el nombre de provincias internas.

Las ocho provincias de la Nueva-España son las que aquí se siguen con espresion de sus capitales. La provincia de Méjico, cuya capital como de todo el reino, es la grande y rica ciudad de Méjico, residencia del Virey y Capitan General, y del Arzobispo metropolitano. Tiene universidad, buenos templos, palacios, hospitales, paseos; y en suma puede compararse con algunas de las mas magníficas cortes de Europa. A esta provincia pertenecen las ciudades de Querétaro, Tezcucó y Acapul-

co, puerto famoso en la costa del mar del Sur. La provincia de Yucatan, que es una península, tiene por capital la ciudad episcopal de Mérida de Yucatan, y sus mayores poblaciones son el puerto de San Francisco de Campeche y la villa de Valladolid, llamada de Yucatan para distinguirla de otra que hay en Mechoacan. De la provincia de Tabasco es capital Villa-hermosa, de la provincia de Oajaca ó Cuajaca, la ciudad episcopal de Oajaca ó Antequera; de la provincia de Tlascala, la ciudad episcopal de la Puebla de los Angeles; y á esta provincia pertenece la ciudad de Veracruz, puerto el mas frecuentado del golfo de México. De la provincia de Mechoacan es capital la ciudad episcopal de Valladolid de Mechoacan; de la provincia de Guadalajara ó Nueva-Galicia, la ciudad de Guadalajara, en que reside su Obispo y real Audiencia; y de la provincia de Nuevo-Santander, la villa de Santander.

Las siete provincias del reino de Goatemala son estas: la de Goatemala, cuya capital, como de todo el reino es la ciudad Arzobispal de Santiago de Goatemala, en que reside el Capitan General y la Audiencia, y tiene universidad; la provincia de Chiapa, su capital la ciudad episcopal de Chiapa la Real, ó Ciudad-Real; la provincia de Soconusco, su capital Soconusco, ó Güevettlan; la provincia de Vera-Paz, su capital la villa de Coban; la provincia de Honduras, ó Comayagua, su capital la ciudad episcopal de Comayagua, por otro nombre Valladolid; la provincia de Nicaragua, cuya capital es la ciudad episcopal de Leon de Nicaragua; y la provincia de Costa-Rica, su capital la ciudad de Cartágo.



Las provincias Internas se reducen á estas siete: el Nuevo reino de Leon, su capital la ciudad episcopal de Monterrey; la provincia de Coahuila, ó Nueva-Estremadura, su capital la villa de Santiago de Monclova; la provincia de Tejas ó Nuevas-Filipinas, su capital la villa de San Antonio de Béjar; la provincia de Nueva-Vizcaya, su capital la ciudad episcopal de Durango, ó Guadiana; la provincia de Sonora ó Nueva-Navarra, que incluye la de Cinaloa y otras, es obispado y tiene por capital la ciudad de Arispe; el Nuevo-Méjico, cuya capital es la villa de Santa Fé; y la provincia de California antigua y nueva, cuyas principales poblaciones son la villa de nuestra Señora de Loreto, y el puerto de Monterrey. De la provincia de la Luisiana, que está al oriente de Nueva-España, es capital la Nueva-Orleans. La provincia de la Florida se divide en oriental y occidental, siendo capital de la primera la ciudad de San Agustín, y de la segunda la plaza de Pauzacola, ambas marítimas.

A la Gran-Bretaña pertenecen además de la Tierra de Labrador, ó Nueva-Bretaña en lo mas septentrional de la América, el Canadá, cuya capital es la ciudad de Quebec, y la Acadia, ó Nueva-Escocia, su capital Puerto-Real, ó Anápolis.

Otras provincias que poseían los ingleses en el continente de América Septentrional, han sacudido recientemente el yugo y se gobiernan ya con independencia, formando una república compuesta de trece provincias bajo el título de los Trece-Estados-Unidos de América. Estos son los de Nuevo-Hampshire. Masachusset, Rhode-Island, ó isla de Rodas, y Connecticut, comprendidos todos cuatro

en la Nueva-Inglaterra; y los de Nueva-Yorck, Nueva-Jerséy, Pensilvania, Delaware, Mariland, Virginia, Carolina Septentrional, Carolina Meridional y Nueva-Georgia. Las principales poblaciones de los Estados-Unidos son el puerto de Boston, capital de la Nueva-Inglaterra; Filadelfia, que lo es de Pensilvania; el puerto de Nueva-Yorck, capital de la provincia de este nombre; y el de Charlestown en la Carolina Meridional.

Las islas de la América Septentrional son muchas, y las mas considerables, las Antillas situadas al oriente del golfo de Méjico, ó seno Mejicano. Hay entre ellas cuatro grandes, que son Cuba, Santo Domingo, Puerto-Rico y la Jamaica. La de Cuba, perteneciente á España, tiene por capital la ciudad de la Habana, escelente puerto y plaza fuerte, en donde reside el Obispo, aunque la catedral y cabildo eclesiástico estan en la ciudad de Santiago de Cuba.

La isla de Santo Domingo, ó Española, pertenece en la parte occidental á los franceses, que tienen allí el puerto del Guarico, ó Cabo-Frances, y en la parte oriental (que es la mayor) á los españoles. De esta es capital la ciudad y puerto de Santo Domingo, en donde reside la real Audiencia y un Arzobispo metropolitano, primado de las Indias, del cual son sufragáneos los Obispos de Cuba, Puerto-Rico, Caracas y Mérida de Maracaibo. De la Audiencia de Santo Domingo dependen las islas de Cuba y Puerto-Rico, la Florida, y una parte de la Tierra-firme en la América Meridional.

La isla de Puerto-Rico pertenece enteramente á España, y su capital es la ciudad episcopal y puerto de San Juan de Puerto-Rico.

De la Jamaica, poseida por los ingleses, es capital la ciudad de Santiago de la Vega, ó Spanish-Town, y su principal puerto es Kingstown.

Entre las Antillas llamadas Menores se distinguen la Martinica, su capital Fuerte-Real, la Dominica, la Guadalupe, Marigalante, la Antigua, San Cristobal, Santa Lucía, la Granada y la Barbada, todas las cua es y otras muchas de menor consideracion se denominan Islas de Barlovento. La Trinidad y la Margarita, que estan bajo la dominacion de España, la isla del Tabaco ó de Tabago, Curazao y otras se llaman de Sotavento y pertenecen á la América Meridional.

Al norte de las Antillas estan las islas Lucayas ó de los Lucayos, siendo las principales la de Bahama y la de la Providencia. Mucho mas al norte en el golfo de San Lorenzo, se hallan situadas las islas de Terranova, en que los ingleses y franceses hacen hoy la pesca del bacalao. Las principales son Terranova, Isla-Real, ó Cabo-Breton, San Juan y Anticosti.

Ademas de las referidas islas, se comprenden ordinariamente entre las de América las Azores ó Terceras, que pertenecen á los portugueses, y estan en el mar del Norte menos distantes de Europa que del continente. Las mayores son nueve: y á todas ha dado nombre la principal de ellas llamada Tercera cuya capital es la ciudad episcopal y puerto de Angra.

## LECCION XXII.

### *Descripcion de la América Meridional.*

**L**a América Meridional es una vastísima penín-

sula que empieza en el istmo de Panamá, desde donde termina la provincia de Costa-Rica perteneciente á la América Septentrional, se estiende hasta el estrecho de Magallanes y cabo de Horn, ó de Hornos, que es lo mas meridional de la América descubierta. Sus mas caudalosos rios son el Marañon ó rio de las Amazonas, el rio de la Plata, el Orinoco, y el de la Magdalena; sus golfos, el Panamá, el del Darien, el de Guayaquil y Golfo-triste; el mayor de sus lagos, el Parime, y el de Chncuito: sus cabos mas famosos, el de San Agustin en el Brasil, y el de Hornos ya citado; sus principales estrechos, el de Magallanes y el de Le-Maire; y sus mayores montes, los Andes, cuya cordillera se divide en infinitos ramales, y separa del Paraguá y otros paises los reinos del Perú y Chile.

Dividiremos toda la América Meridional en cinco partes principales, que son: el Vireinato del nuevo reino de Granada, ó Santa Fé, el del Perú, y el de las provincias del rio de la Plata y ciudad de Buenos-Aires, sujetos á la dominacion española; el reino del Brasil, poseido por los portugueses, y el pais de las Amazonas.

En el distrito de cada uno de los tres vireinatos espresados hay dos Audiencias: en el del Nuevo-reino de Granada, la de Santa Fé y la de Quito; en el del Perú la de Lima, y la de Chile; y en el de las provincias del rio de la Plata, la de Charcas, y de Buenos-Aires. Lima, Charcas, y Santa Fé son arzobispados que tienen por sufragáneos diez y seis Obispos de los diez y ocho que hay en los dominios españoles de la América Meridional; porque los dos obispados de Caracas y Maracaibo dependen, segun

queda insinuado, del arzobispado de Sto. Domingo.

Comprende el vireinato del Nuevo-reino de Granada muchas provincias, siendo las principales la de Santa Fé, que da nombre á todo el vireinato, y las de Veragua, Panamá, el Darien, Cartagena, Santa Marta y rio de la Hacha, Maracaibo, Venezuela y Cumaná, llamadas provincias de Tierra-firme. Además de estas hay la de Nueva-Barcelona, la de Nueva-Andalucía ó Guayana, la de San Juan de los Llanos, la de Antioquía, la de Chocó, la de Popayan, la de Quito, antiguamente reino, y los dilatados territorios de las misiones, unos confinantes con el país de las Amázonas, y otros incluidos en él, pero no enteramente conocidos.

De la provincia de Santa Fé es capital la ciudad de Santa Fé de Bogotá, residencia del Virey, de la real Audiencia y del Arzobispo metropolitano, y tiene universidad. La capital de la provincia de Veragua es Santiago ó la Concepcion de Veragua; de la provincia de Panamá, la ciudad episcopal y puerto de Panamá en el itsmo de su nombre á la parte del mar del Sur. A la del mar del Norte está Portobelo, puerto muy cómodo, que tambien se llama Ciudad de San Felipe. En la provincia del Darien, no hay ciudad alguna considerable. De la provincia de Cartagena es capital la ciudad episcopal y buen puerto de Cartagena, que llamamos comunmente Cartagena de Indias, para distinguirla de la de España, y que no hemos de confundir con Cartago, capital de Costa-Rica. La provincia de Santa Marta y rio de la Hacha, tiene por capital la ciudad episcopal y puerto de Santa Marta; la provincia de Maracaibo, la ciudad episcopal de Mérida de Ma-



racaibo, situada á orillas de una gran laguna llamada tambien de Maracaibo; y la provincia de Venezuela (por otro nombre Caracas), la ciudad episcopal de Caracas, ó de Santiago de Leon. Tiene esta provincia tres puertos principales, que son la Guaira, Puerto-Cabello, y Coro ó Venezuela, que fué en otro tiempo la capital. De la provincia de Cumaná lo es hoy la ciudad marítima de Cumaná; de la provincia de Nueva-Barcelona, la ciudad de San Cristobal de Barcelona; y de la Nueva Andalucía ó Guayana, la nueva ciudad de la Angostura. En esta provincia tienen los holandeses las colonias de Surinam, y los franceeses las de Cayena. De la provincia de San Juan de los Llanos es capital la ciudad de San Juan de San Martin; y de la provincia de Antioquia, la ciudad de este mismo nombre. En la provincia del Chocó no hay ciudad importante. La provincia de Popayan tiene por capital la ciudad episcopal de Popayan. De la provincia de Quito, es capital la ciudad de San Francisco de Quito, en que reside la real Audiencia y el Obispo. Comprende varios gobiernos y partidos á que suelen dar nombre de provincias, como Guayaquil, cuya capital es la ciudad y puerto de Santiago de Guayaquil, y el gobierno de Quijos y Macas, el de Jaen de Bracamoros, y otros.

Del virreinato del Perú dependen diferentes partidos ó provincias. El principal es el de Lima, en cuya capital, que es la gran ciudad de los Reyes ó de Lima, reside el virey, la audiencia y el arzobispo metropolitano. Tiene universidad y un puerto que es el de Callao, distante dos leguas de Lima. Los de

mas partidos ó provincias mayores son: el Trujillo, el de Arequipa, el de Guamanga, y el del Cuzco. Sus capitales que tienen los mismos nombres de Trujillo, Arequipa, Guamanga y el Cuzco, son ciudades episcopales. Cada uno de estos partidos comprende diversas provincias menores, gobiernos y corregimientos: y así por ejemplo, en el distrito de Lima se incluyen Jauja, Guanuco y otras provincias; en el de Trujillo las de Piura, Saña y Cajamarca; en el de Arequipa, las de Arica y Condesuyos; en el de Guamanga, las de Guancavelica, Castro-Vireina y Angares; en el del Cuzco las de Abancai, Cotabamba y Lampa, sin otras muchas que no mencionamos por evitar prolijidad y confusion.

Pertenece igualmente al vireinato del Perú el reino de Chile, que se divide en Chile antiguo y moderno, y se extiende por gran parte de la costa del mar del Sur, desde los confines del reino del Perú hasta el cabo de Hornos en la tierra del Fuego, que yace al mediodia del estrecho de Magallanes. Tiene el reino de Chile por capital la ciudad de Santiago de Chile, en donde residen la real Audiencia y un Obispo. Tambien es ciudad considerable é igualmente episcopal la de la Concepcion de Chile, y los principales puertos y plazas fuertes del mismo reino son la misma ciudad de la Concepcion, Valdivia y Valparaiso.

Al vireinato de las provincias del rio de la Plata, ó de Buenos-Aires, estan sujetas grandes provincias, siendo las mas señaladas las siguientes: la de Buenos-Aires, cuya capital de este mismo nombre, situada en la ribera meridional de dicho rio de la Plata, es residencia del Virey, real Audien-

cia y Obispo. Los puertos mas nombrados de esta provincia son Montevideo y Maldonado. La provincia del Paraguay tiene por capital la ciudad de la Asuncion del Paraguay; la del Tucuman, la ciudad de Córdoba del Tucuman; la de Santa Cruz de la Sierra y la de La-Paz, las dos ciudades de estos mismos nombres, siendo todas cuatro episcopales.

De la provincia de Charcas es capital la ciudad de la Plata ó Chuquisaca, con real Audiencia, Arzobispo y universidad; y de la provinvia de Cuyo es capital la ciudad de Mendoza. Cada una de estas provincias comprende en la misma forma que se ha dicho de las del Perú, diferentes gobiernos, partidos ó territorios á que suele darse nombre de provincias. Entre ellos son muy considerables en el distrito de Charcas los de Oruro-Potosí, Cochabamba y Chayanta; en el de La-Paz, los de Chucuito y Larecaja; en el del Tucuman, el de Salta, el de San Miguel del Tucuman, el de Santiago del Estero, el de Jujú &c. Hay ademas de estos países otros muchos y muy dilatados en que habitan indios, parte reducidos, parte incultos y vagantes en que no se hallan poblaciones grandes, pero sí varias misiones y establecimientos pequeños. Tales son el país de los Mojos, y el de los Chiquitos, comprendidos en la jurisdiccion de Santa Cruz de la Sierra, el de los Guaranies, el de los Pampas y el Chaco.

Ultimamente estan agregadas al virreinato de Buenos-Aires las vastas regiones meridionales casi desiertas ó desconocidas que se distinguen con las denominaciones de Tierra Magallánica, Costa Patagónica, y otras.

El reino del Brasil, perteneciente á la corona de Portugal está dividido en quince capitanías ó provincias. Las mas principales son estas cuatro, que forman otros tantos obispados; la de la Bahía de Todos los Santos, su capital la ciudad de este mismo nombre ó de San Salvador; la de Rio-Janeiro, su capital San Sebastian de Rio-Janeiro, residencia del Virey; la de Pernambuco, su capital Olinda ó Pernambuco, y la de Marañon, su capital San Luis de Marañon, situada en una isla.

El pais de las Amazonas, por el cual corre el caudaloso rio Marañon, ó de las Amazonas, es de grandísima estension; pero todo él y particularmente lo interior es muy poco conocido por estar habitado de naciones bárbaras.

Las islas de la América Meridional son innumerables, pero no de tanta consideracion como las de América Septentrional. Las llamadas de Barlovento, que ya quedan especificadas, son las mas importantes. Despues de ellas las de mayor nombre son las de Fernando Noroña y Santa Catalina enfrente del Brasil, poseidas por los portugueses; las Maluinas pertenecientes á España, y la de Chiloe, bastante espaciosa y comprendida en el reino de Chile. De esta es capital la villa de Castro.

## LECCION XXIII Y ÚLTIMA.

### *Noticia de algunas tierras incógnitas.*

**H**ácia el norte y mediodia del orbe conocido se han empezado á descubrir varias tierras incógnitas de las cuales unas se llaman septentrionales ó ár-

ticas, y otras meridionales, australes ó antárticas. De la mayor parte de ellas se duda si son continentes ó islas. Algunas estan pobladas de naciones bárbaras, otras parecen enteramente desiertas, y los continuos hielos, los montes inaccesibles, las fieras y animales ponzoñosos impiden internarse en aquellos países, de suerte que solo se tiene noticia de algunas de sus costas.

Las tierras árticas son: la Groenlandia entre Europa y América; la tierra de Spitzbergen al norte de Europa, países á cuyas costas van las naciones septentrionales á la pesca de ballenas; la Nueva-Zembla al norte de la Tartaria rusa, la tierra de Yeso al norte del Japon, y la isla de Cumberland y el Nuevo-Gáles al norte de la América Septentrional.

Las tierras antárticas son: la Nueva-Guinea, la Nueva-Holanda, y la tierra de Diemen al mediodia del Asia; la Nueva-Zelanda entre Asia y América; y la tierra del Fuego, que es una isla descubierta por Fernando de Magallanes, al mediodia de América, y que termina en el cabo de Hornos por la parte austral.



# INDICE

## DE LAS LECCIONES

QUE CONTIENE ESTE LIBRO.

---

<i>Advertencia del Editor. . . . .</i>	<i>Pag.</i>	3
<i>Lecciones de Moral. Introduccion. . . . .</i>		5

### TRATADO PRIMERO. — DE LA MORAL CRISTIANA.

<i>Leccion I. De la virtud en general. . . . .</i>	7
<i>Lec. II. De las obligaciones del hombre respecto de Dios, y de la primera de ellas que es creerle. . . . .</i>	8
<i>Lec. III. De la segunda obligacion del hombre respecto á Dios, que es esperar en él. . . . .</i>	11

### PARTE HISTÓRICA. — LIBRO PRIMERO.

Lecciones de la Historia Sagrada desde el principio del Mundo hasta el establecimiento de la Iglesia.

<i>Introduccion. . . . .</i>	17
<i>Lec. I. Creacion del Mundo. . . . .</i>	19
<i>Lec. II. Estado de inocencia del primer hombre y caida por el pecado. Muerte de Abel. . . . .</i>	20
<i>Lec. III. Primeros Patriarcas. . . . .</i>	22
<i>Lec. IV. Vocacion de Abraham, . . . . .</i>	24
<i>Lec. V. Vocacion de Moisés y su Ministerio. . . . .</i>	28
<i>Lec. VI. Dá Dios su ley al pueblo de Israel. . . . .</i>	31
<i>Lec. VII. Gobierno de Josué. . . . .</i>	35
<i>Lec. VIII. Gobierno de los demas Jueces. . . . .</i>	37
<i>Lec. IX. Gobierno de los Reyes y reinado de Saul . . . . .</i>	42
<i>Lec. X. Reinado de David. . . . .</i>	44

Lec. XI. <i>Reinado de Salomon.</i> . . . . .	46
Lec. XII. <i>Division de las Tribus.</i> . . . . .	48
Lec. XIII. <i>Reyes de Israel.</i> . . . . .	Id.
Lec. XIV. <i>Reyes de Judá.</i> . . . . .	55
Lec. XV. <i>Cautiverio de Babilonia.</i> . . . . .	62
Lec. XVI. <i>Fin del cautiverio.</i> . . . . .	65
Lec. XVII. <i>Sucesos de los Judios desde el fin del cautiverio hasta la venida de Cristo.</i> . . . . .	68
Lec. XVIII. <i>Venida de Jesucristo &amp;c.</i> . . . . .	71
Lec. XIX. <i>De la Tradicion y de la Sagrada Es- critura.</i> . . . . .	79
SUMARIO de la Historia Eclesiástica que com- puso en verso el P. José Francisco de Isla. . . . .	86

PARTE HISTÓRICA. = LIBRO SEGUNDO.

Breve noticia de los principales imperios antiguos.

Lec. I. <i>Del Imperio de los Egipcios.</i> . . . . .	107
Lec. II. <i>De los imperios de Babilonia, &amp;c.</i> . . . . .	108
Lec. III. <i>Del imperio de los persas y de los partos</i> . . . . .	109
Lec. IV. <i>De los Fenicios y Reino de Tiro.</i> . . . . .	111
Lec. V. <i>Del Imperio griego.</i> . . . . .	112
Lec. VI. <i>Del Imperio Romano.</i> . . . . .	115

PARTE HISTÓRICA. = LIBRO TERCERO.

Lecciones de la Historia de España.

<i>Introduccion.</i> . . . . .	135
SUMARIO de la Historia de España. Parte pri- mera. <i>Reino de los Cartagineses en España.</i> . . . . .	139
Parte segunda. <i>Reino de los Godos hasta la irrupcion de los Sarracenos.</i> . . . . .	141
Parte tercera. <i>Irrupcion de los moros en España</i> . . . . .	145
Parte cuarta. <i>Reino de los Príncipes franceses de Bigorre y de Borgoña.</i> . . . . .	147

<b>Parte quinta. Reinos sucesivos de Austria y de Francia.</b> . . . . .	153
<b>Lec. I. Dominacion de los Cartagineses en España.</b> . . . . .	156
<b>Lec. II. Dominacion de los Romanos.</b> . . . . .	158
<b>Lec. III. Dominacion de los Godos hasta el Rey Católico Recaredo.</b> . . . . .	161
<b>Lec. IV. Continuacion de la serie de los Reyes Godos hasta Ruderico ó Don Rodrigo.</b> . . . .	166
<b>Lec. V. Principio de la restauracion de España, &amp;c.</b> . . . . .	173
<b>Lec. VI. Serie de los Reyes de Leon hasta Don Fernando el Primero.</b> . . . . .	180
<b>Lec. VII. Serie de los Reyes de Castilla y Leon hasta el Emperador Don Alfonso Sesto.</b> . . .	186
<b>Lec. VIII. Serie de los Reyes de Castilla y Leon hasta Don Fernando Tercero el Santo.</b> . . .	194
<b>Lec. IX. Serie de los Reyes de Castilla y Leon hasta Don Alfonso el Onceno.</b> . . . . .	204
<b>Lec. X. Serie de los Reyes de Castilla y Leon hasta Don Juan el Primero.</b> . . . . .	217
<b>Lec. XI. Reyes de Castilla y Leon hasta Don Juan el Segundo.</b> . . . . .	219
<b>Lec. XII. Reinado de Don Henrique Cuarto.</b> . . . .	223
<b>Lec. XIII. Principio del reinado de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel.</b> . . .	226
<b>Lec. XIV. Continuacion del reinado de los Reyes Católicos, &amp;c.</b> . . . . .	234
<b>Lec. XV. Ultima parte del reinado del Rey Católico hasta su muerte.</b> . . . . .	239
<b>Lec. XVI. Reinado del Emperador Carlos V.</b> . . . .	243
<b>Lec. XVII. Fin del reinado de Carlos V.</b> . . . .	251
<b>Lec. XVIII. Principio del reinado de Felipe II.</b> . . .	257

Lec. XIX. <i>Continuacion del reinado de Felipe II</i>	262
Lec. XX. <i>Fin del reinado de Felipe II.</i>	266
Lec. XXI. <i>Reinado de Felipe III.</i>	273
Lec. XXII. <i>Reinado de Felipe IV.</i>	282
Lec. XXIII. <i>Continuacion y fin de dicho reinado</i>	290
Lec. XXIV. <i>Reinado de Carlos II.</i>	296
Lec. XXV. <i>Principio del reinado de Felipe V.</i>	303
Lec. XXVI. <i>Continuacion de dicho reinado.</i>	309
Lec. XXVII. <i>Continuacion de dicho reinado.</i>	316
Lec. XXVIII. <i>Continuacion de dicho reinado hasta la paz de Utrecht.</i>	322
Lec. XXIX. <i>Continuacion de dicho reinado y ultima parte de él &amp;c.</i>	328
Lec. XXX. <i>Reinado de Fernando el Sexto &amp;c.</i>	335

Continuacion á las lecciones de la Historia de España, que comprende los reinados de los Señores Don Carlos Tercero, Don Carlos Cuarto y Don Fernando Séptimo.

Lec. XXXI. <i>Reinado del Señor Don Carlos III.</i>	341
Lec. XXXII. <i>Fin del reinado de Carlos III.</i>	349
Lec. XXXIII. <i>Reinado de Carlos IV.</i>	352
Lec. XXXIII. <i>Reinado de Fernando Séptimo de Borbon.</i>	359
Lec. XXXIV. <i>Continuacion del reinado de Fer- nando Séptimo.</i>	375
Lec. XXXV. <i>Continuacion del reinado de Fer- nando Séptimo.</i>	379
Lec. XXXVI. <i>Continuacion del reinado de Fer- nando Séptimo.</i>	386
Lec. XXXVII. <i>Continuacion del reinado de Fernando Séptimo.</i>	401

## PARTE GEOGRÁFICA.

Lec. I. <i>Division general del mundo &amp;c.</i> . . . . .	415
Lec. II. <i>Descripcion de España y su division</i> . . . . .	417
Lec. III. <i>Cuatro provincias marítimas de España en el Mediterraneo que son Cataluña, Valencia &amp;c.</i> . . . . .	419
Lec. IV. <i>Cinco provincias marítimas de España en el Océano que son Sevilla, Galicia, Asturias &amp;c.</i> . . . . .	422
Lec. V. <i>Tres provincias de España no marítimas que caen hacia el norte, y son Aragon, Navarra &amp;c.</i> . . . . .	426
Lec. VI. <i>Cuatro provincias de España no marítimas que caen hacia el Mediodia, y son Castilla la Nueva, Extremadura, Córdoba y Juen.</i> . . . . .	428
Lec. VII. <i>Islas del mar de España, y fin de la descripcion de estos reinos.</i> . . . . .	432
Lec. VIII. <i>Descripcion del reino de Portugal.</i> . . . . .	434
Lec. IX. <i>Descripcion del reino de Francia.</i> . . . . .	436
Lec. X. <i>Descripcion de Italia.</i> . . . . .	438
Lec. XI. <i>Descripcion de la Suiza y del pais de los grisones.</i> . . . . .	444
Lec. XII. <i>Descripcion de Alemania, Prusia, Bohemia y Hungria.</i> . . . . .	446
Lec. XIII. <i>Descripcion de los Países-Bajos, inclusa la república de Holanda.</i> . . . . .	451
Lec. XIV. <i>Descripcion de las Islas Británicas.</i> . . . . .	454
Lec. XV. <i>Descripcion de Dinamarca.</i> . . . . .	458
Lec. XVI. <i>Descripcion del imperio ruso.</i> . . . . .	461
Lec. XVII. <i>Descripcion de Polonia.</i> . . . . .	463
Lec. XVIII. <i>Descripcion de la Turquía Europea.</i> . . . . .	464
Lec. XIX. <i>Descripcion del Asia.</i> . . . . .	467
Lec. XX. <i>Descripcion de Africa.</i> . . . . .	473
Lec. XXI. <i>Descripcion de América Septentrional y sus islas.</i> . . . . .	478
Lec. XXII. <i>Descripcion de la América Meridional.</i> . . . . .	484
Lec. XXIII. <i>Noticia de algunas tierras incógnitas.</i> . . . . .	491











BIBLIOTHECA  
MUSEI

B.  
26  
633